

Francisco Zaragoza Esbrí

**Un futuro
en el pasado**

Lectulandia

Francisco Zaragoza, desde Barcelona, y tras muchos viajes por Estados Unidos, ha logrado tallar una novela norteamericana, un best-seller agradable y directo a la emoción.

En *Un futuro en el pasado* asistimos a un entrañable viaje al optimismo, a la pasión por la ciencia a través del tiempo. Estamos seguros de que este libro no decepcionará a nadie, y prueba de ello es que, en 2004, estuvo entre las 10 novelas finalistas del Premio Planeta.

El físico David Goodwill ha encontrado una manera exacta de viajar en el tiempo, y se ve obligado a intentarlo justo cuando se encuentra en la torre norte de las «Twin Towers» de Nueva York en la mañana del 11 de septiembre de 2001...

Lectulandia

Francisco Zaragoza Esbrí

Un futuro en el pasado

ePub r1.0

Banshee 27.08.13

Título original: *Un futuro en el pasado*
Francisco Zaragoza Esbrí, 2006

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Gloria,
un ángel caído del cielo que me eligió
para compartir la vida junto a ella.*

*A mis hijos, Francesc y Sergi,
por su constante e incondicional apoyo.*

*A todos los que, al descubrir mi pasión por la literatura,
me han animado con su entusiasmo a seguir escribiendo.*

*A mi editor, José Miguel Desuárez por emprender
la fascinante aventura de Hipálage y por creer en esta novela.*

Sin ellos, este libro no hubiera sido posible.

Capítulo 1

David esperaba solo y en silencio. Tenía la vista perdida y despreocupada. Las vacaciones de verano se le habían terminado. Contrariamente a lo que pudiera suponerse, David se sentía feliz y encantado por ello. Estaba sentado en una de las incómodas sillas de la sala central del aeropuerto de Tampa. Se le notaba ansioso por regresar, aunque tan solo eran las seis de la tarde y su vuelo tenía prevista la salida para las ocho y cuarto. Todavía tenía que esperar casi dos horas hasta poder embarcar. Se resignó a su suerte. Su avión tenía establecida la hora de aterrizaje en el JFK neoyorquino para las once y diez minutos de la noche. Muy probablemente no llegaría a su apartamento, situado en Brooklyn, hasta después de la medianoche.

David Goodwill exhibía claramente en su cara los efectos del sol de Florida. Su tez morena era la prueba innegable de que él había cumplido con su parte. Sin embargo, su imagen exterior mostraba un rostro pensativo y ausente. Estaba profundamente inmerso en sí mismo, sumergido por completo en sus pensamientos.

Estas vacaciones no habían sido lo que externamente aparentaban ser. Impuestas por sus jefes, con la complicidad encubierta pero manifiesta de su propia madre, él las aceptó porque ya no le quedaban recursos para poder seguir negándose a hacerlas. Llevaba cuatro años con falsas excusas cuando le hablaban de ello.

Las vacaciones comenzaron como una especie de penitencia forzada. David sabía que entre todos le habían obligado a tomarse tres semanas de descanso. Habían logrado separarle veintiún días de su trabajo. Lo que nadie conocía es que también habían intentado apartarle quinientas cuatro horas de su secreta pasión, y eso él, no iba a permitirselo a nadie.

David había pasado las tres semanas en el Hyatt Regency Westshore. Había frecuentado la piscina tan solo durante una hora cada día, pero le había resultado suficiente. Primero, consiguió cambiar el tono lechoso de su piel blanca por un rojo cereza encendido. Poco a poco, el rojo viró hasta un tono bronceado que era del todo inédito en él. No podía recordar otra época de su vida en la que hubiera podido presumir de ese color en su piel. Estaba orgulloso de su logro. Le iba a resultar altamente convincente.

Continuaba esperando a que anunciaran el embarque de su vuelo. Mientras tanto los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Al final tendría que reconocer que las vacaciones no habían resultado un tiempo perdido. Era verdad que le habían retrasado las pruebas, pero también era evidente que había podido repasar y profundizar en las investigaciones teóricas de su proyecto.

David había cumplido los treinta y tres años el pasado mes de Mayo. Se había licenciado en Física a los veinticinco. Nunca había tenido novia y nunca había perdido una hora de sueño por ninguna chica. Él sostenía que tenía muchas otras

cosas por las que pasar las noches en blanco. Era un amante de la ciencia. Se había sentido atraído progresivamente por ella desde que comenzó a tener uso de razón. A los nueve años decidió que cursaría la carrera de Ciencias Físicas y lo cumplió. Ahora era un asiduo devorador de todas y cada una de las revistas de información técnica que salían al mercado.

La obsesiva pasión que le quitaba el sueño, desde hacía más de cuatro años, había comenzado al leer un artículo en una de esas revistas de información científica. La publicación presentaba ampliamente los últimos estudios de la cosmología sobre el principio antrópico de la vida. La lectura del artículo había abierto en David una serie interminable de inquietudes y había decidido comenzar a profundizar en todas ellas. En estos cuatro años habían surgido nuevas teorías que ampliaban y complementaban los principios de la cosmología moderna. Él mismo, apoyándose en todas ellas, había empezado a desarrollar la suya propia.

Nadie sabía lo que estaba haciendo. Pero estaba a la vista de todos que casi no dormía ni descansaba. No se le conocían más diversiones que la de estar horas y horas sobre un montón de papeles y libros abiertos. Escribía y trabajaba con fórmulas que nadie a su alrededor era capaz de comprender. Cuando se le preguntaba algo sobre ello, aparentaba no oír nada y se mantenía ausente. Esa era la verdadera razón por la que había sido obligado y casi castigado a tomarse esos días de descanso.

David trabajaba en la «Whitehall Research Corporation». Recibió muchas ofertas al terminar su carrera universitaria, pero él se había decidido finalmente por la «Whitehall». El peso que decantó definitivamente la balanza de su decisión sucedió por azar. Se enteró casualmente durante las conversaciones iniciales que en la «Whitehall» disponían de un ordenador cuántico en desarrollo embrionario. Además, le contaron que nadie se atrevía a utilizarlo.

David comenzaba su jornada laboral a las ocho y media de la mañana. Sin embargo, él llegaba cada día a la oficina poco después de las siete. Terminaba su jornada a las cinco y media, pero raras veces se marchaba antes de las ocho de la tarde. Verdaderamente su trabajo le gustaba, pero no hasta ese punto. La razón para esa jornada tan extensiva era que en la oficina disponía de todas las herramientas necesarias para proseguir con sus investigaciones. Lo hacía antes y después de su horario normal. Además, ya nadie le preguntaba nada porque era inútil hacerlo. Había conseguido ganarse una merecida fama de «sabio loco», y eso a él le iba de perlas. Después, cuando regresaba a su apartamento, continuaba con sus teorías hasta la medianoche. Dormía menos de seis horas y volvía a marcharse hacia la oficina.

Sin embargo, en estas tres últimas semanas todo había sido distinto. Había avanzado mucho más de lo que podía haberse imaginado al comenzarlas. David había escondido con habilidad una cantidad respetable de libros y apuntes entre la ropa de su equipaje. También se había llevado muchos cd's. Aseguró a su madre que eran de

música. La estratagema se había completado con la compra en Tampa de un potente ordenador portátil. Con todo su material disponible había logrado dedicar a su proyecto más de quince horas diarias desde el mismo día de su llegada al Hyatt.

Por los altavoces anunciaron la salida de su vuelo. Se levantó y recogió todas sus pertenencias. Le habían hecho mil preguntas sobre el portátil cuando pasó por los escáneres de inspección. Él había respondido solo lo justo. ¡Qué pesados eran esos controles! David estaba convencido de que no servían para nada en absoluto. Se dirigió a embarcar con la tarjeta en la mano izquierda.

Entró en el avión. Se sentó e inmediatamente cerró los ojos. No quería mantener conversaciones vacías y sin sentido. Fingió dormir. Era la mejor manera de sumergirse otra vez en sus pensamientos y en sus proyectos.

Repasó el origen de su propia teoría. La había cimentado sobre aquel artículo publicado cuatro años antes que tanto le había impresionado. Según el principio antrópico de la vida: *«nuestro universo tiene que ser forzosamente muy grande y muy desproporcionado con respecto al ser humano»*. David encontraba un gran significado en esta afirmación. La teoría del «Big Bang» se ajustaba perfectamente a ello. Después, se había necesitado un largo periodo de evolución y expansión del universo para que se hubieran podido formar las moléculas complejas que habían dado origen a la vida. No podríamos existir en un universo más pequeño porque este no habría tenido tiempo de formar esas moléculas necesarias.

David continuaba con los ojos cerrados. Su prodigiosa memoria le permitía releer virtualmente las explicaciones dadas por los defensores de la teoría.

Los cosmólogos en cuestión habían establecido sorprendentes relaciones numéricas entre la constante gravitatoria y la masa del protón. Afirmaban que estas relaciones solo eran válidas para la época cosmológica actual, es decir, para unos cuantos millones de años. David recordaba que el principio antrópico acababa afirmando que todo se había producido en un momento muy especial y que no iba a durar para siempre. La interacción electromagnética del universo que había facilitado la formación de los átomos y las condiciones de fusión que habían permitido generar los núcleos de los mismos, había sido un proceso válido solo para un periodo cosmológico muy corto y determinado. Esa era la parte que David consideraba más impactante de todo el artículo.

La voz de la azafata le hizo regresar al mundo de los mortales.

—Disculpe, señor. ¿Desea usted cenar?

David miró a la azafata con cara de pocos amigos. ¿Por qué no le dejaban tranquilo con sus asuntos? Iba a girar la cabeza sin contestar cuando vio aquellos profundos y asustados ojos negros. Algo le hizo cambiar de opinión. Eran unos ojos negros que no le resultaban desconocidos. Le recordaban algo o a alguien. Se sorprendió a sí mismo cuando contestó.

—Sí, muchas gracias, señorita. Sí que tomaré la cena. Discúlpeme, pero es que estaba profundamente dormido.

Mientras cenaba, David se preguntaba si estas vacaciones le podían haber cambiado tanto como para reaccionar de esa manera tan inusual en él. Acabó admitiendo que solo había sido una concesión temporal y pasajera hacia unos ojos bonitos y dejó de pensar en ello. Después de cenar, volvió a simular que dormía y continuó enfrascado con sus particulares sueños.

Los más recientes descubrimientos sobre el cosmos indicaban que nuestro «Big Bang», solo era uno entre los muchos que ya habían ocurrido y los que estaban por venir. Señalaban que el universo no era inmutable, como había supuesto Einstein.

La constancia de la velocidad de la luz estaba siendo cuestionada.

Oyó la voz de la responsable de cabina indicando que se abrocharan los cinturones y que pusieran los respaldos de los asientos en posición vertical. El avión aterrizó en la pista número dos del JFK. David tuvo que esperar más de treinta minutos para recoger el equipaje que había facturado. Luego cogió un taxi y volvió a cerrar los ojos.

Esta vez su pensamiento se centró en el principio de conservación de la energía. Si la energía solo podía transformarse y, en la actualidad, el universo continuaba expandiéndose, tenía que haber algo que funcionara como un termostato para que se mantuviera el equilibrio entre las cuatro fuerzas.

La voz del taxista le colocó los pies sobre la tierra.

—Son veintisiete dólares, señor.

David sacó treinta dólares de su bolsillo y se los entregó. No esperó el cambio. Era la una de la madrugada. Entró en casa. Su madre le estaba esperando despierta y con ganas de hablar. Ella se sorprendió muchísimo al ver la tez tan bronceada de su hijo.

—Ha funcionado —pensó él para sí mismo.

—¿Te preparo algo para cenar? Mientras comes, podrías contarme cómo te ha ido. ¿Has conocido a muchas chicas? Seguro que sí que lo has hecho. Cuéntame, David.

—He cenado en el avión, mamá. Estoy muy cansado. Eso de viajar es mucho más pesado de lo que te imaginas. ¡Ah!, se me olvidaba decirte que sí, que he conocido a una chica con unos ojos negros preciosos —dijo David mientras se retiraba a su habitación situada en el piso superior.

—Seguro que además era muy hermosa. ¿Le has pedido su dirección? ¿Le escribirás? —preguntó Evelyn Goodwill a su hijo, mientras este desaparecía por el corredor situado al final de la escalera.

—Lo siento, mamá, pero no lo hice. No le pedí la dirección porque no era el momento adecuado. Era la azafata del avión, mamá. Te quiero. Buenas noches —dijo

David antes de cerrar la puerta de su habitación.

—Ha regresado más moreno, pero me temo que nada ha cambiado en estas tres semanas. Este hijo mío parece que no tiene remedio. No va a cambiar nunca. Su padre, en paz descanse, ya me lo decía siempre y yo me resistía a creerlo —pensó Evelyn mientras apagaba todas las luces de la planta baja para retirarse a descansar.

En su habitación, David no había perdido ni un segundo. Había conectado rápidamente el portátil a su ordenador de sobremesa y estaba descargando toda la información del trabajo realizado en las tres semanas de vacaciones. Necesitaba contrastar muchas cosas con sus bases de datos.

Pasó la noche en blanco. No tenía que ir a trabajar hasta el lunes y pensaba aprovecharlo. Se centró en confirmar la conclusión a la que había llegado con sus investigaciones e hipótesis. Para ello, revisó la forma en que el danés Roemer midió la velocidad de la luz en el año 1675 al observar el retraso en las ocultaciones de las lunas de Júpiter. Imaginó, como si hubiera estado presente en ellas, las discusiones entre Newton y Hooke sobre la propagación vibratoria de la luz. Se lamentó de que la gran autoridad científica del primero, impidiera que la teoría ondulatoria no progresara hasta los primeros años del siglo XIX.

«¡Se habían perdido casi doscientos años con ello!», pensó.

Acto seguido volvió sobre los libros que demostraban la doble naturaleza de la luz. Louis Victor de Broglie, en 1925, propuso la teoría de que todo corpúsculo llevaba siempre asociada consigo una determinada longitud de onda y eso combinó las dos teorías. Las dos irreconciliables teorías podían convivir finalmente. La naturaleza ondulatoria y la naturaleza corpuscular de la luz se unían definitivamente para que pudiera nacer la más ambiciosa de las nuevas y revolucionarias ramas de la ciencia.

Había nacido la mecánica cuántica.

David cerró los ojos por un instante. Gracias a la mecánica cuántica había logrado cerrar el círculo en sus investigaciones. Tendría que comprobarlo todo en el ordenador cuántico de la «Whitehall», pero él estaba ya seguro. Eran las siete de la mañana del domingo 26 de Agosto del año 2001 y acababa de confirmar que su teoría era correcta. Estaba plenamente convencido de no haber errado en sus conclusiones. La velocidad de la luz era la clave de todo.

—¡Lo tengo! —exclamó con júbilo—. Nadie va a creerme, pero ahora sé que no es solo una quimera. Sé que no es una cosa de locos enfermizos. Estoy convencido de que es totalmente posible. Aun más, afirmo que es maravillosamente posible —terminó diciendo con las dos manos sobre su rostro.

Se levantó y se acercó hacia la ventana de su habitación. Iba mesándose los cabellos para apaciguar su propia tensión. A través de los cristales, vio como la luna brillaba totalmente ajena a las emociones que él sentía. La miró fijamente durante un

par de minutos y después sin apartar la vista de ella le preguntó.

—Dime, luna, ¿desde cuándo estás ahí?

Capítulo 2

Había llegado como siempre con antelación. El vigilante conserje de la entrada de planta le abrió la puerta con una sonrisa.

—¿De nuevo a cumplir con la maldición divina, señor Goodwill? —le preguntó mostrando sus blancos dientes.

—No me queda otro remedio, amigo mío. ¿Cómo os ha ido por aquí sin mí, Jack? —preguntó a su vez David mientras le estrechaba la mano.

—No ha sucedido nada en especial, aparte de tener que soportar el terrible calor de este mes de Agosto. Aquí nunca pasa nada, David. ¿Qué quiere usted que pase en esta mole de edificio? Ha sido como siempre. Un día tras otro con la esperanza de que a mí también me llegarán las vacaciones.

—¿Cuándo las empieza? —se decidió a preguntar David casi por obligación.

—El próximo día 10. Ya tengo ganas. Iré a visitar a mi hija y a mi nieto en Iowa. Hace tres años que no les veo —contestó el conserje.

—No se dará usted cuenta, Jack, que ya volverá a estar aquí sumergido en la monotonía de cada día. Ya lo verá. Las vacaciones se hacen tan cortas que parecen no haber existido. Que pase un buen día —dijo David mientras entraba en las oficinas de la «Whitehall».

—Le deseo lo mismo, señor Goodwill.

David no terminó de oír los corteses deseos del conserje. Había cerrado la puerta antes de que aquel hubiera acabado la frase. Inmediatamente se dirigió al ordenador cuántico. Apenas tenía una hora.

Conectó el portátil en red. Transfirió los datos y pulsó para que se ejecutaran los cálculos. Había bautizado al ordenador cuántico con el nombre de «Marco Polo». Había elegido este nombre por una cuestión de correspondencia correlativa. El antiguo «Marco Polo» había abierto las puertas al conocimiento de Oriente. El moderno «Marco Polo» le tenía que abrir otras puertas no menos importantes ni significativas.

«Marco Polo» era capaz de realizar los cálculos con una rapidez un millón de veces superior a los ordenadores convencionales. A las ocho y diez minutos los primeros resultados aparecieron en pantalla.

«Temperatura necesaria: 3.800 °K».
«Velocidad de transmisión: 0,98547c».

A continuación siguieron apareciendo los resultados de la densidad de carga, de la inducción magnética y del flujo eléctrico necesarios. David miraba atónito la pantalla. Los valores eran extraordinariamente elevados. Eran ya las ocho y media. Decidió

congelar las operaciones de cálculo. Apuntó los resultados obtenidos y se dirigió pensativo a su mesa. A los pocos minutos llegó John.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Pareces un maldito limpiador de ventanas tostado por el sol.

—¿Qué tienen de malo los limpiadores de ventanas? —dijo David, levantándose para estrechar la mano del director de su sección.

—Pues que tienen la profesión perfecta. Están todo el día al sol. Si llueve o nieva, no trabajan. Nadie puede molestarles porque están colgados de un puto andamio escuchando música. Y, como premio a tanto esfuerzo, pueden fisgonear impunemente a través de los cristales. ¿Te parece poco?

—Eres un exagerado, John. Siempre exageras las cosas. ¡Ah!, gracias por preguntarme cómo me han ido las vacaciones —dijo David intentando centrar la conversación en este tema.

—No me seas tendencioso, David. No voy a creerme nada de lo que tú puedas o quieras contarme. Seguro que todo es mentira. Te dije antes de que te marcharas que quería ver las fotos de, al menos, una docena de chicas desnudas contigo en la cama del hotel. Pero, bien pensado, aunque ahora me las enseñaras, no me lo creería en absoluto. Seguro que habrás realizado montajes fotográficos para engañarme —dijo John.

—No ha sido necesario hacer montajes. No ha habido chicas —contestó David.

—¡Lo ves! Eres un mentiroso compulsivo. ¿Quién se va creer que no hay chicas en Florida? ¿Es que no ves la televisión?... Bromas aparte, me siento muy feliz de tenerte otra vez con nosotros, David.

—Yo también lo estoy. Gracias John.

—Espero que hayas sido capaz de descubrir en estos días que existen otras cosas además del trabajo.

—Puedes estar seguro de ello. En estos días he descubierto un montón de cosas nuevas —contestó David.

—Más te vale, amigo. ¿Comemos juntos? —preguntó John.

—No sé si podré porque...

—¡David!

—De acuerdo, de acuerdo, John. Nos vemos a las doce y media para comer.

—Así me gusta. Tienes un montón de informes sobre la mesa pero lo que más me interesa es conocer tu opinión acerca de las conclusiones de nuestra filial de California sobre el asunto Trockton.

—Me pongo inmediatamente con ello.

—Gracias David.

David abrió el informe de la Trockton. Estaba firmado por Gerald Campbell. No le conocía personalmente pero le tenía en buen concepto. Revisó el informe. Era

correcto en su concepción global, pero había un par de cosas que no le acaban de cuadrar. Decidió que le llamaría por teléfono cuando regresara de comer. Las tres horas de diferencia con la hora oficial en la costa oeste le obligaban a esperar.

Se levantó para ir a tomar un café y salió al pasillo. Se dirigió a la máquina expendedora. Introdujo las monedas y pulsó la selección «extra de azúcar». Esperó unos segundos y recogió el vaso de café hirviendo.

La «Whitehall» tenía instaladas las oficinas en el piso 93 de la torre norte del «World Trade Center». Hacía ya seis años que se había trasladado allí con el consiguiente júbilo de sus empleados. Las oficinas eran magníficas. David se hizo cargo en aquel entonces de toda la instalación de los ordenadores. También supervisó la instalación de las tomas de corriente y la distribución de la red para que todo funcionara desde el primer momento. Había sido el primero de los empleados en visitar las nuevas oficinas cuando estas estaban todavía vacías. Conocía la ubicación de las salas de alimentación y de transformación del fluido eléctrico de su planta. Se había quedado maravillado al verlas.

Volvió a su mesa situada en la sala general. La mesa estaba justo al lado del despacho glaseado de John. La «Whitehall» ocupaba una parte del lado de la planta que miraba hacia el sur. Las inmensas cristaleras permitían disfrutar de una vista magnífica sobre Liberty Island y sobre toda la bahía. La otra torre gemela, la torre sur, les tapaba parcialmente la visión sobre Staten Island.

David abrió otro informe. Comenzó a revisarlo pero no podía concentrarse. Los datos obtenidos por «Marco Polo» le hervían en su cabeza. Decidió que por la tarde repetiría la introducción de los datos y esperaría a tener todos los resultados. Esperaría a ver si se confirmaban los valores de esta mañana. Después de verlos decidiría.

Miró hacia Ellis Island. Pensó en la gran cantidad de sueños que habían comenzado en sus escasos metros cuadrados. Su propio bisabuelo había llegado allí procedente de Irlanda. Hoy los sueños eran muy distintos y él también esperaba empezar los suyos. Volvió a pensar en su «Marco Polo». ¿Se habría estropeado de no funcionar en estas tres semanas? ¿Lo habría manipulado alguien durante su ausencia? Se estaba obsesionando y eso no era bueno. Eran las doce y en la costa oeste serían las nueve. Ya podía llamar a Campbell. Era mejor aclarar las dudas antes de ir a comer con John.

Habló con su colega californiano. Intercambiaron cordialmente sus puntos de vista y decidieron cambiar un par de puntos. Gerald Campbell retocaría el fichero y lo enviaría por correo electrónico mientras David comía con el jefe. Se despidieron con los mutuos deseos de conocerse personalmente. Seguramente lo harían muy pronto ya que Gerald tenía previsto desplazarse a New York en breve. Iba a casarse el día 15 del mes próximo y pensaba cruzar todo el país en coche durante su luna de miel. No

sabía exactamente qué día pasaría por las oficinas, pero seguro que lo haría.

David volvió a pensar en «Marco Polo». Los valores resultantes eran sorprendentes. Seguro que le iban a complicar la puesta en práctica. En aquel momento John le sacó de su particular concentración.

—¿Vamos?

—¿Dónde piensas comer? —contestó David.

—Hoy nos mezclaremos con los turistas. Así no extrañarás nada de tus últimas tres semanas. Comeremos en el restaurante del piso 107 de la torre sur. Vamos a darnos prisa. He hablado con Paola y nos ha reservado la mesa del rincón. Es la mejor de todas las mesas —dijo John.

—¡Cómo podría contradecirte! —aceptó David mirando de reojo a «Marco Polo»—. Por cierto John, he hablado con Campbell y está todo aclarado. Va a retocar ligeramente el informe. Encontrarás un correo electrónico con el nuevo texto modificado cuando regresemos de comer.

—Magnífico —dijo John al entrar en el ascensor.

David trató de ser cortés y estuvo atento a los sarcásticos y siempre punzantes comentarios de John. Esgrimió la mejor de sus sonrisas en cada uno de los momentos en que debía hacerlo, pero su mente estaba con «Marco Polo». Después de tomar café, David consultó su reloj. Eran las dos menos diez.

—Nos hemos pasado, John. Son casi las dos. Deberíamos regresar o mi jefe me va a despedir.

—Es cierto, vamos. Oye, hoy no te quedarás después de las cinco y media, ¿verdad? Podríamos ir a tomar unas copas al «Village». ¿No te parece una idea extraordinaria? Venga, David, dime que sí y encima me sacrificaré. Dejaré que tú pagues las dos rondas —dijo John.

—¡Menudo sacrificio! —contestó David en el momento en que volvían a entrar en la torre norte—. Aunque me temo que hoy no va a ser posible. Tengo que acompañar a mi madre al médico —añadió con el tono de voz muy poco convincente.

—No tienes remedio, David, y además mientes fatal. Allá tú con tus asuntos. Yo he cumplido. Le prometí a tu madre que lo intentaría aunque ya le anticipé cuál sería tu respuesta. Es una pena pero no me equivoqué en mi predicción —dijo John mientras entraba en su despacho.

David quedó pensativo. Sabía que debía haber aceptado la propuesta de John, pero él no podía esperar más. Tenía que recibir más respuestas. No podía lanzar los cálculos ni en el portátil, ni en el ordenador de su casa. Tenía que ser «Marco Polo» el que los realizara. Era el único ordenador que estaba a su alcance que podía calcular tan rápido como él lo necesitaba.

John se marchó a las seis de la tarde.

—No te quedes demasiado tiempo, David. Acuérdate de que tienes que

acompañar a tu madre al médico —le dijo en tono burlón.

—No, no, no tardaré mucho, John. Solo dispongo de cuarenta minutos —contestó David, deseando que John se marchara de una vez.

John cruzó la sala vacía y se encaminó hacia los ascensores.

David no se lo pensó ni un segundo. Volvió a cargar los datos en «Marco Polo» y esperó. Esta vez los datos aparecieron cuando tan solo habían pasado diez minutos. Eran exactamente los mismos resultados que había obtenido por la mañana. El resto de valores adicionales que había calculado «Marco Polo» eran también muy significativos.

Frunció el cejo y se frotó los dos ojos. Pensó durante un instante en Einstein y en el primer postulado del principio de relatividad especial. ¿Qué opinaría él ahora si estuviera a su lado viendo los resultados de «Marco Polo»? Los valores que había obtenido indicaban que los diagramas espacio-tiempo de Minkowski, debían de ser interpretados con el sorprendente prisma de la invariabilidad del intervalo espacio temporal. La conclusión final de su teoría se había confirmado plenamente. Era una conclusión alucinante. Sus investigaciones y los datos obtenidos indicaban que era posible viajar en el tiempo siempre que se permaneciera en un espacio definido. Dicho de otra manera, él viajero aparecería en el mismo lugar del que habría partido. Se materializaría en otra época, pero en el mismo sitio en el que había iniciado el viaje. Eso podía resultar una gran ventaja si se lograba escoger el momento y el lugar idóneos para realizar el viaje.

Imprimió los datos y cerró el ordenador. Tomó el ascensor y salió del «World Trade Center». Sintió que una fina lluvia acariciaba su rostro. David vestía un polo azul de manga corta. Se levantó el cuello del mismo en un acto tan reflejo como inútil. La lluvia era constante. Él continuaba embebido en sus pensamientos. Sabía que el fin era posible pero ahora le faltaba el medio para conseguirlo. La lluvia comenzó a ser más intensa. Tenía los pantalones completamente empapados por debajo de la rodilla cuando entró en la boca del metro en Fulton Street. David se dirigió al andén de la línea «2». A los cinco minutos llegó su tren. Estaba atestado de gente. Decidió no esperar al próximo porque, a esa hora y lloviendo, era casi seguro que llegaría igual de lleno. Subió y procuró abstraerse del resto. Su mente repasó los datos de «Marco Polo».

De entre todos ellos había uno que destacaba por su importancia y por su relevancia. Este valor era el fruto del análisis pormenorizado de todas sus constantes vitales, de su peso y de su edad. David las había introducido con todo cuidado en el sistema. Sabía que eran de suma importancia. El valor obtenido por «Marco Polo» le indicaba claramente que el salto máximo que podía realizar en el tiempo era de 37 años.

El tren llegó a la estación de Bergen Street. David bajó del vagón y salió a la

superficie por Flatbush Avenue. No llovía en Brooklyn. Se dirigió caminando hacia su casa que estaba a tan solo dos manzanas. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando solo.

—Tengo que calcular la fecha idónea de destino. Tengo que encontrar el medio vehicular de transmisión —se repetía una y otra vez a sí mismo mientras caminaba de forma despreocupada entre la gente.

Capítulo 3

El mes de Septiembre llegó puntualmente con el mismo calor que había lucido el mes de Agosto. David mantenía una constante lucha interior desde su descubrimiento. Tenía la comprobación de su teoría pero su puesta en práctica iba a entrañar muchos riesgos. Incluso las pruebas iban a destapar situaciones que él prefería mantener ocultas. Pero, si ahora se detenía y no continuaba adelante, ¿para qué habrían servido tantos esfuerzos? ¿Qué sentido habrían tenido tantas horas de investigación? Y lo más importante de todo. ¿Cómo podía permanecer quieto con la posibilidad que tenía entre sus manos?

En los últimos años, el estudio del cosmos había desvelado la mayor parte de los secretos que durante millones de ellos habían resultado inexplicables para el ser humano. Pero, ¿acaso el hombre no pertenecía y formaba parte de ese mismo cosmos? ¿No sería entonces posible y acertado considerar al hombre como un minicósmos individual y específico? ¿No podría el hombre olvidarse ya de la cronología como única forma de medir al tiempo? ¿Por qué no empezaba a buscar otros mecanismos temporales que el propio cosmos le estaba ofreciendo? En definitiva, ¿por qué cerrar los ojos a la evidencia?

David había leído y releído todas las experiencias de saltos en el tiempo que estaban documentadas y que habían superado el escepticismo de las respectivas épocas en las que estas se habían producido. Hurgando y escarbando en todas ellas aparecía una constante común: la intervención de un cierto tipo de actividad eléctrica estaba presente en todas sin excepción. En el siglo pasado, se había descubierto que lo que nos permite ver el mundo que nos rodea, son las ondas de la luz. Muchas de las ondas que hoy conocemos, y aceptamos sin cuestionar a pesar de que no las veamos, tienen una naturaleza electromagnética. Los rayos X, los infrarrojos, los ultravioletas o los rayos gamma son un ejemplo de ello.

David estaba plenamente convencido de que la tele-transportación era un fenómeno de carácter electromagnético que te permitía cambiar de plano temporal. Sostenía la idea de que el tiempo era una continua sucesión de planos dentro del mismo espacio. Por lo tanto, lo único que se necesitaría para cambiar de plano sería un impulso electromagnético que fuera capaz de cambiar la frecuencia de la vibración de nuestros átomos. Si se lograba aumentar esa frecuencia, el cuerpo sería transportado al pasado. En cambio, si la frecuencia se disminuía, el viaje sería al futuro. Este era el objetivo de David. Él quería viajar solo al futuro. En este momento, no se sentía atraído en absoluto por el pasado.

Según los datos de «Marco Polo» se iba a necesitar un fuerte campo electromagnético para lograr el salto al futuro. Por consiguiente, la cantidad de energía a consumir para generar este campo sería también enorme. Ese era el primer

problema que David quería identificar y ponderar durante el día de hoy.

Era el miércoles, 5 de Septiembre, y había llegado un poco más temprano de lo normal. Aunque John no iba a estar durante todo el día en el despacho, David no quería que las pruebas influyeran lo más mínimo en el trabajo por el cual cobraba puntualmente cada fin de mes.

Puso en marcha a «Marco Polo» y cogió una caja pequeña que había entrado escondida entre los pliegues de su chaqueta. Luego salió al pasillo simulando ir a tomar café. Al comprobar que nadie le seguía, torció a la derecha y subió dos plantas. Se dirigió a la sala de alimentación de energía. Conectó el transformador reserva para evitar que su prueba dejara a oscuras a las cuatro plantas que dependían de esta fuente de alimentación. Abrió el cuadro eléctrico y desconectó los limitadores diferenciales. No deseaba que la prueba pudiera quedar interrumpida por nada.

Acto seguido provocó un cortocircuito con una barra de hierro. El cortocircuito generó una descarga en forma de arco voltaico que David trató de conservar por unos segundos. La luz era cegadora y la temperatura de la sala había subido varios grados. Sacó la cajita de su bolsillo y la colocó cerca del arco. Rápidamente se acercó al armario de control y giró el interruptor principal. El arco desapareció por su polo positivo, arrastrando con él a todos los pequeños objetos que estaban en el radio de acción del mismo. Desaparecieron una llave de tuercas, un destornillador, dos fusibles de placa y la cajita.

David volvió a conectar el transformador principal y desconectó el reserva. Procuró dejarlo todo tal y como estaba diez minutos antes. Luego salió de la sala y cerró la puerta. Justo un instante antes de cerrarla pronunció unas frases en voz baja:

—Buen viaje, «Popi». Espero que hayas llegado bien. Con un poco de suerte nos veremos dentro de tres semanas. Tienes suficiente comida en la cajita. Cuídate hasta entonces.

Al bajar por la escalera, David vio subir a Jack.

—Hemos sufrido un bajón de energía. Voy a ver lo que ha pasado —dijo el conserje.

—Ya vengo yo de allí, Jack. Todo está en orden. Debe haber sido un problema de la compañía suministradora —contestó David.

—Gracias David. En este caso, no hace falta que suba.

Los dos bajaron juntos hasta la planta de la «Whitehall». David entró en las oficinas y Jack se dirigió a su puesto al lado de la puerta.

David había realizado la prueba. No podía estar seguro de su éxito pero lo intuía. Todo se había desarrollado según él lo había previsto. La única diferencia era que la masa de su propio cuerpo exigía una cantidad mucho mayor de energía. Tendría que buscar su puerta interdimensional en los sótanos del «World Trade Center». Era en las salas que generaban el aire acondicionado para todo el edificio donde estaba la

mayor cantidad de energía que podía encontrar. No tenía otro remedio.

David había establecido su plan con todo detalle. El día elegido era el viernes 28 de este mismo mes de Septiembre. Había advertido a su madre que ese fin de semana viajaría otra vez a Tampa. Regresaría el lunes, uno de octubre, e iría directo al trabajo. Su madre había recibido la noticia con una alegría inmensa. Rápidamente había relacionado esta visita con las recientes vacaciones de su hijo. Estaba loca de contenta. Al final, las cosas siempre acababan cayendo por su propio peso y para ella era evidente que David se había enamorado. Evelyn llevaba todo el día bendiciendo y dando gracias al Señor. Su hijo no era tan raro como ella pensaba.

Pero la realidad planificada para el último fin de semana de Septiembre era muy distinta. David pensaba trabajar todo ese viernes y quedarse, como de costumbre, cuando todo el mundo se marchara. Después bajaría con el ascensor, también como de costumbre, pero esta vez no se detendría en el hall de la planta baja. En esta ocasión, los sótanos serían su destino. Allí realizaría la misma operación de esta mañana y cambiaría de plano temporal. Había calculado viajar al año 2029. La constatación de que el punto de destino tenía que ser el mismo del de partida exigía que los desplazamientos fueran siempre en múltiplos de cuatro años. La cuarta dimensión, o sea, el espacio-tiempo, condicionaba a que el planeta tierra se encontrara en la misma fecha y en la misma posición y eso solo ocurría cada cuatro años. El pasado año 2000 había sido bisiesto y el 2028 también lo sería. Eso equilibraba el actual año de partida, el 2001, con el de destino, el 2029.

Seguramente la operación del inicio de su viaje causaría problemas de suministro de energía al edificio, pero no le importaba porque él ya estaría en el año 2029. Permanecería dos días en el futuro y regresaría por el mismo sistema en la madrugada del lunes desde el mismo punto. Tenía que invertir la energía para que el viaje se realizara en sentido contrario. También estaba seguro de que la operación de retorno causaría problemas. Pero esos problemas se quedarían en el futuro porque él ya se encontraría de vuelta en el año 2001. Descansaría unas horas en la propia sala de generación del aire acondicionado y luego subiría con el ascensor a su trabajo como lo hacía normalmente.

Cuando por la noche regresase a su casa, tendría que soportar el intenso interrogatorio de su madre, pero eso era otra cuestión que ya manejaría cuando llegase el momento. Lo más importante era que su ilusión iba a poder concretarse en breve. Faltaban pocos días para que todo se hiciera realidad. Faltaban pocos días para que dejara de soñar lo imposible.

Durante los tres días que faltaban para llegar al fin de semana, David mostró un carácter extraordinariamente abierto y feliz en todos sus ámbitos de acción. Estuvo radiante con sus compañeros de trabajo y también con su madre.

Sus compañeros estaban un tanto extrañados; en cambio, su madre estaba radiante

de felicidad. Ella lo atribuía al ya conocido y planificado viaje del fin de semana que comenzaba el viernes día 28. En realidad su madre no se equivocaba de razón. Ella solo se equivocaba en el destino.

El viernes, 7 de Septiembre, terminó poniendo punto final a la actividad laboral de la semana. David cogió el metro como de costumbre. Eran escasamente las siete de la tarde cuando llegó a la estación de Bergen Street. Un inoportuno apagón retrasó su salida al exterior. Cuando salió a la calle y pudo sentirse de nuevo en su barrio, respiró profundamente. Estaba muy cansado y también muy deseoso de llegar a casa para abrazar a su madre.

La encontró en el pasillo de la entrada y la besó con ternura. Ella le correspondió el beso y le acarició el pelo. David siempre agradecía muchísimo esta caricia por parte de su madre. Lo consideraba un gesto especial. Era un gesto exclusivo para su persona.

—Mamá, recuérdame mañana cuando me levante que tengo que echar una carta al correo —le dijo.

—Espero que el destinatario o la destinataria sepa interpretar tus palabras y tus sentimientos conforme a tus deseos, hijo mío —contestó Evelyn muy emocionada por el extraordinario comportamiento de su hijo.

—Tienes razón, mamá. El futuro que más deseo depende de ello. Ojalá que pueda lograrlo, mamá —dijo David retirándose a su habitación.

El sábado, 8 de Septiembre, comenzó lluvioso pero rápidamente el sol comenzó a lucir en el cielo neoyorquino. David no se quedó recluido en su casa como solía hacer últimamente. Le dijo a su madre que salía a echar la carta al correo y a comprar algo que pudiera ser testimonial. Algo que pudiera representar un recuerdo muy significativo.

Evelyn no dejó pasar la ocasión para exteriorizar sus deseos.

—Quizás lo más acertado sea algo que logre recordar ese día tan especial. Algo que pueda perdurar a través de los años —dijo Evelyn entusiasmada—. ¿Verdad que sí, hijo mío? —añadió.

—Sí, mamá. Tiene que ser una cosa que recuerde y certifique la fecha, el origen y el porqué de todo —dijo David.

—Exactamente, eso es lo que quería decirte —concluyó Evelyn.

—Gracias, mamá. Te quiero. Me has ayudado mucho —dijo David a su madre.

A continuación, le dio un beso, abrió la puerta y desapareció tras ella para mezclarse entre la gente.

Capítulo 4

El lunes, día 10, comenzó con toda normalidad. David salió de su casa. Se encaminó hacia la estación del metro. Caminaba pensando en todo lo que iba suceder en su vida, cuando la oscuridad de la noche todavía no había sido vencida por la luz del nuevo día. Llegó al «World Trade Center». Instintivamente, dirigió su vista hacia arriba. Las dos moles se elevaban majestuosas con miles de luces chispeando. Se detuvo un momento para contemplarlas. Después entró en el hall y caminó hacia la zona de los ascensores.

El día transcurrió sin incidencias que destacar. Al final de la jornada, David sorprendió a John invitándole a tomar un par de copas en el «Village». Eran las copas que habían quedado pendientes desde mediados de Agosto.

John quedó estupefacto al oír la proposición de David. No había podido imaginar que este momento llegara a producirse nunca. ¿Sería cierto lo que le había contado la madre de David? ¿Sería verdad que pudiera ser el amor la causa de ese cambio tan espectacular? Decidió averiguarlo por sí mismo.

Caminaron conversando alegremente hasta llegar al barrio de los bohemios. Llegaron a «Kenny's», en Bleecker Street. Habían transcurrido tan solo veinte minutos desde que habían salido del «World Trade Center». Entraron en el local. John pidió un bourbon y David una coca-cola light. John se dispuso a abordar el tema directamente.

—¿Cómo se llama ella, David?

—No sé de qué me hablas —contestó David.

—Vamos, hombre. Yo soy tu amigo. ¿Cuéntame cómo la conociste? No seas tan reservado —insistió John.

—Por muchos esfuerzos que hiciera contándotelo, nunca llegarías a comprenderlo. Te lo aseguro —dijo David defendiéndose.

—Te dije que eras un mentiroso espantoso. Se te nota a la legua que tienes un secreto. Tienes algo que no quieres contar.

—Puede que tengas razón —dijo David.

—¿Ni siquiera me lo vas a contar a mí? —volvió a preguntar John.

—Ni siquiera a ti.

—Dime, al menos, si tiene los ojos azules. A mí me encantan los ojos azules —confesó John.

—No son azules, John. Son unos profundos y preciosos ojos negros. No puedo decirte más —contestó David.

—Está bien, amigo mío. No hay que insistir cuando el corazón está de por medio. Solamente dime cómo fue.

—Solo puedo decirte que resultó maravilloso. Dudo que pudieras entenderme —

volvió a contestar David, escudándose una vez más en la mayor de las ambigüedades.

—De acuerdo, amigo. Te felicito por tu inenarrable experiencia. Quédate con tu inconfesable secreto. Lo comprendo —dijo John.

—Te pido mil disculpas por ello, John. Pero me alegra enormemente que me digas que lo entiendes.

A las dos rondas de David, siguieron otras dos pagadas por John. Y a estas les siguieron algunas más. Eran las diez de la noche cuando se separaron. John tenía el coche aparcado en el «World Trade Center». David le acompañó hacia el aparcamiento, y después caminó hasta la estación de metro.

Llegó a su casa a las once con claros signos de embriaguez. A la coca-cola inicial le había seguido un vodka con naranja y luego un par de bourbons. La última ronda se había cerrado con un scotch. David estaba descompuesto. Su madre no le había visto nunca en ese estado. Pero no le importó. Era claro que su hijo estaba cambiando y ella estaba más que contenta con ello. ¿Qué importancia tenía que hubiera bebido más de la cuenta? Él era joven y podía soportarlo. Era mucho peor verlo encerrado y con los ojos sin alegría sobre aquel montón de libros y papeles.

Evelyn estaba radiante de felicidad. Mañana le preguntaría más cosas sobre su chica. Lo haría con tacto, pero lo haría. Quería conocer más detalles y comprendía que hoy no era el momento.

David se retiró a su habitación sin cenar. Tenía la cabeza llena de tambores que sonaban sin parar. Pasó la noche fatal. Lo pasó tan desacostumbradamente mal que se durmió. Se despertó mucho más tarde de lo habitual. Reaccionó positivamente ante la contingencia. Pensó que por una vez podía permitirse esa pequeña licencia sin importancia. De todas formas, iba a llegar con tiempo suficiente al trabajo.

Entró en las oficinas de la «Whitehall» a las ocho y diez minutos. Dejó su cartera y la documentación sobre la mesa como lo hacía habitualmente. Después salió al pasillo a por un café bien cargado.

Regresó con el café a su mesa y comenzó a sorberlo poco a poco. Estaba muy caliente. Lo volvió a depositar sobre la mesa.

Eran las ocho y veintitrés, cuando John entró por la puerta.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó David.

—Fatal —contestó John—. Ayer nos excedimos —añadió frotándose los ojos.

—Muchas veces una noche no es solo una noche —dijo David.

—No tengo la cabeza para pensar mucho. ¿De verdad crees que eso que has dicho lo justifica todo? —preguntó John.

—En buena parte creo que sí —dijo David mirando a la bahía desde su mesa de trabajo.

—Voy a buscar un café. A ver si logro despertarme. He estado a punto de no venir —dijo John.

—En cambio yo estaba seguro de que sí que vendrías —contestó David mirando a John—. Te espero para beberlos juntos —añadió.

Eran las ocho y treinta y dos minutos cuando John salió al pasillo. Regresó a las ocho y treinta y ocho. Se sentó enfrente de David.

—Te noto tenso —dijo John.

—No sabría qué responderte —contestó David.

—Estás lleno de contradicciones, amigo mío. Esos ojos negros te han afectado demasiado.

—Creo que tienes razón. Creo que esta vez has acert...

David no pudo terminar de pronunciar la palabra. Eran exactamente las ocho y cuarenta y seis minutos del martes 11 de Septiembre del año 2001. Una fuerte sacudida hizo temblar toda la torre norte. Los cafés se derrumbaron sobre la mesa. John cayó al suelo impelido por el descomunal temblor.

—¿Qué demonios ha sido eso? Tiene que haber sido un terremoto enorme —dijo John levantándose rápidamente.

—Me temo que no han sido las puertas del ascensor al cerrarse —dijo David sobrecogido por los acontecimientos.

Empezaron a oírse gritos por todas partes. Los dos corrieron hacia los ventanales de la cara norte de la planta. Una intensa humareda negra ascendía por ese lado. Todo el mundo se preguntaba lo que podía haber ocurrido.

David y John volvieron a su oficina. El humo también era visible en el lado oeste de la cara sur del edificio. Era indudable que una explosión había sido la causa del incendio. ¿Pero qué podía haberla producido?

—¡Los ascensores no funcionan! —oyeron gritar a sus compañeros de planta.

—¡Estamos atrapados! —gritaban otros que iban corriendo de un lado para otro sin parar.

—Está subiendo un calor terrible. El ambiente empieza a ser totalmente irrespirable —dijo John colocándose el pañuelo sobre la boca.

—Es verdad —corroboró David—. Sígueme —añadió.

—¿Adónde vas? —preguntó John.

—Tú sígueme y no hagas preguntas —contestó David.

La explosión había afectado al suministro de luz. David y John subían por las escaleras hacia los pisos superiores. Se cruzaban con gente que bajaba. Era un continuo ir y venir de gente sin ninguna dirección determinada. Era el caos del pánico. Era la patente desesperación por la terrible certeza de saberse atrapados sin ninguna posibilidad de salida.

Durante la ascensión David había controlado el estado de la sala de energía. Estaba totalmente inactiva. No funcionaba nada.

Seguían ascendiendo. Cada vez era mayor el número de personas que ascendían

con ellos. Casi no bajaba nadie. David perdió de vista a John por un instante. Siguió ascendiendo mientras le buscaba. Le vio por casualidad corriendo solo por la planta 103. Le llamó y se unió a él. Se dirigieron a los ventanales de la cara norte. El denso humo lo tapaba todo. Corrieron hacia la cara sur de la planta. En ese lado todavía se podía ver el exterior desde las cristalerías del lado este. Eran ya las nueve y dos minutos.

John vio acercarse a un avión por el lado sur. El avión volaba muy bajo. La dirección de vuelo era impensable. Estaba dirigiéndose inequívocamente hacia la torre sur.

—Pero, ¿qué hace ese loco? —gritó John unos segundos antes de que el avión con bandera de la United Airlines impactara en la torre sur.

—¿Has visto eso, David? —balbuceó John con la voz temblorosa—. ¿Tú crees que aquí ha pasado lo mismo? La humareda que asciende ahora por la torre sur es igual a la que sube por nuestra torre.

—Me temo que sí, John —contestó David.

—Entonces no tenemos salida, David. ¡Estamos perdidos! —dijo John.

—Siempre hay una salida. No desesperes. Sígueme —volvió a decir David a su compañero.

—Pero, ¿hacia dónde? —preguntó otra vez John.

—No malgastes energías preguntando. Vayamos hacia arriba.

Mientras ascendían, David iba pensando. Su cerebro procesaba rápidamente las posibilidades de escape que tenían. No podían descender. Por lo tanto, su estudiada posibilidad de escape a través de la sala de alimentación del aire acondicionado del sótano era totalmente nula. No tenían otra opción que ir hacia arriba.

Los dos seguían subiendo. El instinto de la supervivencia les empujaba a hacerlo. Era un acto reflejo de su ansiedad y su desesperación. Llegaron a la azotea. Había mucha gente en ella gritando y pidiendo socorro. Era un verdadero caos de empujones y caídas.

—Este es el fin. Nadie puede sacarnos de aquí —le dijo John a David pasados unos minutos.

—Siempre has sido un exagerado —le contestó David tratando de secuestrarlo del estado de derrotismo en el que se había sumergido nuevamente su compañero.

—Esta vez no, amigo mío. Deseo que encuentres tu salida. Yo ya he decidido la mía. ¡Adiós, amigo! —dijo John.

—¡John! —gritó David mientras contemplaba impotente como su amigo saltaba al vacío—. ¡John! —repitió con lágrimas en los ojos.

Eran las nueve y cincuenta y nueve minutos. David estaba atrapado. Poseía el secreto de viajar en el tiempo pero estaba atrapado en el espacio. Intentaba pensar rápido pero su mente era incapaz de concentrarse. A su alrededor la gente estaba

desesperada. Algunos se habían decidido por seguir el fatídico ejemplo de John. La desesperación era absoluta cuando un estrepitoso ruido les sobrecogió a todos por el lado sureste.

Resultó ser un ruido de continuada rotura. Se oyeron crujir miles de vidrios y de metales al mismo tiempo. Todos se giraron y contemplaron horrorizados como la torre sur había desaparecido. Eran las diez y cinco minutos. Una nube de polvo ascendente hacía imposible continuar en la azotea. David se disponía a abandonarla cuando la solución apareció ante sus ojos. Había estado todo el tiempo allí y él no se había fijado en ella. ¿Cómo era posible que no hubiera pensado antes en la antena? Eran las diez y nueve minutos cuando abandonó la azotea. La realidad del hundimiento de la otra torre gemela había terminado con las escasas esperanzas de toda la gente que se encontraba atrapada. La mayoría de ellos rezaba esperando su desdichada suerte.

David se dirigió a la sala de control de recepción y emisión de la antena. Parecía mentira pero estaba en funcionamiento. Seguramente tenía un sistema autónomo de generación de energía. Trató de recordar los datos que «Marco Polo» le había calculado. Podía utilizar la inducción electromagnética. Eran las diez y dieciocho minutos. Abrió los armarios eléctricos. El calor ascendente había calentado los objetos metálicos. Cogió una barra de metal. Eran las diez y veintidós minutos. Trató de generar el cortocircuito pero no pudo. La barra le quemaba las manos. Eran las diez y veinticuatro minutos cuando volvió a intentarlo. Obtuvo éxito a su tercer intento y el arco luminoso apareció.

Entonces David se dio cuenta de que no podía apagar el interruptor y a su vez estar cerca del arco para ser absorbido por él cuando desapareciera la fuente de energía. Buscó desesperadamente algo con lo que poder ayudarse. No lograba encontrar nada que le fuera útil. Al final halló un trozo de madera lo suficientemente largo para que le permitiera realizar la maniobra con garantías de estar completamente afectado por el radio de acción del arco.

Cogió la madera con la mano izquierda. Eran las diez y veintisiete minutos cuando logró golpear el interruptor general de la sala de energía de la antena. El arco brilló intensamente y luego la oscuridad invadió la sala. A la oscuridad le siguió el vacío. Pero el vacío no era la ausencia de energía. Y la energía simplemente se transformó, porque la energía siguió cumpliendo con la ley inmutable de su conservación. Y la luz hizo su aparición. Y después la luz cambió su color.

Lo cambió para poder iluminar un nuevo día.

Capítulo 5

Primero se oyeron unas voces. Luego unos pasos que se acercaban y que pasaban de largo. Poco después el silencio se hizo sepulcral y comenzaron a sonar los acordes del «God Bless América». David reconoció al instante las notas del himno no oficial de su país. Cuando la voz femenina que lo cantaba terminó su interpretación, se oyeron unas salvas e inmediatamente después otro silencio impresionante.

Daba la impresión de que el mundo se había detenido por completo. David podía escuchar los latidos de su propio corazón. Se palpó el pecho con ambas manos. Estaba en una habitación a oscuras. Tan solo la luz del pasillo exterior que penetraba por la parte superior acristalada de la puerta, le permitía distinguir la forma de los objetos que estaban en la habitación.

David se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo con la cabeza apoyada de costado sobre algo duro que parecía ser una caja de plástico.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? David no tenía respuestas. Se frotó los ojos para acelerar su adaptación a la tenue luz interior. Volvió a oír voces. Su instinto le recomendó esconderse y lo hizo. Había estanterías y percheros. Parecía que era un vestidor. Dirigió la vista hacia el cristal de la puerta. A través del mismo y leyendo al revés pudo identificar el rótulo de la estancia en la que se encontraba. Efectivamente era un vestidor. Era el vestidor del personal de seguridad. ¿Se había metido en la boca del lobo? Entreabrió la puerta con suma precaución. No era capaz de reconocer nada en absoluto.

Pudo ver un pasillo perpendicular a la puerta a unos tres metros a la izquierda. El pasillo longitudinal al que pertenecía la habitación en la que David se encontraba, continuaba por la derecha hasta perderse en otro pasillo transversal que no podía controlar. El trozo de pasillo de su izquierda era mucho más corto. Se volvieron a oír voces muy cerca. No era capaz de entender claramente la conversación. Sin embargo, la palabra aniversario era el denominador común que se repetía constantemente.

David volvió a cerrar la puerta. Se sentó en una banqueta. Intentó hacer un rápido resumen de su situación. Realmente conocía muy poco de la misma. Era del todo evidente que había logrado escapar del desastre. Pero, ¿adónde había ido a parar exactamente? ¿Le habría salvado alguien en el último instante sin él darse cuenta? O, por el contrario, ¿habría sido capaz de realizar el viaje en el tiempo? Por el momento todo eran incógnitas sin respuesta.

Decidió quedarse quieto y agudizar el oído. Tenía que escoger el momento justo para salir. No podía quedarse allí por más tiempo. Dentro de la habitación el silencio era total hasta que un pequeño ruido lo rompió. Había sido un ruido muy leve, casi imperceptible. Había sido como si un objeto hubiese rozado contra otro por efecto de una corriente de aire. Pero en la habitación no había ventanas. Tampoco podía ser el

aire acondicionado porque David había apagado el termostato para poder oír mejor lo que pasaba en el exterior.

Empezaba a hacer un calor tremendo en aquella pequeña habitación. El ruido se repitió cogiendo nuevamente por sorpresa a David. Extremó su inmovilidad y trató de activar todos sus resortes auditivos para localizar la procedencia de la pequeña fricción. Nada. No oía nada. El silencio era absoluto.

Se disponía a levantarse para dirigirse a la puerta y comprobar la situación en el exterior cuando lo volvió a oír claramente.

El ruido procedía de la parte baja de una de las estanterías. Se acercó y pudo ver la caja. No podía creerlo. Era su caja. Era «Popi» el que se movía en su interior y causaba los roces. Era su viejo hámster.

Abrió la caja y «Popi» apareció asustado en un rincón. Todavía tenía comida pero se movía muy nervioso. Se tranquilizó mucho al sentir las caricias que conocía perfectamente. El dorso de los dedos de David acariciaron levemente su cabeza y el lomo de su espalda durante un par de minutos.

Después lo cogió con sumo cuidado y lo introdujo en el bolsillo delantero de su camisa. Solía hacerlo en su casa de Brooklyn cuando se pasaba las noches en blanco. El animalito terminó de tranquilizarse al notar los rítmicos latidos del corazón de David y al estar al amparo de su calor corporal.

David se acercó nuevamente a la puerta. Mientras tanto, con un movimiento del dedo pulgar de su mano izquierda, seguía acariciando a «Popi» por el exterior del bolsillo.

El silencio había retornado a ambos lados del pasillo. No se oía nada. Miró a su reloj. Las manecillas estaban paradas. No sabía qué hora era. No sabía tampoco qué día era. Asomó su cabeza al pasillo exterior. No había nadie. No se oía a nadie. Decidió ir hacia la derecha. Salió y comenzó a andar por el pasillo. Al final del mismo se vislumbraba una gran sala con ventanales.

David apretó el paso. Quería descubrir y conocer algo que arrojara un poco de luz a su desconocimiento. Algo que pudiera clarificar su desconcertante situación actual.

Se dio cuenta de que casi estaba corriendo cuando tuvo que frenar en seco. Oyó a gente que se acercaba por el pasillo transversal del fondo. Retrocedió sobre sus pasos. Recordó que había visto unos lavabos con la puerta abierta. Los había memorizado por si los llegaba a necesitar para esconderse. Entró en ellos y se escondió en uno de los retretes.

Segundos después oyó a tres voces femeninas que entraban conversando en el lavabo.

—¡Dios mío! —pensó David—. Solo faltaría que ahora me descubrieran y que además me acusaran de ser un degenerado.

Eran definitivamente tres voces jóvenes. Las tres chicas hablaban y reían

continuamente con el nerviosismo propio y característico de la juventud.

—Han transcurrido ya veintiocho años y seguimos año tras año haciendo las mismas tonterías —dijo una de ellas.

—Verdaderamente fue una gran tragedia. Pero ya está bien. Honestamente creo que nos estamos pasando —opinó la segunda voz.

—Yo no había nacido —dijo la tercera.

—Ninguna de nosotras había nacido. Yo nací en el año 2005. No me hagáis más vieja de lo que soy. Soy mayor que vosotras pero tan solo un par de años —dijo la segunda de las voces.

Tras unos pocos minutos, las jóvenes desaparecieron. David se encontraba otra vez solo. Había permanecido de pie sin hacer ruido. Pero ahora se había sentado. ¿Había oído bien? ¿Era verdad que se encontraba en el futuro? Una de las chicas había dicho claramente que había nacido en el 2005. Entonces tenía que ser cierto.

David continuaba reflexionando. ¿Qué había sucedido en el 2001? Si la torre norte también había caído, ¿dónde se encontraba él en este momento? Si habían pasado veintiocho años, ¿estaba él realmente en el año 2029?

La ansiedad por encontrar respuestas definitivas a todas estas preguntas le desesperaba. Le desesperaba porque él no sabía esperar. Él no estaba acostumbrado a dilatar los periodos de inactividad. Él necesitaba resolver todas las incógnitas que en este momento le hervían en la cabeza. Necesitaba la confirmación de todo lo que había oído y creído entender.

Salió del lavabo y siguió avanzando por el pasillo longitudinal. Se estaba acercando a la sala de los ventanales.

El corazón le latía tan deprisa que había contagiado su nerviosismo a «Popi». Este no paraba de moverse muy intranquilo. Continuamente trataba de sacar la cabeza por el bolsillo de la camisa.

David continuaba avanzando. Estaba a pocos metros de la sala. Pudo ver que era una sala de reuniones. Sin embargo, no podía ver nada del exterior porque las cortinas estaban totalmente corridas.

Decidió continuar por el pasillo transversal. Al final del mismo, una sala distribuidora le ofrecía tres puertas para elegir. Las tres estaban cerradas. David tenía que decidir rápido porque no tenía donde poder esconderse si alguien se acercaba a aquella zona. En la parte superior de las puertas figuraban unas extrañas combinaciones de letras y números que David no acertó a descifrar.

Se decidió por la puerta de la izquierda. Intentó abrirla pero no pudo. Repitió el intento con la puerta central y esta se movió girando sobre sus goznes. Penetró en corto corredor que conducía inapelablemente a otra puerta. Un rótulo con letras de color rojo identificaba claramente que era la puerta del acceso a las Escaleras de Emergencia del nivel 101.

Los recuerdos le volvieron a colapsar sus pensamientos. La sala de monitorización de la antena de la torre norte de la que él había partido estaba en el piso 104. La altura podía ser equivalente pero él era incapaz de poder reconocer algo en el edificio en el que ahora se encontraba.

Comenzó a bajar por las escaleras. Bajó siete pisos. Entonces cayó en la cuenta de que era muy arriesgado continuar descendiendo por ellas. Otra vez pensó en que no podría esconderse. Pero, ¿por qué tenía que esconderse? Y sobre todo, ¿de qué tenía que esconderse?

Estaba en el nivel 94 y decidió recorrer en sentido contrario el corredor que conducía a las salas interiores. Encontró una sala distribuidora de características idénticas a la de siete pisos más arriba. Volvió a intentar con la puerta de la izquierda y pudo ver un pasillo con gente trabajando al fondo.

La cerró. ¿Dónde demonios estaban los ascensores? Era imposible que no los hubiera. Recorrió diez metros y abrió la puerta de la derecha.

—¡Por fin! —exclamó al ver una colección de ocho ascensores a su disposición.

Dos de ellos estaban en movimiento. Las flechas situadas encima de las puertas indicaban que el número siete subía y que el número tres estaba bajando. Intentó pensar rápido una vez más. Cerró la puerta y volvió al pasadizo corredor que conducía a las escaleras de emergencia. Allí intentó poner rápidamente en orden sus ideas.

—Lo mejor será tomar el ascensor cuando todos estén parados —pensó David—. Es lo más aconsejable para evitar los encuentros que puedan obligar a saludos o a explicaciones indeseadas.

David no quería dar explicaciones. Al revés, era él quien las necesitaba y además de forma urgente. Volvió otra vez para comprobar el estado de los ascensores. No hubo suerte. Tres de ellos estaban en funcionamiento. Regresó al corredor. Repitió la operación otras cuatro veces hasta que a la quinta tuvo el éxito que esperaba. Todos los ascensores estaban inactivos. «Popi» dormía tranquilo en su bolsillo. Se situó delante del ascensor número ocho y pulsó el botón de bajada.

El ligero roce de su dedo índice con el botón táctil del ascensor desencadenó una serie de acontecimientos que superaron ampliamente el poder de reacción de David.

Las ocho puertas de acceso a los ascensores fueron anuladas por otras tantas que se interpusieron por delante de ellas. Simultáneamente una red de haces de color rojo aparecieron bloqueando la puerta de la sala distribuidora por la que había entrado.

David no supo ni pudo reaccionar. Quedó casi paralizado. Apenas pudo dar un par de pasos hacia atrás antes de que una voz metálica le advirtiera que se quedara quieto para poder ser identificado.

Entonces comenzó a tener consciencia de la realidad que le podía suponer encontrarse en el futuro. En un futuro que no conocía en absoluto y en el que

seguramente no podría desenvolverse como él estaba acostumbrado.

—Estaba atrapado en el pasado y he logrado escapar para continuar atrapado en el futuro —pensó David para sí mismo.

La imagen de su compañero John acudió a su mente por unos instantes. ¿Por qué había saltado al vacío? ¿Por qué nunca creía en él? ¿Por qué siempre se manifestaba tan reacio a confiar en él?

No tuvo tiempo de pensar en nada más. El haz de luces de color rojo desapareció y tres tipos grandotes perfectamente uniformados entraron por la puerta. David los miró con cara de sorpresa. Sin mediar palabra el primero de ellos le disparó una descarga invisible que le paralizó el cuerpo pero no la mente. No podía moverse pero sí que podía hablar.

Les vio acercarse. No podía correr. Le colocaron un collar metálico. Era un aro casi cerrado con dos bolas en los extremos que le rodeaba el cuello.

Los guardianes desbloquearon primero las puertas y luego los movimientos de David. Este sintió que podía volver a caminar. Le hicieron entrar en el ascensor número cuatro y descendieron hasta el nivel menos doce. Allí comenzó el interrogatorio. Le sentaron frente a una mesa y volvió a notarse sin capacidad para poder moverse.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha logrado usted acceder al nivel 94? Identifíquese por favor —dijo el jefe del grupo.

—¿Dónde estoy? —contestó David como única respuesta.

—No se haga el gracioso. Su situación no se lo permite. Ha escogido usted un mal día para hacerlo. Identifíquese por favor. No volveré a repetírselo —terminó diciendo el guardián jefe.

Capítulo 6

David estaba pasando la noche en un calabozo virtual. No sabía dónde se encontraba pero le habían trasladado primero en coche y después en una lancha motora. No había podido ver nada durante todo su traslado porque le habían colocado un pasamontañas tapándole la cara. David no había contestado a ninguna de las preguntas del interrogatorio y sus guardianes habían solicitado instrucciones a sus superiores. Era obvio que el traslado era la consecuencia de las instrucciones que estos últimos habían ordenado.

Estaba tendido en el suelo sin poder moverse. Le habían colocado el collar que impedía su motricidad. Tampoco podía hablar. A pesar de la oscuridad y de que no podía girar la cabeza, percibía que otras personas estaban también tendidas muy cerca de él. En esos momentos compartían su misma suerte. No conocía los motivos pero lo cierto era que no estaba solo.

Comenzó a recapitular su situación. Al parecer estaba en el año 2029. Eso lo deducía de la conversación de las tres jóvenes en los lavabos. Poco después había sido víctima de la tecnología de su propio futuro. Seguramente había sido el control de sus huellas dactilares, o quizás, el análisis del ADN de su sudor lo que había desencadenado la alarma que había desembocado en su captura.

Procuró agudizar el sentido de la vista. Observó todo lo que le permitía su situación. No se veían ni se oían guardianes. No se apreciaban haces de luz que pudieran cruzar la estancia como medidas de seguridad complementarias. Era evidente que no se precisaban cuando les colocaban los collares.

Los collares eran los únicos carceleros. No se necesitaba nada más. Tenía que pensar en su funcionamiento. Tenía que descubrir la forma de interrumpirlo y luego escapar. No sabía hacia dónde pero era evidente que tenía que escapar.

Transcurrieron unos intensos minutos de análisis y de debate interior. David intentaba descubrir las posibilidades técnicas que podían utilizar los collares para obtener la inmovilización y la anulación de ciertas y muy concretas capacidades de actuación humana.

Los collares se asemejaban a un aro metálico casi cerrado que tenía una bola también metálica en cada uno de sus extremos. Entre las bolas había una distancia libre equivalente al grosor de dos dedos. Era la parte que dejaba al descubierto la nuez de su cuello. En la parte posterior había una pequeña placa que se pegaba a la nuca. Lo hacía justo a la altura del bulbo raquídeo. Esa debía de ser la parte que controlaba y anulaba los movimientos. Pero David había comprobado como ese control era susceptible de ser variado porque ahora mismo no podía hablar y en cambio sí que había podido hacerlo en la sala de los ascensores donde fue apresado.

La hipótesis más factible era la emisión de una radiación lumínica invisible.

Seguramente se debía tratar de ondas electromagnéticas emitidas en el espectro de los infrarrojos. Los collares realizaban entonces su función limitativa según las distintas longitudes de onda que recibían y que filtraban.

Todo eso podría tener una explicación coherente si una de las bolas podía actuar de receptor y de emisor a un mismo tiempo. La bola en cuestión recibía las ondas y las conducía hacia la parte central del collar donde estaba la plaquita del raquis. Simultáneamente recodificaba y enviaba más ondas a la otra bola. Esta las procesaba y las enviaba por el lado opuesto a la placa central de la nuca. Con ello se cerraba el circuito y se producía el grado de parálisis deseado en cada momento.

—Ahora es de noche y como prevención me han paralizado los músculos del habla. Por eso no puedo hablar —pensó.

David estaba seguro de sus deducciones pero también era plenamente consciente de su actual impotencia. No podía mover ni un solo músculo. Tampoco podían hacerlo los que compartían su suerte. Pensó que quizás hubiera sido mejor seguir la elección de John. Estaba desesperado. ¿Cuándo y cómo iba a terminar esa pesadilla futurista? ¿Por qué se sentía tan solo? De repente su pensamiento se detuvo por un instante y acto seguido comenzó a funcionar a todo ritmo y oyó un sesgado grito en su interior que le decía:

—¡No estoy solo! ¡Está «Popi»! —el corazón de David empezó a latir más rápido como consecuencia de la excitación—. Me había olvidado de él. Tengo que hacer que se mueva. ¿Por qué no me registraron cuando me detuvieron? No lo sé —fue su propia contestación—. Seguramente, están acostumbrados a que la colocación del collar lo soluciona todo. No sé por qué no lo hicieron, pero eso ahora puede salvarme.

David comenzó a acelerar su ritmo de respiración. Trataba de hinchar su pecho aspirando tanto aire como podía y luego lo soltaba de golpe. Eran los máximos movimientos que podía realizar para que «Popi» despertara de su letargo.

Tras varios minutos de esfuerzo logró que «Popi» asomara su cabeza por la zona superior del bolsillo. No lo veía, pero podía sentirlo perfectamente.

Aceleró sus respiraciones y la mascota comenzó a subir por su pecho. David quería que el hámster ascendiera y se colocara entre las dos bolas del collar para que interrumpiera el circuito que le anulaba los movimientos. Estaba preparado y solo necesitaba un par de segundos para quitárselo. Una vez que se hubiera podido liberar del collar también estaría libre para escapar. Pero «Popi» ni siquiera se acercaba a su cuello. Habían pasado más de veinte minutos y David comenzaba a desesperarse. Volvió a incrementar el ritmo de su respiración. Entonces pudo oír que alguien más a su lado hacía lo mismo. Estaban imitándole. No sabía por qué, pero alguien le seguía la estrategia. No le importó y siguió aumentando el ritmo todo lo posible. Pudo comprobar con sorpresa que su vecino hacía lo mismo. El ruido de las dos respiraciones asustó a «Popi» que corrió a esconderse en el bolsillo. David notó que

el pequeño animal iba en dirección opuesta a sus intereses. Para evitar que «Popi» volviera a entrar en el bolsillo, David aspiró profundamente e hinchó el pecho tanto como pudo. De esta forma el bolsillo quedaba prácticamente cerrado. Mantuvo el pecho hinchado al retener el aire en sus pulmones. Su vecino seguía respirando fuerte. Estaba totalmente ajeno a los esfuerzos y propósitos de David. «Popi» volvió a moverse. Esta vez ascendía por el pecho de David en la dirección correcta. Este soltó todo el aire de golpe y esto hizo que el pequeño hámster corriera a refugiarse entre las bolas.

David sintió que podía mover las manos y los brazos. En décimas de segundo agarró el collar y se lo quitó. Podía moverse. Se levantó y volvió a meter a «Popi» en el bolsillo delantero. Iba a marcharse cuando vio una imagen insólita. Había más de un centenar de personas tendidas en el suelo. Todas parecían dormir menos una. Se trataba de su compañero en las fatigas respiratorias.

David le miró. Era un hombre joven de color que le miraba con unos enormes ojos abiertos. Su mirada imploraba ayuda.

David situó un dedo sobre sus labios indicándole silencio. Sabía que no podía hablar, pero aún y así se lo indicó varias veces. Luego se le acercó y le quitó el collar. El joven se levantó de inmediato. Era muy alto. Medía más de dos metros. David volvió a indicarle silencio. El joven asintió con la cabeza y levantó su brazo derecho para señalar una dirección a David. Luego le hizo ademán para que le ayudara a recolocar los cuerpos de los que tenían al lado. Intentaban disimular el espacio de suelo que quedaba vacío con su ausencia. A continuación le indicó que le siguiera. Los dos pasaron saltando por encima de varios cuerpos tendidos hacia una de las ventanas. La abrieron y saltaron al exterior. Una suave brisa marina acarició el rostro de David. Este miró al cielo. La noche era clara y el cielo estaba estrellado.

Iba a hablar en voz baja a su compañero cuando este le devolvió la recomendación de permanecer callados. David aceptó y se dispuso a seguir a su compañero. Los dos caminaban tratando de hacer el menor ruido posible. No hacer ruido era un acto más reflejo por cumplir con todos los cánones de una buena escapada que un hecho de estricta necesidad, ya que no había guardianes en la isla y el compañero de David lo sabía.

Llegaron hasta la punta de un pequeño espigón. Las olas del mar se batían contra las rocas del mismo. Ambos se resguardaron al amparo de unos peñascos. Eligieron un lugar que quedara fuera del alcance de las olas. De este modo también evitaban cualquier posibilidad de que pudieran ser vistos.

—¿Qué hora debe ser? —preguntó David a su compañero de escapada.

—No lo sé exactamente. A mí también me han quitado el reloj. Calculo que deben ser las cuatro de la madrugada —contestó el joven de color.

—¿Dónde estamos? —preguntó David.

—¿Cómo puedes preguntarme esto? —contestó el joven muy extrañado por la obviedad de la respuesta.

—Oye, muchacho. No me pongas más nervioso de lo que estoy y contesta a mis preguntas. ¿Dónde estamos exactamente?

—Esto es Ellis Island, amigo mío. O si prefieres que te lo diga de otro modo esto es la «Puerta de la Deportación». ¿Pero quién eres tú que no sabes nada? ¿No me estarás engañando y serás un maldito infiltrado?

—Me llamo David Goodwill y por el momento no estoy seguro de poder explicarte nada más. Dime, ¿y tú cómo te llamas?

—Mi nombre es Leroy. Leroy... —el joven se detuvo por unos instantes y luego prosiguió diciendo—: Llámame Leroy. Es suficiente por ahora.

—Contéstame Leroy. ¿Podremos escapar de aquí? —preguntó David.

—Si me sigues y me obedeces sin hacer preguntas, creo que tenemos una oportunidad. Para ello tendremos que aprovechar los diez minutos de desconexión de los sistemas de bloqueo de la isla.

—Entonces, cuenta conmigo —contestó David mirando a los ojos de Leroy para luego continuar diciendo—. Ahora déjame que te haga algunas preguntas. Por favor, no te pongas nervioso y contéstamelas todas lo mejor que puedas. Tómatelo con calma. Tómatelo como si fuera un test de actualidad. Después veré si puedo contarte mi historia. ¿Preparado? ¿Trato Hecho? —dijo David.

—Sí —contestó Leroy que todavía seguía desconfiando.

—¿En qué año nos encontramos? —comenzó a preguntar David.

—¡Oh, venga ya! ¿Es que pretendes entretenerme? ¿Acaso estás haciendo tiempo para que me capturen y puedan aplicarme la ley del prófugo? ¿Cómo has conseguido quitarte el collar? Todo esto me parece muy sospechoso. Mejor dicho, esto es mucho más que sospechoso. Yo me largo y no quiero que me sigas. ¿Está claro? —dijo Leroy.

David reaccionó inmediatamente. Se levantó y puso las manos sobre los hombros del joven que todavía continuaba sentado. Sin perder ni un segundo, tomó la palabra y le dijo.

—Espero que creas lo que voy a decirte. Te ruego que intentes creerme aunque no puedas comprenderlo. Concédeme treinta segundos.

—De acuerdo. Tienes el medio minuto que me has pedido. Dime lo que quieras pero no me mientas. Si lo haces me largo y te dejo solo. Piensa que tú solo no podrás escapar —continuó amenazando Leroy.

David volvió a sentarse frente al joven. Tragó saliva. Cruzó los brazos sobre su pecho y comenzó a decir.

—Hace menos de veinticuatro horas que yo me estaba tomando un café tranquilamente en mi despacho.

—¿Qué tiene eso de especial? —preguntó Leroy.

—Déjame continuar. Te lo ruego —dijo David—. Lo especial de mi historia es que ese despacho en el que yo me encontraba tomando café estaba en el piso 93 de la torre norte del «World Trade Center» en Manhattan. No sé qué día es hoy, pero ayer era el 11 de Septiembre del año 2001.

—¿Qué? —exclamó Leroy levantándose como si hubiera sido impelido por un resorte invisible.

—Lo que te he contado es rigurosamente cierto. Comprendes ahora por qué no sé ni conozco nada de lo que me rodea.

—¿Pretendes que me crea que escapaste de la tragedia del 2001 y que has aparecido aquí como por arte de magia? ¿Quieres que me crea que te has librado tú solo del collar, sin más? ¿Eres acaso la reencarnación del gran Houdinni? Vamos hombre, yo también quiero que me concedas treinta segundos para hacerte una sola pregunta. Si la respuesta no me convence, me iré solo —expuso Leroy.

—Estoy de acuerdo —dijo David asintiendo con la cabeza.

—Dime David o como quiera que te llames. ¿Cómo te has librado tú solo del collar anti-movimiento?

—No me he librado yo solo —contestó David, colocándose la mano en el bolsillo de la camisa y sacando a «Popi» a la incipiente luz del amanecer—. En realidad ha sido él quien me ha librado —terminó diciendo David.

—¿De dónde ha salido este? ¡Hace más de quince años que los exterminaron a todos!

—¿Por qué? —preguntó David mientras acariciaba a la mascota.

—Pues porque les declararon culpables de ser los vehículos portadores de una grave enfermedad infantil que azotó a la población durante los primeros años de la segunda década de nuestro siglo —aclaró Leroy.

—Míralo bien —dijo David—. Este amigo se llama «Popi» y también viene del año 2001. Lo envié en un ensayo de prueba una semana antes de que yo me viera obligado a escapar. No tuve otra opción. Mi viaje estaba en principio planificado para dos semanas y media después. Concretamente para el último fin de semana de Septiembre. Sin embargo, las circunstancias que tú conoces mejor que yo, me hicieron cambiar de planes.

—¡Entonces le debemos la libertad a «Popi»! Ten mucho cuidado, David. Si te capturan y se dan cuenta de que llevas esta mascota, te acusarán de más de diez delitos contra el Estado y contra la Salud Pública —dijo Leroy tomando asiento de nuevo sobre un peñasco—. Ahora contestaré a todas tus preguntas —añadió.

—¿Ahora ya no quieres irte? —preguntó David.

—No me tientes, amigo. No me tientes —contestó Leroy sonriendo.

—¿Es verdad que estamos en el año 2029?

—Sí.

—¿Qué día es hoy?

—Acabamos de estrenar el 12 de Septiembre. Ahora deben ser las cinco y media del miércoles 12 de Septiembre del año 2029.

—¡Increíble! —exclamó David.

—Pero rigurosamente cierto —contestó Leroy.

—¿Me crees ahora?

—Todavía no sé si puedo creerte. Sin embargo, sí que estoy seguro de que tengo que ayudarte. Lo que cuentas es de locos. Espero que sea verdad y que no me estés tendiendo una trampa. Si se entera alguien de que me he tragado tu inverosímil historia, perderé toda mi reputación.

—¿De qué reputación me hablas? —preguntó David.

—Por ahora prefiero no contártela —contestó Leroy.

La conversación entre ambos continuó durante algunos minutos hasta que de repente Leroy se puso en pie y dijo.

—Tengo una idea. Quiero que veas algo. Sígueme.

Leroy comenzó a caminar entre los peñascos sin salir de ellos. Cuando llegó a su objetivo, trepó como un gato hasta la parte más alta de ellos. Desde lo alto, tendió la mano a David y le ayudó a subir hasta donde él estaba. En aquel momento Leroy se retiró astutamente para poder ver la cara de su acompañante.

David terminó su ascensión. Cuando logró ponerse en pie al lado de su compañero se tapó la boca con las manos en un acto reflejo. Inmediatamente sus ojos se llenaron también de lágrimas. Leroy continuaba observándolo sin perderse ningún detalle.

La culpable de la espontánea reacción de David no era otra que la visión directa de la isla de Manhattan. David estaba absorto por la contemplación de algo que le parecía imposible. Leroy se acercó a él y le colocó la mano en el hombro. No se atrevió a más.

—¿Cuándo habéis construido esto? ¿Quién decidió y cómo se aprobó esta construcción? ¿Por qué no las reconstruisteis igual a las originales? ¿Quién es el responsable de todo esto? —preguntó David que no podía creer lo que veían sus ojos.

—Calma, ten calma, amigo mío. Ahora esto no es importante. Deben estar a punto de abrir la burbuja y esto significa que ha llegado nuestra oportunidad. Tenemos que aprovecharla. No tendremos otra. No podemos perder tiempo. La desconexión no durará más de diez o quince minutos.

—¿Cómo escaparemos? —preguntó David.

—Tendremos que escondernos en la sala de maquinas de su propio barco. No llegaríamos si fuéramos nadando —contestó Leroy.

—¿Se darán cuenta de que faltamos nosotros dos?

—Sí, pero no ahora. Lo descubrirán cuando trasladen al último grupo. Entonces verán que les faltan dos del total. Les parecerá imposible y comenzarán sus averiguaciones. Cuando esto ocurra nosotros estaremos muy lejos —dijo Leroy.

—Oye, ¿por qué los demás dormían y nosotros no?

—Nosotros también teníamos que estar dormidos. Así lo manda y exige el artículo 18.b de la «Convención de Derechos del Retenido» que se aprobó y firmó en Philadelphia en el año 2017.

—¿Entonces?

—Creo que alguien decidió saltarse las reglas y decidió torturarnos manteniéndonos toda la noche con la conciencia despierta. Incluso nos pusieron juntos para aumentar nuestra ansiedad. Es una forma sutil para lograr la desesperación del retenido. Así no puede dejar de pensar en lo que le espera y minuto a minuto comprueba que no puede hacer nada para evitarlo. Es una práctica muy cruel que está totalmente prohibida. Pero ya has podido apreciar que les resulta muy fácil contravenirla.

—¿Cuál hubiera sido nuestro destino, Leroy? —preguntó David.

—Seguramente nuestro destino final hubiera sido una burbuja de confinamiento para rebeldes —dijo Leroy.

—¿Qué es eso exactamente? —volvió a preguntar David.

—Ya veo que tendré que contarte muchas cosas para ponerte al día. Tu mundo era muy distinto a este en el que te encuentras ahora. Han pasado tan solo 28 años pero todo ha cambiado muchísimo. Dejemos las explicaciones para después. Ahora tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos en escapar. ¿Estás de acuerdo, hombre del pasado?

—Sí —contestó David.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Capítulo 7

La estrategia de Leroy resultó perfecta y lograron el propósito de escapar sin problemas. Eran las ocho y media de la mañana cuando ascendían caminando por la 2.^a Avenida. Según Leroy, este era el método más seguro para no ser víctimas de los controles en las entradas de las estaciones de metro.

Habían procurado también evitar el paso por el nuevo complejo construido en la llamada Zona Cero. Era demasiado arriesgado. En cualquier momento podían pararles y pedirles la identificación. Si comprobaban su ADN, estaban perdidos. La creciente curiosidad de David tendría que esperar.

Ahora lo más importante era llegar a la casa de un primo de Leroy. Le explicó que desde allí podría mover los hilos necesarios para conseguir una nueva documentación para ambos. Mientras caminaban procuraban mantener la conversación en el ámbito exclusivo de ellos dos.

—Esta parte parece que no ha cambiado mucho —dijo David cuando torcieron a la izquierda por la calle 60 para dirigirse de lleno hacia Central Park.

—La ciudad en sí no creo que haya cambiado mucho. Lo que realmente ha sufrido muchos cambios es la forma de vivir en ella —contestó Leroy con un tono de amargura en sus palabras.

—La verdad es que no reconozco ni las tiendas ni los negocios. Sin embargo, tengo la sensación de estar paseando tranquilamente por mi ciudad. No me siento en absoluto extraño en ella —volvió a decir David.

—Muchos de los negocios de tu época tuvieron que cerrar. Se luchó muchísimo para mantener el turismo pero este bajó de forma considerable. Entonces empezaron a incrementarse las medidas de seguridad. Primero lo hicieron de forma racional pero después se llegó hasta límites que muchos de nosotros consideramos excesivos e inaceptables.

—Me llama mucho la atención lo que han cambiado los coches. Su visión sí que me convence de que estoy en mi futuro —dijo David.

—Sin embargo, ahora tienes la posibilidad de comprar cualquier coche nuevo con la carrocería de un modelo antiguo. Cuesta un montón de pasta pero si puedes permitírtelo, vas, lo pagas y listo. En tres días te realizan la transformación. Es un buen negocio. Hay mucho nostálgico con dinero en esta ciudad nuestra —explicó Leroy—. Mira, por allí circula un Ford Crown Victoria de 1999. No pensarás que ese coche ha durado treinta años con esta apariencia tan magnífica. ¿A que parece recién salido de fábrica?

—Es verdad, es fantástico. Déjame que te haga una pregunta más. ¿En qué año naciste tú?

—Nací en el año 2006. Acabo de cumplir los 23. Y tú, David, ¿cuántos años

tienes?

—Tengo..., mejor dicho, tenía 33 años. Ahora debería tener 61, pero sigo teniendo los mismos 33. Es un lío. Oye, ¿sabrías decirme cuántas personas murieron en los atentados del 2001?

—Sí que lo sé. Esto lo hemos estudiado todos con carácter obligatorio en las clases de «Estructura Relacional Colectiva».

—¿En las clases de qué? —preguntó David extrañado.

—Ya te lo explicaré luego. Las cifras que me pides son aproximadamente las siguientes. Se calcula que en el «World Trade Center» murieron 3000 personas. Los pasajeros de los vuelos afectados y sus tripulaciones fueron unos 260. Y finalmente, otros 120 murieron en el Pentágono.

—¿En el Pentágono?

—Sí David. Un tercer avión cayó sobre un ala del edificio. Tú no debes saberlo pero todavía hubo un cuarto avión que al parecer se dirigía a la Casa Blanca. Su trayectoria fue abortada por el propio pasaje. Este avión se estrelló en Somerset County, en Pennsylvania.

—¿Quién pudo organizar todo esto? ¿Cómo es posible que fallaran tantas medidas de seguridad en los aeropuertos y en los aviones? —dijo David.

—Muchos intentaron atribuirse la paternidad de los hechos. Algunos lo hicieron pasados varios años. Sin embargo, la CIA siempre sospechó de un grupo terrorista liderado por un multimillonario de origen saudita buscado por la justicia internacional. Con respecto a tu segunda pregunta, hoy mismo has tenido la respuesta. Teóricamente era imposible que escapásemos y lo hemos hecho. Las medidas de seguridad se relajan, pero ello no justifica que todo lo tenga que terminar pagando el ciudadano de a pie —expuso Leroy de forma fehaciente.

—¿Lograron capturarlo? —preguntó David.

—No se sabe de manera cierta. Se vendió la idea de que había podido morir alcanzado por los bombardeos que se realizaron primero en la ocupación de Afganistán y luego en la de Irak. El presidente Bush se dedicó a saldar las cuentas pendientes que había dejado el mandato presidencial de su padre en Oriente Medio. Con la invasión de Irak tomó el control directo de sus explotaciones petrolíferas y también indirectamente de la OPEP. Después continuó ampliamente con su idea política de controlar al mundo árabe.

—¿Quién es ahora el presidente?

—El presidente actual es el demócrata John Q. Wallhood. En realidad, ya no hay elecciones. Los mandatos se alternan de ocho en ocho años. Un turno para los demócratas y después otro para los republicanos. Aseguran que los dos partidos siguen existiendo, pero no se lo cree nadie. Tampoco se realizan campañas presidenciales por razones de seguridad. Las votaciones se siguen realizando

únicamente como encuestas vivas de intención.

—¡Qué obsesión por la seguridad! —dijo David.

—¡Ah! ¿Quieres saber algo que seguramente te sorprenderá?

—¡Cómo no! —respondió David.

—Escucha bien lo que voy a decirte. Cuba se convirtió en el estado miembro número 51 de la Unión en el año 2012. Fue una jugada maestra para reducir al mínimo la inmigración. Además, tras la anexión, muchos de los cubanos inmigrados decidieron volver a su país. La isla es uno de los negocios de turismo más prósperos de nuestra nación. En la actualidad nuestra bandera tiene 54 estrellas. Los otros tres estados incorporados de forma definitiva fueron Puerto Rico, Panamá y Costa Rica.

—Me parece imposible —fue todo lo que acertó a decir David.

—Pues hoy en día la hipótesis que más se baraja es la anexión total y completa con Canadá.

—Dejemos todo esto por el momento y vayamos a temas más concretos. ¿Cómo vas a conseguirme documentación? Me imagino que no debe ser nada fácil —dijo David.

—No te preocupes por ello. Tengo buenos contactos y hay gente que me debe muchos favores. Esta misma noche tendrás tu documentación. Tienes que decidir un nuevo nombre.

—¿No puedo continuar con el mío? —preguntó David.

—Sí, creo que sí. Tu nombre no está fichado. Habrá que falsificar los controles anuales de registro en la base de datos del gobierno y de la policía para entrar los datos correctos de tu ADN. No te preocupes, lo sabemos hacer muy bien. Yo ya he cambiado siete veces de identidad. Lo del ADN es fundamental. Si no lo hacemos te podrían pillar en cualquier momento —explicó Leroy.

—Supongo que eso es lo que me ocurrió.

—¿Dónde te apresaron, David?

—No lo sé exactamente, pero creo que debió ser en la torre central del nuevo complejo que he podido ver esta mañana. Recuerdo que estaba bajando por las escaleras y al llegar al nivel 94 intenté llamar a un ascensor. Pulsé el indicador de bajada y de repente todo se bloqueó.

—Seguramente ocurrió que el análisis cognitivo de tu sudor al tocar el indicador de bajada, no encontró registro positivo y autorizado en la base de datos del ordenador de seguridad de la torre. Inmediatamente después, comenzó la fiesta. Apareciste en mal sitio y en mala fecha, amigo mío. Piensa que todavía se teme algún acto suicida. Aunque solo puedan ser actos esporádicos de pequeña intensidad y trascendencia, el gobierno consideraría muy negativo que fueran perpetrados en el día del aniversario y en el mismo lugar de la tragedia.

—Yo no podía escoger ni el día ni el lugar —murmuró David.

—¿Qué has dicho?

—Nada que ahora sea importante. Olvídalo, Leroy.

Los dos continuaron ascendiendo sin dejar la Quinta Avenida. Dejaron atrás Central Park y entraron en Harlem. David tenía la imagen grabada de un barrio de Harlem habitado casi exclusivamente por gente de color. Se sorprendió al ver que las personas que se movían por las calles eran todas de raza aria. Todos tenían el pelo rubio y sus facciones eran caucásicas.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó extrañado.

—¿A qué te refieres? —contestó Leroy.

—¿No era esta una zona casi exclusiva de la gente de color?

—Tienes razón, creo que así lo fue en el pasado. Todo esto que ahora ves es fruto de la política de hoy. Es lo que se ha venido a denominar «Proyecto de Ampliación Preferencial de Fronteras Intercomunicativas». Nuestro país necesitaba incrementar la población para poder mantener la posición hegemónica a nivel mundial. ¡Y qué mejor que sacarlos del gran rival! El objetivo era doble. Por un lado, poder fortalecer tus propios recursos; y por el otro, debilitar a los del contrario.

—No salgo de mi asombro —dijo David.

—Otra cosa —dijo Leroy—. Ahora el programa espacial es un proyecto a nivel mundial. La nueva agencia que dirige actualmente los proyectos espaciales es la WWSP con sedes en Florida, en Grecia y en China. Se suscitaron muchas controversias con ciertos fracasos de la NASA. Ya te los contaré. Nunca pudieron comprobarse pero finalmente se decidió la creación de la nueva agencia bajo el control mundial.

Estaban llegando a la altura de la calle 173 y Leroy seguía subiendo, sin intención de detenerse, hacia el norte.

—Nunca me atreví a llegar tan arriba. Esto es el Bronx. ¿Ya no es peligroso? —preguntó David.

—En absoluto. La mayoría de edificios son de nueva construcción. Todo cambió cuando el presidente Nicholas W. Frogate legisló y aprobó la «Ley de Actuación Personal Progresiva» que todavía sigue en vigor. Los actos de delincuencia pasaron a valorarse con puntos negativos. Cuando un delincuente alcanza los diecinueve puntos negativos, se le coloca un chip de control en su cuerpo, concretamente en el talón del pie derecho. A partir de aquel momento se le tienen identificados todos sus movimientos. Es una medida de carácter disuasorio. Pero cuando una persona supera los treinta puntos negativos es capturada inmediatamente y deportada a una burbuja de aislamiento de por vida. Esto es más o menos lo que iban a hacer con nosotros dos —explicó Leroy.

—¡Pero yo no tengo puntos negativos! —dijo David.

—Lo sé. Pero te negaste a identificarte y eso les concede el poder de actuar de la

forma en que lo hicieron.

—¿Y los derechos humanos? —volvió a insistir David.

—La «Convención de Derechos del Hombre» como individuo perteneciente a una determinada colectividad, se redactó en Philadelphia. Esta Ley promulga la libertad absoluta del individuo para vivir dentro de la sociedad. Romper las leyes de esa comunidad significa no querer vivir más en ella y conlleva la separación. Todo el mundo tiene la obligación de identificarse. Piensa que los turistas están también sujetos a esta regla. Nadie que viva o visite una ciudad está exento de cumplir con esta norma de ámbito de aplicación mundial.

—¡Caramba! —exclamó David.

—Si nos hubieran deportado, habiéramos pasado el resto de nuestros días en una burbuja de confinamiento. Casi con toda seguridad en una burbuja en los desiertos de Oriente Medio. Son las peores de todas —explicó Leroy a David.

—¿Y a ti por qué te tenían retenido?

—Lo mío es mucho más grave —dijo Leroy entrando en una casa de apariencia completamente normal.

—¿Más grave?

—Sí. Aunque presumiblemente el final hubiera sido el mismo que el tuyo, lo cierto es que lo mío es mucho más grave.

—Cuéntame, Leroy.

—Lo haré cuando esté completamente seguro de que no puede oírnos nadie —contestó el joven de color.

Entraron en el interior de un edificio de apartamentos. Leroy golpeó la puerta con los nudillos de su mano izquierda. Lo hizo aplicando una secuencia de golpes convenida. No pasaron ni diez segundos y la puerta se abrió. Una muchacha de color apareció en el umbral. Leroy le colocó un dedo sobre los labios y le hizo gestos para que no dijera nada.

Penetraron en la estancia y Leroy se dirigió hacia una de las ventanas. Corrió las cortinas y cogió el pomo del cordón que las accionaba. Lo abrió y colocó su dedo índice en el interior. Acto seguido desenroscó la bombilla izquierda del aplique de la pared.

David seguía con interés todos los movimientos de su compañero de fuga. La muchacha estaba a su lado sin abrir la boca para nada.

Leroy introdujo el pomo en el portalámparas del aplique. Miró a David y le indicó con la mano que se retirara de donde estaba. Hizo lo mismo con la muchacha. Entonces Leroy acabó de insertar el pomo y el suelo se abrió. Una escalera que descendía al sótano apareció debajo del suelo. Leroy indicó a David que bajara. Después se despidió de la joven y también por señas le indicó que cerrara la compuerta. La luz del sótano se iluminó al pisar el primer peldaño. Una sala con tres

puertas apareció frente a ellos.

—Aquí podremos hablar con toda tranquilidad —dijo Leroy—. Todo el sótano esta forrado con placas de plomo.

A continuación abrió la puerta de la derecha. Los dos entraron en una estancia de unos 40 metros cuadrados. Un reloj proyectaba la hora sobre la pared en números rojos. Eran las 14 y 47 minutos. En la pared del fondo se iluminó una pantalla de plasma cristalino y una imagen digitalizada apareció en ella.

—¿Quién es el intruso? —preguntó.

—Es de toda confianza. Ahora no importa quién es. No tiene papeles y los necesita. Yo también necesito una nueva identificación.

—¿Qué te ha sucedido? Te has retrasado casi veinticuatro horas. ¿Has tenido problemas? —preguntó la imagen a Leroy.

—Sí, pero con la ayuda de mi compañero los he podido solventar. Además no he sobrepasado el límite de alarma, ¿verdad? —respondió Leroy.

—No, pero has estado muy cerca. Estábamos muy preocupados.

—De acuerdo, «Tío Sam». Vayamos a lo que ahora importa. Tienes que hacer el análisis del ADN a mi amigo David. Su nombre completo es David Goodwill. Es un nombre ficticio que hemos elegido entre los muchos fallecidos en la tragedia de las torres gemelas.

Leroy indicó a David que se acercara al panel y apoyara la palma de la mano en un pequeño círculo de color naranja que apareció en él.

David obedeció y colocó la mano en el lugar indicado. A los pocos segundos, el círculo se volvió de color verde.

—Ya está —dijo Leroy—. Ahora solo nos falta esperar unos minutos y tendremos solucionado el problema de los papeles. «Tío Sam» realizará además la actualización en los archivos gubernamentales y policiales. Espero que hayas salido bien en la foto.

—¿En qué foto? —preguntó David.

—Es una broma, hombre. Hoy en día las fotos no se usan. Son demasiado fáciles de manipular.

—Acabas de recordarme a un buen amigo mío —dijo David.

—¿Qué quieres hacer mientras esperamos a que nos envíen los documentos? ¿Quieres ver lo que antes se llamaba una película? Puedo asegurarte que te sorprendería mucho poder verla en tamaño natural y en tres dimensiones.

—Seguro que sí. Pero ahora lo que más me interesa es conocer algo más de ti. ¿Qué significa todo este despliegue de tecnología en una casa particular? ¿Quién es tu primo? ¿Quién eres tú realmente? ¿Cuál es esa secreta reputación que antes no quisiste contarme? —preguntó David.

—Te lo contaré todo a su tiempo —contestó Leroy—. Pero primero le corresponde el turno al invitado. Dime, ¿qué hacías tú en el 2001? ¿En qué

trabajabas? Cuéntame cómo pudiste escapar. ¿Cómo te sientes ahora?

David asintió. Se sentó en un cómodo sillón y se relajó para contar toda su apasionante historia.

Relató con todo detalle la experiencia vivida desde sus vacaciones en Tampa hasta los terribles momentos de desconcierto en la mañana de su 11 de Septiembre. Después explicó todo lo que le había sucedido desde el momento en que volvió a tener conocimiento de sí mismo hasta que los dos comenzaron la aventura de su escapada en la isla de Ellis. Puso un énfasis especial en cómo se produjo su reencuentro con «Popi».

—Así que eres físico —dijo Leroy.

—Efectivamente. Yo era físico. Ahora ya no sé si lo soy.

—Claro que lo sigues siendo y te necesito. Siempre he soñado que algo así pudiera haber sucedido. Déjame que ahora te cuente un poco sobre mi. ¿Quieres beber algo?

—No, no quiero nada. Estoy perfectamente. Estoy muy ansioso por saber quien eres tú —contestó David.

—Como ya te conté, nací en el 2006. Concretamente el 20 de Agosto. Fui seleccionado entre los millones que nacieron aquel año por mi ADN exento de anomalías genéticas. Mis padres no tuvieron otra opción que firmar el consentimiento y me cedieron a los intereses del Estado. Creyeron que era lo mejor para mi. Yo crecí participando en un ambicioso proyecto de alcance supranacional. Era uno de los elegidos. Recuerdo que al principio éramos más de doscientos. Poco a poco, el número se fue reduciendo y cada vez íbamos quedando menos. No sabíamos lo que pasaba con los compañeros que desaparecían de nuestro lado. Preguntábamos pero no recibíamos respuestas a esa clase de preguntas —explicó Leroy para luego continuar inmediatamente con su relato—. Los seleccionados éramos, en teoría, unos afortunados. Recibíamos una formación equivalente a varias carreras universitarias. Yo mismo cuando cumplí los dieciséis años, recibí las licenciaturas en Medicina, en Biología Nuclear y en Física Estratomolecular.

—Entonces resulta que estoy delante de un genio —dijo David.

—El genio, amigo mío, eres tú. Tú lo conseguiste y yo te repito que te necesito. Hemos de debatir mucho tu teoría. Creo que hoy existen ya algunos hechos descubiertos y constatados que pueden mejorarla. Pero ya tendremos tiempo de discutirlo todo porque te vas a quedar a vivir aquí conmigo. ¿Aceptas mi ofrecimiento?

—Desde luego. Además, tampoco tengo adonde ir.

—No sé ni quién ni qué ha unido nuestras vidas y nuestros destinos, pero yo nunca he creído en las casualidades. El Universo es muy listo. Seguro que no somos los primeros ni los últimos que nos encontramos en esta situación o en otra parecida

en otros tiempos o en otras dimensiones. A veces se necesita un empujoncito fuera de las normas, ¿verdad?

—No acabo de comprender exactamente a qué te refieres —dijo David.

—Ni yo tampoco. No me hagas caso. Estoy un poco loco. Me siento inmensamente feliz. Es la primera vez que me doy cuenta de que todo ha valido la pena.

—Me alegro por ti —dijo David.

—Mira, ya están aquí los documentos —dijo Leroy al ver iluminada una señal en la pantalla de plasma. Abrió un cajón de la mesa y los recogió. Guardó los suyos y tendió a David su nueva documentación.

—¿Cómo habéis hecho esto? —preguntó David sorprendido.

—¿Hecho el qué? ¿Te refieres a la tele-transportación física? Tiene gracia que lo preguntes precisamente tú. ¿Ya te has olvidado de lo que tú hiciste? ¿Será posible? —acabó diciendo Leroy entre carcajadas.

David se unió a las risas de su compañero comprendiendo lo inoportuno de su pregunta. Luego mucho más consecuente y trascendental, añadió.

—No lo creo pero es posible que mi madre todavía esté viva. Si fuera así, su edad sería ahora de ochenta y cuatro años.

—«Tío Sam» lo averiguará. En pocos minutos lo sabremos —dijo Leroy mirando a David—. Dime, ¿cómo se llamaba tu madre? ¿Cuál era su apellido de soltera? ¿En qué año y dónde nació?

David contestó a todas las preguntas de Leroy. Toda la información se transfirió a «Tío Sam». Este informó que tardaría unas dos horas en responder. Entonces Leroy se giró hacia donde estaba David y le preguntó:

—¿Te apetece salir? Ahora ya tenemos documentos buenos y limpios. Somos, a todos los efectos, unos pájaros sin plumas negativas que nos puedan coartar el vuelo.

—Tú sí que estás hecho un buen pájaro —dijo David.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. Era solo una broma del pasado.

Capítulo 8

Habían pasado casi dos meses desde que David tuvo conocimiento de que ya nada le unía familiarmente al pasado.

«Tío Sam» había averiguado que Evelyn Goodwill, de soltera Evelyn Jensen, había fallecido el 4 de Abril del año 2014. El golpe sufrido con motivo de la muerte de su hijo había resultado demasiado fuerte para ella. Nunca logró rehacerse ni tampoco hacerse a la idea de lo que había sucedido. No pudo ni supo aceptarlo. La madre de David se había ido apagando poco a poco en los años que sobrevivió a la tragedia, y ofreció su último suspiro en una soleada mañana de primavera.

Cuando David fue conocedor de la noticia, la encajó con dolor. Lo hizo con una extraña sensación que era una mezcla de impotencia y de fatalismo. En apenas 48 horas de su conciencia, había pasado de poder abrazar a su madre a conocer que ella llevaba más de quince años muerta.

Pensó durante varios días en lo mucho que sin duda había padecido su madre al creerle muerto en el atentado. David se había convertido en la única razón de vivir después de que Evelyn perdiera a su esposo. Le costó muchísimo aceptar la muerte de su madre pero no tuvo otra opción que admitirla.

Por otra parte David no acababa de acostumbrarse al futuro del que había pasado a formar parte. Sin él proponérselo se había convertido en una especie de proscrito. Tenía documentos, pero no tenía un pasado inmediato. Su pasado era demasiado pasado y eso no le servía. Tenía un agujero negro en su vida. Tenía un vacío de información y de vivencias equivalente a 28 años.

Leroy le había estado instruyendo sobre la forma de moverse y de desenvolverse sin levantar sospechas. Sin embargo, David solo se había atrevido a salir sin compañía en un par de ocasiones.

Martha era la compañera de Leroy y la casa que este había calificado como la casa de su primo era, en realidad, su propia casa. Era su refugio, su centro de operaciones y también su escondite. Las otras dos puertas del sótano eran el complemento perfecto del propósito principal de la casa. La puerta central era un seguro de escape. Conducía directamente a las alcantarillas. La otra habitación, la del lado izquierdo, era un dormitorio con lavabo, aseo y una ducha en uno de los rincones. Estaba pensado para emergencias imprevistas. Un pequeño armario con frascos de comida sintética completaba la escueta decoración. Las pastillas de alimentos liofilizados y concentrados se habían impuesto en los últimos años. El placer de asistir a un buen restaurante quedaba reservado para la mayoría de las personas a ocasiones muy especiales.

David se había pasado estos dos meses recabando información. Quería embeberse de todo lo que había sucedido en los años que él se había saltado. «Tío Sam» le había

servido de gran ayuda. Era una gran verdad que el mundo había cambiado más de lo que parecía. La forma de vivir actual era un fiel reflejo de todo ello. David no estaba muy seguro de que le gustara.

New York, al igual que otras ciudades estratégicas y emblemáticas de los Estados Unidos y también del resto del mundo, estaban protegidas por un escudo que hacía imposible que se repitieran los trágicos actos de Septiembre del 2001.

La idea inicial del presidente Bush de proteger a todo el país se había cambiado por la de preservar las áreas más susceptibles de ser atacadas.

Por ese motivo se habían trasladado todos los aeropuertos fuera de los respectivos escudos. Las rutas de los aviones no sobrevolaban nunca los núcleos habitados. Los mandos de pilotaje reconocían constantemente los ADN's autorizados. Cualquier situación anómala era reportada inmediatamente a la torre de control. Si en un plazo de dos minutos la situación no se restablecía satisfactoriamente, la decisión prevista era contundente y su aplicación no se hacía esperar. No obstante, en los cinco últimos años nunca se había llegado a tener que aplicar esa circunstancia.

Leroy entró en la habitación del sótano. David estaba exprimiendo una vez más a «Tío Sam».

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó Leroy.

—¿Qué día es hoy? —repreguntó David.

—Hoy es viernes. Hoy es el día 9 de Noviembre. ¿No querrás pasarte otro día encerrado aquí abajo?

—No, ciertamente no —contestó David.

—En ese caso te voy a llevar a una reunión. Conocerás a gente muy interesante pero no se te ocurra contarles tu historia. Aunque puedan parecer gente muy preparada, podrías crearles muchas dudas.

—Está bien. Seguiré tu consejo al pie de la letra. Pero, ¿adónde me llevas exactamente?

—Solo es una reunión informal de intelectuales científicos. Oficialmente es un congreso para evaluar la situación actual en nuestro país de lo que se conoce como «Cultura Cibernética Básica».

—¿Qué conceptos abarca ahora esta metodología?

—Se está intentando preparar a la población para que pueda manejar sin problemas a la nueva generación de autómatas —explicó Leroy.

—¿Y en calidad de qué asistes tú? —preguntó David a Leroy—. ¿No eres un perseguido de la justicia? —añadió expectante.

—Yo soy el comisionado del área norte de New York. Mi nombre para esta ocasión es Glenn Denvers.

—Pero, con tanta obsesión que tenéis por la seguridad y el control, ¿no se van a hacer controles de ADN en la entrada a la reunión? ¿O es que, cuando realmente se

deben hacer, no se hacen? —preguntó David muy extrañado y un tanto receloso.

—Sí que los hacen, David.

—En ese caso te descubrirán. No entiendo cómo puedes arriesgarte.

—No me descubrirán. Antes de salir «Tío Sam» me cambiará el ADN.

—¡Y un cuerno! ¡Esto era, es y será imposible! —contestó David.

—Tienes razón, no te exaltes. Me he expresado mal. Lo que he querido decirte es lo siguiente. Fíjate bien —dijo el joven de color.

David empezó a contemplar con sorpresa como Leroy se comenzaba a quitar la ropa. Cuando estuvo completamente desnudo se colocó frente a «Tío Sam» y le introdujo una clave en la pantalla táctil.

A los pocos segundos «Tío Sam» indicó que ya estaba preparado. Leroy alzó los brazos y se colocó sobre un círculo de la moqueta. Era un círculo que había siempre estado allí pero que, hasta ese momento, había pasado completamente desapercibido a los ojos de David. Para él solo había sido un círculo más de la decoración del suelo.

Un tubo transparente ascendió rodeando completamente a Leroy hasta sobrepasar el nivel de sus brazos extendidos por encima de la cabeza. David seguía mirando atónito. El tubo se iluminó de un color verde azulado. Pasados quince segundos la luz se apagó y el tubo se escondió. Leroy se vistió y caminó hacia David.

—¿Qué te ha parecido?

—Explícame. ¿Qué era esa luz? —dijo David.

—Forma parte del proceso necesario para impregnarme del ADN del señor Glenn Denvers.

—Pero me imagino que este proceso es incompleto. Puede que sirva para superar una comprobación de sudor pero estoy seguro de que no lo es en absoluto frente a un posible análisis de sangre.

—Es un riesgo que debo correr. Pero quiero decirte que es muy poco probable que se realicen los análisis que tú dices. Necesitan un permiso especial para ello. La convención de Philadelphia solo los autoriza en casos muy excepcionales —explicó Leroy.

—¿Cuántas personalidades tienes? —le preguntó David.

—Unas cuantas. Ya lo irás comprobando.

—¿Crees conveniente que yo asista a esa reunión?

—Lo considero estrictamente necesario. Quiero que conozcas a una persona. Es la que representa a la zona en la que tú vivías. Tengo muchas dudas sobre esa persona. Quiero conocer tu impresión. Me interesa saber qué opinas.

—Pero yo no conozco nada de lo que vais a debatir —dijo David.

—No me interesa el tema de la reunión. Necesito que sea tu sexto sentido el que se ponga a trabajar. Esta es una cualidad que, poco a poco, se ha ido perdiendo en nosotros. Pero tengo la ventaja de que tú la tienes intacta y funcionando a pleno

rendimiento.

—Está bien, tú ganas —acabó admitiendo David—. ¿Tengo también que bañarme de un nuevo ADN?

—No, no es necesario. «Tío Sam» ha registrado el tuyo como nuevo miembro de la comisión de la zona oeste. Tú no correrás ningún peligro. Si me sucediera algo a mí, cosa que no deseo ni espero que se produzca, tú vuelves aquí e informas a Martha y a «Tío Sam». Ellos sabrán lo que hacer.

—¿Cuándo podré saber toda la verdad sobre ti? —preguntó David.

—Ya conoces mucho de ella.

—Seguro que sí, pero todavía me falta una buena parte. ¿No serás capaz de decirme que me equivoco, verdad?

—No, no estás equivocado David. Pero te aseguro que cuando llegue el momento no te esconderé nada. Te pido un poco más de paciencia. Por cierto, ¿has logrado averiguar algo más sobre tu colega californiano?

—Todavía nada que sea definitivo. Estoy esperando a que «Tío Sam» me confirme un par de cosas —contestó David.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —insistió Leroy.

—Desde luego.

—¿Por qué y para qué quieres localizarlo?

—No lo sé exactamente. Pero pienso que es mi único nexo de unión con mi pasado.

—¿Dónde me dijiste que trabajabas, David?

—En la «Whitehall Research Corporation».

—¿Está todavía operativa esta sociedad?

—No, según he podido averiguar a través de «Tío Sam», la empresa cerró sus puertas en el año 2004. Al parecer la delegación del oeste en California trató de resistir por sí sola después del atentado pero no consiguió mantenerse a flote.

—Lo siento —dijo Leroy.

—Yo también —contestó David—. Oye, ¿qué papel tengo que hacer en la reunión de hoy?

—Limítate a vigilar y a observar al tipo que yo te señalaré. Cuando entremos, colócate estas gafas. No llamarás la atención porque hoy en día están muy de moda. Lo único especial de ellas es que tienen un filtro especialmente polarizado para que puedas distinguir la marca que yo le colocaré en su hombro derecho. Así le podrás tener identificado en todo momento.

—¿No podrá verla nadie más?

—No, solo tú con esas gafas estarás en condiciones de hacerlo. Llevas muchos días sin salir —dijo Leroy—. ¿En qué empleas tu tiempo? —preguntó después.

—Necesito ponerme al día. Han sucedido muchas cosas que yo todavía

desconozco. «Tío Sam» me está siendo de gran ayuda. Sin embargo, cuando quiero conocer algunos detalles de investigación técnica que me interesan, me contesta que yo no estoy autorizado a recabar esta información. ¿Puedes hacer algo al respecto? — continuó diciendo David ante el silencio de Leroy.

—Hace algunos días leí los informes de «Tío Sam» y pude enterarme de sus negativas. Ya le he cursado la petición correspondiente para que puedas acceder a todo lo que quieras. Sin embargo, existe un pequeño problema.

—¿Cuál? —preguntó David.

—Muy sencillo. Después de que «Tío Sam» te hiciera el análisis de ADN, siguió investigando por su cuenta. Contrastó tu análisis con su base de datos y encontró que coincidía con el de un varón que se había dado por muerto en el atentado del «World Trade Center». Además constató que tenía tú misma edad y que los dos nombres eran también idénticos. Me ha pedido explicaciones.

—¿Qué le has dicho?

—Le he contestado que yo no sé nada. Ya se me ocurrirá algo que pueda ser convincente.

—¡Caramba! ¡Qué complicado es este futuro! —dijo David.

—No lo sabes tú bien —corroboró Leroy—. ¿Nos vamos? Es la hora de salir hacia el Congreso.

—Cuando tú quieras —contestó David poniéndose en pie.

Capítulo 9

El personaje al que tuvo que observar David durante el Congreso resultó ser un tipo de lo más corriente. Era un varón de unos cuarenta años, sin nada especial que resaltar en su comportamiento. David tomó asiento dos filas más atrás de donde se sentó su señalado objetivo. El personaje en cuestión no habló casi con nadie. Se limitó a tomar unas notas en un cuidado y pulcro portafolio que transportaba bajo el brazo. Llegó solo y se marchó también solo. No realizó ningún movimiento sospechoso, y el único instante en que se ausentó de la sala fue para ir al aseo. David fue detrás de él y disimuló perfectamente su papel de vigilante hasta que los dos volvieron a sus respectivas butacas con escasos segundos de diferencia.

El «Congreso sobre la aplicación de las novedades cibernéticas» se desarrolló con una satisfacción impensable e inimaginable para David. Este pudo conocer muchas de las novedades que solo eran proyectos cuando realizó su salto en el tiempo. Su ego personal se revalorizó, ya que fue capaz de seguir perfectamente todas las valoraciones y explicaciones técnicas que se comunicaron.

No obstante, y a pesar de todas estas notas positivas sobre la vigilancia encargada por Leroy y sobre el correcto funcionamiento del Congreso, fue otra circunstancia la que mantuvo a David en tensión toda la tarde.

David estaba en compañía de Leroy, mejor dicho de Glenn, cuando la vio entrar en el hall de recepción. Vestía una sencilla gabardina de color oscuro. Ella se dirigió al mostrador de guardarropía y depositó la prenda de abrigo.

Inmediatamente se dirigió hacia ellos. David empezó a sentir una creciente turbación ante su proximidad. Cuando ella llegó donde ellos estaban, se detuvo y saludó a educadamente a Leroy.

—Buenas tardes, doctor Denver —dijo.

—Buenas tardes, Jennifer. Permíteme que te presente a David Goodwill. Es un colega nuestro de California. Asistirá al congreso en calidad de invitado. Siempre es bueno intercambiar opiniones. ¿No es cierto?

—Desde luego —contestó Jennifer estrechando la mano de David con una decisión que le sorprendió—. Bienvenido a New York, doctor Goodwill. ¿Se quedará muchos días entre nosotros?

—Oh, no lo sé. Creo que sí. Todo depende de...

Leroy le interrumpió y volvió a tomar el mando de la conversación.

—Jennifer Bailey es la representante de Jersey City. Es una persona encantadora. Lástima que no puedas quedarte muchos días, porque además de ser una reconocida especialista en cibernética es también una autoridad en Historia Contemporánea de nuestro país. Conoce como nadie los sucesos del trágico Septiembre del 2001 que tanto te interesan a ti también.

—No exagere, doctor Denver —dijo Jennifer.

—Desde luego que no estoy exagerando, en absoluto —volvió a decir Leroy haciendo un gesto de respeto hacia ella.

David permanecía callado. Temía abrir la boca y decir algo impropio que pudiera resultar inoportuno. Intentaba mantener una postura coherente y no perder el control ante aquel maravilloso par de ojos negros.

Jennifer se despidió elegantemente.

—Hasta luego caballeros. Ha sido un verdadero placer —les dijo, y se dirigió a la sala principal.

David se mantuvo pendiente de ella de forma discreta durante las más de dos horas que duró el Congreso. Ella estuvo sentada todo el tiempo muy cerca de él. Les separaron cuatro butacas pero sus miradas se cruzaron al menos en tres ocasiones. La perdió de vista cuando terminó el acto. Leroy le estaba presentando a unos colegas, y ella desapareció sin que él pudiera dirigirle la palabra.

Volvieron en taxi a la casa del Bronx. David se había instalado en una de las habitaciones del piso superior. Martha les recibió con una sorpresa, pero con la cara larga y seria. Había preparado la mesa de forma inusual. Era un día especial. Cumplía veintidós años.

—Me había olvidado —dijo Leroy—. Lo siento —añadió.

—Yo también lo siento —dijo David.

—Tú no tenías por qué saberlo —contestó Martha, lanzando una mirada de reproche a su compañero.

—No volverá a suceder. Te lo prometo. Te repito que lo siento —volvió a disculparse Leroy.

—No tienes remedio —contestó Martha.

—Disculpadme pero tengo que introducir unos datos del Congreso en «Tío Sam». Solo serán un par de minutos —dijo con cierto recelo Leroy juntando las palmas de sus manos en una nueva señal de disculpa.

—¡Ves cómo no tienes remedio! —aceptó Martha—. No tardes. Faltan solo cinco minutos para que saque la comida del horno.

Leroy desapareció guiñando el ojo a David. No había vuelto todavía Martha cuando él regresó con un enorme bulto que colocó en la silla reservada para ella. Los dos se sentaron en la mesa. Dos minutos después entró Martha con una bandeja en las manos. Al ver que su compañero había fingido su olvido, lanzó un grito de alegría.

—No tienes remedio —le dijo con lágrimas en los ojos—. No tienes remedio, pero no cambies nunca —añadió.

Martha desenvolvió el paquete y descubrió un peluche con otro paquete atado a su mano derecha. Era una cajita de color rojo. En su interior encontró un reloj-teléfono de última generación.

—Es precioso —dijo ella.

—Después le enseñaremos su funcionamiento a David. He comprado otro para él, aunque no hoy sea su cumpleaños. Aunque bien pensado no sé si tendrá la cabeza otra vez en su sitio. Creo que hoy la ha perdido en el Congreso.

—¿Por qué? —preguntó Martha.

—Querrás decir más bien, ¿por quién? —contestó Leroy.

—No bromees —dijo David.

—Hoy le he presentado a Jennifer Bailey. Casi se cae de espaldas cuando ella le ha dado la mano.

—Es muy guapa —dijo Martha.

—Tiene unos ojos negros maravillosos —admitió David.

—¡Lo ves! —dijo Leroy—. No me he equivocado. Creo que ha tenido la sensación de que todo se movía bajo sus pies.

—Esta es una apreciación muy desafortunada en mi caso, Leroy —dijo David poniéndose un poco serio.

—Pido mil disculpas otra vez. Pero, ¿acaso no había en tu época bellezas como Jennifer?

—¿Qué significa eso de, «tu época»? —preguntó rápidamente Martha.

—Pues, que ya es un viejo. Tiene más de treinta años —dijo Leroy intentando corregir su desliz.

—Pues yo le veo todavía muy joven —volvió a opinar Martha.

—Las apariencias engañan —contestó Leroy entre carcajadas.

—No te rías tanto y contéstame. ¿Por qué le has dicho que no me iba a quedar mucho tiempo en New York?

—Para intentar que ella se ponga en contacto con nosotros. Prefiero que lo haga ella. Así no despertarás sospechas. Después ya nos inventaremos alguna historia creíble para tu traslado aquí.

—Siempre te ves obligado a tener que inventar alguna historia. Vives en la imaginación. Espero que no vivas también de ella.

—No te me pongas trascendental, amigo mío. Si no hubiera sido por mí, no la hubieras conocido. Me debes una, compañero —dijo Leroy levantando el índice de su mano izquierda.

Después de la cena Martha se ausentó un momento. David aprovechó el momento para preguntar.

—¿Conoce Martha mi verdadera historia?

—No. Suponiendo que tu historia sea la verdadera, solo yo la conozco. Por el momento es mejor así.

—¿Cuándo has comprado todo esto? ¿Dónde lo tenías escondido ahí abajo? —preguntó David.

—No estaba escondido. Acabo de comprarlo. «Tío Sam» se ha portado como un autentico mago al enviármelo en menos de dos minutos. Pero esto es un secreto, ¡eh! No se lo digas a Martha, pero la verdad es que sí que se me había olvidado.

—Desde luego, Martha tiene toda la razón.

—Lo sé, lo sé. No tengo remedio. Lo sé —volvió a reconocer Leroy.

Capítulo 10

Las previsiones de Leroy resultaron acertadas. Sabía que Jennifer iba a morder el anzuelo que él le había lanzado en el hall de la sala de Congresos. Los atentados de Septiembre de 2001 eran un tema demasiado apasionante para ella como para dejar escapar la oportunidad de debatirlo con otra persona que sentía lo mismo.

Jennifer Bailey llamó por teléfono cuando tan solo habían pasado cuatro días desde la fecha del Congreso. Utilizó la excusa del cumpleaños de Martha para dar paso inmediatamente a su verdadero objetivo.

—¿Sigue todavía por aquí el colega californiano?

—Sí, creo que sí —contestó Leroy sin dar importancia a su respuesta.

—¿Tiene usted algún medio de contactar con él, doctor Denvers? —preguntó Jennifer con la voz decidida.

—Sí, desde luego. Pero, si prefieres hacerlo tú, yo puedo darte su número personal de teléfono móvil.

—No, doctor. Prefiero que sea usted quien lo haga. Y, por favor, dígame que me gustaría compartir mis ideas con él. No dude usted en facilitarle mi número de teléfono.

—De acuerdo, Jennifer. Cumpliré con tu encargo. Cuídate mucho. Le diré a Martha que has llamado. Se alegrará mucho también —dijo Leroy antes de colgar el teléfono.

—Gracias, doctor.

Leroy subió a la habitación de David y le contó la llamada de Jennifer. David no pudo disimular su alegría. Luego, Leroy bajó al sótano. Estaba completamente solo. Introdujo un código en la pantalla táctil. Después se sentó frente a «Tío Sam» y, cuando apareció la imagen que esperaba, dijo en voz alta y clara:

—Os informo de que se ha completado con éxito la primera fase del programa, según lo que habíamos previsto.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó la imagen de la pantalla.

—Ahora mismo —contestó Leroy—. Acabo de facilitar el número de teléfono de la señorita Bailey al doctor David Goodwill.

—Excelente —contestó la voz de la pantalla antes de retirarse.

Leroy también abandonó la sala y salió a la calle. Tenía muchas cosas que hacer. Y solo él podía hacerlas.

David continuaba estudiando en su habitación. Le había vuelto a coger gusto al estudio. Se había comprado algunos libros. Unos eran de Historia y otros explicaban las nuevas tecnologías. Ahora le interesaban todos los libros por igual. No le importaba que no fueran técnicos. Lo que a él le había interesado siempre era descubrir lo desconocido y eso era precisamente lo que estaba haciendo ahora.

Respiró hondo y cogió el papel donde estaba el número de teléfono de Jennifer. Aunque la voz le temblaba más de lo habitual, David logró dictar los números en el orden correcto en el segundo intento. La imagen de Jennifer apareció en la pantalla del reloj de David. Su voz sonó serena y sublime.

—Me alegra que me haya llamado, doctor Goodwill —dijo al ver la cara de David en su pantalla.

—El doctor Denvers me ha dado su número. Espero no ser inoportuno y no haberme tomado una libertad que pudiera molestarla, doctora Bailey —dijo nerviosamente David.

—Llámame Jennifer. Te lo ruego.

—Lo haré si tú me llamas David —contestó él astutamente.

—No sé si eso me resultará fácil, pero te prometo que lo intentaré —dijo Jennifer.

—Estoy seguro de que lo lograrás.

—¿Cuándo regresas a California?

—Tengo pensado quedarme algunos días más en New York —contestó David, intentando dar un aire despreocupado a la conversación.

—El doctor Denvers me dijo que eras un gran entendido en los hechos del 11 de Septiembre del año 2001. Me gustaría tener la ocasión de poder contrastar algunas teorías.

—Es verdad que me interesa mucho este tema, pero te quiero adelantar que disto mucho de ser un experto en ello.

—Pues el doctor Denvers me ha asegurado que tú eres el único que puede contestar con rigor a algunas de mis preguntas.

—Te aseguro que si puedo, estaré encantado de hacerlo —respondió David que no quería perder la ocasión de volver a verla—. Podríamos vernos el próximo sábado, día 17. ¿Qué te parece?

—Fantástico —dijo Jennifer—. Supongo que, como estás de visita en la ciudad, no debes tener medio de transporte propio. Entonces seré yo quien te pase a recoger. ¿Te parece bien a las once?

—Me parece perfecto —confirmó David.

—Hasta entonces —dijo Jennifer despidiéndose.

—Hasta el sábado —dijo David.

Cuando David cortó la comunicación, estaba flotado en una nube. Se sentía loco de contento por lo que acababa de hacer. Tan solo faltaban tres días para su nuevo encuentro con Jennifer. Aunque, bien pensado, no era un nuevo encuentro. Este iba ser su primer encuentro. El sábado iba a tener la oportunidad de compartir unas horas de su vida con ella. En realidad no sabía lo que ella tenía planeado, pero lo cierto es que, fuera lo que fuese, no le importaba en absoluto. Lo verdaderamente importante es que tendría la ocasión de sentirla muy cerca de él.

Pasado el primer momento de euforia, la sonrisa se le transformó en una mueca que desdibujaba su cara pero que reflejaba a la perfección el nuevo estado de ánimo en el que repentinamente se había sumido David.

¿Qué edad debía tener ahora Jennifer? Según cual fuera la respuesta a esa pregunta, era muy posible que los dos hubieran coincidido en otra dimensión del espacio-tiempo. Pero en ese caso sus edades habrían sido muy distintas. Su pensamiento se centró obsesivamente en esa posibilidad.

Sin embargo, Jennifer se veía muy joven. No aparentaba haber llegado a los treinta años. Por lo que seguramente no habían llegado a compartir ninguna otra dimensión. Eso le tranquilizó. No se hacía a la idea de que pudiera ser de otra manera.

Se levantó de la silla y se tumbó sobre la cama de su habitación. Intentó poner su mente en blanco. Intentó no pensar en nada. Poco a poco, sus ojos se fueron cerrando hasta que se durmió y su mente comenzó a soñar:

«Estaba subiendo por las escaleras de la torre norte. Se tapaba la boca con un pañuelo. El humo que ascendía con él era caliente y asfixiante. Buscaba desesperadamente a John. No le veía por ninguna parte. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué se había separado de su lado? No le veía, pero él continuaba ascendiendo. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía. La gente subía con él, a su lado, pero John no estaba. El humo era más denso cada minuto que pasaba. Era tan denso que le dificultaba la visión. Casi no podía ver nada pero él seguía subiendo. No sabía cuántos pisos había ya subido, pero él continuaba, sin parar. No veía a John. Había mucha gente que subía a su lado, pero John no estaba. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué se había separado de su lado? No le veía, pero él continuaba ascendiendo. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía. Seguía subiendo cuando le pareció ver y distinguir una cara que le resultaba conocida. Agudizó los ojos para distinguirla mejor y...».

En aquel momento David se despertó sudando copiosamente. Su corazón latía tan apresuradamente que casi le faltaba el aire. Tenía la nuca empapada y la boca seca. Parecía que hubiera vuelto a respirar de verdad aquel humo tan denso y caliente. Se incorporó y se quedó sentado en el borde de la cama. Se secó la frente y la parte posterior del cuello con un pañuelo que llevaba en la mano. No recordaba haberlo sacado de su bolsillo. Sin embargo, el pañuelo tenía claros signos de haber sido mordido ya que sus dientes estaban perfectamente marcados en él.

Se puso en pie. Las piernas todavía le temblaban. ¿Qué era exactamente lo que le había parecido ver en sueños? No podía recordarlo. Por más esfuerzos que hacía no lograba plasmarlo de forma definida en su memoria.

Bajó a la planta principal. Abrió la nevera y eligió un dado de color amarillo. Cogió un vaso desechable transparente y pinchó uno de los vértices del dado. El vaso se llenó completamente de un agua con un ligero sabor a limón.

David llevaba algo más de dos meses haciendo esta operación, y aún se seguía sorprendiendo de que un pequeño dado de un centímetro cúbico fuera capaz de llenar un vaso de doscientos cincuenta. Se había comprado dos libros que explicaban

claramente el principio en el que se basaba la «Liofilización Anaeróbica». El secreto de este proceso era convertir los átomos de hidrógeno en una masa compacta. Se eliminaban de esta forma los espacios orbitales de sus electrones y se lograba reducir mucho el tamaño de la masa. Al liberar esos átomos de su envase compresor se restablecían las fuerzas electromagnéticas entre protones y electrones y estos se combinaban en la proporción de 2 a 1 con los átomos de oxígeno del aire. El resultado era una agua cristalina y sana. Lo del sabor a limón era mucho más sencillo y también mucho menos misterioso. Martha le había explicado que se comercializaban dados de agua con más de mil sabores distintos.

Sin embargo, lo que más había despertado el interés de David era que ahora un litro de agua solo ocupaba, en la nevera, el espacio de cuatro centímetros cúbicos, o sea, un espacio inmensamente menor. Era sorprendente, algo alucinante. El mundo había decidido dar mucha importancia al espacio. ¿Cuándo lo haría también con el tiempo?

David estaba pensando en este pequeño milagro de la técnica cuando Leroy entró en la casa. Al ver a David le saludó sin perder un segundo.

—¿Cómo te va, doctor Goodwill?

—Bastante bien —dijo David.

—¿Te apetece disputar una partida de «FreeWheel»? Mientras te gano podremos ir charlando de todo lo nuevo que te ha sorprendido en estos dos meses largos que llevas en tu futuro, o sea, en mi presente.

—Por tus palabras entiendo que te sientes muy seguro de que me ganarás —dijo David.

—Absolutamente, amigo mío —respondió Leroy, haciendo un nuevo alarde de la seguridad en su victoria.

—¿Cuánto suele durar una partida? —preguntó David.

—Entre veinte y treinta minutos, ¿qué estás maquinando, David?

—Te voy a proponer un juego dentro de otro juego —dijo David recabando con sus palabras la atención de su compañero—. Ahora son las seis de la tarde. Calculo que podremos hacer tres o cuatro partidas antes de cenar. Mi proposición es la siguiente. Jugamos una partida y el que logre la victoria tiene derecho a preguntar lo que quiera al que ha perdido. El perdedor debe responder tan ampliamente como desee el ganador a la pregunta que este formule, pero solo con relación a esa pregunta. No vale preguntar dos cosas en la misma pregunta. ¿Lo has entendido bien? —terminó diciendo David.

—Te he entendido perfectamente y prepárate a responder porque yo las ganaré todas sin excepción —respondió Leroy.

Los dos se levantaron para dirigirse hacia el salón. Leroy preparó el tablero. Cogió y situó los peones en su posición inicial. Después hizo lo propio con las bolas

de color rojo y finalmente con las de color verde.

David miraba atentamente toda la operación. Cuando Leroy terminó, ofreció ambas palmas abiertas para que David eligiera color. En la mano derecha tenía el «Boss», el «Joker» y la «Tower» de color amarillo. En la mano izquierda estaban las mismas piezas de color azul. David eligió las azules. Eso significaba que Leroy iba a comenzar moviendo el primero.

La partida comenzó con movimientos conservadores por ambos lados, pero pronto dos movimientos sorpresa de Leroy hicieron que este cobrara ventaja al hacer que David se viera obligado a poner en juego el «Joker» y la «Tower». La partida comenzaba a tener un signo claro, y este se confirmó en los pocos movimientos que se sucedieron. David puso en juego el «Boss» para evitar el final, pero Leroy maniobró con habilidad y en tres movimientos más, le cerró todos los pasos y ganó la partida con un movimiento denominado «Catch».

—Me gusta este juego con premio —dijo dirigiéndose a David.

—Has tenido mucha fortuna. En el inicio he realizado un movimiento equivocado que ha precipitado el final a tu favor —respondió David.

—Excusas. Todo esto son excusas. La único cierto es que yo he ganado y que ahora tengo derecho a preguntar.

—De acuerdo —aceptó David reclinándose hacia atrás.

—¿Tenías alguna relación con alguna chica en el 2001?

—No —contestó escuetamente David.

—¡Eso no vale! —exclamó Leroy—. Has dicho que las respuestas serían amplias.

—No sé qué quieres que amplíe si no tenía ninguna relación —dijo David abriendo los brazos.

—En ese caso voy a cambiar la pregunta —dijo Leroy.

—¡Ni hablar! Has gastado tu turno. Tendrás que esperar a que me ganes otra partida. Y eso no te va a resultar nada fácil. Piensa que hace dos semanas ese juego era completamente nuevo para mí. No obstante, creo que ya me voy haciendo a él. Te recomiendo que no te confíes lo más mínimo —respondió David.

—Te toca salir. Juegas con las amarillas. No malgastes el tiempo intentando intimidarme ya que no lo vas a conseguir —respondió Leroy con el rostro sereno y con la mente concentrada.

David ofreció muchísima más resistencia pero acabó perdiendo la segunda partida. Puso en serias dificultades a Leroy pero al final sucumbió ante la experiencia y destreza en el juego de su compañero. Él mismo, con un sencillo gesto de resignación, derribó sobre el tablero la pieza del «Boss» al ver que no tenía posibilidad de salida. Se recostó sobre el respaldo de la silla esperando la pregunta de Leroy.

—Déjame pensar —empezó diciendo Leroy—. Esta vez no quiero que me

respuestas con un simple «sí» o con un rotundo «no» que luego no me dé opciones de repreguntar. ¿Ok? ¡Ya lo tengo! ¿Estás preparado?

—Estoy a tu disposición —contestó David.

—Después del tiempo que llevas aquí en lo que podríamos calificar como «tu futuro», ¿has pensado en volver al pasado, o mejor dicho, al lugar de donde viniste, es decir, a «tu presente»? ¿Lo has deseado o te lo has planteado en algún momento? Contéstame la verdad, David —acabó por solicitar Leroy al término de su pregunta.

—En primer lugar, quisiera dejarte claro que voy a respetar mis propias reglas. No tienes por qué estar receloso de mi veracidad. La respuesta a tu pregunta es un «sí» como el «Empire State». Lo he pensado e incluso deseado muchas veces. A pesar de que me habéis acogido y protegido de forma que os agradezco, la realidad es que me siento como un ser inútil. No sé nunca qué hacer. Estoy completamente desubicado.

—¿Qué instante elegirías para tu regreso?

—Lo he meditado varias veces. No estoy todavía seguro, pero creo que elegiría regresar tan solo unos días antes del atentado.

—Esto significa que dejaste cosas pendientes —afirmó Leroy.

—No, Leroy. Esto solo significa que desearía tener nuevas oportunidades para volver a vivir ciertos momentos.

—¿Para vivirlos diferentes? —volvió a insistir Leroy.

—Solo para poder sentirlos de un modo distinto —contestó David.

—Comprendo —asintió Leroy—. Oye, David, ¿crees que podrías cambiar algo en tu regreso al pasado? Algo que hubiera sucedido de una cierta forma para que sucediera de otra distinta. No sé si logro explicar bien lo que quiero decir —continuó diciendo.

—Mis teorías en este punto son claras. Si regreso a un plano anterior en el que yo ya he estado, estoy convencido de que volveré a hacer lo mismo que hice. Otra cosa muy distinta es cómo lo haré y cómo volveré a vivir y sentir ese momento en concreto —explicó David.

—Creo que te entiendo perfectamente —dijo Leroy—. ¿Quieres que juguemos otra partida? —preguntó rápidamente.

—Sí, y esta vez voy a ganarte. Creo que he descubierto tu punto flaco. Esta vez no podrás conmigo —amenazó amigablemente David.

—No sé si será que te estás haciendo viejo, pero lo cierto es que creo que comienzas a perder la fuerza por la boca —contestó Leroy comenzando a preparar el tablero para la nueva partida.

—¿A quién le toca salir esta vez? —preguntó David.

—Me toca salir a mí, pero si prefieres salir tú te cedo la salida —dijo cortésmente Leroy.

—No, no. Sal tú. No quiero que me des ningún tipo de ventaja porque yo tampoco pienso dártela —contestó David.

La tercera partida resultó apasionante. Fue un codo a codo que acabó con un movimiento de astucia digno de un gran campeón. La estrategia de reservar el «Joker», a expensas de arriesgar el «Boss», sorprendió a Leroy ya que este se lanzó a tumba abierta contra la pieza de David y descuidó la suya que fue acorralada en solo dos movimientos. David ganó la tercera partida y se dispuso a realizar la pregunta a la que tenía derecho. Leroy la esperaba expectante.

—He de confesar que mi primera intención ha sido preguntarte por tu nombre verdadero. Sin embargo, estoy convencido de que eso conllevaría una respuesta que seguramente no me aclararía nada y perdería mi derecho a continuar preguntando. Por lo tanto, me he decantado por otra opción más abierta. Dime, Leroy, ¿en qué trabajas y cuáles son tus aficiones? —terminó preguntando David.

—Eso son dos preguntas, amigo mío, y tú solo has ganado una partida. Debes elegir a cuál quieres que conteste —puntualizó Leroy.

—Está bien. Voy a realizarla de otra manera. A ver si así logro poder ampliar el horizonte con solo una pregunta —dijo David para pensar durante algunos instantes.

Después de meditar, formuló la nueva pregunta con toda la precisión y el rigor de que fue capaz.

—¿En qué empleas tu tiempo, Leroy? —preguntó David.

—Trabajando —contestó rápidamente.

—¿Todo el tiempo? —repreguntó David.

—Casi todo el tiempo estoy trabajando.

—Y en el resto que no entra en el «casi», ¿qué es lo que haces?

—Dedicarme a mis «hobbies» —contestó Leroy.

—¿En qué trabajas, Leroy?

—Soy una especie de experto al que consultan numerosas sociedades que dependen en cierta manera del Estado. Ya te dije, y es totalmente cierto, que tengo tres carreras universitarias de carácter científico.

—¿Y cómo explicas entonces que estuvieras detenido y a punto de ser deportado a una burbuja de confinamiento como un delincuente sin identificación? —preguntó precipitadamente David.

—Esa cuestión no se corresponde con el tema de tu pregunta original. Lo siento pero no tengo obligación de contestártela —respondió Leroy.

—Entonces contéstamela, aunque no tengas ninguna obligación de hacerlo —insistió David.

En ese instante Martha entró en la sala anunciando que tenía la cena lista. Al verles con el tablero de «FreeWheel» entre ambos, les preguntó:

—¿Quién de los dos va ganando?

—Yo voy ganando por dos partidas a una —contestó inmediatamente Leroy levantado los brazos en señal de júbilo.

—Es cierto —se apresuró a decir David—. Pero ten presente que el juego todavía no ha terminado —añadió.

—Sin embargo, por hoy sí que ha terminado. Tengo que preparar la presentación de una ponencia para un Congreso sobre los «Avances de las Técnicas Operatorias», al utilizar el láser como único vehículo de aporte de células vivas reparadoras de tejido venal.

—¿También entiendes de todo eso? —preguntó David que no dejaba pasar ninguna ocasión de conocer algo más acerca de su anfitrión.

—Conozco realmente muy poco de esas modernas técnicas quirúrgicas. Solo he dicho que tengo que preparar la presentación. La ponencia la realizará un buen amigo mío, el doctor Frederick Newmann. Es la mayor autoridad en esa materia. Nadie como él ha contribuido en los últimos años al descubrimiento de técnicas excepcionales que han significado una auténtica revolución en los sistemas de intervención con los rayos láser de quinta generación —explicó Leroy.

—Un hombre realmente fascinante —dijo Martha.

—Es verdad —corroboró Leroy moviendo la cabeza con claros gestos de confirmación a las palabras de Martha—. ¿Te apetecería asistir mañana a la ponencia, David? —le preguntó después.

—Me gustaría, pero prefiero quedarme para seguir investigando en mi propósito particular —respondió David.

—Tú te lo pierdes.

—Lo sé, pero observando tu frenética actividad estoy seguro de que muy pronto tendré otras oportunidades en las que podré ampliar las fronteras de mi conocimiento —contestó David con signos claros de una segunda intención en sus palabras que no pasó inadvertida a Martha.

—Vamos a cenar —dijo ella—. Os estáis comportando como dos chiquillos maleducados.

Los dos la siguieron hasta el comedor en completo silencio. Durante la cena apenas se conversó. Todos estaban absortos en sus particulares y reservados pensamientos.

Capítulo 11

Jennifer se presentó puntual. Faltaban solo dos minutos para las once de la mañana cuando desde su vehículo llamó por teléfono a David.

—¡Buenos días, David! ¿Estás listo? Estoy esperándote aparcada en la esquina de la Sexta Avenida.

—¡Buenos días, Jennifer! Me pongo un jersey y bajo inmediatamente. No tardo ni un minuto —contestó David.

—Hasta ahora entonces —dijo Jennifer y cortó la comunicación.

David bajó a la planta baja repasando mentalmente todo lo que se había preparado durante los dos últimos días. Había decidido que si Jennifer le preguntaba la edad, él contestaría añadiéndose cuatro o cinco años. Eso le daría más crédito a lo que pudiera contar. Se había empapado de lo sucedido durante y después de aquella mañana fatídica de los atentados. Después se había documentado sobre la reconstrucción de la llamada «Zona Cero».

Salió a la calle. No hacía frío. La temperatura era la propia del otoño neoyorquino. Agradable en las horas centrales del día y más bien fría al comienzo y al final del mismo, sobre todo al anochecer. Se dirigió hacia el coche de Jennifer con las manos en los bolsillos. Era la manera perfecta de disimular su creciente nerviosismo. Tuvo la sensación de que las manos le sobraban. No sabía qué hacer con ellas y por eso las escondió en sus bolsillos.

—¡Buenos días de nuevo! —dijo al abrir la puerta del coche.

Jennifer le tendió la mano derecha y le invitó a subir con una sonrisa. David le estrechó la mano con toda la delicadeza de que fue capaz. Entró en el coche con cierta dificultad. Su corpulencia era poco compatible con la línea aerodinámica del coche de Jennifer. Cuando él estuvo instalado, ella arrancó el motor y puso rumbo al sur de la isla de Manhattan.

—Pienso que lo mejor para intercambiar impresiones y teorías será que lo hagamos «in situ», ¿te parece? —dijo Jennifer sin dejar de mirar al frente.

—Me parece muy apropiado —contestó David mirándola fugazmente y dándose cuenta por primera vez que llevaba unas gafas de sol tan aerodinámicas como el coche que conducía.

—Si no tienes inconveniente, aparcaré el coche en el «Village». Lo conozco bien porque, cuando era estudiante, viví allí. Después caminaremos hasta nuestro destino. Me encanta caminar y conversar al mismo tiempo.

—Por mí no hay problema —contestó David.

Llegaron al «Village» y aparcaron. Comenzaron a caminar hacia el sur. David lo observaba todo. El «Village» parecía no haber cambiado mucho y seguía conservando todo su encanto. Jennifer había dejado las gafas de sol en el coche y

David había podido volver a ver aquellos turbadores ojos negros. Él decidió romper el silencio.

—¿No me dijiste que te encantaba conversar mientras caminabas?

—Sí, es verdad. Lo que sucede es que me has sorprendido con tu comportamiento y estaba pensando en ello.

—¿Qué es lo que he hecho para que te sorprendas? —preguntó David temeroso de haber metido la pata sin haberse dado cuenta.

—No has hecho nada en especial —contestó Jennifer.

—Entonces, ¿a qué se debe tu extrañeza?

—No lo sé exactamente. Ha sido más una sensación que un hecho en concreto. Lo siento David, no debería haberte dicho nada. Muchas veces me dejo llevar por mi otra gran pasión, la Psicología.

—Entonces, ¿voy a estar continuamente analizado durante el día de hoy? Espero que me des el diagnóstico al final de la jornada —dijo David con una amplia sonrisa en su rostro.

—Te vuelvo a pedir disculpas. No quiero que te sientas que estás siendo analizado en todo momento y por eso voy a contarte la sensación que he tenido para que elimines todas tus dudas.

—Adelante —dijo David comenzando a descubrir que el día al lado de Jennifer iba a ser mucho más completo y sorprendente de lo que se había podido imaginar.

—Para empezar, cuando hemos salido del coche te has colocado a mi izquierda cediéndome el lado derecho. Cuando hemos cruzado la calle, te has colocado en el otro lado. Has ocupado siempre la parte más próxima a la calzada, como si me protegieras. Me has recordado a mi padre. Tienes una forma de comportarte que me lo recuerdas. No te ofendas, pero te comportas como si fueras del siglo pasado —dijo Jennifer con toda naturalidad.

—No me ofendes en absoluto. Soy un hombre nacido en el siglo pasado. Ahora tengo treinta y siete años. Algo tiene que quedar en mí de mis propios orígenes —contestó David mientras comprobó que estaban llegando al nuevo «World Trade Center».

—¿Qué te apetece hacer? ¿Cómo piensas planificar el día? —preguntó Jennifer.

—Lo dejo todo en tus manos. Soy tu acompañante y estoy a tu completa disposición —contestó David en tono de defensa para no tener que tomar iniciativas.

Jennifer sin embargo, lo interpretó a su manera.

—¿Lo ves? Eres todo un caballero y acepto con mucho gusto ser tu guía y tu cicerone, pero si, en algún momento, te apetece hacer algo especial dímelo, por favor. No me perdonaría que no te atrevieras a hacerlo.

—Descuida que, si llega el momento, lo haré. ¿Qué es lo primero que tienes planificado?

—Sentarnos en este banco —contestó Jennifer—. Quiero hacerte unas preguntas y quiero ver tu cara mientras las respondes.

—¿Otro psicoanálisis?

—No, pero sí —contestó Jennifer con un gesto que llevaba implícita la impotencia de abstraerse de su otra pasión recién confesada.

—No importa. Dispara —dijo David sintiéndose cada vez más seguro y más a gusto en el papel de interrogado.

—¿Murió algún conocido tuyo en el atentado?

—Sí —contestó David.

—¿Familiar o conocido?

—Un buen amigo.

—Pero tu debías tener unos nueve años. ¿Qué hacía un niño de esa edad en el «World Trade Center» a las nueve de la mañana?

—Él no era un niño. Era un buen amigo de la familia.

—Comprendo. ¿Cómo se llamaba?

—John Carpenter —respondió David intentando que sus ojos no se llenaran de lágrimas.

—¿Debió ser terrible?

—Te aseguro que lo fue.

—¿Crees que los atentados te dejaron huellas difíciles de borrar en tu vida posterior?

—Sí, sin duda.

—Lo dices muy convencido. ¿Tanto te marcaron? —volvió a preguntar Jennifer.

—No te lo puedes ni llegar a imaginar —contestó David, apretando los labios para no ser más explícito.

—A mí también me marcaron mucho —confesó ella.

—¿A ti? ¿Cómo pudieron marcarte? Seguramente no habías ni nacido cuando sucedieron los atentados.

—Sí que había nacido. Tenía algo más de un mes.

—En ese caso no puedes ni acordarte de ello. ¿Acaso murió tu padre en ellos? —dijo David pensando en la manifiesta admiración que pocos minutos antes ella había confesado mientras caminaban.

—No. Mis padres murieron en un accidente de tráfico muchos años después. Te repito que los acontecimientos me marcaron a mí.

—No logro entenderlo —dijo David.

—¿Crees en las casualidades? —preguntó Jennifer.

—No creía, pero últimamente empiezo a creer —contestó David.

—Lo mío fue una casualidad o, si lo prefieres, una jugarreta del destino, en definitiva es lo mismo. Resulta que me descubrieron una grave enfermedad coronaria

a los pocos días de nacer. Mi operación estaba planificada para la mañana del 11 de Septiembre. Los acontecimientos que tú ya conoces impidieron que esta se realizara al tener que atender a la ingente cantidad de heridos que llegaban sin parar. Los hospitales se colapsaron y mi operación se aplazó casi dos semanas. El resultado de la operación fue bueno pero siguen algunas incógnitas abiertas —acabó confesando Jennifer.

—¿Qué incógnitas? —preguntó inmediatamente David.

—Según el cirujano que me operó, esos quince días de retraso en la intervención y las técnicas utilizadas en la misma pueden representar algún problema en el futuro si tuviera que someterme de nuevo a la cirugía.

—Pero tú ahora te sientes bien, ¿no?

—Perfectamente —contestó ella—. Y aunque pueda parecer raro es aquí en esta zona donde me encuentro mejor. Tiene un influjo positivo para mí. No sé por qué pero lo tiene. Aquí me siento segura. Es como si algo o alguien me protegiera. Y si no has de mal interpretar mis palabras, te diré que hoy estoy sintiendo sensaciones que no había sentido nunca. Parece que este sitio nos pertenece a los dos. No sé por qué, pero indudablemente el doctor Denver tenía razón —acabó diciendo Jennifer.

Este nuevo giro en la dirección de la conversación ofreció a David la oportunidad de conocer algo más acerca de su enigmático protector. Decidió que no la podía dejar pasar de largo sin aprovecharla.

—¿Desde cuándo conoces a Denver?

—Lo conocí hace siete años en el último curso de «Cibernética Aplicada». Él fue también quien me realizó el examen final —contestó Jennifer.

—Pero si él es más joven que tú. ¿Cómo pudo él ser tu examinador? ¿Era realmente él o alguien que solo se le parecía? —preguntó David dejándose llevar por las ansias de saber la mayor cantidad de detalles sobre Leroy en el menor tiempo posible.

—Era él. ¿Cómo puedes hacerme esta pregunta? Claro que fue él. Además, resultó ser un gran día para mí. Fue un autentico privilegio que fuera el doctor Denver quien me examinara.

David decidió cambiar el rumbo de la conversación. Comenzaba a tener claro que la opción Glenn Denver cobraba enteros frente a la de Leroy que no tenía ni siquiera apellido.

—¿Sabes lo que ahora me gustaría hacer? —dijo David.

—No, dímelo.

—Me apetecería ver el lugar donde están grabados los nombres de los que murieron aquí en las torres del «World Trade Center».

—Está en el otro lado. Si te parece, podemos comer algo por el camino mientras vamos hacia allí. Después tendremos toda la tarde para movernos por aquella zona —

dijo Jennifer.

—Me parece muy bien.

—¿Conversamos mientras caminamos?

—Por mí, perfecto —admitió David pasando por detrás de ella en un movimiento reflejo y cediéndole una vez más el lado de la derecha.

Jennifer se dio cuenta de ello pero no dijo nada. Ese hombre estaba interesándola más por su persona que por los supuestos conocimientos de los hechos por los que se habían citado. Estos estaban quedando en un segundo plano pero no le importaba en absoluto. Decidió pasar al ataque. Estaba claro que el comportamiento de David no era normal. Sus preguntas sobre la identidad del doctor Glenn Denvers le habían resultado sin sentido. Definitivamente, David escondía algo y ella iba a intentar averiguarlo.

—¿Dónde naciste, David? —le preguntó de sopetón.

—Soy neoyorquino. Nací en Brooklyn —respondió sin pensar.

—¿Viven tus padres?

—No, los dos murieron. Primero mi padre y luego mi madre.

Jennifer comenzó a notar cierto titubeo en las respuestas de su acompañante y ella estaba completamente decidida a averiguar lo que le escondía. Intensificó nuevamente su ataque.

—Perdona por el atrevimiento. ¿Puedo pedirte un favor? —dijo con voz suave y seductiva.

El tono seductivo de su voz era totalmente innecesario para David. Le hubiera entregado su vida si ella se lo hubiera pedido. Esa mujer le azoraba. Se había sentido atraído por ella desde que la vio en el Congreso. En esta escasa hora y media que llevaba con ella había sentido lo que no había podido imaginar nunca.

—Estoy deseoso de poder hacer lo que me pidas —contestó él.

—¿Me permites que me coja de tu brazo? —dijo ella.

A David le dio un vuelco el corazón.

—Sí. Por supuesto que sí —contestó él con dificultad.

Jennifer se asió del brazo derecho de David. Él no sabía que hacer con el brazo. No sabía si moverlo o dejarlo quieto. Por suerte, acertó a colocar la mano en el bolsillo de su pantalón y eso le solucionó temporalmente el problema.

La intención de ella había sido clara. Ella quería notar más directamente las reacciones de su acompañante a sus preguntas, al estar en contacto con él. Sin embargo, notó primero las de su propio cuerpo y eso la turbó por un instante. ¿Quién era ese hombre que le hacía sentir de esa forma? ¿Quién era ese hombre que, sin apenas conocerlo, le había hecho olvidar sus obsesiones de siempre? Ahora lo tenía cogido del brazo y no le iba a dejar escapar. No iba a desperdiciar la ocasión de poder conocer más de él. Mejor dicho, para conocerlo todo sobre él.

—¿Estás casado, David?

—Yo no, ¿y tú? —preguntó él con el corazón encogido por si la respuesta no era la que deseaba.

—Yo tampoco —contestó ella.

David respiró aliviado y Jennifer lo notó. La mano de ella estaba haciendo la función del polígrafo. Estaba detectando sin ningún filtro las reacciones de David.

—¿Dónde estudiaste?

—Aquí en New York. En la Universidad de Columbia.

—Nos faltó poco para coincidir. Yo también estude allí —dijo Jennifer.

—¿Cuándo te fuiste a California? —preguntó Jennifer con una fingida despreocupación pero intensificando la presión sobre el brazo de David.

—Hace tres o cuatro años —contestó él dudando y sin convicción.

Jennifer anotó en su libreta mental la duda a esta pregunta. Dejaría pasar unos minutos y luego volvería sobre este tema para confirmar.

Hicieron una pausa en la conversación mientras reponían fuerzas. Este momento fue aprovechado por ambos para pensar sobre lo sucedido hasta ese momento. Se intercambiaron miradas y sonrisas durante la comida. Los dos estaban intentando lo mismo. Descubrir y averiguar algo más del otro.

Se levantaron y reanudaron la marcha. Jennifer volvió a colgarse del brazo de David. Él volvió a colocar la mano en el bolsillo.

—¿No querías contrastar tus teorías conmigo? —dijo David para reconducir la conversación al tema que le permitiera conocer algo más de ella.

—¿Crees que el FBI y la policía tenían conocimiento de que se iban a producir atentados en nuestro propio país?

—Creo que sí. Aunque también creo que no sabían dónde podían producirse. Por suerte o por desgracia teníamos demasiados objetivos para proteger. Creo que los terroristas jugaron con mucha ventaja.

—¿Piensas que los terroristas habían elegido los pisos de impacto para tener la secuencia perfecta de lograr el mayor número de víctimas?

—No, no lo creo. Mi opinión es que todo les salió mucho mejor de lo que habían planificado. Nadie esperaba que las torres se derrumbaran.

Jennifer había ido controlando las reacciones de David a través de sus manos sobre el brazo de este. No había notado nada especial. Volvió a la carga con el tema de California.

—¿En qué ciudad vives ahora, David?

David tardó más de dos segundos en contestar y cuando lo hizo su voz sonó poco convincente.

—En Los Ángeles —contestó finalmente.

—¿En Los Ángeles? —respondió Jennifer—. Pero si la sede central está en San

Diego.

David reaccionó rápidamente sin que Jennifer lograra discernir claramente su reacción ante la afirmación de extrañeza de ella.

—Cierto, pero yo tengo asignada la zona central de Los Ángeles. Debo confesarte no obstante que me gustaría regresar a New York. Primero porque es mi ciudad natal y luego porque en esta ciudad hay personas muy interesantes. Solo tengo que mirar a mi lado para confirmarlo —dijo David con gran soltura.

—Muchas gracias. ¿Crees que lograrás el traslado? Me gustaría que pudiésemos repetir nuestro encuentro porque nos han quedado una gran cantidad de cosas por debatir —afirmó Jennifer.

—No tengo duda alguna de que el doctor Denvers lo logrará.

—No sé si servirá de mucho, pero yo también se lo pediré.

Estaban llegando al muro acristalado donde estaban escritos los nombres de las víctimas de los atentados. David buscó la lista de la torre norte y localizó los apellidos que comenzaban por la letra «C». Pocos segundos después pudo leer el nombre que estaba buscando. «*Carpenter, John.*» Se le hizo un nudo en la garganta cuando acarició el nombre de su amigo. Cerró los ojos y pronunció unas palabras en voz baja que fueron totalmente imperceptibles para Jennifer. Ella se mantenía discretamente en un segundo plano. Continuaron caminando. Sin que ella se apercibiera David se paró casualmente delante de los apellidos que empezaban con la letra «G». Pudo leer su propio nombre y pensó en su madre.

Eran casi las seis de la tarde cuando Jennifer dejó a David en la misma esquina en la que lo había recogido unas horas antes. Los dos se despidieron con un sentido apretón de manos. Fue un acto muy distinto al saludo inicial que habían realizado por la mañana. Las manos se les negaban a separarse y los poros de ambas pieles iban absorbiendo el tacto del otro para mantenerlo vivo y presente el mayor tiempo que les fuera posible.

David subió a su habitación. Tomó una ducha y se relajó. No había nadie en la casa. Se puso a reflexionar. Había habido siempre un montón de incógnitas en la actuación de Leroy o de Glenn o de cómo demonios se llamara.

Martha y Leroy llegaron pasadas las siete. Rápidamente se dieron cuenta de que David tenía pocas ganas de hablar. En realidad, David estaba con una mezcla de sentimientos que le impedían tomar una postura concreta. Estaba loco de contento por su encuentro con Jennifer. Estaba rabioso con Leroy. ¿A qué obedecía ese nombre falso? Después estaba receloso con Martha. ¿Estaba ella también involucrada en todo ese embrollo de mentiras? ¿Qué significado seguía teniendo que él permaneciera en esa casa? ¿Por qué no tenía acceso completo a «Tío Sam»? ¿Por qué le había presentado a Jennifer? ¿Había sido un encuentro casual, el del Congreso, o también estaba preparado por Leroy?

David estaba tan confuso que decidió no descubrir sus cartas por ahora. Fue respondiendo a las preguntas de Leroy sin demostrar entusiasmo. No quería dejar entrever que Jennifer le había impresionado. No sabía si había comenzado a sentir algo más por ella. Si era así, no quería hacerlo público.

Leroy, no obstante, seguía con su propósito de conocer cómo se había desarrollado el encuentro.

—¿Habéis coincidido en muchas teorías? —preguntó.

—Hemos coincidido en casi todo. Oye Martha —dijo dirigiéndose a la muchacha de forma despreocupada—. ¿Qué significado tiene el nombre de Leroy si en realidad se llama Glenn?

Al oír la pregunta, Martha se echó a reír. David se sorprendió por la inesperada y espontánea reacción de la muchacha.

—Le encanta el nombre de Leroy. Cuando yo le conocí, también me dijo que se llamaba Leroy. Creo que así se llamaba un buen amigo suyo. Pero mejor que te lo explique él, ¿no crees? —contestó Martha.

—Leroy tiene un significado especial para mí. Creo que Glenn es un nombre adecuado para un blanco como tú pero no para un negro como yo. Cuando comencé a tener uso de razón, me di cuenta de ello. Cuando soñaba por las noches, yo siempre me llamaba Leroy. Ahora, cuando tengo la ocasión y esta lo permite, siempre me presento de esa forma —terminó de aclarar el propio Leroy.

—No pretenderás que me crea ese culebrón racista, ¿verdad? —dijo David—. Me tienes que explicar muchas cosas pero esperaré a ganarte más partidas al «FreeWheel». Hoy estoy muy cansado —añadió levantándose de la mesa para retirarse a su habitación.

Martha y Leroy intercambiaron sus miradas mientras David subía las escaleras.

—No ha explicado mucho de su encuentro —dijo ella.

—Eso no es importante, Martha. Me preocupa más el estado receloso en el que se encuentra. Duda de todo y de todos. Tendré que hacer algo con «Tío Sam». Habrá que abrirle algún tipo de información para que se pueda entretener y deje de imaginarse fantasmas. Todavía es pronto para contarle nuestros planes.

—¿Por qué dices que no es importante que no nos haya explicado lo que ha acontecido en su encuentro con Jennifer? —volvió a preguntar Martha.

—Sencillamente, porque lo tengo todo grabado. El reloj que le regalé es un transmisor excelente. Las baterías de berilio hacen maravillas. Son capaces de emitir a más de cuatro kilómetros de distancia —explicó Leroy a su compañera.

—Entonces, en todo momento sabes lo que está haciendo, ¿no? Sabes con quién habla y todo lo que habla, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Eres incorregible —dijo ella.

—El fin justifica los medios —contestó él.

—¿Siempre?

—No siempre; pero, en este caso, sí.

Capítulo 12

«Tío Sam» había localizado a Gerald Campbell. Las noticias, sin embargo, no eran muy positivas. En la actualidad, Gerald estaba recluido en un sanatorio mental. La información secuenciada había sido resumida por «Tío Sam».

Gerald Campbell se había casado cuatro días después de que sucedieran los atentados. Estaba todo tan previsto y preparado que no pudo retrasarlo. El viaje de luna de miel se convirtió en una auténtica pesadilla. No atravesó el país de costa a costa como tenía pensado hacer. Apenas se movió por California. Se propuso ir después a Las Vegas pero no lo hizo. El temor en aquellos días a que se perpetraran nuevos atentados en centros de concentración masiva se lo desaconsejó. El inicio de su vida matrimonial fue un fracaso. Gerald se afectó con lo que había sucedido y con lo que se le venía encima. Las fuentes de información a las que había tenido acceso «Tío Sam», indicaban que Gerald se vio superado por los inesperados acontecimientos y se descentró. Su meticuloso cerebro no encontró las rutinas con las que lograr procesar toda la nueva información y simplemente, se bloqueó. Durante los dos primeros años de su matrimonio, su carácter dio un giro de ciento ochenta grados. Pasó de ser una persona inteligente, jovial y divertida a ser obtuso, desconfiado y receloso. Su esposa le abandonó por otro cuando se cumplieron los dieciocho meses de su unión. Esto todavía desencajó más a su inestable carácter y su comportamiento se radicalizó. Se convirtió en un ser mucho más retraído e inmensamente más peligroso. Comenzó a beber y eso le hizo perder el norte por completo. Fue detenido varias veces por provocar varios altercados en lugares públicos. Perdió su trabajo cuando le detuvieron por agredir a dos prostitutas en un bar de carretera. El fiscal pidió en el juicio que se le realizara un test psicológico. El resultado demostró su carácter inestable y el fiscal solicitó su ingreso en un centro de atención para enfermos mentales.

No obstante, su abogado defensor logró que solo le impusieran una multa y que todo acabara en una advertencia de reclusión. Le castigaron a tener que acudir dos veces por semana a unas sesiones que tenían por objetivo el aceptar y desterrar para siempre su afición a la bebida. A Gerald no le sirvieron de nada y volvió a ser detenido por nuevas agresiones.

El mismo pasado, que la primera vez le salvó al no tener antecedentes se le volvió en contra al ser considerado reincidente. Fue condenado a reclusión total en un centro de atención mental por un periodo de cinco años prorrogables. Todo esto ocurrió en el mes de Febrero del año 2005. Gerald no había vuelto a salir libre desde entonces. Llevaba pues más de veinticuatro años recluido.

Cuando David recibió toda la información de «Tío Sam», tenía a Leroy a su lado. Casualidad o no, lo cierto es que Leroy estaba presente.

David y Leroy habían hecho un trato que se habían jurado respetar mutuamente. Era un pacto surgido de sus partidas de «FreeWheel». Era un acuerdo que había nacido de las preguntas y respuestas de cada final de partida, pero que se había extendido a toda su relación. Ambos admitían que cada uno pudiera guardarse para sí mismo la información que no quisiera revelar. Sin embargo, la información que decidieran intercambiar y compartir debía ser siempre rigurosamente cierta por ambas partes. El pacto entre ellos era total.

Cuando «Tío Sam» terminó su informe, Leroy se volvió hacia David y le preguntó.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —contestó David.

—¿Crees que ir a hablar con él te servirá de algo?

—No lo sé —volvió a repetir David—. Pero lo que sí que puedo decirte es que estoy decidido a hacerlo.

—¿No tenías otros amigos que puedan estar vivos todavía? Algunos vecinos que...

—Mira, Leroy —dijo David interrumpiendo a su compañero—. Yo era un lobo solitario. No tenía amigos de verdad y los que más se acercaban a esa definición murieron en el atentado de la torre norte. En referencia a mis vecinos, apenas me saludaba con un par de ellos. Eran personas de edad equivalente a la de mi madre. Seguramente, no debe vivir ninguna de ellas, pero si lo hicieran creo que sería tremendamente injusto para mi madre el intentar hablar con ellas —esgrimió David con un gran pesar en sus palabras—. Este es un tema que ya he zanjado. Por eso el único nexo que me queda es Gerald Campbell. No tengo derecho a ignorarlo.

—Pero si este hombre está medio loco, ¿de qué te va a servir hablar con él? —dijo Leroy.

—Sé que me estoy repitiendo mucho en mis respuestas y créeme que no lo sé a ciencia cierta. Sin embargo, no voy a dejar de averiguarlo. Siento algo en mi interior que me empuja a ello. No tengo palabras para que explicándotelo puedas llegar a entenderme.

—Tu sexto sentido puede resultarte peligroso esta vez, ¿no crees? Allí no podré protegerte. Muévete con cuidado, David.

—Sabré cuidarme. He vivido toda mi vida sin ti y sin tu protección.

—De acuerdo, pero mantén los ojos bien abiertos —volvió a aconsejar Leroy—. Por cierto, ¿qué le vas a contar a Jennifer?

—Estoy seguro de que sabes que después de nuestro primer encuentro a solas nos hemos vuelto a ver en dos ocasiones —dijo David.

—Sí que lo sé. Además creo recordar que fuiste tú mismo quien me lo dijo. Me parece muy bien y no tengo nada en contra de que os sigáis viendo —contestó Leroy.

—De eso último estoy completamente convencido. Muchas veces me he preguntado si aquel tan pretendido encuentro casual en el «Congreso Cibernético» no estaba totalmente organizado por ti.

—¿De verdad piensas que Jennifer es capaz de prestarse a una cosa así? —preguntó Leroy.

—No he hablado de ella. Solo me he referido a ti, compañero protector. Solo a ti —puntualizó David.

—No sé si es tu sexto sentido pero tienes demasiada imaginación y eso puedes llevarte a situaciones poco deseadas. Ya te he dicho antes que vayas con mucho cuidado.

—No es mi imaginación, Leroy. Tan solo es que me falta conocer algunas piezas esenciales para que pueda comenzar a entenderlo todo.

—Déjate de monsergas —dijo Leroy a su compañero—. ¿Qué le vas a decir a Jennifer?

—No me importa confesarte que esa chica me interesa mucho. Después de que tú le dijeras que vivo en California, tengo que hacer algo convincente para que se crea que he pedido el traslado a New York. Este viaje me va servir para matar dos pájaros de un tiro —comenzó a explicar David—. Por un lado, podré ver a Campbell; y por el otro se hará más creíble mi presencia aquí. Lo que desconozco es si ella puede tener acceso a otro tipo de información sobre mi trabajo en Los Ángeles.

—El acceso de Jersey City pasa por el nodo principal de New York. «Tío Sam» lo controlaría si se diera el caso —respondió Leroy.

—¿Se ha dado ya el caso? —preguntó David muy confiado en obtener una respuesta que respetara el pacto de veracidad entre ambos.

—Sí —contestó rápidamente Leroy.

—¿Jennifer preguntó por mí?

—Sí —volvió a responder secamente Leroy.

—¿Qué preguntó?

—No sé si debo decírtelo —contestó Leroy con estudiada astucia para incrementar el nivel de ansiedad de su compañero de conversación.

—Dímelo, por favor. Renuncio a preguntarte nada en las dos primeras partidas que te gane al «FreeWheel» —dijo David para tentarle.

—Está bien. Trato hecho —terminó aceptando Leroy—. Jennifer preguntó si tú estabas casado. Dijo además que te había notado muy preocupado por algo o por alguien y temía que pudiera ser una mujer.

David permanecía en silencio. Estaba halagado y satisfecho por el interés demostrado por Jennifer. Sin embargo, disimuló todo lo que pudo y dijo:

—Creo recordar que ya se lo había dicho durante nuestro primer encuentro. Quizás no lo hice con tono convincente.

—Puede ser también que tú le intereses mucho y ella quiera estar segura de que todo lo que le dijiste es verdad.

—Yo más bien creo que no me debió entender bien —volvió a terciar David intentando no dejarse cautivar por las palabras de Leroy.

—¿Cuántos días piensas estar allí? ¿Quieres que te acompañe alguien?

—Quiero ir solo y no me estaré más tiempo del necesario —contestó David.

—¿Cuándo tienes previsto marcharte?

—Mañana.

—¿Quieres que «Tío Sam» se encargue de los billetes de avión?

—Muchas gracias, pero prefiero hacerlo yo mismo. Lo único que voy a necesitar es algo de dinero.

—Pídele a «Tío Sam» lo que necesites. La clave de autorización es «74VX01». Ya conoces el método. No te quedes corto de dinero. No quiero tener que ir a buscarte a California.

—Gracias otra vez, Leroy. Permíteme una pregunta más.

—¿Sin juego de por medio? —preguntó Leroy.

—No, no es sobre nosotros. Es sobre el funcionamiento de los centros de atención para enfermos mentales. ¿Sabes si se siguen utilizando drogas o también están totalmente prohibidas?

—Su uso está restringido. Solo se autorizan en casos muy especiales de comportamiento agresivo. No se puede anular la motricidad de nadie más de ocho horas seguidas. Es necesario que el cuerpo haga ejercicio para que no entre en un proceso de degradación prematura.

—¿Qué sustancias se utilizan ahora como drogas?

—«Tío Sam» puede averiguarlo. Cotejaremos todas las compras de los últimos seis meses del sanatorio donde se encuentra Campbell —dijo Leroy.

—Solo me interesan los dos barbitúricos que utilizan y consumen en mayor cantidad —especificó David.

—Muy bien. Te prometo que tendrás esa información. ¿Algo más?

—Sí. Voy a necesitar 20 centímetros cúbicos de las dos sustancias que mejor anulen o contrarresten los efectos de esas drogas. ¡Ah!, y también dos jeringas con agujas hipodérmicas.

—¿Qué piensas hacer! —exclamó Leroy asustado por lo inesperada y potencialmente peligrosa petición de David.

—¿Crees que «Tío Sam» podrá tener todo lo que he pedido a primera hora de la mañana? Tengo previsto tomar un avión sobre el mediodía —dijo David haciendo caso omiso a lo que había dicho Leroy.

—David, no se puede ir pinchando a la gente como hacíais hace treinta años. Está prohibido y castigado. Llévate unas jeringas de apósito. Creo que te bastarán. A esta

clase de enfermos se les coloca un apósito fijo a la altura de la tercera vértebra lumbar para que quede fuera del alcance de sus manos. Además, el efecto del calmante es casi inmediato al aplicarse directamente sobre la médula espinal.

—De acuerdo, pero también quiero las agujas. ¡Por si acaso! —dijo David.

—Está bien. Tendrás todo lo necesario. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te apetece una partida de «FreeWheel»?

—Hoy no puedo, Leroy. Me espera Jennifer. He quedado con ella y se me está haciendo tarde. Quiero que me acompañe a realizar algunas compras. Creo que estaré de vuelta en un par de horas. Cuando llegue quiero prepararme las cosas para el viaje. Hasta luego, Leroy. Gracias una vez más por tu inestimable colaboración.

—Saluda a Jennifer de mi parte —dijo Leroy como despedida.

En cuanto se encontró solo, Leroy bajó al sótano. Introdujo una clave secreta en «Tío Sam» y esperó unos segundos hasta que apareció la imagen que esperaba.

—Tenemos serios problemas —dijo Leroy para empezar.

—¿Qué sucede, Glenn?

—El doctor Goodwill ha decidido ir a visitar a Gerald Campbell, su antiguo amigo de la «Whitehall».

—Tienes que impedirselo —dijo la imagen.

—No he podido. He intentado disuadirle de su idea pero no lo he logrado. Aunque creo que el asunto es todavía más grave —dijo Leroy.

—¿Por qué? —preguntó la imagen.

—Me ha pedido que le averigüe las sustancias que puedan actuar como antídoto de las drogas calmantes que usen en el sanatorio mental de Campbell. Bueno, para ser más exacto no solo quiere que las averigüe sino también que le facilite 20 mililitros de cada antídoto. Su última petición han sido unas agujas hipodérmicas.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé, pero me imagino que intentará obtener algún tipo de información de Campbell —dijo Leroy.

—Tenemos que enviar a alguien para que esté cerca de él en todo momento. No podemos permitir que haga algo inconveniente —dijo la voz de la imagen.

—Coincido plenamente en adoptar esa medida de precaución —dijo Leroy.

—¿Cuándo tiene previsto Goodwill viajar a California?

—Mañana, hacia el mediodía.

—Espera un segundo, Glenn —dijo la imagen.

—¿Qué sucede?

—Nada, nada. Acabo de recibir la tabla de vuelos para mañana al mediodía. Hay tres vuelos entre las once y la una. Reservaremos una plaza en todos ellos. Nuestro hombre tomará el avión que el doctor Goodwill haya escogido para viajar.

—¿Quién será nuestro hombre? —preguntó Leroy.

—El elegido será seguramente Malcom Hudson —contestó la voz de la pantalla tras meditar unos segundos.

—No puede ser Malcom —afirmó Leroy de forma categórica—. Tenéis que escoger a otro.

—¿Qué tiene de malo Malcom Hudson? Cuenta con toda nuestra confianza —dijo la imagen de la pantalla.

—Malcom Hudson es demasiado viejo. Necesitamos a alguien que pueda actuar contundentemente si llega el caso. No sé en qué líos se puede meter David y la persona que tenga que cubrirle deberá estar en perfecta forma. Malcom es una opción demasiado arriesgada. Hay que elegir a otro.

—En este caso enviaremos a Robert Koch. Es muy joven, pero sabrá desempeñar su papel.

—Es primordial e indispensable que Robert no se deje ver siempre con la misma apariencia porque David tiene una memoria prodigiosa y fotográfica. Si se llegara a oler que le estamos vigilando, podríamos perderlo para siempre. Tenemos que pensar que ahora tiene la documentación en regla y podría abandonar el país desde la misma California. Nos resultaría imposible volver a localizarle y David es la pieza clave de nuestro plan. No podemos arriesgarnos ahora que acabamos de cumplimentar la fase segunda de nuestro proyecto.

—De acuerdo, Glenn. Avisaremos a Robert para que sea extremadamente precavido y cauteloso —admitió la imagen de la pantalla para continuar diciendo—. Hay una cosa más, Glenn.

—¿Una cosa más? —preguntó Leroy extrañado.

—Ya hemos averiguado que las sustancias antídoto que Goodwill ha solicitado son la alfa-epiclorifenhidrina-G y el orto-2,4-flumazenilo-T. Vamos a preparar los dos frascos con esas etiquetas. Sin embargo, en los frascos solo pondremos solución salina con dos coloraciones distintas que imiten a las sustancias originales. Cuando los tengamos, te los haremos llegar. ¿De acuerdo, Glenn?

—No os olvidéis de las jeringas —recordó Leroy.

—No nos olvidaremos —dijo la voz—. Calculo que en tres horas podremos enviarlo todo por el conducto habitual.

—Gracias.

—Estimo que será conveniente convocar una reunión extraordinaria del Consejo para pasado mañana. Hemos de debatir la nueva situación. Hemos de valorar entre todos los nuevos riesgos que han surgido.

—¿Hay algo más que debo saber? —preguntó Leroy, temiéndose que la respuesta sería afirmativa.

—Sí —dijo la imagen—. La historia que os ha contado «Tío Sam» sobre Gerald Campbell no es del todo exacta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Leroy—. Me lo temía y solo nos faltaba eso.

—Solo he dicho que no es del todo cierta. Es verdad que en la actualidad está recluido en un sanatorio mental, pero el motivo de su reclusión no son las agresiones que «Tío Sam» os ha explicado. El verdadero motivo es que Gerald comenzó una campaña de instigación al Gobierno cuando cerró la «Whitehall». Les denunció por considerarles responsables subsidiarios por no evitar los atentados del 2001. Alegó que los atentados habían sido la causa indirecta pero también la causa principal de que la empresa hubiera cerrado al haber perdido en su sede central de New York a los máximos dirigentes de la compañía. La «Whitehall» no pudo cumplir con los contratos que esgrimían sus clientes y estos comenzaron a hacer uso de las cláusulas de penalización. Todo ello desembocó en la bancarrota de la «Whitehall». Gerald lo perdió todo y su esposa le abandonó. Esto último también es cierto. Las acciones y protestas de Gerald eran tan constantes que llegaron a ejercer una gran presión sobre el Gobierno. La presión se hizo tan insoportable que el Gobierno decidió pasar al contraataque y le tendió una serie de trampas. Y Gerald cayó en ellas. Las agresiones se produjeron efectivamente, pero estas fueron fruto del estado de desesperación en el que él se encontraba. Cuando lograron recluir a Gerald en el sanatorio mental, el resto de manifestantes resultó mucho más fácil de controlar. Gerald estaba controlado y la situación también. Estaba claro que no le iban a dejar salir para que volviera sobre sus pasos. Por eso continúa retenido.

—¡Qué barbaridad! —dijo Leroy—. Me pregunto si todavía se nos pueden complicar más las cosas.

—La respuesta es que sí —admitió la voz de la pantalla.

—¿Sí? —exclamó Leroy que no salía de su asombro.

—Efectivamente. Cuando comenzamos a averiguar cosas sobre Gerald Campbell a petición del doctor Goodwill, descubrimos que hace siete meses heredó una fortuna equivalente a algo más de 350 millones de dólares por el fallecimiento de un hermano de su padre.

—¿Y? —preguntó Leroy ansioso.

—Pues que ahora su esposa ha entrado de nuevo en escena alegando que como nunca llegaron a divorciarse y que como Gerald no tiene ni padres, ni hijos, ni hermanos, ella es la legal albacea de la herencia, al estar Gerald incapacitado mentalmente.

—¿Y en qué nos puede afectar todo esto? —preguntó Leroy.

—Como te he dicho, desde hace unos cuatro meses su esposa lo controla todo. Gerald no ha recibido ninguna visita en los últimos diez años. Le resultará muy extraño que precisamente ahora alguien acuda a visitarle. Temerá por la que ya considera su herencia.

—¿Cómo puede su esposa controlar tan de cerca a Campbell?

—Para acabar de ponerle la guinda al pastel, hemos descubierto que el hombre con el que ahora vive ella es el director médico del Sanatorio donde está recluido Gerald.

—¡Madre mía! —exclamó Leroy—. David va directo a la boca del lobo sin ni siquiera imaginárselo. Robert Koch va a tener mucho trabajo para mantener bajo control todo este embrollo. ¿Podrá hacerlo él solo?

—Tienes razón, Glenn. Va ser muy difícil para Robert si va él solo. Vamos a enviar también a Ingrid Tullin y a Joe Spencer. Viajará cada uno en uno de los aviones del mediodía. Todos van a estar en contacto permanente con nosotros. Por cierto, ¿dónde está Goodwill? —terminó preguntando la imagen de la pantalla.

—Está con Jennifer, volverá pronto —contestó Leroy.

—Pues no estamos recibiendo ninguna transmisión. ¿Lleva puesto el reloj que le regalaste?

—Creo que sí. Voy a asegurarme —dijo Leroy saliendo del sótano y encaminándose a la habitación de David.

En el instante en que Leroy subía las escaleras, David se encontraba en compañía de Jennifer en la trastienda de una joyería que servía de tapadera a su propósito principal.

—Quiero dos frascos de 20 mililitros de alfa-epiclorifenhidrina-G y otros dos frascos más de orto-2,4-flumazenilo-T de igual volumen —dijo David con la mano izquierda en la cartera—. Quiero, además, una caja de agujas hipodérmicas —añadió sin dudar en su petición.

—Son cuatrocientos veinte dólares —contestó su interlocutor.

—Aquí tienes —dijo David poniendo el dinero sobre el mostrador.

—Vuelvo en dos minutos —dijo el traficante, mientras Jennifer permanecía muerta de miedo callada en un rincón.

Ella estaba asustada, pero satisfecha. Había podido ayudar a David y esto le hacía sentir bien. Él le había dicho que estas sustancias eran para un buen amigo, y eso a ella le había bastado. Le había prometido a David guardar silencio sobre todo esto y ella nunca faltaba a sus promesas.

Leroy entró en la habitación de David y encontró el reloj sobre la mesita de noche. Lo cogió porque vio un papel escrito debajo del reloj. Cuando levantó el reloj pudo leer claramente una dedicatoria hacia su persona. «¡Hola Leroy! ¡Quiero tu mejor sonrisa!». Un pequeño flash se disparó e inmortalizó la cara de sorpresa de su compañero protector.

Leroy volvió a dejar el reloj sobre la mesa y bajó al sótano. Se puso frente a la pantalla y dijo:

—David se ha olvidado el reloj.

No explicó nada más. Se despidió y cerró la comunicación. Después se sentó y se

quedó pensando en silencio durante algunos minutos.

Capítulo 13

Robert Koch se sentó tres filas por detrás de David. Nunca había realizado una misión de esta clase. Estaba más nervioso por todas las recomendaciones que le habían realizado que por el propio hecho de tener que vigilar a un tipo que, además, no le parecía nada peligroso.

Había recibido órdenes de reportar todo lo que hiciera aquel hombre. Tanto él como Ingrid y Joe tenían que estar muy atentos a que ese tal David Goodwill no se metiera en graves problemas.

Mentalmente repasaba las instrucciones que los tres habían recibido. Al parecer, el individuo en cuestión, el que él tenía sentado justo tres filas por delante suyo, tenía la intención de visitar a un amigo en un sanatorio mental de San Diego. Habían conseguido la lista de internos y el plan era sencillo. Cada vez que David se dispusiera a realizar una visita, uno cualquiera de ellos tres, visitaría también a otro interno a la misma hora. Se irían alternando los tres. No importaba que enfermo eligieran aunque tenían unos nombres con prioridad marcada. Eran los nombres de los internos que se podían considerar más pirados. Precisamente por eso habían sido referenciados para una posible falsa visita. Cuantas menos pistas dejaran, sería mucho mejor. El objetivo era mantenerse siempre cerca de David. Si surgían problemas, los tres tenían ordenes de actuar y sacarlo de allí. No importaba cómo lo hicieran. Estaban autorizados a usar cualquier método desde dentro o desde fuera. Incluso tenían un collar paralizador para poder colocárselo a David y sacarlo sin que él pudiera ofrecer resistencia.

Robert no conocía de nada a David y tampoco le habían informado de quien era. El desconocimiento en referencia a su vigilado era completo y total.

David estaba con los ojos cerrados. Era su táctica preferida en los aviones. Había colocado los frascos de los antídotos que él había comprado y todas las jeringas en el equipaje que había facturado en la terminal. Les había cambiado las etiquetas y los había colocado en el neceser. En las nuevas etiquetas figuraba el nombre de «insulina». Las jeringas estaban colocadas sin cuidado en el mismo neceser para darle un aire de normalidad a la situación. Aparentaba a todas luces que él era un enfermo de diabetes que llevaba sus medicamentos sin más importancia. Otra cosa eran las agujas hipodérmicas. David las había escondido en las varillas de unas espectaculares gafas de diseño. Por este lado lo tenía todo controlado, ya que había prescindido de los antídotos que Leroy le había facilitado.

El viaje iba a durar poco más de tres horas. Su avión tomaría tierra en el aeropuerto de San Diego, más conocido por el «Lindbergh Field», a eso de las dos del mediodía.

David seguía con los ojos cerrados. Repasaba mentalmente todo su plan. Había

planeado realizar como máximo tres visitas a Gerald Campbell. Iba a dejar pasar un día entre la primera y la segunda. Después de esta, dejaría pasar tres días hasta realizar la última. Luego, todo dependería de los resultados obtenidos.

Hasta ese punto tenía el plan perfectamente trazado. La primera incógnita era descubrir la verdadera identidad de su interlocutor. No quería que le diesen gato por liebre. Era imprescindible resolverla en la visita del primer día.

En este punto, la ayuda de Jennifer había vuelto a resultar crucial. Durante su segundo encuentro, David le había insinuado que necesitaba un analizador de ADN que fuera lo más pequeño posible. Ella se asustó muchísimo al conocer la extraña petición y más de la forma en que él se la hizo.

Sentado en el avión, David se acordó de esa circunstancia y no pudo evitar que una leve sonrisa se le escapara por la comisura de su boca. Recordó que iban los dos caminando por la calle cuando él colocó su brazo izquierdo con el reloj transmisor en la parte posterior de su espalda. Después indicó a Jennifer que guardara silencio colocando un dedo sobre sus labios. Luego con un suave movimiento de su mano derecha se sacó del bolsillo un papel que tenía escrito la singular petición. La cara de Jennifer resultó ser un verdadero poema. Después de todo esto continuaron hablando con toda normalidad sobre cosas sin importancia y con el brazo izquierdo de David de nuevo en posición normal.

Esta fue la primera vez que utilizaron la táctica del silencio y de la comunicación por escrito. Después la habían seguido utilizando en los encuentros sucesivos hasta llegar al día de ayer en el cual David decidió unilateralmente olvidarse del reloj con mensaje y dedicatoria incluida.

Jennifer le consiguió un analizador de ADN de muy reducidas dimensiones tres días después de que él se lo pidiera. David lo desmontó completamente e insertó la placa base en un controlador del nivel de glucemia en la sangre. Después le acopló un puerto de salida para impresora y lo volvió a colocar en su funda original. Cuando terminó, el aparato aparentaba ser uno más de los artilugios normales y necesarios que siempre debían figurar en el equipaje de un enfermo diabético.

David no quería correr riesgos. La primera visita iba a ser muy corta. Iba a durar lo estrictamente necesario hasta que le fuera posible obtener una gota de sangre de Gerald que le permitiera confirmar su identidad con el posterior análisis del ADN.

Tenía los datos del ADN de Gerald perfectamente estudiados. Había logrado acceder desde un portal pirata a una base de datos gubernamental. El proceso de pago por este servicio había sido muy complicado para no dejar ningún rastro que seguir. La experiencia había merecido la pena. Conocía que la historia contada por «Tío Sam» dejaba mucho que desear. Él había descubierto que Gerald había sido un luchador. Hacía algunos días que había averiguado que Campbell había defendido una causa justa y que eso le había llevado a su actual situación. Sabía además que esa

causa le afectaba a él muy directamente. Campbell había luchado en cierta manera por John, por él y también por todos los compañeros que desaparecieron en los atentados del «World Trade Center». Era evidente que Gerald había luchado por sus propios intereses, pero también era de agradecer que no se hubiera olvidado de todos ellos. Tenía constancia de que Gerald había hablado con su madre y había tratado de que esta recibiera la mayor indemnización posible. Evelyn Goodwill pudo vivir con tristeza, pero sin excesivas penurias económicas, los últimos años de su vida gracias a Campbell, y eso él no lo iba a olvidar nunca.

En su propia investigación había detalles que no encajaban pero no había tenido tiempo de ahondar en ellos ni tampoco de esclarecerlos de manera suficiente. Le sobrecogía el mero hecho de pensar que ese hombre llevaba tantos años recluido solo por levantar su voz contra el sistema.

Se suponía que eso debía ser al revés. Que precisamente era el sistema el que debía permitir y garantizar la libertad de expresión. Era palpable que no había sucedido de esa forma y David estaba dispuesto a ayudarle en todo lo que le fuera posible. No conocía el estado actual en el que Gerald se encontraba y eso se convertía en el segundo gran objetivo de la primera visita. Era importante valorar el grado de recuperación que pudiera todavía conservar la vitalidad de ese hombre.

El avión de la Pent-United tomó tierra en el «Lindbergh Field» a las dos menos diez. Treinta minutos más tarde, David estaba tendido en la espaciosa cama de la habitación 412 del Holiday Inn Hotel. En principio, había realizado una reserva para seis noches. La vista a la bahía era magnífica y cumplía perfectamente con todo lo prometido en la publicidad mediática del hotel. La habitación que David había solicitado en su reserva disponía también de un reservado de uso individual con todos los adelantos informáticos listos para ser utilizados. Tenía también conexión directa con las cuatro mejores redes mundiales de información del momento, la «Worldnet», la «Infopronet», la «Xinsiahonet» y la popular «Netonyourown» que era la más versátil y la más incontrolada de todas ellas.

Robert, Ingrid y Joe se habían instalado en el mismo hotel. El plan, en principio, era que Ingrid y Joe fingirían ser una pareja que se encontraba de vacaciones. Robert no les dirigiría la palabra en ningún momento. Su comunicación se realizaría por el circuito telefónico interior del hotel a las cuatro de la madrugada. Solo en casos excepcionales se les había autorizado utilizar los móviles netimáticos de última generación dentro del hotel. Sin embargo, fuera del mismo, estos móviles iban a ser el medio más utilizado por todos ellos.

Eran las cuatro de la tarde cuando David entraba por la puerta del «County Psychiatric Center» reservada a las visitas. Rellenó la oportuna solicitud de visita a Gerald Campbell bajo el nombre falso de James Pearson Douglas, de profesión periodista. Entró en la sala de espera y confirmó la sospecha de que estaba siendo

vigilado o, cuanto menos, estaba siendo protegido. Había visto la cara de aquel hombre en el avión. No era probable que fuera una casualidad porque las casualidades no entendían casi nunca de probabilidades.

—Al parecer no estoy solo. Leroy se sigue preocupando demasiado por mí persona —pensó David mientras aparentaba leer con atención una revista de actualidad.

—No tiene ni idea de que estoy aquí vigilándole —pensó Robert—. Este trabajo es fantástico. Me encanta —se dijo a sí mismo en un ataque de profunda egolatría.

Ingrid y Joe estaban juntos en el exterior dentro de un coche alquilado. Su misión era avisar a Robert cuando David saliera del centro psiquiátrico. Entonces serían ellos los que seguirían a David. Robert tendría que regresar por sus propios medios al hotel.

La puerta se abrió y un celador informó secamente en voz alta.

—Visita para Gerald Campbell, sala número cinco.

David se levantó y siguió al vigilante hasta la puerta número cinco. Entró en la sala y pudo ver a un hombre en un aceptable estado físico. Tenía las manos libres, pero sus muñecas estaban unidas por una correa de poco más de veinte centímetros que reducía de forma ostensible la movilidad de las mismas. Su mirada, sin embargo, estaba ausente.

—¡Santo Dios! —fue su primer pensamiento.

Trató de sobreponerse sin que se le notara demasiado. La sala era acristalada y el vigilante permanecía atento mirando desde el otro lado del cristal. David se presentó.

—Soy periodista señor Campbell. Mi nombre es James P. Douglas. Estoy seguro de que no me conoce pero estoy haciendo una encuesta —dijo David para empezar.

Gerald Campbell tenía la vista fija en una de las paredes de la sala. Su cara continuaba sin ofrecer ninguna expresión que pudiera ser analizada por David.

—¿Qué tipo de cosas le interesan, señor Campbell? —preguntó David sin dejar de mirarle a los ojos.

David tampoco obtuvo respuesta pero no desesperó por ello. Ya había imaginado que no le iba a resultar fácil lograr establecer comunicación con un hombre que había permanecido más de veinte años casi incomunicado. No tenía otro camino que seguir intentándolo hasta encontrar la clave que pudiera despertar su interés.

—Hábleme de la «Whitehall». ¿Qué sucedió realmente? —volvió a preguntar David.

En esta ocasión, Gerald levantó la vista y miró fugazmente a David pero continuó sin abrir la boca.

David volvió a la carga. No podía ni quería arrojar la toalla. No se iba a rendir tan pronto. Empezó a gestar la sensación de que se encontraba delante de una persona totalmente encerrada en sí misma. Estaba frente a un ser humano que parecía estar

resentido con el resto de los habitantes del planeta. Una persona que transpiraba desconfianza por cada poro de su piel. Sin embargo, no tuvo en ningún momento la impresión de estar sentado enfrente de un enajenado mental.

—Señor Campbell, cuénteme cómo se encuentra. Explíqueme qué siente en estos momentos —le dijo David variando de esta forma la dirección de sus preguntas iniciales.

Gerald Campbell levantó la mirada y la mantuvo por espacio de veinte segundos cruzada con la de David. Después, volvió a bajarla y continuó en un absoluto silencio.

A David no le pasó por alto este cambio de reacción y decidió seguir perseverando en la misma dirección.

—Señor Campbell, ¿por qué sigue usted en este lugar?

La pregunta volvió a sorprender a Gerald. Nadie le había hablado así en los últimos veinte años.

—¿Quién es usted? —preguntó de repente.

David decidió atacar a cara descubierta. No quería dar a su interlocutor la opción de volver a encerrarse en sí mismo.

—A los ojos de todos los demás, soy un periodista haciendo una encuesta. Pero para ti soy un amigo que quiere ayudarte si me dejas hacerlo —dijo tendiéndole la mano.

Gerald no correspondió al saludo de David y le repitió la pregunta.

—¿Quién es usted?

—Me gustaría que me considerases un amigo, Gerald.

—Yo no tengo amigos —respondió Campbell colocándose de lado y dejando de mirar de frente a David.

—¿Por qué crees que no tienes amigos? —siguió preguntando David con la intención de dar cuerda a la conversación.

Gerald Campbell giró la cabeza y contestó con voz resignada.

—Es muy sencillo. Los locos no tienen amigos y yo estoy loco. Me lo han certificado siete veces en estos últimos veinte años. Todas las pruebas que me han realizado han demostrado que estoy loco. Por eso no tengo amigos y por eso tampoco usted puede ser mi amigo. Así que lárguese y déjeme tranquilo. Eso es de lo único que puedo disfrutar en este lugar. No venga usted a quitarme ahora lo poco que tengo.

—A mi no me parece que hables como lo haría un loco —dijo David.

—Pues lo estoy oficialmente. Si no lo cree, haga el favor de leerse todos los informes que lo certifican una y otra vez. Váyase y no vuelva más. No me interesa si usted es periodista o antropólogo. Ni tampoco si es que usted es ginecólogo porque le puedo asegurar que no estoy embarazado. Así que no hay noticia. No ha tenido usted suerte. Lárguese, por favor. Si no lo hace me levantaré y llamaré al celador —

respondió Campbell.

—Te ruego que no lo hagas todavía. Dame un par de minutos. Quiero que me escuches con atención porque quiero ayudarte a salir de aquí —dijo rápidamente David.

El cambio de tono y la última frase sorprendió a Gerald que volvió a sentarse dispuesto a seguir escuchando a su visitante.

—Gerald, escúchame. Estoy dispuesto a ayudarte pero todavía no sé cómo. Sin embargo, hay una cosa de la que tengo que estar completamente seguro. Necesito estar convencido de que tú eres Gerald Campbell.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Gerald extrañado.

—Antes te he dicho que me gustaría que me consideraras tu amigo. Puedes estar seguro de que, si tú eres realmente Gerald Campbell, el Gerald Campbell que trabajaba en la «Whitehall» en el año 2001, tú eres mi mejor amigo. Y a los amigos hay que ayudarles. Hay que hacer siempre todo lo que se pueda por ellos cuando están en dificultades —David se detuvo un instante y luego terminó diciendo—. Eso, Gerald, me lo enseñó mi madre.

—Soy Gerald Campbell. Puedes estar seguro de ello. Llevo casi media vida encerrado aquí por enfrentarme al poder y te aseguro que, en este momento, me resulta muy difícil confiar en ti. Han intentado muchas estratagemas conmigo. Las sucesivas pruebas y análisis psicológicos son una muestra de ello. La manipulación ha sido una constante desde el primer día que me encerraron, siempre con el único fin de mantenerme aquí dentro.

—Mira, faltan pocos minutos para que se termine la hora de visita y yo necesito llevarme una prueba indiscutible de tu identidad —dijo David.

—¿Qué quieres que te cuente para convencerte? —dijo Gerald sin mucha convicción en sus palabras.

—No quiero que me expliques nada. Solo quiero llevarme una gota de tu sangre. Tampoco quiero hacerme pesado, pero te repito que quiero estar absolutamente seguro de que tú eres el Gerald Campbell de la «Whitehall». Si el análisis de ADN confirma tu identidad, volveré y te ayudaré. Si no es así, te felicito por tu excelente actuación de hoy. Eres muy buen actor pero no me interesas. No volverás a verme nunca más —dijo David.

—No sé quien eres —contestó Gerald—. Sin embargo, tengo la sensación de haber hablado antes contigo. No puedo recordar ni dónde ni cuándo pero es una sensación que persiste en mí desde el primer momento. Espero que no te estés riendo de mí.

David decidió no entrar al nuevo trapo de la conversación. Apenas faltaban dos minutos para que se terminara el tiempo de visitas. Tenía que darse prisa o habría fracasado en el objetivo principal de la primera visita.

—Si estás interesado en todo lo que te he dicho, necesito que hagas algo para herirte y sangrar un poco. Lo tengo todo preparado para recoger la muestra de tu sangre antes de que el vigilante se dé cuenta y entre a auxiliarte. Date prisa porque casi no tenemos tiempo —dijo David.

Gerald se levantó. Simuló tropezar y cayó de bruces. En el movimiento de caída se clavó el pasador de la hebilla en la muñeca derecha y comenzó a sangrar. David acudió a auxiliarle y se colocó dando la espalda al celador que entraba por la puerta. De esta forma pudo recoger la muestra sin ser visto. El celador llegó y David se apartó guardando el pequeño tubo de muestra en el interior de la caña de su calcetín derecho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras otros dos celadores acudían también al lugar.

—Ha tropezado al levantarse y se ha caído. Creo que se ha herido en un brazo —dijo David.

—Tiene usted que marcharse ahora. La visita ya había terminado —dijo el celador.

—De acuerdo —contestó David mirando de reojo a Gerald.

Gerald también miró a David. Por un instante, sus miradas se cruzaron. No pudieron decirse nada pero no fue necesario.

David desapareció por el pasillo y salió por la misma puerta por la que había entrado en el centro psiquiátrico. Ingrid y Joe le vieron salir. Intentaron ponerse en contacto con Robert pero desistieron de hacerlo al verle salir a unos diez metros por detrás de David.

Ingrid puso el motor en marcha y el coche abandonó el aparcamiento. Fue el único coche que se movió. El detalle no pasó desapercibido a David y este memorizó la matrícula. Él esperó a que llegara el autobús para regresar. Cuando llegó al hotel, se paseó por el aparcamiento y pudo comprobar que allí estaba el Corvette azul que había visto en el centro psiquiátrico. El mismo coche y la misma matrícula.

—¡El equipo ya está al completo! —dijo en voz alta al comprobar que estaba totalmente solo en el aparcamiento.

Acto seguido, entró en el hotel.

Capítulo 14

El análisis confirmó la identidad positiva de Gerald Campbell. David deseaba que así fuera y sus deseos se materializaron por completo. No había dudas. Ese hombre era su Gerald Campbell.

Estuvo a punto de telefonar a su amigo Leroy y decirle que retirara a aquellos tres payasos de feria que había enviado para vigilarle, pero desistió de hacerlo. No era malo para él que tuviera alguien a mano si llegaba el momento de pedir ayuda.

David no salió del hotel durante todo el día siguiente. Después de comprobar el ADN, se dedicó a planificar la segunda visita. Se puso a pensar en un hecho que le había sorprendido enormemente.

¿Cómo era posible que ese hombre hubiera podido aguantar todo ese tiempo sin perder la razón? Además, se suponía que estaba siendo medicado con benzodiazepinas para reducirle su presunta agresividad. Ese era un misterio que tenía que desvelar en su segunda visita.

Mientras David se hallaba sumergido en sus disquisiciones, el Consejo se hallaba reunido en New York. La cita se había convocado en una casa apartada y colgada sobre la costa atlántica.

El nombre en clave secreta de la organización era «The Rainbow Travelers» y esta vez estaban todos presentes sin ninguna excepción. Su presidente, el cirujano Patrick Emmericks, encabezaba la mesa en forma de herradura que permitía que los quince miembros se vieran directamente las caras unos a otros.

A su derecha, estaba el biólogo Dean Devlin que ostentaba la primera vicepresidencia y, a su izquierda, se había sentado el vicepresidente segundo, el pluri-laureado doctor Glenn Denvers. El resto de vocales miembros del Consejo se repartían en las dos ramas de la mesa. La de la derecha terminaba con el joven físico nuclear, el doctor Walter Andrews. La de la izquierda se cerraba con la presencia del veterano físico cibernético, el doctor Scott Evans.

El temario de la reunión fue conocido en la propia casa del acantilado. No se había considerarlo oportuno adjuntarlo en la misiva en clave que todos habían recibido por correo netimático. El mensaje una vez descifrado era corto y claro:

«Reunión Consejo. Lugar Acantilado. Fecha 12/12/29. Hora 20,00».

Eran exactamente las ocho de la tarde cuando el presidente Patrick Emmericks hizo uso de la palabra. Su intervención fue directa al grano.

—Compañeros miembros —dijo poniéndose en pie—. Hoy tenemos la oportunidad de dar conocimiento de un hecho excepcional que hasta el día de hoy hemos mantenido en secreto. Solamente yo y nuestros dos vicepresidentes, los doctores Devlin y Denvers, hemos estado completa y puntualmente informados de

todos los acontecimientos que luego han sucedido. El primer punto del temario de la reunión extraordinaria de hoy es la explicación a todos vosotros de esos hechos. Este primer punto será expuesto por su auténtico protagonista, el doctor Glenn Denver. El punto segundo es el debate y aprobación de un gran proyecto. Un proyecto que expondrá el doctor Devlin y que pondremos en marcha si obtiene la «*mayoría absoluta*» en la votación que realizaremos. Permitidme recordaros que, si se produjera en la votación el resultado que hemos denominado como de «*mayoría por exclusión*», es decir, si solo uno de nosotros vetara la puesta en práctica del proyecto y los otros catorce lo aprobaran, nuestras reglas nos obligan a la expulsión de ese miembro y buscar un sustituto en el plazo de un mes. En cambio, si en la votación se producen dos o más vetos, el proyecto se desestimaré. Como dictan nuestras reglas, la votación será secreta pero personal para poder conocer quién o quiénes ejercen el derecho de oposición y de veto. Sea cual fuere el resultado de la votación, todos nosotros sin excepción, incluido el miembro que pudiera resultar expulsado, deberemos jurar que guardaremos silencio y que la información recibida no será divulgada bajo ningún concepto. Por tal motivo os ruego que os pongáis en pie y realicéis uno tras otro el juramento que os he pedido. Yo seré el primero en realizarlo.

Todos se levantaron de sus asientos. Emmericks alzó su mano derecha y con la palma extendida y dirigida al frente, pronunció las palabras rituales del juramento.

—Yo, Patrick Emmericks, miembro presidente de «The Rainbow Travelers», juro respetar las reglas de nuestra organización así como guardar silencio de todo lo que se trate en esta reunión.

A continuación del presidente, los catorce miembros restantes repitieron el juramento. El último en hacerlo fue Scott Evans. Cuando este finalizó, todos se sentaron a excepción del presidente que permaneció de pie.

—Tengo el orgullo de ceder la palabra al doctor Glenn Denver —dijo.

Leroy se levantó un instante para corresponder a la presentación que había realizado Emmericks. Acto seguido, volvió a sentarse, decidido a realizar la exposición del primer punto. La expectación era enorme ya que nunca antes se había realizado una convocatoria con tan poco tiempo.

—Me remontaré al 5 de Septiembre pasado para empezar el relato de mi sorprendente experiencia —comenzó diciendo—. Ese día realicé un salto al futuro de carácter rutinario sin más expectativas que seguir perfeccionando la técnica y el método de lo que constituye el principal objeto y su vez el objetivo principal de nuestra privilegiada organización. Planifiqué un salto de catorce días sin desplazamiento espacial. Iba a ser una experiencia similar a la que todos nosotros hemos tenido ya el privilegio de realizar en varias ocasiones. El objetivo del viaje era doble. Por un lado, quería comprobar la influencia de la intensidad de flujo en la precisión del salto, y por otro, la posibilidad de regresar casi inmediatamente.

El silencio era total en la sala. Todos esperaban expectantes para conocer la razón que había provocado la reunión. Denver bebió un poco de agua y continuó su relato.

—Para ello preparé como de costumbre las radiaciones magnéticas que tenían por misión crear el campo de flujo necesario para poder realizar el salto. El lugar escogido para ello fue la habitación izquierda de mi sótano. El viaje se realizó sin nada digno de reseñar. Comprobé la hora. Había una diferencia de tan solo cuatro segundos respecto a la hora de salida. Era el mejor resultado que yo había obtenido. Me dispuse a comunicar los resultados a «Tío Sam» y me dirigí para ello a la otra habitación. Mi sorpresa fue mayúscula. La puerta estaba abierta y había una persona que yo no conocía conversando con «Tío Sam». Cuando me vio entrar me saludó sin sorprenderse y me dijo:

—Hola Leroy, ¿ya estás de vuelta?

Las miradas entre los distintos miembros de la organización se cruzaron a velocidad de vértigo pero nadie dijo ni preguntó nada. Sabían que la exposición no había terminado y todos se reservaban para el debate final después de conocer todos los hechos. Glenn retomó la palabra y prosiguió.

—Contesté que sí. No tuve otra opción. Estaba en mi futuro y por primera vez me enfrentaba realmente a lo desconocido. En todas las ocasiones anteriores había estado siempre solo. Tomé asiento a su lado y esperé a que él tomara la iniciativa. Me dijo que me encontraba algo extraño, pero no le concedió mayor importancia. Poco a poco, me di cuenta que aquel hombre era algo especial. En un momento de lucidez se me ocurrió pedirle que me volviera a contar toda su historia para que pudiera ser grabada y archivada por «Tío Sam». Le sorprendió un poco mi petición pero finalmente aceptó.

En aquel momento, Leroy se levantó. Se sacó el reloj de la muñeca y lo conectó al circuito de auriculares de la mesa.

—Este es el testimonio íntegro grabado que realizó aquel hombre en la habitación derecha de mi sótano, el miércoles 19 de Septiembre a las 19 horas y 47 minutos. El documento dura exactamente treinta y siete minutos. Os ruego que os coloquéis los auriculares y que escuchéis con atención el documento sin interrumpir. Si lo consideráis necesario repetiremos la audición. Después contestaré a todas vuestras preguntas haciendo honor a nuestro código.

Los quince se colocaron los auriculares. Glenn Denver pulsó el «play» y comenzó la reproducción del testimonio de David Goodwill.

Nadie podía tomar notas porque estaba estrictamente prohibido hacerlo. A medida de que la voz grabada de David avanzaba en su relato, las caras de los doce que desconocían los hechos iban reflejando primero la sorpresa, después una tensión difícil de controlar y, finalmente, una ansia por preguntar que escapaba a su control.

Cuando terminó la reproducción, el doctor Walter Andrews solicitó que se

volviera a repetir el testimonio de David. Quería volver a oírlo en toda su extensión. Todos aprobaron su sugerencia por unanimidad y Glenn Denver pulsó el play por segunda vez. El silencio volvió a reinar por un periodo de treinta y siete minutos. Después se recomendó levantar la mano para solicitar la palabra y proceder por orden. Las doce manos se levantaron. El presidente Emmericks tomó la palabra y decidió que las preguntas se realizaran por antigüedad de pertenencia al Consejo. El doctor Steven McCormack, licenciado en Química Bio-molecular, fue el primero en poder preguntar.

—¿Cuándo regresaste, Glenn?

—Estuve casi cuatro horas conversando con el doctor David Goodwill. Comprenderéis fácilmente que después de superar el susto inicial, me costó muchísimo abandonar la extraordinaria experiencia que estaba viviendo. Con la excusa de retirarnos a dormir, regresé. Inmediatamente llamé a Patrick Emmericks y se lo conté todo.

El presidente asintió con la cabeza. Era la certificación de las últimas palabras que acababa de pronunciar Glenn Denver. Después cedió la palabra al prestigioso profesor de la Universidad de Columbia, el eminente doctor ingeniero Stuart Weinstein.

—Dígame, doctor Denver. ¿No corrió usted mucho riesgo al dejarse detener por las autoridades? Le pregunto esto porque es evidente que lo hizo, ¿verdad? —preguntó Weinstein.

—La decisión se tomó entre Patrick, Dean y yo mismo. Discutimos la posibilidad de buscar otra solución pero no había ninguna que nos ofreciera el cien por cien de posibilidades. Además yo defendí la teoría de que no corría ningún riesgo ya que existía una llave mágica. Una llave que yo había tenido en mis propias manos —se detuvo por un instante y se colocó la mano en el bolsillo—. Y aún la tengo como todos podréis comprobar —añadió colocando a «Popi» sobre la mesa.

—¡Es extraordinario! —dijo Roland Davison levantándose y saltándose el orden sin esperar a su turno—. Yo de pequeño tenía uno igual que este. Su nombre era «Stopper». Era mi mascota. Le quería muchísimo.

—Por favor, Roland —dijo el vicepresidente Devlin—. Debemos respetar el orden establecido. Siéntate, te lo ruego. El turno de preguntas es ahora para el doctor Ralph Kingsley.

—Glenn —comenzó diciendo el licenciado en Astronomía—. ¿Por qué confiaste en ese hombre? Podría haber resultado ser uno de esos hackers tráfugas que solo utilizan los viajes para su beneficio personal.

—El suceso era tan fantástico como inesperado para nosotros. Habíamos encontrado a alguien que había logrado algo por lo que todos nosotros estamos luchando. En apenas cuarenta y ocho horas, hicimos una completa investigación de

su vida. No tuvimos duda alguna de que por sorprendente que nos pareciera era verdad todo lo que él contaba.

Llegó el turno de Michael Parker. Era catedrático en Ciencias Exactas. Su pregunta hizo honor a su profesión.

—¿Qué hemos aprendido de la experiencia de Goodwill?

—La verdad es que todavía muy poco. El método utilizado por él es bastante diferente del que nosotros hemos adoptado. Tiene mucho más riesgo, pero el salto ha sido espeluznante comparado con los que nosotros hemos logrado. Uno de mis próximos objetivos es convencerle para realizar un experimento conjuntamente. Espero lograrlo. Nos lleva treinta años de ventaja —dijo Leroy dando por contestada la pregunta.

—¿A qué experimento te refieres exactamente? —preguntó Jeff Richards, un experto en Física Cuántica.

—Esa respuesta es el segundo punto del temario de hoy. Te ruego que esperes a la exposición del doctor Devlin.

—En ese caso, voy a cambiar la pregunta —terció Richards—. Aparte de ti, ¿conoce alguno de nosotros a ese David Goodwill? ¿Le ha visto alguien de esta mesa?

—No. Bueno, sí —rectificó Leroy—. David me acompañó al Congreso de Cibernética que se celebró hace un mes. El doctor Scott Evans se cruzó varias veces con él.

Todos miraron al aludido que estaba totalmente sorprendido por las palabras de Denver.

—¿Por qué no me lo presentaste? —preguntó Scott que había tomado el turno por alusiones.

—No hacerlo fue una decisión personal mía —respondió Leroy.

Las preguntas se sucedieron. Anthony Fisher se centró en la técnica de cambio de ADN que Leroy había utilizado para mantener oculta su verdadera identidad. La respuesta de Leroy explicando la técnica del baño fue muy alabada.

Howard Moore quiso conocer la sensación de Leroy cuando se encontró de nuevo con David.

—¿Cómo pudiste disimular todo lo que ya sabías?

—No me resultó fácil pero tenía que hacerlo. Era imprescindible comportarse como si todo fuera nuevo para mí. Le puse muchos problemas a lo que me contaba y eso le dio confianza.

—¿Dónde ha vivido estos tres meses? —preguntó Walter Andrews.

—En mi casa. Consideramos entre los tres que sería la mejor opción. Pensad que no le ha resultado nada fácil amoldarse a nuestro sistema de vida actual. En los primeros días no se atrevía a salir solo de la casa.

—¿Dónde está ahora? ¿Por qué no ha venido? —preguntó Roland Davison—. Le hubiéramos nombrado miembro de honor.

—Está de viaje. Está en San Diego. Ha ido a visitar a un antiguo compañero de trabajo. Pero no os preocupéis, todo está controlado. Además, hemos enviado a tres de los nuestros a vigilarle. No dejaremos que se meta en problemas.

El antropólogo Thomas Brenner tomó el uso de la palabra al llegar su turno de preguntas.

—Si se me permite, me gustaría hacer primero una pregunta y después una petición —dijo mirando a Patrick Emmericks.

—Adelante —contestó el presidente.

—¿Has percibido tú algún detalle significativo o quizás David te ha comentado que haya cambiado algo en su naturaleza después de un salto de veintiocho años?

—No y debo añadir que conserva una perspicacia y una memoria digna de resaltar. Scott Evans no se acuerda de él. Sin embargo, estoy seguro de que David le reconocería si le volviera a ver. No lo haría por su nombre porque no lo conoce, pero sí que identificaría su cara. ¿Cuál es tu petición, Thomas? —preguntó Leroy.

—Que me dejes hacer un chequeo completo al hámster. Te lo devolveré antes de que regrese Goodwill de San Diego. Prometo en esta mesa que no le haré daño alguno. Solo quiero comprobar cómo es posible que un organismo tan reducido haya sido capaz de absorber un salto de casi treinta años.

Leroy miró asustado a Emmericks. Sin embargo, este le tranquilizó y consideró muy acertada la petición del antropólogo.

—Si le pasa algo a «Popi», podríamos perder a David —objetó Leroy temeroso por ello.

—Confío plenamente en Thomas —volvió a decir el presidente.

Leroy no tuvo otra opción que aceptar la decisión y se preparó para las dos últimas preguntas. La primera de ellas la realizó el psicólogo Rick Carter.

—Doctor Denver, ¿cree que esta inesperada experiencia ha tenido reflejo en personalidad?

—En mi personalidad espero que no, pero sí en mi mentalidad. Ahora sé que ha valido la pena luchar para llegar a este momento.

El último en preguntar fue Scott Evans. Había tenido tiempo de preparar la pregunta y Leroy era conecedor de la exquisita pulcritud con la que siempre se tomaba sus deberes y sus obligaciones.

—Dígame..., Glenn —dijo con profundidad en su voz—. ¿Qué artículo de nuestro reglamento les ha autorizado a ustedes tres para mantener en secreto durante tres meses esta información tan extraordinaria?

—El reglamento de nuestra organización no contemplaba evidentemente un caso como este. He explicado claramente todas mis decisiones. Todo fue consultado y

consensuado con Patrick y con Dean. Siento no poder dar ninguna otra explicación.

—Sin embargo, el descubrimiento se realizó dentro de lo que era un experimento oficial y eso obligaba a comunicarlo al Consejo en el plazo máximo de diez días. ¿Por qué no se hizo?

—No podíamos hacerlo —intervino el presidente Emmericks—. Los sucesos extraordinarios exigen que se tomen soluciones y decisiones también extraordinarias. Eso es todo. El tema está cerrado y la ronda de preguntas ha terminado. Es la una de la madrugada. Propongo pensar en todo lo que hemos expuesto esta noche y posponer la votación de este punto y la exposición del segundo punto del temario para dentro de dos días. Os adelanto que habrá mucho más debate que hoy. Nos reuniremos aquí y a la misma hora. Buenas noches, caballeros.

La reunión se terminó y todos se marcharon. Thomas Brenner se llevó «Popi» para devolvérselo a Leroy al cabo de dos días, en la próxima cita. David Goodwill no habría regresado todavía. Nunca lo sabría.

En el otro lado del país, en la costa oeste, David había estado preparando la estrategia de su segundo encuentro con Gerald. Estaba extenuado porque había tratado de anticiparse durante todo el día a lo que pudiera suceder mañana. Había bajado a cenar pero había vuelto a subir sin apenas comer nada. Se acostó y cerró los ojos. Se sentía muy cansado y el sueño se apoderó de él.

«Estaba subiendo por las escaleras de la torre norte. Se tapaba la boca con un pañuelo. El humo que ascendía con él era caliente y asfixiante. Buscaba desesperadamente a John. No le veía por ninguna parte. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué se había separado de su lado? No le veía, pero él continuaba ascendiendo. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía. La gente subía con él, a su lado, pero John no estaba. El humo era más denso cada minuto que pasaba. Era tan denso que le dificultaba la visión. Casi no podía ver nada pero él seguía subiendo. No sabía cuántos pisos había ya subido, pero él continuaba sin parar. No veía a John. Había mucha gente que subía a su lado, pero John no estaba. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué se había separado de su lado? No le veía, pero él continuaba ascendiendo. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía. Seguía subiendo cuando le pareció ver y distinguir una cara que le resultaba conocida. Agudizó los ojos para distinguirla mejor, pero el humo no le dejaba ver bien. De pronto, volvió a divisarla y luego desapareció de nuevo, él siguió buscando a su compañero intentando al mismo tiempo identificar a...».

David se despertó sudando. Era la segunda vez que le atormentaba aquel terrible sueño. Se levantó para beber agua. No podía dejarse obsesionar con ello.

Seguramente era solo un sueño.

Capítulo 15

El sol brillaba en el cielo en California. David había descansado toda la mañana esperando la hora de visita. Cogió el autobús y se dirigió al centro psiquiátrico.

Entró en la recepción y rellenó la correspondiente solicitud de visitas. Ingrid entró tres minutos después e hizo lo propio. David miró a la segunda componente del grupo de vigilancia e identificó rápidamente el micrófono en el broche de su chaqueta. Esperó, sin dar ninguna muestra de interés por nada.

Se anunció primero la visita de Ingrid y esta salió de la sala dedicándole una sonrisa. David fingió no haberlo notado.

Su visita tardó cinco minutos más en ser anunciada.

—Gerald Campbell, sala número tres —dijo esta vez el celador.

David se levantó en silencio y siguió al celador. Gerald estaba esperando en la sala. Se le notaba muy nervioso.

—¿Cómo te encuentras hoy, Gerald? —dijo David al entrar.

El celador cerró la puerta y permaneció en el pasillo. Sin embargo, esta vez no se colocó mirando directamente al interior porque tenía que vigilar tanto la sala de la visita de Ingrid como la de David. Este se dio cuenta al instante de que era el mismo celador el que había anunciado y acompañado a las dos visitas.

—Creí que no volvería a verte —dijo casi sin mirarle—. ¿Soy el que realmente me imagino que soy? —preguntó después mirando por el rabillo del ojo.

—Te confirmo que eres el auténtico Gerald Campbell y yo me alegro mucho de ello —contestó David—. ¿Acaso tenías tú alguna duda?

—Yo ninguna, pero tú parecías tenerlas todas. ¿Por qué?

—No puedo contestar todavía a esa pregunta pero te prometo que lo haré en cuanto me sea posible —contestó David.

—Vamos muy mal —dijo Gerald moviendo la cabeza—. ¿No serás tú también un buitre carroñero de las herencias?

—¿Qué me has llamado? ¿De qué herencia estás hablando?

—No puedo creer que no sepas nada. He estado sin recibir visitas durante años y tú apareces precisamente unos meses después de que viniera un abogado a leerme el testamento de mi tío George, en presencia de mi mujer. La muy arpía parece que acaba de solicitar mi tutela al enterarse de que soy rico.

—¿Pero, no te abandonó hace muchos años? —preguntó David.

—Tú sabes más de lo que cuentas, amigo, y así ya te he dicho que no vamos bien. No voy a confiar en ti si tú no haces lo mismo conmigo. Te dejo decidir si continuamos con esto o no. No quiero hacerme ilusiones ni tampoco concebir esperanzas de nada si ni siquiera puedo confiar en ti. Reconozco que me has devuelto la vida y que casi no he podido dormir en estas dos últimas noches. No obstante,

prefiero que todo se acabe ahora si no encuentro motivos para fiarme de ti. No quiero sufrir más imaginando que algún día podré salir de aquí. Ya me había resignado a que no fuera así y tus visitas no están más que aumentando mi ansiedad y mi nerviosismo. Debo confesarte que también incrementan mi inestabilidad.

—Lo siento, Gerald. No ha sido nunca mi intención. Te aseguro que no sabía nada de la herencia. La presencia de tu esposa puede complicar las cosas, ya que no lo tenía previsto. Te pido paciencia —explicó David.

—Paciencia me sobra porque la he acumulado durante muchos años pero lo que me falta de verdad es confianza y tú no me la estás dando. Te repito que no quiero que solo me transmitas esperanzas.

David frunció el cejo. Era una señal que indicaba que todo lo que había preparado para esta segunda vista no le estaba sirviendo de nada. Nada se estaba desarrollando según lo previsto. David decidió improvisar.

—¿Te dan pastillas, Gerald?

—No voy a contestarte nada hasta que sepa quién eres tú y cuál es tu interés por mí —insistió Gerald.

—No estoy muy seguro de cómo empezar a hacerlo.

—Pues empieza por el principio. Me será más fácil seguirte —contestó Gerald firmemente decidido a seguir con su estrategia.

—¿Con quién de la «Whitehall» de New York mantenías un trato más regular? —preguntó David que, sin embargo, era conocedor de la respuesta de Gerald.

—Tú continúas con las preguntas. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? —contestó el interno.

—Necesito tus respuestas para poder fundamentar las mías, ¡créeme, por favor! —dijo David en el momento en que cuatro pisos más arriba, el doctor Francis Guillmann repasaba el trabajo pendiente de forma muy rutinaria.

El doctor Guillmann acababa de regresar de viaje. Había estado tres días ausente porque había asistido a un simposio sobre «Medicina Retrocurativa» por acción de ondas lumínicas de corta amplitud. Hacía solo diez minutos que había entrado en su despacho. Se disponía a revisar los partes diarios de los médicos de sección cuando casi sin querer tropezó con la carpeta de vistas recibidas en los tres últimos días. Le sorprendió el notable número de solicitudes. Habitualmente, no solían haber visitas entre semana.

En la planta baja, Gerald aceptaba contestar finalmente a la pregunta de David.

—Prácticamente solo tenía comunicación con John Carpenter —dijo Gerald—. John era el Director de Proyectos y su cargo abarcaba también el control de la oficina de California. Le conocí en una visita que nos hizo cuatro meses antes del atentado. El conocimiento de su muerte me afectó muchísimo.

—¿Con quien más tuviste relación?

—Personalmente, con nadie más. Por teléfono hablé varias veces con un colaborador suyo. A mi entender era un tipo muy amable pero un poco raro. Se lo dije a John pero él me confirmó que confiara en él. Me dijo que, aunque aquel tipo aparentara ser un sabio despistado, era realmente su mano derecha. A veces se le notaba ausente porque estaba embebido en una obsesión que se traducía en una necesidad de estudio sobre algo que no desvelaba a nadie. Su nombre era David Goodwill y también desapareció el día del atentado. Otra buena persona que no pudo ver cumplido su sueño —contestó Gerald.

—A mí también me afectó mucho la muerte de John —confesó David.

—¿Era acaso familiar tuyo?

—No —volvió a contestar David.

—¿Entonces?

—Me afectó mucho porque yo le vi saltar al vacío desde la azotea de la torre norte.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gerald extrañado por la inesperada confesión de David.

En la cuarta planta el doctor Francis Guillmann no salía de su asombro. Gerald Campbell había recibido dos visitas de un mismo periodista en los últimos tres días. Esto era impensable. Era del todo inaudito.

—No puede ser que se trate de un periodista. Debe tratarse de algún profesional de la estafa —se dijo a sí mismo.

Miró el parte que llevaba la fecha de hoy y se dio cuenta de que el impostor estaba todavía con Gerald. Salió corriendo de su despacho escaleras abajo. No tenía ni tiempo de esperar al ascensor.

Gerald esperaba con impaciencia la respuesta de David cuando vio a través del cristal como el guardia celador se colocaba la mano en la oreja derecha y miraba insistentemente hacia las salas de visita con un gesto que delataba estar intentando identificar a alguien. Era indudable que estaba recibiendo órdenes que iban a requerir una acción inmediata. Ingrid también se dio cuenta de ello y se abalanzó sin pensar sobre la viejecita que había ido a visitar. La atrajo hacia sí para simular que el ataque había sido al revés y que estaba siendo atacada por la mujer de edad. Se arañó el cuello y se puso a gritar como si ella fuera la loca.

El celador no sabía dónde acudir. No había entendido muy bien las órdenes y ahora aquella maldita bruja estaba atacando a la encantadora rubia que le había sonreído cuando hace media hora la acompañó por el pasillo hasta la sala de visitas. No iba a consentir que le hiciera más daño y se decidió por la sala de vistas de la chica rubia.

Ingrid ya había mandado el mensaje de petición de acción a sus dos compañeros que estaban esperando en el exterior y estos ya estaban corriendo hacia la puerta de

entrada de visitas.

Gerald y David no habían perdido el tiempo. La pregunta había quedado en el aire pero por ahora se había acabado el turno de preguntas y respuestas. David se arrancó y le entregó a Gerald un apósito que llevaba en el antebrazo izquierdo simulando cubrir una herida ficticia. Gerald estaba estupefacto ante tantas cosas que sucedían a un mismo tiempo.

—Toma, quítate el tuyo que te cubre la herida de la muñeca y cámbialo por este. Tengo que irme. Algo ha sucedido y no puedo quedarme a averiguar qué es —dijo David.

Gerald obedeció. En menos de diez segundos intercambiaron los apósitos.

—No volveré a verte —dijo Gerald muy afectado.

—Esta noche hablaremos —le contestó David.

—¿Cómo? —preguntó Gerald.

David no contestó. Se colocó un dedo en los labios pidiendo silencio y luego con el mismo dedo apuntó al apósito que Gerald llevaba ahora en la muñeca. Le hizo un gesto con la mano y echó a correr por el pasillo. Oyó a un hombre que le gritaba a su espalda pero no se volvió.

Llegó a la sala de recepción. El hombre seguía gritando a sus espaldas pero estaba atrancado en el pasillo. Ingrid había realizado otra maniobra precisa y había salido al pasillo con el celador y la vieja loca un momento antes de que el doctor Guillmann llegara a su altura. Había conseguido impedirle el paso y retenerle durante unos preciosos segundos.

David se cruzó en la sala con Robert Koch y Joe Spencer. Este último en un acto reflejo le entregó las llaves del coche.

—Toma, escóndete. Es el coche de la...

—Ya sé que coche es —contestó David cogiendo las llaves y desapareciendo calle abajo.

Ingrid llegó también a la sala de recepción gritando y amenazando con que iba a presentar una denuncia a la policía contra aquel energúmeno que la había empujando sin ninguna razón en el pasillo. Estaba claro que su abuela estaba loca si quienes la cuidaban se comportaban de aquella forma. Salió del centro psiquiátrico pronunciando unas increíbles jaculatorias que eran a todas luces impropias de una dama como ella. Dos minutos más tarde lo hicieron Joe y Robert.

Gerald continuaba sentado en la sala. Estaba tan desconcertado que no se había movido de la silla. El doctor Guillmann entró como un huracán.

—¿Quién era ese hombre? —le preguntó gritando.

—Me dijo que era periodista, pero no lo creo —contestó Gerald dejando su respuesta entre dos aguas.

—¿Por qué? —volvió a gritar Francis Guillmann.

—Me habló de una herencia. Yo no sabía de qué me hablaba pero él ponía mucho interés. No hablaba de otra cosa —dijo Gerald.

—No me fío de lo que está diciendo. Desnudadle aquí mismo y revisad cada poro de su piel. Quiero un informe en mi mesa antes de quince minutos. Después encerradlo en su celda. A partir de este momento tiene prohibidas las visitas.

Francis Guillmann subía las escaleras resoplando como un becerro. Estaba furioso. Kathy ya se lo había advertido. Tenía que reconocer que Kathy siempre tenía razón. Ella le había pronosticado que los buitres aparecerían tarde o temprano.

Estaban los cuatro en el coche. Joe conducía. Robert estaba a su lado. Detrás compartían el asiento Ingrid y David.

—Muchas gracias. Has estado magnífica —le dijo David.

—Ya nos avisaron que te meterías en problemas —dijo Robert desde el asiento delantero.

—No voy a entrar en discusiones... —contestó David—. Cuando paséis el parte de hoy a vuestros superiores quiero que digáis de mi parte que necesito que me llame Leroy. Eso es todo. Parad el coche. Yo me bajo aquí. Os aconsejo que no volváis al mismo hotel. Pueden tener apuntadas todas las matrículas de los coches que estaban en el aparcamiento del centro psiquiátrico y actuar por eliminación. Yo, desde luego, no pienso volver por allí.

—¿Y tus cosas? —preguntó Ingrid.

—Hoy a las seis de la mañana he pagado mi cuenta y me he trasladado a otro hotel.

—Pero, ¡yo te he visto comer este mediodía en el hotel! —exclamó Joe.

—El restaurante del hotel es libre. Además no podía dejar que sospecharais nada —contestó David.

Joe paró el coche para que David se apeara.

—¿En qué hotel te hospedas ahora? —preguntó Robert.

—Averiguarlo es parte de vuestro trabajo —dijo David saludando con la mano mientras se alejaba del coche.

En el centro psiquiátrico, el doctor Francis Guillmann releía el informe de inspección de Gerald. Nada. No habían encontrado absolutamente nada escondido en ningún recodo de su cuerpo. Le habían incluso comprobado la herida de la muñeca. No había nada raro y le habían vuelto a colocar el mismo apósito. El enfermo había colaborado aunque no había dejado de repetir la misma frase durante toda la inspección. Una herencia, ¿qué es una herencia?

—Está completamente loco —dijo Guillmann—. Desde luego él no va a representarnos ningún problema. Solo tengo que mantenerlo aislado. Emitiré un informe de agresividad potencial que será refrendado por el Tribunal Médico y se le inhabilitará para recibir visitas. Asunto concluido y zanjado —concluyó antes de

coger el teléfono para llamar a Kathy—. Su llamada no obtuvo respuesta y decidió esperar a la noche. Se lo iba a explicar todo cuando llegara a casa. Le diría a Kathy que ella tenía que acelerar la tramitación de la solicitud del cobro de la herencia en su condición de albacea de su incapacitado marido. Le diría que las cosas se estaban empezando a complicar con la aparición de intrusos. Él había podido anular al de esta tarde. Pero, ¿cuándo aparecería el próximo? ¿Podría descubrirlo tan fácilmente como había hecho con el de hoy? No podían arriesgarse a ello. Kathy tenía que darse prisa.

David esperó a que anocheciera y salió de su nuevo hotel. Iba enfundado en un chándal de color oscuro y llevaba un moderno mini-discman con los auriculares colocados en las orejas. Ofrecía la perfecta estampa de un practicante de «footing». Se dirigió hacia el centro psiquiátrico haciendo varios cambios de dirección en su simulado itinerario deportivo. Cuando llegó a unos quinientos metros de distancia, pulsó el play de su mini-discman para empezar la comunicación. David se paró y simuló realizar algunos ejercicios de estiramiento. Gerald recibió una vibración en el apósito de su muñeca derecha y se la llevó al oído.

—No quiero nombres —dijo David en primer lugar—. Es prácticamente imposible que intercepten la transmisión pero aún y así no quiero nombres.

—De acuerdo —contestó Gerald llevándose la muñeca a su boca.

—No tenemos mucho tiempo. Las cosas han resultado más complicadas de lo que imaginé. Ahora ya sabes que puedes confiar en mí. Deshazte del transmisor inmediatamente después de terminar esta conversación.

—Pero sigo sin saber quién eres.

—Sabes perfectamente quien soy. Solo tienes que querer creértelo.

—Es imposible. No puede ser —contestó Gerald.

—¿Todavía necesitas una prueba para convencerte?

—Sí —contestó Gerald.

—Está bien —dijo David—. Te hice rectificar un informe. Yo te sugerí que rebajaras la cifra anual de recuperación de la inversión a solo 8,2 millones de dólares. Tu habías inicialmente previsto que esa cifra rondaría los 12,1 millones. Lo discutimos y acordamos rehacer ese punto y dejarlo en una cifra intermedia de unos 9,1 millones. Cuando nuestro jefe recibió el correo electrónico con el informe retocado, la cifra definitiva que tú pusiste en él fue de 9,7 millones. No dije nada, pero me hiciste trampa en aquella ocasión. No me la vuelvas a hacer.

—¡Dios mío! —exclamó Gerald—. Es verdad. Estas cifras solo las conocemos tú y yo. No le conté a nadie lo sucedido. ¿Cómo puedes recordarlas tan exactamente? —preguntó Gerald.

—No tiene ningún mérito. Para mí solo han pasado poco más de tres meses. Tengo los datos muy frescos y recientes.

—¿Qué quieres que haga?

—No quiero que hagas nada. No quiero que muestres interés por nada. No te impacientes. El final de tu suplicio está cerca. Hazte el ausente. Compórtate como si todo lo vivido estos días te hubiera afectado a peor. Eso hará que se confíen y que aparten sus ojos de ti. No sé ni quién ni cómo lo harán ni tampoco cuándo vendrán a buscarte, pero te aseguro que lo harán. No hagas caso a nadie que no se presente con una contraseña que reconocerás al instante por ser el objeto del informe que rectificamos. ¿Entendido? —pregunto David.

—De acuerdo —contestó Gerald—. ¿Nos volveremos a ver?

—No lo dudes. Ahora destruye el transmisor y esconde los trozos. No creo que te resulte muy difícil. Hasta la vista, amigo.

—No tardéis —fueron las últimas palabras que escuchó David antes de cerrar la transmisión.

David miró a su alrededor. Al comprobar que no había nadie, comenzó a correr de vuelta hacia el hotel.

Antes de entrar en el hall del hotel destruyó el discman. Lo tiró al suelo y lo pisoteó. Después hizo desaparecer los trozos por una alcantarilla. Entró en el hotel y preguntó si tenía mensajes. Le entregaron una nota conforme había telefonado un tal Leroy. Eran buenas noticias ya que significaba que sus tres compañeros le habían vuelto a localizar y seguramente estarían muy cerca y que su mensaje había llegado a Leroy.

—Ahora solo queda esperar a que Leroy vuelva a llamar —dijo mientras entraba en el cuarto de baño dispuesto a disfrutar de una buena ducha reconfortante.

Se paró un instante frente al espejo situado encima de la pileta lavamanos y se miró en él. Se encontraba muy cansado.

—¿Estaré empezando a notar los años? —se preguntó con una sonrisa en los labios.

Capítulo 16

Leroy volvió a llamar. David todavía no se había dormido. Estaba esperando la llamada sentado en el sofá de la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó Leroy sin esperar a que David realizara la contestación de rigor.

—Regreso mañana —respondió David.

—¿Qué tiene eso de especial para que yo te tenga que llamar con urgencia? —dijo Leroy.

—Pues que para hacerlo necesito una promesa tuya. Si no la obtengo no volverás a verme, y no sé por qué me da en la nariz que tú tienes algo preparado y pensado para mí.

—¿Acaso eres también adivino?

—No. Es solo que me lo dice mi sexto sentido. Ese al que tú tanto admiras —contestó David.

—Dejémonos de ironías. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que liberes a mi amigo californiano. Quiero que saquéis del centro psiquiátrico a Gerald Campbell.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo pretendes que lo hagamos?

—Yo no lo sé, pero espero que a vosotros se os ocurra alguna idea. Si no es así, bye bye, amigo —dijo David con voz serena.

—Espera, espera. Cuéntamelo todo. ¿Para qué quieres que saquemos a otro desequilibrado a la calle? ¿Es qué no hay ya suficientes?

—Gerald no está loco. He hablado dos días con él y puedo asegurarte que no lo está en absoluto. Ese hombre está encerrado injustamente y estoy seguro de que tú ya lo sabes.

—¿Y qué quieres? ¿No querrás que lo liberemos esta noche? —dijo Leroy al otro lado del teléfono.

—Solo quiero que me prometas que lo haréis en una semana como máximo. Tú y yo tenemos un pacto. Si me lo prometes, confiaré en ti. Sé que sois muy capaces de hacerlo.

—Está bien. Te lo prometo.

—¿Sin tener que consultarlo con nadie? —preguntó David.

—Yo asumo la responsabilidad y la promesa —contestó Leroy.

—Fantástico. ¿Puedo hacerte una sugerencia?

—Me la harás de todas formas. Suéltala ya —dijo Leroy.

—Manda a dos tipos expeditivos. Deja aquí a los tres efectivos que enviaste a vigilarme y dale la responsabilidad de organizar la operación a Ingrid. Es la mejor de los tres con diferencia.

—¿Crees que voy a dejarte regresar solo?

—No tienes otro remedio. Cuando llegue, discutiremos lo que quiero que preparéis para Gerald cuando ya esté libre.

—Eres imparable. ¿Es qué no descansas nunca? —dijo Leroy.

—No me lo puedo permitir. Además voy a contarte un secreto que no quiero que se lo cuentes a nadie.

—Veamos con lo que vas a sorprenderme.

—Te confieso que a veces me pasa el tiempo sin darme cuenta.

—Muy gracioso —dijo Leroy—. ¿A qué hora llegarás a casa?

—A media tarde. Hazme el favor de decírselo a Jennifer. Si puede, que venga a recogerme al aeropuerto —dijo David.

—¿Sabe Gerald quién eres tú? —preguntó Leroy.

—Creo que sí.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Leroy antes de colgar el teléfono.

David colgó el suyo muy satisfecho. Leroy no iba a fallarle. Él lo sabía. Los acontecimientos no se habían desarrollado como él había previsto, pero al final todo parecía estar controlado. Le había sorprendido la entereza de Gerald. Ya tendría tiempo de preguntarle cómo lo había logrado. Era todo un milagro. O, mejor dicho, seguro que era la obra de un hombre muy inteligente. Gerald había demostrado ser muy inteligente dentro de su desgracia. Todavía quedaba el asunto de la herencia. No conocía las leyes actuales, pero iba a discutir con Leroy la mejor solución. Era evidente que el dinero podía interesar a Gerald, pero era también seguro que lo sacrificaría en aras a conseguir la libertad. Ese no era el asunto principal. La herencia carecía de importancia si Gerald continuaba recluido en el centro psiquiátrico.

David salió de la habitación con su equipaje. Había reservado habitación en otro hotel. Lo tenía previsto por si le fallaba algo. A pesar de que nada había fallado, él había decidido mudarse de todas formas a última hora.

Veinte minutos más tarde, Ingrid Tullin llamaba a su puerta. Quería darle las gracias por lo que había dicho de ella al doctor Glenn Denvers. Pero no le encontró. David ya estaba durmiendo plácidamente en otra habitación, en otro hotel a unos escasos kilómetros de allí.

Leroy también se retiró a dormir. Estaba con los ojos abiertos en la cama, con Martha durmiendo a su lado, cuando un pensamiento cruzó por su mente y le sacudió un latigazo que le puso en pie.

—¡«Popi»! —exclamó—. Thomas Brenner me lo iba a devolver mañana, pero David volverá antes de lo previsto. No me lo perdonará nunca si no lo encuentra al regresar. Tengo que recogerlo antes de la reunión de mañana por la noche. ¡Menuda reunión me espera mañana! —dijo sentándose otra vez sobre el borde de la cama.

David llegó a New York a las cinco de la tarde, hora del este. Jennifer estaba

esperándole. Se saludaron con un efusivo abrazo.

—¿Lo has solucionado todo? —preguntó ella.

—Completamente —contestó David.

—¿Has logrado que te trasladen a New York? —insistió Jennifer, ávida por conocer las últimas novedades.

—No les he pedido el traslado. Solo les he presentado mi dimisión y ellos la han aceptado.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo ella.

—Tengo muy buenas razones para hacerlo —contestó él.

—¿Cómo cuáles? —siguió insistiendo Jennifer.

—La primera y principal de todas ha sido para poder estar a tu lado —le contestó David, al mismo tiempo que le cogía la mano izquierda.

Jennifer le respondió al reto colocando también su mano derecha sobre la de David. Un tímido beso en los labios puso el sello oficial a una relación que otrora hubiera resultado del todo imposible.

—¿Tan importante soy para ti?

—Te buscaba desde hace muchos años. Muchos más de los que te puedas llegar a imaginar —dijo David mirándola a los ojos.

—Yo también siento que tú eres algo especial. No sabría cómo explicarlo, pero siempre he tenido la sensación de que un día u otro llegarías. En cierto modo te he estado esperando —explicó ella también con su mirada fija en él.

David había decidido en San Diego desvelar su verdadera identidad a Jennifer. Ella era muy inteligente y él estaba seguro de que, tras la sorpresa inicial, las cosas no se torcerían. Sin embargo, este momento estaba resultando tan lleno de magia que David no se atrevió a romperlo. El futuro le ofrecería ocasiones más propicias y mucho más relajadas para poder contar su secreto.

El resto de la tarde transcurrió muy acorde con lo que había sido el encuentro. Durante un par de horas se comportaron como dos enamorados, como si solo existieran ellos dos. Pasado ese tiempo, Jennifer acompañó a David a la casa de Leroy. Cuando Martha les vio entrar juntos y cogidos de la mano, no pudo evitar que una profunda sensación de satisfacción la embargara por completo.

—¿Dónde está Leroy? —preguntó David—. Queremos darle una noticia. Queremos que sea el primero en saberla.

—¿Leroy? ¿Quién es Leroy? —preguntó Jennifer.

—Yo no le llamo nunca Glenn. Él prefiere que le llame Leroy. Al parecer, es su nombre de guerra —dijo David contestando a la extrañeza de su compañera.

—No está en casa —dijo Martha—. Ha salido a una especie de reunión. No sé lo que vamos a hacer nosotros dos. Últimamente está menos en casa que un gato dentro del agua. Pero esta vez ha servido para que él no vaya a ser el primero. La primera en

conocer la noticia he sido yo. ¡Felicidades a los dos! —dijo abrazándose a ellos.

—Ven a mi habitación —dijo David a Jennifer—. Tengo muchas ganas de enseñarte algo.

—¡Caramba! —intervino inmediatamente Martha—. No sabía que fueras tan directo al grano cuando alguien te interesa de verdad.

—No es nada de lo que estás imaginando —contestó David—. Solo quiero que conozca a «Popi».

—¿Quién es «Popi»? —preguntó Jennifer.

—Tú ven conmigo. No hagas caso a Martha que es una mal pensada. Se nota que lleva años al lado de Leroy. Al final todo acaba contagiándose. Vamos, sube —dijo David cogiendo de nuevo la mano de Jennifer y arrastrándola escaleras arriba.

David abrió la puerta y contempló como su mascota se ponía a girar la rueda que él mismo le había construido.

—David, ¿cómo te has atrevido? ¿Sabes que eres un trasgresor de la ley? —le dijo Jennifer, y acto seguido añadió—. Es una verdadera monada y parece que haya notado tu presencia. Está loco de contento.

—En primer lugar no dudes que sabe que yo estoy aquí, y después debo decirte que en mi vida he trasgredido muchas cosas. Una más no importa, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a Martha que estaba en la puerta.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Jennifer sin dejar que Martha contestara a la pregunta de David.

—Es una larga historia que prometo contarte otro día, Jennifer. Oye, Martha, ¿dónde me has dicho que está Leroy?

—En una convención o algo así.

—A estas horas, ¿de qué es la convención? —insistió David.

—Yo no lo sé. No me lo ha dicho —contestó Martha.

—Localízalo, hazme el favor. Necesito hablar con él urgentemente.

—No me es posible. No sé dónde localizarle y no se ha llevado el móvil.

—No me lo creo, Martha. ¿Quieres que baje a decírselo a «Tío Sam»?

Jennifer aprovechó el momento para despedirse y desaparecer. No quería estar en medio de un asunto que, según ella, no le concernía. Un segundo beso, este un poco más largo, terminó de refrendar la relación y se marchó.

David bajó al sótano. Conectó a «Tío Sam» e introdujo su clave. La sorpresa que tuvo fue de órdago. La imagen de Leroy en vivo apareció en la pantalla.

—Te esperábamos, David —le dijo sin esperar a que este pudiera articular palabra.

—¿Quiénes sois los que me estáis esperando? —repreguntó David.

—Pronto lo sabrás. Dentro de quince minutos tendrás un coche esperándote en la esquina oeste de la calle. Sube y te traerá hasta nosotros. Me lo debes, David. Te

informo que Gerald Campbell está siendo liberado en estos momentos. Espero que tu intuición no haya fallado y que Ingrid Tullin sea tan buena como tú me dijiste. Ella ha sido la responsable de coordinar y de llevar a cabo la operación «Rescate».

—De acuerdo, ahora vengo —dijo David cerrando la conexión bilateral.

Subió a su habitación. Se duchó con la mente puesta en Campbell. ¡Lo que hubiera dado por ver la cara de Gerald al verse libre! Estaba seguro de que Ingrid lo habría preparado todo hasta el mínimo detalle. No habría dejado nada a la improvisación. Él la había visto actuar y confiaba en ella. Por eso le había dejado escrita la contraseña en un sobre, a la atención personal de ella, en la recepción del hotel. Dentro del sobre, además de la contraseña, había un número donde mandar un mensaje para confirmar la recepción del mismo. El mensaje había sido enviado y también recibido a las 10 horas y 28 minutos de la mañana.

David acabó de vestirse y bajó a la planta baja en busca de Martha.

—¿Lo sabías, verdad? —le dijo.

—Yo siempre lo sé todo y nunca sé nada —contestó ella—. Es mi trabajo y también mi destino. Déjame decirte, sin embargo, que me alegro mucho de lo vuestro. Te lo digo de todo corazón.

—Me voy —dijo David besándola en la mejilla—. El coche estará esperándome.

—¡Suerte! —respondió Martha acariciándole la cara.

David salió a la calle. El coche estaba en el lugar indicado. Un chófer le abrió la puerta y le invitó a subir en la parte trasera. Una música suave se oía en el interior. Era la voz de Diana Krall cantando temas inolvidables de Frank Sinatra.

—Es todo un detalle —pensó David.

El viaje duró cuarenta minutos. El coche se detuvo frente a una verja. El chófer efectuó una ráfaga de luces. Lo hizo y lo repitió dos veces más siguiendo una secuencia predeterminada.

La puerta de la verja se abrió comandada por control remoto. David bajó del coche y entró en la finca. Un sendero flanqueado por abedules le condujo hasta la puerta principal de la mansión. Comenzó a divisar a lo lejos las figuras de tres hombres. A medida de que se iba acercando pudo reconocer a uno de ellos. Era el doctor Glenn Denvers. Era su amigo Leroy.

—Bienvenido, David —dijo este—. Tengo el honor de presentarte a nuestro presidente, el doctor Patrick Emmericks, y al vicepresidente primero de nuestra organización, el biólogo Dean Devlin.

Tras una breve pausa, Leroy continuó en uso de la palabra.

—Caballeros —dijo mirando a sus dos asociados—. Ha llegado el momento de que conozcáis al más eminente viajero en el tiempo del que tengamos constancia fidedigna, el doctor David Goodwill.

Las manos se entrecruzaron entre todos ellos. David pudo ver a su derecha una

docena de coches aparcados. Quedaban completamente fuera de la vista de cualquiera que pasara por la carretera. La casa también parecía estar en la penumbra.

Entraron en ella. Unas luces fluorescentes de color violeta pálido situadas en el borde del suelo les iba indicando claramente el camino a seguir.

Capítulo 17

Subieron dos tramos cortos de escalera y alcanzaron un amplio salón que precedía a la sala de reuniones. Allí les estaban esperando los doce miembros restantes del Consejo de la Organización.

Los quince acababan de votar en Asamblea. Habían decidido por total unanimidad continuar con la exposición del segundo punto tras haber reflexionado sobre todo lo que se había debatido durante la reunión del pasado miércoles.

La visita de David era una sorpresa para casi todos. Su presencia había sido anunciada y confirmada hacía tan solo una hora. La expectación que se había generado entre los miembros componentes de «The Rainbow Travelers» era máxima.

El presidente Emmericks había mandado colocar un sillón entre el suyo y el de Leroy. Deseaba que David se sintiera seguro y respaldado.

Cuando llegaron a la mesa, el resto de miembros ya se había puesto en pie. Emmericks tomó la palabra y presentó a David.

—Caballeros, hoy es un día muy especial para todos nosotros y también para nuestra organización. Hoy tenemos frente a nosotros al hombre que ha confirmado que nuestros anhelos y esfuerzos no son baldíos. Quiero que todos conozcáis que he hecho uso de las prerrogativas que me concede mi cargo de presidente y he reclamado para mí el honor de poder presentaros al doctor David Goodwill.

Unos tímidos aplausos se oyeron en la sala. Emmericks continuó hablando.

—El doctor David Goodwill consiguió escapar de la tragedia gracias a que compartía los mismos objetivos que definen a nuestra organización y a todos nosotros. Su pasión también era y es, poder viajar en el tiempo.

Esta vez fue el propio presidente el que comenzó a aplaudir señalando a David. El resto de miembros se sumó de nuevo a la ovación. Cuando los aplausos se terminaron, Emmericks se dirigió a sus dos vicepresidentes.

—Dean, Glenn, os ruego que hagáis los honores a nuestro invitado y que le presentéis personalmente y uno por uno al resto de miembros.

Los dos vicepresidentes dieron fiel cumplimiento al encargo de su presidente. Las presentaciones se sucedieron. Las manos se encajaban una y otra vez. Las felicitaciones eran el saludo más habitual. Todo se desarrollaba dentro de la más completa normalidad hasta que David oyó que le presentaban a Howard Moore. Su cara se transformó al contemplar a un hombre de faz serena que aparentaba tener unos ochenta años. Recordaba que sus artículos siempre estaban firmados con su nombre seguido de sus dos profesiones. «*Ingeniero y Teólogo*».

—Doctor Moore —le dijo—. Estoy encantado de poder conocerle personalmente. He seguido siempre con mucho interés todos los artículos suyos que se han publicado en la revista «*Contrastes Científicos*». He de reconocer que siempre me ha

impresionado la forma con la que logra conjugar la ciencia y la religión.

—Me satisfacen mucho sus halagos, doctor Goodwill —dijo el ingeniero teólogo—. Siempre es muy agradable comprobar que hay alguien que se lee lo que escribes.

—Hace tan solo cuatro o cinco meses... —David se paró por un instante y continuo diciendo—. Bueno, cuatro o cinco meses para mí, claro. Recuerdo que leí un artículo suyo que tenía por título «La Ciencia y los ojos de Dios». Lo encontré sencillamente perfecto. Me impactó una frase que todavía recuerdo perfectamente. La frase decía «*el cerebro humano está progresando mucho, pero aún sigue necesitando utilizar la palabra infinito para definir lo eterno*». Me hizo pensar durante muchos días hasta que logré comprender a qué se refería.

—Me parece que me sobrevalora, doctor Goodwill. Por ejemplo, en estos momentos, yo sería incapaz de poder explicar mis propios sentimientos. Creo que se podrían definir como una mezcla de dudas aderezadas con precisas dosis de incertidumbres y de indefiniciones. Sin embargo, doy gracias a Dios por haberme permitido poder vivir este momento.

Howard Moore se abrazó a David por unos segundos. Después continuaron las presentaciones hasta llegar a Scott Evans. David le reconoció al instante y miró a Leroy. Este solo se encogió de hombros para dar a entender que no había tenido otra opción que hacerlo de la forma en que lo hizo aquel día en el «Congreso de Cibernética». Scott y David se saludaron cortésmente y con ello se terminó la fase de presentaciones. David tomó asiento a la izquierda del presidente.

Leroy se levantó y tomó el uso de la palabra.

—Creo que tenemos que dar una explicación al doctor Goodwill —dijo dirigiendo la mirada al recién llegado—. Quiero que sepas que todos los miembros de la organización están al corriente de tu llegada y de nuestro primer contacto. También conocen lo sucedido en estos tres meses hasta llegar al día de hoy. No pretendo que esta corta explicación conteste a todas tus preguntas. Prometo contestar a todas ellas cuando acabemos esta reunión. Por ejemplo, cuando regresemos en coche esta noche a casa. Te pido paciencia hasta entonces. La segunda cuestión es mucho más reciente. Acaba de producirse y quiero que todos asistamos a ella. Creo que te gustará especialmente a ti, David.

Leroy accionó un botón de la mesa y la luz de la sala se atenuó. Sin que nadie se diera cuenta, un proyector holográfico asomó por detrás de una de las columnas. David no podía creer lo que comenzó a ver.

Frente a la mesa apareció una imagen tridimensional en la que se podía ver el interior de la cabina de pasajeros de un avión. Gerald Campbell estaba en uno de los asientos junto a la ventana. A su lado Ingrid Tullin sonreía y saludaba con la mano. En el asiento de detrás, Joe Spencer y Robert Koch levantaban unas copas de plástico con champán. El sonido que les llegaba reflejaba a la perfección el típico ruido del

interior de un avión. Era muy difícil, sin embargo, entender lo que trataba de decir Ingrid Tullin. Al final la propia Ingrid se decidió a coger su lápiz de labios y a escribir sobre la bandeja delantera de su asiento la nota siguiente: «*Llegaremos al JFK aproximadamente a las 6,00 (Hora de N. Y.)*».

La conexión se terminó y la imagen holográfica desapareció.

—¿Cómo hacéis esto? ¡El avión debe estar volando por encima de los diez mil metros! ¡Ha sido extraordinario! —exclamó David.

—Quien mejor te lo puede explicar es Jeff Richards. Como te he dicho en la presentación es licenciado en Física Cuántica.

—Estoy deseoso de conocer los detalles —dijo David.

—El doctor Richards te lo podrá explicar con todo detalle porque él fue quien presidió la Comisión de Desarrollo del Proyecto. Te lo explicará el día que tú elijas y que a él también le vaya bien. ¿No es verdad, Jeff?

Jeff Richards asintió con la cabeza desde su asiento.

—Muchas gracias —contestó David.

Leroy retomó la palabra.

—Con el permiso de la presidencia, voy a ceder la palabra a mi colega el doctor Dean Devlin. Él nos realizará la exposición del segundo tema. Es tu turno, Dean —dijo tomando asiento a la izquierda de David.

Eran exactamente las diez y treinta y siete minutos de la noche del viernes 14 de Diciembre del año 2029, cuando Dean Devlin se levantó y comenzó su exposición. La sala de reuniones era el marco perfecto para las ocasiones especiales y la de hoy lo era.

—Estimados compañeros, estoy seguro que la exposición que voy a realizar a continuación levantará muchas controversias. No obstante, os pido que me dejéis exponerla sin interrupciones. De acuerdo con nuestras reglas, cuando yo terminé se abrirá un turno de preguntas, y si con uno no es suficiente, luego se abrirá otro y luego otro más hasta que todo quede claro para todos. Por lo tanto, os pido una vez más que respetéis mi exposición. No solo por mí sino también por y para nuestro invitado. Muchas gracias a todos por anticipado. Espero estar a la altura de la ocasión.

Después de pronunciar estas palabras, Dean Devlin se sentó y continuó la exposición desde su sillón.

—Cuando conocí los extraordinarios hechos que protagonizó nuestro invitado comencé a desarrollar una idea que días antes no hubiera sido ni capaz de plantearme. Realicé un informe completo de esta idea y la plasmé en un plan que presente a la aprobación de Patrick Emmericks y de Glenn Denvers, tal y como exigen nuestros estatutos. Los dos me dieron su apoyo y el consentimiento para poder exponerla a todos vosotros.

Dean tomó un sorbo de agua y continuó. El silencio y la atención eran impresionantes. Las caras definían la expectación del momento.

—Como todos sabéis, llevamos 178 viajes en el tiempo. Todos ellos han sido de ida y vuelta. Según las reglas de nuestra organización, los viajes, o los saltos como les llamamos entre nosotros, solo pueden realizarse con la ida hacia el futuro. Eso nos ha permitido a todos nosotros el poder disfrutar de unas experiencias fantásticas e inolvidables. Algunos de esos saltos a los que me refiero han durado casi tres horas. La experiencia de David Goodwill nos ha demostrado que nuestro método es sustancialmente distinto al de él. Nuestro sistema solo nos ha permitido saltos de poca amplitud en el tiempo. El máximo logró fue de poco más de dos meses. En cambio, David ha realizado un salto de veintiocho años. La diferencia es notable pero también lo es la propia concepción del viaje. Según todos pudimos escuchar en la grabación que hicieron «Tío Sam» y Glenn Denvers del relato de David Goodwill, este último basó su técnica de tele-transportación en la dimensión uni-espacial, es decir, David apareció en el mismo lugar del que había partido.

—Y tuve mucha fortuna —dijo David.

—Efectivamente, tuviste mucha fortuna ya que construyeron el edificio principal del nuevo complejo prácticamente donde antes estaba la torre norte —dijo Dean mirando a David y sorbiendo un poco más de agua para inmediatamente después continuar con su exposición—. Por el contrario, la meta que nosotros nos fijamos desde un principio fue la de poder elegir el delta del tiempo en el salto y también el delta del espacio. La ayuda del potente «Tío Sam» ha resultado crucial en la previsión de nuestros cálculos. Voy a poner como ejemplo la experiencia de nuestro astrónomo Ralph Kingsley. Estoy seguro de que los más viejos recordaréis como Ralph realizó uno de los primeros saltos. Lo hizo en los primeros días del mes de Noviembre del año 1999.

—¡Antes que yo! —exclamó David.

—Nuestra organización cumplió el año pasado los sesenta años de vida. No queda ya ninguno de sus fundadores. Los tres miembros más antiguos son por este orden, Howard Moore, Patrick Emmericks y Ralph Kingsley.

—Extraordinario —volvió a decir David.

—Bien. Continuemos con el viaje de Ralph. En aquella ocasión su destino fue Sydney y el día escogido el 31 de Diciembre. Ralph quería vivir en directo la entrada del año 2000. Así lo hizo, y luego regresó sin problemas. Estaba tan entusiasmado con la experiencia que una semana más tarde la repitió con Hong Kong para vivir otra vez el cambio de milenio. Dos semanas más tarde, hizo lo propio con Atenas y una semana antes de Navidad, partió para vivir una vez más la efeméride del cambio de año y de milenio, en la ciudad de Londres.

David alucinaba con todo lo que estaba oyendo. En teoría, él era quien había

realizado la gran proeza, pero después de lo que acababa de oír tenía muchas dudas de que fuera así. Sin embargo, se sentía como pez en el agua al estar rodeado de unos cerebros privilegiados que también compartían su misma pasión. Miró a su reloj. Eran las once y dieciocho minutos. La noche era todavía muy joven y además mañana era sábado. No tenía que encontrarse con Jennifer hasta las cinco de la tarde.

Dean Devlin prosiguió con su exposición.

—Después de esa increíble experiencia Ralph dejó de solicitar poder realizar más saltos. Eso sorprendió mucho a los miembros del Consejo de aquella época. Sin embargo, nadie le quiso dar más importancia. Así está reflejado claramente en los informes de aquellos días. Sorprendentemente, hace poco más de dos años, Ralph acudió un día a nosotros dispuesto a contar su secreto. Estaba decidido a explicar por qué había interrumpido sus saltos durante tantos años. Ralph nos pidió que visionáramos una cinta de video. Era una grabación de la transmisión que la CNN había efectuado en directo desde Sydney la noche de la entrada del año 2000. Ralph, que se encontraba en aquellos momentos trabajando en su despacho de la costa sur de New York, decidió grabar la transmisión para después poderla contrastar detenidamente con lo que él mismo había vivido en su salto. Conectó la videograbadora y comenzó a grabar. Estaba disfrutando con la retransmisión cuando, de repente, su cara apareció en la pantalla. Era un primer plano suyo que no ofrecía ningún tipo de dudas. A Ralph se le heló la sangre.

—Esto no es posible —dijo Scott Evans que desconocía la historia ya que tan solo hacía ocho meses que pertenecía al órgano máximo de la organización—. Eso es del todo imposible —repetía una y otra vez mirando a derecha y a izquierda tratando de encontrar cómplices a sus afirmaciones.

—Permíteme continuar —contestó Devlin—. Decía que a Ralph se le heló la sangre y se le secó la garganta. Lo mismo nos sucedió a nosotros cuando pudimos comprobar lo que parecía imposible. Contrastamos las fechas de los saltos de Ralph y todo era correcto. Entonces comenzamos a hacernos la pregunta del millón. Era la cuestión que Ralph se había repetido durante años. Era la pregunta que él había mantenido en secreto y que le había perseguido sin descanso. ¿Cómo era posible que él estuviera en dos sitios a la vez? Seguro que recordaréis, los que hace un par de años erais miembros del Consejo, el intenso debate que esto desencadenó. Una vez más, la intervención de nuestro teólogo y científico Howard Moore fue determinante para que lográsemos encontrar una explicación satisfactoria a lo que había ocurrido —explicó Devlin.

—¿Cuál fue esa explicación? —preguntó David que estaba muy impresionado por lo que acababa de oír.

—Mejor será que el propio Howard te lo explique a ti y a los nuevos miembros que no estuvieron en el debate. Seguro que lo hará mejor que yo y así descanso un

poco la voz. Howard te ruego que resumas tu teoría a Goodwill y al resto que no la conocen —dijo Dean Devlin.

—Trataré de ser breve... —comenzó diciendo Moore—. Mi teoría se basa, aunque parezca mentira, en la afirmación bíblica de que el hombre es dueño de su destino. El hombre ha sido siempre libre de decidir su propio porvenir. Otra cosa, que ahora no viene al caso, es cuando el hombre se dedica a decidir el porvenir de los demás. Pero volvamos al tema individual que es el que nos ocupa en estos momentos. El hombre decide por sí mismo. De esta forma, la teoría de los planos sigue vigente y continúa siendo válida. Nuestras vidas no son más que una cadena de sucesión de planos que han implicado una decisión anterior. Para poner un ejemplo que sea de fácil comprensión y que a su vez sea muy explícito en sí mismo, diré que cuando tenemos que hacer un viaje convencional lo primero que nos toca decidir es si lo haremos en tren o en autobús. Es evidente que si lo hacemos en tren pasaremos por lugares distintos y a determinadas horas distintas a si lo hubiéramos realizado en autobús. Cada una de las posibilidades nos habrá llevado por una sucesión de planos distinta. Sin embargo, eso no va a impedir que esas dos sucesiones de planos que eran distintas en esos momentos puedan volver a confluír otra vez en una sola cuando, por ejemplo, estemos durmiendo en la habitación del hotel que ya teníamos reservado con antelación. Cada plano es solo dependiente del anterior. El estar durmiendo en la cama del hotel no depende de si has venido en tren o en autobús. Solo depende de la decisión de acostarse.

—Pero eso no explica la..., digamos, doble existencia de Ralph —dijo otra vez David.

—Es verdad. Sin embargo, la explicación está ahí mismo —contestó Howard—. Está comprobado que la teoría de los planos sucesivos es científicamente cierta. De manera que uno no puede estar en dos planos distintos en un mismo momento. Lo que sucede es que esa teoría no solo es válida para nosotros. Esa teoría es válida para todo el mundo y para todas las personas.

—¿Entonces? —volvió a insistir David.

—¿Quién se atreve a negar rotundamente la posibilidad de que alguien de la CNN realizará un viaje como el de Ralph y coincidiera con él en la grabación del evento? Me imagino que después de lo que hoy conocemos nadie es capaz de hacerlo. Pues bien, cuando al reportero en cuestión le tocó el turno de realizar la transmisión en directo decidió no ir o decidió sencillamente no hacerlo, porque ya tenía la grabación del acontecimiento y pasó la cinta grabada por televisión sustituyendo al rabioso directo. Eso hizo que pudiera parecer que Ralph estaba en dos lugares a la vez. En dos lugares separados por miles de kilómetros. Pero en realidad no fue así. Solo fue una broma del destino. Era improbable que sucediera, pero sucedió. Era asimismo prácticamente imposible que Ralph se viera en directo en televisión, pero se vio.

Ralph sabía que le era imposible volver a vivir todos los futuros que había vivido en sus saltos. Era técnicamente imposible. No había ninguna combinación posible de aviones que le permitiera vivir el comienzo del año 2000 en Sydney, luego en Hong Kong, después en Atenas, posteriormente en Londres y finalmente en New York. Por eso decidió no ir. Su única opción era repetir la experiencia de Sydney y luego ir realizando pequeños saltos al futuro para estar en todas esas ciudades pero también decidió no hacerlo y no fue. Cambió su decisión y, por lo tanto, de plano. Lo que realmente sucedió después es que Ralph se vio en una grabación de otro de sus planos. Esto demuestra que cuando viajamos al futuro lo hacemos únicamente a uno de nuestros futuros. Solo viajamos a uno de los miles de millones que tenemos. Cuando regresamos a lo que denominamos nuestro presente, podemos decidir que nuestra vida transcurra hacia ese futuro que conocemos o cambiar nuestras decisiones para que el futuro sea distinto. No sabemos si será mejor o peor. Solo sabemos que será otro. Sabemos que será diferente —concluyó diciendo Howard.

—¿Satisfecho con la explicación? —preguntó Devlin a David.

—Tengo que madurarlo todo pero reconozco que ha sido una exposición brillante —dijo David—. El doctor Moore siempre lo ve todo muy fácil. Los demás tenemos que pensar un poco más —añadió realizando un gesto de reconocimiento con la cabeza hacia el eminente Howard Moore.

—Bien —dijo Devlin—. Voy a continuar con la exposición. Las reglas de nuestra organización nos prohíben fundamentalmente dos cosas. La primera y principal es que no se nos permite viajar al pasado. La segunda es que no podemos aprovecharnos de lo que hayamos podido ver, leer o escuchar durante nuestros saltos para enriquecernos. En realidad, este segundo punto carece de importancia para todos nosotros ya que si no tuviéramos dinero suficiente para vivir no podríamos estar ahora aquí. Si el dinero fuese nuestro principal objetivo no tendríamos la suficiente autonomía para poder disfrutar sin límites de nuestra secreta pasión que es la ciencia y su estudio. Por lo tanto, me centraré solo en la primera prohibición: la que dice que los viajes al pasado están prohibidos, excepto los de regreso al presente del que se había partido. Todos nosotros hemos cumplido siempre con esa cláusula de nuestro juramento y lo vamos a seguir haciendo. La oportunidad surge cuando pensamos en alguien como el doctor Goodwill. Él está en su viaje de ida al futuro. La cuestión siguiente es saber si a él le apetecería volver al presente del que partió.

—De ningún modo —contestó David respondiendo directamente a la alusión que había recibido—. Mi presente desapareció segundos después de que yo partiera. Reconozco que tuve mucha suerte y a la suerte no hay que tentarla nunca dos veces y mucho menos si son seguidas.

Leroy apareció en escena.

—David —dijo refiriéndose a su protegido—, cuando nos referimos a tu punto de

partida no lo hacemos con carácter de exactitud. Cuando regresas a un plano anterior lo haces siempre a un plano correcto. Si bien podemos admitir múltiples posibilidades en los planos del futuro, no podemos hacer lo mismo con el plano del pasado. Allí solo existimos en los planos que decidimos en su día. Tienes que regresar a uno de ellos. Cuando vuelves repites las vivencias. Lo único que pueden cambiar son las vibraciones y las sensaciones de cada momento. Pero admito que puede haber muchas interpretaciones en lo que estoy diciendo.

—En eso coincidimos plenamente —contestó David—. Pero de todas formas mi vida está hoy aquí. Ese pasado presente o presente pasado del que me habláis, no existe ya para mí.

Dean Devlin retomó el uso de la palabra.

—Ya conocemos el parecer del doctor Goodwill. Sin embargo, vamos a seguir adelante con independencia de ello. Lo que quiero poner sobre la mesa de discusión es si nuestro grupo apoyaría una experiencia de este tipo. Pensemos que David solo puede haber sido la primera de las muchas sorpresas que podemos recibir en los próximos años. No creo que nadie se atreva a negar la posibilidad que acabo de mencionar. ¿Permitiría nuestra organización que se hiciera ese viaje a nuestro pasado, aunque fuera el presente del viajero recién llegado? Quiero adelantaros que yo estaría a favor de esa iniciativa y que mi voto sería positivo porque creo firmemente que no va en contra de nuestro juramento.

Con estas palabras terminó el vicepresidente Devlin su exposición. El debate estaba servido sobre la mesa. Era como un manjar caliente y en su punto. Solo faltaba que alguien se atreviera a clavar el primer cuchillo.

No tardó en levantarse la primera mano. Era la mano del bioquímico Steven McCormack.

—Yo no estoy tan seguro de mi voto —dijo McCormack—. David Goodwill acaba de confesar que se siente parte de este presente actual. Ya sé que la pregunta se plantea en clave impersonal, es decir, bajo el completo anonimato de su protagonista y eso complica enormemente la respuesta. Yo podría estar a favor de una propuesta de este tipo pero en el caso del doctor Goodwill que ya lleva más de tres meses entre nosotros, creo que mi voto sería negativo.

Walter Andrews contestó a McCormack.

—Estoy de acuerdo con Dean Devlin. La pregunta solo es válida si se plantea sin tener en cuenta la personalidad del viajero. Porque yo me pregunto y os pregunto también a todos vosotros: ¿cuántos años o meses o semanas o tal vez días son la frontera que divide que uno pertenezca a este presente nuestro o que todavía no?

El presidente Emmericks intervino para centrar de nuevo las discusiones del debate.

No creo que debamos centrar nuestras opiniones solo en el perfil del viajero ni en

el tiempo de permanencia entre nosotros. Pienso que el tema que el doctor Devlin nos coloca enfrente es mucho más profundo. Me gustaría conocer vuestras opiniones acerca de si mandando a ese viajero otra vez a su presente podría representar para nosotros una serie de ventajas y posibilidades de cambiar algo sin haberlo cambiado nosotros mismos. En fin, quiero saber si pensáis que esa practica podría vulnerar nuestras propias reglas y compromisos. ¿Quién desea tomar la palabra?

Rick Carter, el psicólogo, levantó el brazo.

—Conocéis sobradamente que mis ideas coinciden con la teoría de los planos que tan doctamente defiende siempre Howard. Basándome en ella, yo estaría a favor no solo del viaje de regreso sino que también otorgaría mi voto de apoyo a la posibilidad de que se pudiera realizar una intervención en el pasado que pudiera cambiar otra de nuestro futuro. Me siento entusiasmado con solo imaginar que algún cambio imperceptible en el pasado pudiera representar una gran ampliación en el arco de posibilidades de nuestro futuro.

—¡Ni hablar! —contestó Scott Evans sin pedir la palabra—. Estoy en contra de esta manifiesta manipulación que se está haciendo de la objetividad de nuestras reglas. Os recuerdo que todos juramos cumplir con ellas.

—Scott, no te pongas nervioso —le dijo Carter—. Déjame que te ponga un par de ejemplos. Imaginémonos que David Goodwill aceptase regresar con nuestra técnica de elegir día, hora y lugar, a un plano coincidente de su pasado. Continuemos imaginando que elige regresar una semana antes de los atentados. ¿Crees tú que podrá evitarlos? Contéstame, te lo ruego.

—Si no los evitó en su pasado no tendría que poder evitarlos ahora si es que decidiese regresar —contestó secamente Scott Evans.

—Comprendo que me contestes a la defensiva pero esa no es la cuestión. Estoy plenamente convencido que paralelamente a este mundo existe otro mundo en el que la secuencia de planos se desarrolló a partir de que los atentados no se produjeron. Y paralelamente a este último, otros muchos más en los que cada uno representa una secuencia de decisiones binarias distintas. Mira, Scott, es posible que si David regresara y se pusiera a gritar y a realizar mítines callejeros advirtiéndolo del peligro de los atentados, lo más normal es que le tomaran por loco. No le iba a creer nadie.

—No acabo de entender dónde quieres ir a parar —dijo Evans.

—Sigue imaginando un poco más —volvió a pedir Carter a su compañero—. Imaginémonos que consigue abortar los atentados. Está claro que habrá cambiado su secuencia de planos. Lo que quiero decirte es que si lo hace va a tener muy difícil poder volver a coincidir con nosotros. La secuencia de planos en la que nosotros estamos es consecuencia de que los atentados sí que sucedieron. Nunca más lograríamos tener un plano coincidente con David, ni él podría tenerlo con nuestro mundo.

—Por eso precisamente no tendríamos que autorizar nunca ni su regreso ni el de cualquier otro que pudiera venir —volvió a decir Scott Evans.

El antropólogo Thomas Brenner pidió la palabra. Emmericks se la concedió para romper el círculo vicioso creado entre Rick y Scott. Pasaban ya veintitrés minutos de la medianoche. David permanecía atento y en silencio. Sabía que él era la causa indirecta de la controversia que se había generado. Él era el origen de toda esa discusión.

—La teoría de los planos no es mi fuerte —comenzó diciendo Brenner, esgrimendo su conocido sentido del humor—. Reconozco que se me hace muy difícil pensar en tantos planos con tanta gente por aquí compartiendo de forma invisible lo que nosotros hemos decidido en un momento dado que no queremos compartir. Bueno, ya me conocéis. No me hagáis mucho caso, pero es que esa teoría de los planos se me hace muy poco plana —añadió con una amplia sonrisa que conjugaba a la perfección el blanco de sus dientes con las canas albinas de su pelo.

Este último comentario de Brenner produjo alguna que otra sonrisa.

—Bromas aparte —continuo diciendo—. A mí me parece importantísimo, dentro de la evolución del género humano, poder realizar experiencias como la que ha sugerido Devlin. Si llegase el momento, mi voto sería a favor.

—Gracias, Thomas. ¿Quién más quiere intervenir?

Michael Parker levantó la mano. Emmericks asintió con la cabeza y el catedrático comenzó su intervención.

—Mi preocupación sigue siendo que yo considero que la secuencia de planos temporales tiene que ser tan exacta para volver a coincidir en el futuro que es prácticamente imposible que así ocurra —miró a su alrededor y contempló una colección de caras estupefactas que reflejaban haber entendido muy poco de lo que había dicho o de lo que quería haber dicho—. Os lo diré de otro modo. O mejor será que os ponga un ejemplo. Con permiso del doctor Goodwill, volveré a colocarle en la palestra.

David asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Imaginemos otra vez que David decide regresar. Lo consigue y después de hacer todo lo que tiene que hacer, vuelve a encontrarse en la situación de tener que escapar de nuevo de la vieja torre norte del «World Trade Center». Mis dudas radican en si volvería a llegar hasta nosotros.

—Sin ninguna duda —contestó Leroy—. Y además yo estaría allí, esperándole en Ellis Island.

—Es todo un consuelo —dijo David sonriendo—. Sin embargo, me voy a permitir recordaros que no tengo ninguna intención de volver al año 2001. Estoy muy bien aquí y ahora —puntualizó de nuevo.

—Por tus palabras, David, deduzco que has encontrado aquí a alguien muy

especial —dijo Howard Moore—. ¿Me equivoco en algo? No, no lo creo en absoluto —se contestó él mismo—. Tus ojos te delatan. Esa expresión no pasa inadvertida a un viejo rockero del siglo pasado.

—Yo también soy del siglo pasado —contestó David.

—Razón de más, amigo mío. Razón de más —concluyó el científico y teólogo.

Capítulo 18

El debate continuó hasta las cuatro de la madrugada. Todos los miembros habían tenido la oportunidad de defender varias veces sus posturas con respecto al tema expuesto y propuesto por Dean Devlin. El momento de la votación había llegado.

Emmericks entregó a Leroy las catorce papeletas restantes y se quedó con la suya. Leroy entregó a cada miembro la que tenía su respectivo nombre escrito al final de ella. Eran las reglas de la organización. El voto se emitía en secreto pero después se daba conocimiento general de la calidad de voto de cada miembro.

David observaba el ritual. Tenía la sensación de haber logrado penetrar en las entrañas e interioridades de algo increíble y secreto. La sala que albergaba la reunión tenía la forma perfecta de un octógono regular y era de una belleza extraordinaria. De toda ella emanaba una majestuosidad difícil de explicar pero muy fácil de percibir. Las ocho columnas situadas en la línea de los vértices, le otorgaban solemnemente el carácter oficial de foro de discusión y de debate. Los siete frescos pintados en las paredes que no tenían la puerta de acceso le daban un aire de ambiente científico surrealista. Seis de esos frescos eran claras representaciones de pasajes de las novelas de Julio Verne. El séptimo era una interpretación libre de la máquina del tiempo de H. G. Wells. Era el que ocupaba la pared central y, por lo tanto, era el que quedaba frente al espacio libre de la mesa de herradura.

David lo seguía observando todo con atención. Estaba sorprendido por el comportamiento y por el trato de exquisito respeto que aquellos hombres se dispensaban entre ellos. Era una forma de actuar que excedía a todo lo que había visto hasta entonces.

Se guardó un completo silencio durante el momento de la votación. Fueron tan solo un par de minutos, pero a David se le hicieron eternos. Fue otra vez Leroy el que volvió a recorrer toda la mesa recogiendo las papeletas dobladas al termino de la votación. Las fue acumulando en su mano izquierda sin ningún orden preciso. Así continuó haciéndolo hasta recoger la última. Después se sentó en su sillón y comenzó a leerlas en voz alta.

—La votación ha sido la siguiente —dijo al abrir la primera de las papeletas—. Stuart Weinstein vota a favor. Dean Devlin vota a favor. Jeff Richards vota a favor. Steven McCormack vota en contra. Anthony Fisher vota a favor. Ralph Kingsley vota en contra. Thomas Brenner vota a favor. Michael Parker vota en contra. Howard Moore vota a favor. Walter Andrews vota a favor. Scott Evans vota en contra. Roland Davison vota a favor. Rick Carter vota a favor. Patrick Emmericks vota a favor. Y finalmente yo, Glenn Denvers, voto a favor —Leroy se tomó un ligero respiro y luego continuó diciendo—. En total han sido once votos a favor y cuatro en contra. Según nuestros estatutos queda rechazada la proposición que ha expuesto nuestro

vicepresidente primero, el doctor Dean Devlin. También según nuestras reglas, esta moción que hoy ha sido rechazada no podrá volver a plantearse ni a debatirse hasta dentro de cuatro años. Con el permiso de la presidencia doy por terminada la reunión de hoy. Muchas gracias a todos.

Eran las cuatro y veintisiete de la madrugada cuando todos los miembros se despidieron y se marcharon a sus respectivos domicilios.

David subió al coche de Leroy. Iban ellos dos solos. Cuando Leroy arrancó el motor del coche empezó a sufrir el interrogatorio por parte de David.

—Explícame de una vez por todas por qué estabas aquella noche detenido en Ellis Island —preguntó David.

—Sencillamente porque tenía que encontrarte y ayudarte a salir de allí. Tú solo no lo habrías logrado. Yo sabía que tú vendrías y que te detendrían porque una semana antes yo había realizado un salto al futuro. Yo también sabía que... —Leroy le explicó todos los detalles del salto realizado en aquel entonces. Le explicó su sorpresa inicial y cómo después había recibido la autorización de Emmericks para dejarse detener. Había utilizado el sistema del baño de ADN que David ya conocía. Le explicó lo mucho que le costó disimular lo que ya sabía y después le reafirmó su entusiasmo y su determinación por continuar investigando juntos—. Y eso es todo, David —terminó diciendo—. El resto ya lo conoces tú. Espero que a partir de esta confesión me puedas considerar como tu amigo sin ninguna reserva.

—Todavía no estoy del todo convencido —contestó David—. Quiero que me aclares primero una cosa. ¿Por qué me hiciste asistir al «Congreso de Cibernética», para que vigilara a Scott o para que conociera a Jennifer?

—Sin duda alguna, para que conocieras a Jennifer —reconoció Leroy al instante—. Ella es una persona muy especial y pensé que tú también te darías cuenta de ello. Creí que era una buena forma de retenerte aquí.

—¿Qué tiene de especial Jennifer para ti? —siguió insistiendo David.

—Es una persona que conjuga a la perfección la inteligencia, la perseverancia, la sensibilidad y la firmeza en sus decisiones. Ella siempre analiza primero todas las situaciones con mucha minuciosidad. Después, actúa con convicción según su entender.

—Ha sido una buena definición —reconoció David.

—¿Y tú qué le encuentras de especial? —preguntó Leroy, quien, sin dar tiempo a contestar a David, añadió—. ¡Ah, por cierto! Estoy conduciendo en dirección al aeropuerto. Supongo que te gustará recibir a Gerald Campbell. He avisado a Martha para que prepare la habitación que está al lado de la tuya. Necesitaremos tenerlo escondido hasta estudiar cuál es la mejor forma de sacarlo otra vez al mundo. Ese pobre hombre se va a encontrar casi tan desubicado y fuera de lugar como lo estabas tú cuando llegaste.

—Sí, creo que tienes razón en lo de Gerald. Respecto a tu pregunta sobre Jennifer, a mí no me resulta tan sencillo describirla. Es el tipo de chica que yo mantenía idealizado en un rincón de mi cerebro. Seguramente ese rincón se había oxidado y estaba completamente enmohecido pero ella ha conseguido que ahora brille como un diamante recién pulido. Yo la veo de mil formas distintas y con mil destellos diferentes, pero todas me gustan. Es extraño pensar que nací más de treinta años antes que ella y que ahora somos casi de la misma edad. Tengo que reconocerte que eso es lo único que ensombrece nuestra relación. O, mejor dicho, mi relación con ella.

—¿No le has contado todavía tu odisea? —preguntó Leroy.

—Todavía no.

—¿A qué esperas? ¿No crees que ella debería saberlo?

—Temo perderla. Esta tarde quería decírselo pero los acontecimientos transcurrieron de una forma que me fue imposible hacerlo. Esta tarde nos hemos besado por primera vez —confesó David.

—¡Maravilloso! Ya verás lo contenta que se pondrá Martha cuando lo sepa.

—Martha ya lo sabe. Ha sido la primera en saberlo y en poderlo comprobar por sí misma.

—Debe estar exultante —dijo Leroy.

—Debe estar durmiendo. Son las cinco y diez de la madrugada. ¿A qué hora llegan Gerald y el trío de ases?

—Ingrid ha escrito que llegaban a las seis —dijo Leroy al tiempo que encendía el ordenador del coche y después le daba la orden de conducción automática.

David comenzó a observar que el coche seguía perfectamente por la carretera sin desviarse lo más mínimo a pesar de que Leroy no tenía las manos en el volante.

—¿Habéis colocado sensores en la cuneta que no permiten que el coche se salga de su ruta? —preguntó David.

—No —contestó Leroy—. El trayecto está memorizado en los mapas, y la conducción se realiza mediante la combinación de las señales que se emiten desde los distintos satélites de la base de datos del estado. Yo solo he informado del punto de destino.

—¿Es algo similar a la triangulación de un GPS? —preguntó David.

—Sí, tienes razón. Es algo similar a los vetustos GPS. La única diferencia es que ahora la información se recibe, se contrasta y se procesa desde más de veinte satélites a la vez. El margen de error es casi nulo.

—Impresionante —admitió David.

—El ordenador me indica que el vuelo llegará puntual. No tenemos tiempo que perder si queremos llegar a tiempo. Voy a tomar el mando y a acelerar la marcha —dijo Leroy.

—¿Conoces personalmente a Ingrid Tullin?

—Sí que la conozco. Es muy buena a pesar de su juventud. Aquí se ocupa de planificar la seguridad de los congresos de la Facultad de Medicina. El otro día sin ir más lejos, realizó una labor excelente en aquella presentación de mi amigo, el doctor Frederick Newmann. ¿Recuerdas que yo escribí la presentación del acto y que te invité a que me acompañaras?

—Lo recuerdo perfectamente. Me dijiste que se trataban de intervenciones quirúrgicas mediante láser de no sé qué generación.

—De quinta generación —puntualizó Leroy.

—No te acompañé porque no entiendo nada de todo eso —dijo David.

—Yo tampoco entiendo mucho pero fui.

—Tú eres amigo de ese tal doctor Newmann.

—Frederick Newmann —puntualizó de nuevo Leroy mientras aparcaba el coche en la terminal del aeropuerto—. Vamos a tomar un café. Faltan todavía diez minutos y quiero conocer tu opinión sobre todo lo que has presenciado esta noche en la casa del acantilado. ¿Qué opinión te merece nuestra organización?

—No puedo hablar mucho de lo que no conozco a fondo pero vuestro sistema de votación me ha parecido muy peculiar. Se vota en secreto pero luego se descubre lo que cada uno ha votado. Es algo singular.

—Quizás no lo sepas, pero si se produce una votación con el resultado de catorce votos en un sentido y uno solo en sentido contrario, este miembro es expulsado del Consejo. Por eso se debe votar individualmente y en secreto —aclaró Leroy.

—Hay otra cosa que también me ha llamado la atención. Habéis ganado por once a cuatro y, sin embargo, la propuesta ha sido rechazada.

—Efectivamente. Todas las decisiones deben tomarse por «mayoría absoluta» o por «mayoría excluyente» que es la situación que te acabo de explicar del catorce a uno. En todos los demás casos la proposición se deniega y se rechaza.

—El sistema es muy curioso y también lo es el comportamiento tan ceremonial de todos los miembros. Es muy curioso —repitió David.

—¿Qué te ha parecido Howard Moore en persona?

—Ha sido una sorpresa y una experiencia imborrable para mí. Sin embargo, no conocía su gran capacidad científica. Ahora no me atrevería a apostar por cuál de sus dos ramas siente él más preferencia. Antes no hubiera dudado en decir que era la teología, pero después de lo de hoy ya no lo tengo tan claro.

—¿Y el resto de miembros? La pregunta incluye a Emmericks y a Devlin.

—Nada que reseñar aparte de que todos son personas de una gran capacidad técnica y científica. ¿Me permites una crítica?

—Por descontado —contestó Leroy.

—Yo creo que Devlin no ha sabido defender su propuesta con la firmeza

necesaria que esta requería.

—Estamos de acuerdo —corroboró Leroy.

—Y por lo que he oído después, ahora tenéis que esperar cuatro años para poder volver a debatir el tema, ¿no?

—Habrá que encontrar otros mecanismos —dijo Leroy.

—Me lo suponía. Como diría Martha, eres incorregible.

—Es una gran suerte que yo sea así —contestó Leroy cuando por la puerta de desembarque comenzaron a salir los primeros pasajeros del vuelo de Gerald.

Tres minutos más tarde apareció Joe Spencer. Iba mirando a derecha y a izquierda tratando de anticiparse a cualquier imprevisto. Detrás salió Ingrid cogida del brazo de Gerald. Por último, era Robert Koch el que cerraba el grupo.

Leroy y David se acercaron a ellos. Gerald abrió unos ojos como platos al ver a David.

—No quiero nombres ni presentaciones —dijo Leroy—. Gracias por lo que habéis hecho. Nos veremos pronto —añadió despidiendo a los tres miembros del equipo—. El señor viene con nosotros —dijo cogiendo del brazo a Gerald.

Campbell se sobresaltó un poco al oír estas palabras. David le tranquilizó.

—Todo está en orden. Confía en mí. Ya ves que no te he fallado en lo que te prometí. Vamos, no perdamos el tiempo —le dijo mientras bajaban las escaleras de la terminal en dirección al aparcamiento de coches.

Leroy condujo en silencio hasta la casa. Martha abrió la puerta y les recibió también en silencio. David acompañó a Gerald hasta su nueva habitación. Allí Leroy rompió el silencio.

—¿Cómo se encuentra, señor Campbell? —preguntó el anfitrión.

—Todavía no sé si todo esto es un sueño. Pero, por si acaso lo es, no quiero que me despierten —dijo Gerald.

—No se preocupe, no es un sueño. Esto es real. Cuéntenos, ¿cómo ha sucedido todo? —preguntó Leroy.

—Esa mujer es increíble. Ha aparecido en mi celda y me ha sacado a empujones gritándome la contraseña acordada. Suerte que yo la he reconocido al instante. Al salir, he visto a los celadores tendidos en el suelo. Estaban como dormidos. Luego han aparecido los otros dos hombres y me han sacado del centro psiquiátrico. De allí hemos ido al aeropuerto en coche. Y ya estoy aquí. Ha sido todo tan rápido que no me parece real —volvió a decir Campbell.

—Gerald —dijo David—. Tendrás que permanecer aquí sin salir durante algunos días. Has de tener paciencia porque tenemos que prepararte una nueva identidad y también necesitamos hacer algunas averiguaciones más en el tema de la herencia.

—La herencia me importa un cuerno —contestó Gerald.

—Lo sé, pero tenemos que dejarlo todo bien cerrado. No podemos arriesgarnos a

dejar nada abierto que nos pueda causar problemas en el futuro.

—De acuerdo. ¿Eres realmente David Goodwill? —preguntó Gerald.

—Sí, lo soy —confirmó David.

—Pero...

—Te lo explicaré todo luego. Antes necesito saber una cosa que me tiene muy desconcertado.

—Adelante —dijo Campbell.

—¿Te daban pastillas?

—Sí, tres veces al día.

—¿Te las tomabas?

—Sí —contestó Gerald.

—¿Cómo puedes estar tan centrado si te tomabas las pastillas?

—Porque les hacía trampa. ¿Quieres que te explique cómo lo hacía?

—¡Por favor! —suplicó David.

—Pronto me di cuenta que las pastillas anulaban mi voluntad y decidí que tenía que hacer algo al respecto. Un día hice ver que estaba muy nervioso y reclamé que no me habían dado las pastillas. Insistí tanto que decidieron dárme las otra vez. Simulé que me las tomaba pero no me las tomé. Eran unas cápsulas y las vacié. A partir de aquel día siempre que me daban las cápsulas yo las sustituía por las vacías. Me metía estas últimas en la boca y me las tragaba. Después vaciaba las que me habían dado y las preparaba para la próxima toma. He llegado a desarrollar una práctica que no la superarían los mejores prestidigitadores del mundo.

David esgrimió una cara de sorpresa que rozaba la incredulidad.

—¿No lo crees? Prepárame unas cápsulas y te lo demostraré —insistió Gerald.

Leroy fue a buscar cuatro cápsulas. David le entregó dos a Campbell y este las vació. Después se las escondió en su camisa.

Acto seguido Leroy le dio las dos cápsulas llenas y Gerald se las metió en la boca. Se quedó con la boca abierta para que David las pudiera recuperar.

David retiró las dos cápsulas de la boca de Gerald y pudo comprobar que las cápsulas estaban vacías. Gerald se las había cambiado en sus propias narices y ninguno de los dos había apreciado nada.

—¡Increíble! —dijo David.

—Maravilloso —dijo Leroy—. Prométeme que cuando tenga hijos y no quieran comer, tú vendrás y les harás una representación gratis. Se quedarán con la boca abierta como se ha quedado David.

—Prometido —dijo Gerald.

Leroy se retiró y David se quedó a solas con Gerald. Era el momento esperado por ambos. Era el momento deseado para las confesiones de uno y de otro. Era el reencuentro de dos viejos amigos que el tiempo había conseguido reunir de una forma

inverosímil.

Capítulo 19

El doctor Francis Guillmann estaba dando gritos y comportándose como si estuviera poseído. Acababa de llegar al centro psiquiátrico. Tres coches de policía con las luces encendidas estaban apostados a ambos lados de la entrada principal. Le habían despertado a las seis de la mañana con una noticia que no podía ser cierta. Había salido de casa como un ciclón sin decirle nada a Kathy. No habría sido capaz de soportar la presión añadida que hubiera supuesto el que ella se hubiera enterado de lo sucedido.

Bajó del coche y entró en el centro psiquiátrico sin que el policía de la puerta pudiera hacer nada para detenerlo. Caminaba dando gritos y pidiendo que se le informara de todo. Jason García, capitán de la policía de San Diego, salió a su encuentro y le hizo entrar en uno de los despachos.

—¿Quién es usted? —le preguntó mostrándole la placa que le identificaba como el oficial al mando.

—Soy el doctor Francis Guillmann y dirijo este centro. También soy el responsable del área que evalúa la evolución de los enfermos. ¿Qué ha pasado aquí?

—Aquí las preguntas las hago yo —contestó García sin dar opción a que Francis Guillmann volviera a abrir la boca—. ¿Cuándo y cómo se ha enterado?

—Me ha telefonado Gina. Es la telefonista que cubre el turno diurno. Me he vestido y he llegado lo más pronto posible.

—¿A qué hora salió ayer de aquí? —preguntó García.

—Más o menos sobre las siete de la tarde.

—¿Cuántos internos tienen ingresados en la actualidad?

—Cuarenta y dos. Treinta hombres y doce mujeres —contestó rápidamente Guillmann.

—Pues ahora le faltan tres de los hombres y una de las mujeres. Las puertas han permanecido abiertas durante casi toda la noche. Han podido salir sin que nadie se lo impidiera. A esas horas de la noche nadie les ha podido ver si han escapado.

—¿Qué ha pasado con los celadores? —preguntó Guillmann.

—Al parecer, los han neutralizado sin problemas. Pero eso ya se lo explicarán ellos más tarde. Ahora me interesa que me haga un informe completo de los desaparecidos. Quiero saber sus nombres y su grado potencial de peligrosidad. Lo necesito en media hora.

Francis Guillmann subió a su despacho y llamó a los celadores del turno de la mañana. Cuando conoció la identidad de los desaparecidos, se puso a proferir toda clase de improperios. Gerald Campbell era uno de ellos. Kathy no se lo iba a perdonar nunca si por su culpa perdía la herencia. Pensó rápido y decidió su plan. Era arriesgado y necesitaba mucha suerte pero era el único que podía permitirse en estos

momentos para parar el golpe que se le venía encima.

Pidió a los celadores que volvieran a su trabajo y él salió hacia la sala de los internos. Después de comprobar su estado se dirigió a la recepción.

La suerte comenzó a acompañarle cuando un coche de policía llegó con la sirena sonando machaconamente. Habían recuperado a uno de los hombres. Habían recuperado al viejo y chalado Donald Lewis.

Donald llegó flanqueado por dos policías.

—No sabe ni cuál es su nombre —dijo uno de los agentes.

—Es Gerald Campbell —dijo el doctor Francis Guillmann sin dar tiempo a que Gina pudiera decir nada—. Voy a llevarlo a su habitación y también le haré un reconocimiento completo.

—De acuerdo —dijo Jason García—. Táchenlo de la lista de desaparecidos. Ahora solo faltan dos hombres y una mujer.

Gina miró a su jefe y prefirió callar. Si él había decidido que ese era Gerald Campbell, ella no iba a contradecirle ahora que los dos habían reiniciado la relación por segunda vez. Seguro que Francis tenía suficientes motivos para ello. Ayer por la tarde, él le había pedido paciencia y comprensión para encontrar el mejor momento de dejar a Kathy y ella había decidido otorgárselas. Quizás ese era un buen momento para empezar a cumplir con su parte y demostrarle una confianza ciega.

Francis Guillmann se llevó escaleras arriba al pobre Donald y lo encerró en la habitación de Gerald. Acto seguido se dirigió a su despacho y redactó el informe de incomunicación de Gerald. Era una incomunicación total porque el enfermo no respondía al tratamiento y su carácter se había vuelto más agresivo en los últimos días. Era un caso claro de esquizofrenia progresiva. El enfermo había entrado en un proceso irreversible y degenerativo de su personalidad.

Sin decir nada a nadie y también sin la ayuda de nadie, Guillmann trasladó a Donald a una de las celdas de incomunicación total. Solo él iba a tener acceso al contacto visual con el enfermo. Nadie más podría hacerlo.

Por otra parte estaba dispuesto a mantener la relación con Kathy hasta que esta lograra cobrar la herencia. Después ya tenía planificado como acabar con ella y disfrutar libremente de toda esa inmensa cantidad de dinero al lado de esa gata en celo que era Gina.

La reclusión e incomunicación de Donald ejerciendo el papel de Gerald Campbell le iba a permitir ganar tiempo. Sabía que tenía que hacer algo para poder superar el reconocimiento médico judicial. Era el reconocimiento que luego serviría para diagnosticar definitivamente la incapacidad de Gerald Campbell. Eso último era del todo indispensable para que el juez pudiera nombrar albacea de todos los bienes de Gerald a Kathy sin ninguna clase de problemas.

Conocía los intentos que se habían realizado con cierto éxito en el cambio de

ADN. Sin embargo, también sabía que esto estaba terminantemente prohibido y que le iba a costar una gran cantidad de dinero el cambiar a nivel de certificación forense el ADN de Donald por el de Gerald. Tenía contactos y acudiría a ellos. Eran contactos ilegales pero estos eran siempre los mejores y los más fiables.

Guillmann se encaminó de nuevo a su despacho. Allí le estaba esperando el capitán Jason García para comunicarle que habían recuperado a uno de los hombres y a la mujer. Ahora ya solo faltaba un hombre. Era Donald Lewis que según había informado Gina no era peligroso.

—Efectivamente. No es peligroso en absoluto —confirmó el doctor al capitán de policía—. Seguramente le encontrarán mezclado entre los indigentes y lleno de alcohol hasta la coronilla. Es posible que sea uno de los que cada noche fallecen por el frío o incluso que muera y desaparezca sin que ni siquiera lleguemos a enterarnos. Su estado de salud es extremadamente delicado.

—Le mantendremos puntualmente informado —dijo el policía tendiendo la mano a Guillmann y despidiéndose de él—. Mis hombres y yo nos vamos ya.

Francis Guillmann se levantó y se frotó las manos. Había logrado reconducir una situación que se le había puesto muy complicada. También había podido comprobar que Gina Anderson estaba de su lado. Él estaba dispuesto a compensarla con creces en todos los aspectos. Ahora la única y sola preocupación que le podía venir era del lado del verdadero Gerald Campbell. Sin embargo, no creía que sucediera nada. Era evidente que él no había podido escapar sin ayuda de terceras personas y la pregunta clave era si esas personas le habían ofrecido una ayuda desinteresada, o por el contrario, también iban detrás de la herencia. Su respuesta se decantaba por la primera opción. No le hubieran secuestrado si su objetivo era la herencia. En ese caso, hubieran actuado con otros métodos. Hubieran obrado dentro de la más estricta legalidad. Hubieran exigido pruebas periciales para certificar que no estaba loco y poder liberarle. De esta forma demostrarían que Gerald estaba completamente capacitado para cobrar la herencia y entonces ellos podrían obtener una buena comisión. Ahora solo cabía esperar.

En la otra costa del país, David había podido finalmente dormir un poco más de tres horas. No habían sido muchas pero le habían sido suficientes. La conversación con Gerald se había alargado recordando anécdotas y detalles de la «Whitehall» y, sobre todo, de John. David le preguntó si había llegado a conocer personalmente a su madre y él le contestó que sí, que había hablado con ella dos veces. Gerald recordaba a Evelyn Goodwill como una persona muy entera, terriblemente apenada pero muy entera.

David se levantó radiante. Entró en la habitación de Gerald y pudo comprobar que dormía profundamente. No era de extrañar después de lo que le había sucedido en las últimas veinticuatro horas. Bajó a la planta inferior. No encontró a nadie. Se

preparó un sándwich y después subió a ducharse. Faltaban dos horas para que Jennifer pasara a recogerlo. Todavía tenía tiempo de consultar las noticias locales de San Diego a través de «Tío Sam». Estaba ansioso por conocer cómo se había tratado la noticia de la fuga de un interno del centro psiquiátrico. Era vital conocer ese punto para empezar a planificar el futuro de Gerald.

Después de ducharse bajó al sótano y comprobó que «Tío Sam» ya estaba conectado. No le extrañó porque era algo que sucedía normalmente. Introdujo se clave de consultas y se conectó con el Departamento de Sanidad de San Diego. No había ninguna noticia con respecto a la fuga del psiquiátrico. Entonces conectó con el Departamento de Policía. La noticia que encontró era tan escueta como sorprendente; «Extraño suceso ocurrido en el “Centro Psiquiátrico de San Diego”. Motivo aparente de robo. Todavía no hay inventario de faltas. Intervención de cinco patrullas. Reportadas cuatro fugas de internos. Localizados y reingresados tres de ellos. El interno que todavía no ha podido ser localizado es un varón de 62 años de edad llamado Donald Lewis. No es en absoluto peligroso y su estado de salud es delicado».

Asimismo, se acompañaba una deficiente fotografía del desaparecido. La fotografía era tan mala que más que una ayuda era una auténtica autopista de desinformación. Se recomendaba a las patrullas buscar entre los mendigos e indigentes.

David quedó pensativo. No habían reportado la fuga de Gerald. Eso significaba que aquel médico loco que le persiguió por el pasillo gritando como un poseso había falsificado la información facilitada a la policía. No conocía el motivo pero comenzaba a imaginárselo.

Recurrió otra vez a «Tío Sam» y le pidió un informe completo de la mujer que se había casado el 15 de Septiembre del año 2001 con Gerald Campbell. Solicitó que la información se guardara hasta que él la solicitara con su clave de acceso restringido. «Tío Sam» respondió con un gigantesco «OK» en la pantalla.

David volvió a subir a la habitación de Gerald. Este todavía seguía durmiendo. No tenía otra opción que despertarle y lo hizo. La primera reacción de Gerald al abrir los ojos fue de sorpresa pero rápidamente se centró en su nueva situación y estrechó la mano de David con unas tremendas dosis de alegría.

—¿Tú nunca duermes? —le preguntó.

—Duelmo poco pero también duermo —contestó David—. Oye, ¿quién es Donald Lewis?

—Donald es un enfermo del centro psiquiátrico. Estaba muy pirado y apenas pronunciaba palabra. ¿Qué ha pasado? —preguntó Campbell.

—Su nombre es el que figura como único desaparecido del «Centro Psiquiátrico de San Diego», según información de la propia policía.

—¿Qué? —preguntó Gerald muy sorprendido.

—Pues lo que has oído. Eso significa que tú continúas oficialmente allí. Tengo que averiguar por qué. No es malo para nosotros porque al menos eso significa que no te buscan. Veremos como solucionamos tu nueva identidad.

—Eso es obra del doctor Guillmann. Estoy seguro. No sé por qué, pero me vigilaba siempre con un interés muy especial. Después de tu segunda visita me sometió a un interrogatorio feroz. Me amenazó con incomunicarme de por vida. Temí que tus promesas de libertad hubieran llegado demasiado tarde y que no llegarais a tiempo.

—¿Cómo has dicho que se llama ese doctor?

—Francis Guillmann —respondió Gerald.

—Está bien. Muchas gracias. Recuerda que no puedes salir de la casa. Yo me voy a marchar por una horas. Sigue siempre las instrucciones de Martha si sucediera algún imprevisto. Confía en ella. Nos veremos mañana. Llegaré tarde. Duerme lo que puedas.

—Gracias otra vez, David.

—Estaba en deuda contigo. Supe que habías ayudado a mi madre y eso fue decisivo. No me arrepiento de nada de lo que he hecho en esta última semana. Si fuese necesario volvería a repetirlo.

David salió de la habitación de Gerald y volvió al sótano. Amplió su demanda de información a Francis Guillmann, doctor del «Centro Psiquiátrico de San Diego». Quería comprobar si su historia se cruzaba con la de Kathy Campbell.

Salió a la calle y divisó el coche Jennifer, mal aparcado en la esquina. Llovía de forma persistente. Aceleró su paso hasta el coche. Golpeó el cristal a modo de saludo y entró en el vehículo. Iba a ser una tarde llena de sorpresas y la primera no tardó en llegar. Apenas unos segundos después del tímido beso de bienvenida, David le tomó la mano y le colocó un anillo en su dedo anular.

—Espero que no te moleste para conducir —le dijo de forma cortés y mirándola a los ojos.

Ella se miró la mano sorprendida y satisfecha. Una enorme satisfacción corría por sus venas. Su primera impresión en el «Congreso Cibernético» no le había fallado. Este era su hombre. Había aparecido de repente en su vida pero ella había notado algo muy especial. Tan especial que estaba dispuesta a compartirlo todo con él. Y eso que casi no lo conocía.

—Pero, si nos conocemos muy poco, David. ¿No estarás corriendo demasiado? ¿Tan seguro estás de tus sentimientos?

—Haría lo que fuese necesario por estar a tu lado. Creo que ya te lo dije ayer y hoy quiero contarte muchas cosas sobre mí. ¿Dónde podemos hablar solos y con mucha tranquilidad sin que nada ni nadie nos interrumpa lo más mínimo?

—Está lloviendo a mares —apuntó Jennifer.

—Tiene que ser un lugar cerrado.

—Conozco un pub irlandés en el nuevo «World Trade Center».

—Perfecto —contestó David.

Jennifer condujo hacia el pub más pendiente del anillo de su mano que del tráfico. Se acercaba la Navidad y las luces decoraban pomposamente los rincones más emblemáticos de la ciudad.

David pensó que no podía haber un lugar más apropiado para desvelar su secreto. Ella no podía seguir ignorando quien era él realmente. Él no tenía ya ningún derecho a permanecer callado.

Capítulo 20

El local elegido por Jennifer cumplía a la perfección con los deseos de David. Tenía la distribución perfecta para sus propósitos. Todas las mesas estaban aisladas entre sí. Eran pequeños reservados que brindaban una maravillosa intimidad a sus ocupantes.

Jennifer no paraba de mirarse el anillo. Estaba con la mirada centrada en sus manos y con el pensamiento en el maravilloso momento que estaba viviendo cuando David le frotó cariñosamente el antebrazo izquierdo.

—¿En qué piensas? —le preguntó él a ella.

—Pensaba en donde has podido estar todo este tiempo. ¿Por qué no te he conocido antes? Ahora tengo la sensación de haber perdido todo el tiempo que he pasado sin ti. ¿Qué has estado haciendo estos últimos años en California? ¿Qué razones te impulsaron o te obligaron a irte allí? —dijo Jennifer.

David la miró con dulzura y volvió a acariciar sus manos con extrema suavidad. Después esbozó una sonrisa y le dijo:

—Lo cierto es que, si después de contestar a todas esas preguntas, tú todavía sigues a mi lado, seré el hombre más feliz del mundo.

—¿Tan tumultuosa ha sido tu vida? —pregunto Jennifer correspondiendo a la sonrisa recibida—. No me importa lo que hayas podido hacer antes, David. Lo que me interesa es lo que hagas a partir de ahora —sentenció después.

—Quiero que estés segura de que lo que más deseo es estar a tu lado todo el tiempo —afirmó él.

—¿Has estado casado o has convivido con pareja estable? —preguntó Jennifer de sopetón—. Necesito saberlo, David.

—No, nunca —contestó él.

—¿Tienes hijos?

—No, no los tengo —volvió a contestar David que estaba comprobando lo que ya Leroy le había anticipado acerca de las preocupaciones y dudas de ella.

—¿Para qué fuiste a California la semana pasada? No me dijiste toda la verdad, ¿verdad que no?

—No te dije toda la verdad pero puedo asegurarte que no tienes por qué preocuparte. No se trataba de ninguna mujer ni de ningún problema familiar —afirmó David.

—Si eso es verdad, ¿por qué me mentiste?

—No te mentí. Sencillamente no podía decirte lo que iba a hacer porque ni yo mismo lo sabía. Sin embargo, hoy puedo decirte que estoy muy satisfecho de haber ido. He logrado detener una gran injusticia. No he podido evitar todo el daño que ya se había hecho, pero he podido ponerle fin y eso, me colma de felicidad.

—Hablas lleno de frases enigmáticas. Todo son incógnitas para mí. No veo

adónde quieres ir a parar —dijo ella.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó David.

—Claro que sí —respondió Jennifer.

—Quiero que me dejes contarte mi historia. Seguramente, la encontrarás inverosímil. No obstante, te pido que no me interrumpas por extraña que te parezca. Piensa que incluso a mí me resulta muy difícil contarla en un orden comprensible, pero quiero que conozcas toda la verdad. Te repito que, si después de escucharme decides marcharte, lo entenderé. Me dolerá muchísimo, pero lo entenderé.

Jennifer se quedó un poco preocupada por el extraño preámbulo de David pero dio su consentimiento para que este comenzara su relato.

David respiró hondo y volvió a coger las manos de Jennifer entre las suyas. Precisaba de su contacto para coger las fuerzas necesarias para poder continuar.

—Este es un lugar muy especial para mí —comenzó diciendo—. Sé que también lo es para ti y eso nos une un poco más. Por esto mismo prefiero empezar mi historia partiendo de este lugar, aunque sea la parte más fuerte y más impactante de todo lo que voy a contarte.

—Empieza por favor. Estás logrando que me sumerja en un mar de nervios. Me estás asustando de verdad.

David bebió un sorbo del combinado acalórico que tenía delante. La mano que sujetaba el vaso largo temblaba imperceptiblemente a los ojos de Jennifer pero no a los sentidos de David.

—Era el día de los atentados del año 2001 —comenzó explicando David—. Era la mañana del día en que tú tenías que ser operada. Eran poco más de las ocho y veinte minutos cuando yo ya me encontraba trabajando en las oficinas de la «Whitehall». Tú tenías un mes escaso de vida y yo ya había cumplido los treinta y tres años. Yo era un tipo muy poco sociable. Casi no tenía amigos. Mi madre estaba desesperada conmigo. Yo estaba totalmente obsesionado por una idea. Vivía en exclusiva para lograr acabar un proyecto que me quitaba el sueño.

David se paró y tomó otro sorbo. Los ojos de Jennifer eran imposibles de describir. El resto de la cara estaba oculto detrás de sus temblorosas manos. David continuó a pesar de todo. Era ahora o nunca. Ya lo había empezado y tenía que terminarlo.

—Como ya habrás deducido, las oficinas de la «Whitehall» donde yo trabajaba, estaban en una de las dos torres del antiguo «World Trade Center». Estaban concretamente en el piso número 93 de la torre norte. John Carpenter, mi jefe y amigo, llegó antes de las ocho y media. Yo estaba en mi mesa con un café entre las manos. Me saludó y salió al pasillo en busca de otro café y regresó. Se sentó enfrente de mí y, sin apenas poder darle dos sorbos al café, notamos una fuerte sacudida y oímos un fuerte estruendo. No sabíamos lo que estaba pasando. En solo un par de

minutos aquello se convirtió en un enorme caos. La gente quería escapar pero no sabía hacia dónde. Unos subían y otros bajaban. John y yo decidimos ir hacia arriba. En el tumulto lo perdí por unos segundos y luego volví a verlo apoyado frente a un ventanal. Los dos pudimos contemplar atónitos como un avión que volaba a baja altura se dirigía directamente a la torre sur e impactaba en ella. Una enorme bola de fuego y una densa humareda envolvieron a la torre sur. Entonces fue cuando comprendimos lo que había sucedido en nuestra torre. Seguimos ascendiendo hasta llegar a la azotea. Allí pudimos comprobar hasta dónde llegaba el pánico y la desesperación de la gente. John se contagió de esa desesperación y saltó al vacío. No pude evitarlo y no me lo podré perdonar nunca. Yo estaba demasiado pendiente de encontrar una salida. Yo estaba totalmente ocupado en encontrar el lugar donde poder aplicar las conclusiones del proyecto al que había dedicado más de cuatro años. Me olvidé tan solo unos segundos de John y le perdí para siempre. No supe retenerlo a mi lado. Si él me hubiera hecho caso también hubiera podido escapar como yo lo hice.

Jennifer le miraba desenchajada. Era imposible asimilar todo lo que David le estaba contando y rompió a llorar. Él la abrazó y la retuvo entre sus brazos. David también estaba llorando y la emoción no le dejaba pronunciar palabra.

Pasados unos minutos los estados de ánimo de ambos volvieron sobre cauces más normales y controlados. David reanudó su explicación.

—Aparecí en la torre principal de este nuevo complejo en Septiembre de este año, 2029. Traté de bajar en ascensor y me detuvieron. No pude identificarme y me mandaron inmovilizado a Ellis Island con la intención de deportarme a una burbuja de confinamiento. Allí fue donde me encontré con Leroy, mejor dicho con Glenn Denvers. Gracias a «Popi» y a él logramos escapar juntos. Después he sabido que él estaba allí porque sabía que yo llegaría detenido. Leroy lo sabía porque yo mismo se lo había contado en un viaje que él había realizado a su propio futuro.

—Espera un momento —dijo Jennifer interrumpiendo a David con la mano derecha levantada en señal de petición de tregua—. No me cuentes nada más, por favor. Soy incapaz de asimilar todo lo que me estás diciendo. Me considero una buena especialista en cibernética y eso avala sin duda mi amor por el progreso y el futuro. Creo en la evolución de las máquinas porque puedo tocarlas. Puedo incluso imaginarlas en mi mente y diseñarlas en planos para que luego sean construidas y se conviertan en una realidad física. Sin embargo, lo que tú me estás contando se escapa por completo a mi capacidad de entendimiento. Creo lo que me has contado porque eres tú. Te creo pero no lo entiendo. No entiendo que haya podido sucederte una cosa así y mucho menos que me digas que hay personas como el doctor Glenn Denvers que se dediquen sistemáticamente a eso.

—Olvidémonos de Glenn. Además, no sé si estoy autorizado a contarte nada más con respecto a él. Lo que importa es lo que me sucedió a mí. Esos veintiocho años

que no he vivido pasaron para mí en menos de un segundo. La prueba de ello es que ahora tenemos casi la misma edad.

—Oh, no. ¡De ninguna manera! —dijo ella—. Tú sigues siendo cinco años mayor que yo. Cinco años a pesar de las trampas que has hecho para ello. Cinco años son cinco años. No quieras ahora hacerte pasar por un jovencito. Tú ya tienes una edad que empieza a ser preocupante.

—Me alegro de que hayas reaccionado así —dijo David.

—No he reaccionado de ninguna manera, David. He escuchado tu historia y es digna de todo respeto. No tengo dudas de que lo que me has contado es cierto. Pero no te pienses que lo he aceptado. No quiero que te lleves la impresión de que he superado todo lo me has confesado. Mi reacción obedece a un mecanismo automático de protección que sencillamente ha decidido aparcarlo todo para intentar luego digerirlo poco a poco, a solas. Si es que al final, alguien puede y es capaz de digerir todo esto... Debes reconocer que no se puede ir por el mundo contando relatos como el que me has contado a mí. Todavía no sé por qué no he salido corriendo del pub.

—Te lo advertí antes de empezar. Te dije que estaría satisfecho si continuabas a mi lado después de oír toda la historia —dijo David.

—No quiero entrar ahora a pormenorizar los hechos del día de los atentados en las «Torres Gemelas». Con razón me decía el doctor Denver que tú eras el único que podía disipar muchas de mis dudas. Espero tener mucho tiempo para que me cuentes muchos detalles de aquel terrible día, pero ahora me interesan conocer otros detalles más recientes y que me afectan a mí de manera mucho más directa.

—¿Qué quieres saber?

—No me has explicado nada acerca del uso que le diste al analizador de ADN que te ayudé a conseguir.

—Esa es otra larga historia que también viene del año 2001. Pero no te asustes que no tiene nada que ver con tele-transportaciones de carácter cuántico —le dijo David a Jennifer.

—Pues en ese caso cuéntamela. Me tienes también muy intrigada. He imaginado mil y una cosas. Mi mente no ha dejado de pensar en una gran cantidad posibilidades. Y todas las nuevas que me he ido imaginando eran siempre peores a las anteriores.

David explicó de forma resumida la relación con Gerald Campbell. Después le relató las aventuras de los dos contactos mantenidos en el centro psiquiátrico. Finalmente le informó de su liberación. El uso del analizador de ADN quedó claramente explicado. Cuando David terminó, le preguntó.

—¿Has quedado satisfecha por la explicación? ¿Qué era lo peor que te habías llegado a imaginar?

—Pues que lo necesitabas para certificar la no paternidad de algún hijo que pudieran tratar de colocarte. O, todo lo contrario, que tenías que acudir a un juicio

para recuperar a un hijo que tu sabías que era tuyo y que te negaban tus derechos. Pero, por fortuna, veo que estaba muy equivocada en mis elucubraciones.

—Completamente equivocada —le confirmó David—. Piensa que solo llevo aquí algo más de tres meses y aunque los hombres del siglo pasado somos especiales, todavía no hemos llegado a tanto. Y, en caso de que la demanda procediera del pasado, mi hijo tendría ahora la misma edad que yo. Sería un autentico caos. No me desees tantos líos que con lo mío ya tengo bastante —dijo David.

—Es que tenía mucho miedo de que sucediera algo en tu viaje a California que pudiera tener consecuencias negativas para nuestra relación. He pasado unos días fatales —confesó Jennifer.

—¿Qué te parece si salimos? Creo que ya no llueve tanto.

—¿Cómo sabes desde aquí que no llueve tanto?

—Observando a la gente que entra —contestó David sonriente y satisfecho por su perspicacia.

—¿Adónde quieres ir?

—Me apetecería volver al lugar donde está el recuerdo a las victimas. Tengo ganas de hacer algo especial —contestó David.

Llegaron a los monolitos acristalados. David buscó su propio nombre y lo encontró en el tercer monolito. Jennifer estaba a su lado. Llovía mucho menos, pero todavía seguía lloviendo. David pasó varias veces las yemas de sus dedos por encima de la inscripción de su nombre. Jennifer miraba en silencio y vio como David lloraba a pesar de que la lluvia se confundía y se mezclaba con sus lagrimas.

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella.

—Me imagino la gran cantidad de veces que debió hacerlo mi madre mientras sobrevivió. A través de la barrera del tiempo creo que, aquí y haciendo eso, es lo más cerca que puedo estar ahora de ella. Puedo incluso llegar a sentir su presencia. Seguro que ella dejó huella en este lugar. No fui muy buen hijo, ¿sabes? No le hice mucho caso ni le dije cosas bonitas que seguro que a ella le hubiera gustado oírlas. Pero ella me quería igual y se esforzaba siempre para tenerme contento aunque yo no diera nunca prueba de estarlo. Es una lastima que la vida solo se viva una vez.

—Es muy bonito lo que acabas de decir y de hacer —dijo ella arrimándose a él—. Sin embargo, tu última frase ha hecho que mis piernas temblaran como lo hacen las hojas antes de caer del árbol.

—¿Por qué? —preguntó David.

—Por nada, pero quiero que me prometas que mientras estés conmigo no vas a hacer ningún otro viajecito cuántico de los tuyos. Ni al futuro ni al pasado. ¿Me lo prometes?

—No hace falta que te lo prometa porque ayer, en la reunión en la que participé como invitado, ya me hicieron varias veces esa pregunta y en todas contesté que para

mí solo existe este presente. El teólogo Howard Moore ya adivinó que había encontrado a alguien especial.

—¿Conociste a Howard Moore? ¿Pertenece él también a ese grupo de... — Jennifer se detuvo, iba a decir la palabra *chalados* pero la cambió por la de—, ... iluminados?

—Sí, y me hubiera gustado que hubieras oído su explicación sobre la teoría de los planos. Fue magistral —dijo David.

—¡Qué peligro! —terminó diciendo Jennifer.

Capítulo 21

David y Leroy confirmaron, al comprar y leer la prensa de San Diego, que la información avanzada por «Tío Sam» era la oficial de la Policía y del departamento de Sanidad. El único escapado del centro psiquiátrico era Donald Lewis.

El motivo del porqué de ese engaño era del todo obvio después de conocer que el doctor Francis Guillmann era el hombre que convivía con Kathy Campbell.

—¿Qué opinas de todo eso? —preguntó David.

—Mi impresión es que ese Guillmann necesita ganar tiempo. Habrá incomunicado a ese desdichado de Donald para salvar las apariencias. Pero creo que lo tiene crudo —contestó Leroy.

—Está claro que Guillmann y la ex mujer de Gerald tratan de quedarse con la suculenta herencia —dijo David.

—He vuelto a mandar a Ingrid Tullin a San Diego —explicó Leroy sorprendiendo a su compañero.

—¿Por qué?

—Para que vigile a ese tipo. No veo claro su actuación —repuso Leroy.

—¿No será peligroso si la reconoce? —preguntó David.

—No te preocupes que no la reconocerá. Ingrid es una maestra en el cambio de imagen. Me apuesto lo que quieras a que no la reconocerías ni tú mismo —afirmó Leroy.

—Mejor que sea así. Pero, ¿qué es lo que no te gusta de Guillmann? La información de «Tío Sam» no lo catalogaba de peligroso.

—Es verdad. Pero lo catalogaba de mujeriego empedernido —volvió a responder Leroy.

—¿Y tú le das importancia a eso? Oye, ¡qué ya estamos en el siglo veintiuno! ¿No te has enterado? —dijo David.

—Tan solo quiero asegurarme de quién es y de lo que piensa hacer realmente —explicó Leroy.

—¿Crees que lo tiene todo planificado? Me refiero a si crees que tiene un plan pensado de principio a fin.

—No lo creo. La fuga de Gerald era impensable. No podían tener prevista esa posibilidad. Es por eso que me inclino a pensar que está tratando de ganar tiempo.

—¿Qué piensas que intentará? —preguntó David.

—No lo sé, pero tendremos que anticiparnos —contestó Leroy.

—¿Cómo lo haremos? Si ni siquiera sabemos lo que va a hacer.

—Le ofreceremos una salida. Le haremos una proposición que no podrá ni sabrá rechazar —contestó Leroy sorprendiendo de nuevo a David.

—Eres incorregible. ¿Qué te traes entre manos? —preguntó David.

—Mira, si es que tiene o tienen pensado quedarse con la herencia, tendrán que obtener una certificación de la incapacidad de Gerald Campbell. Para eso el enfermo será sometido a un exhaustivo examen forense judicial. No dudo de que ese Donald pueda dar el pego en lo de la incapacidad psíquica pero no pasará la prueba del análisis del ADN en la sangre. En estos casos la ley exige que la prueba sea sanguínea. No puede ser de otra manera.

—Pues tú sabes que esa prueba no la superará —dijo David.

—A menos de que le hagamos creer que realmente existe una posibilidad de lograr cambiar el ADN en la sangre.

—No se lo va a tragar —apostilló David.

—Déjame que te explique. Imagínate que tú estás en la posición que ahora ocupa Guillmann. Estás claramente tratando de ganar tiempo. Pero, ¿para que quieres ganar tiempo, si no existe ninguna posibilidad de salir del embrollo en el que te has metido?

—No lo sé. No sé adónde quieres ir a parar. Continúa, por favor.

—Tú imagínate que estás en ese callejón y recibes una comunicación desde el otro lado del país que, aparte de sorprendente, resulta que te viene como anillo al dedo. ¿Qué harías tú en ese caso? ¿Qué haría cualquier persona que se encontrara en esa situación? —preguntó Leroy.

—Supongo que valorarla con prudencia —contestó David.

—¿Por qué tendrías que valorarla con prudencia si llevara los sellos de la «Central de Inteligencia» y del «Departamento de Estado» pidiéndote absoluta confidencialidad para el experimento? —continuó explicando Leroy.

—¿Cómo vas a lograr eso? ¿Qué clase de comunicación tienes pensado enviarle? —siguió preguntando David.

—Una que le atraparé desde el mismo momento en que abra el sobre. Esperaré a comience el nuevo año y le enviaré una citación para el tercer sábado. No tendrá tiempo de pensarlo. En el sobre encontrará un billete de ida y vuelta en primera clase. No lo rechazará —afirmó Leroy.

—¿Dónde piensas realizar el contacto? —preguntó David.

—En el hall del hotel Sheraton. Es el lugar más seguro que conozco. Hay siempre tanta gente que nunca hay testigos que se puedan acordar de nada en absoluto. Pero no temas, que no se lo diré en la comunicación. Solo le diré que un agente estará esperándole en el aeropuerto y que le llevará al lugar de la reunión después de identificarse —contestó Leroy.

—¿Qué le propondrás?

—Primero le pediré que entienda que no puedo ser muy explícito por razones de seguridad nacional. Después, le diré que se quiere realizar un experimento revolucionario en un ser vivo. Le explicaré que se ha decidido realizarlo en un ser desahuciado y que no tenga familia, más que nada para evitar tonterías de denuncias

y todas esas chorradas de los derechos y de la puta democracia que impiden siempre que las cosas se hagan como deben de hacerse. Finalmente, le diré que hemos elegido el centro psiquiátrico donde él trabaja por los excelentes informes que la policía de San Diego nos ha hecho llegar de su persona en el desafortunado incidente del robo. No le mencionaré nada acerca del preso fugado. Finalmente, le haré saber que todo ha de hacerse dentro del más estricto secreto. Le diré que no puede contárselo a nadie —explicó Leroy.

—Empiezo a creérmelo —dijo David—. ¿No le contarás nada más?

—No, pero le iré dirigiendo durante toda la conversación para que él me pregunte. Yo me resistiré en aras a la confidencialidad del tema. También le diré que, cuanto menos sepa él, mejor. Iré jugando con él hasta que, al final, en un acto de confianza extrema, le confesaré que se trata de una prueba de cambio de ADN en la sangre —siguió explicando Leroy.

—Picará —dijo David—. Ahora ya veo mucho más claro que morderá el anzuelo —afirmó ya más convencido.

—Sí que lo hará, y mucho más cuando le diga que dejo en sus manos la elección de los enfermos. Le diré que teóricamente esa elección era mía, pero que yo delego en él. Le confesaré que no tengo ganas de leerme los pesados informes de todos los enfermos y, como colofón, le entregaré cincuenta mil dólares en efectivo como anticipo de sus servicios. En la despedida le diré que estos no los tiene que declarar al fisco. Supongo que me reirá la broma.

—Eres un genio. ¿Quién te ha enseñado a ser tan genial? —dijo David.

—Me compré una guía de bolsillo. Su título era *Cómo pensar más y más rápido que todos los demás* —contestó Leroy.

—¿Cuántas páginas tenía?

—Solo tenía una página.

—¿Y qué ponía en ella?

—La única frase que había escrita era *No busques nunca excusas y emplea tu tiempo solo en pensar*.

—¿Cómo piensas falsificar los sellos oficiales de la CIA y del Estado?

—No los falsificaré. Te prometo que serán los auténticos.

—¡Eres incorregible! —acabó diciendo David.

—Gracias, muchas gracias amigo. ¿Te apetece jugar una partidita de «FreeWheel»? —preguntó Leroy.

—Jennifer debe estar a punto de llegar. Si quieres, podemos jugar esta noche aunque el juego ya ha perdido parte del interés —dijo David.

—¿Eso piensas realmente?

—Creo que ahora ya conozco todo lo que ansiaba preguntarte.

—Yo que tú no estaría tan seguro, forastero.

—Además de ser incorregible, a veces también eres insoportable e insufrible. ¿Lo sabías? —dijo David en tono de broma.

—No. Te aseguro que no me lo habían dicho nunca —contestó Leroy.

—Me voy. Volveré después de cenar. Avisa a Martha, por favor.

—Vete tranquilo, pero antes dime, ¿qué piensas hacer en tu primera Navidad del siglo veintiuno? Si quieres, puedes invitar a Jennifer. Sería fantástico poder pasarla los cuatro juntos. Estoy seguro de que Martha se alegraría muchísimo.

—Se lo preguntaré. Gracias por tu detalle —dijo David.

Salió a la calle. Hacía un frío terrible y comenzaba a lloviznar. Jennifer aún no había llegado. Tenía muchas ganas de verla. No la había visto desde la tarde de las confesiones en el pub irlandés. Habían pasado tres días desde entonces y estaba ansioso por conocer qué era lo que ella había logrado sedimentar de todo lo que él le había contado.

Una ráfaga de luces le advirtió de la llegada de Jennifer. Se dirigió corriendo al coche porque la lluvia comenzaba a arreciar.

—¿Cómo estás? —le preguntó al besarla.

—Estoy bien. Pero me siento un poco insegura después de tu confesión. Mi cabeza no ha parado de darle vueltas al tema. ¿Te das cuenta de que lo que has logrado hacer, escapa a todas las leyes de la Física? —dijo Jennifer al verle.

Ella no acostumbraba a ser tan impulsiva en sus afirmaciones ni a acosar de entrada y sin dar pausa a sus interlocutores. Sin embargo, no pudo evitar avasallar a David en cuanto lo tuvo a su lado. Había pasado unos días de continuo debate interno y no pudo reprimirse.

—Sí que me doy cuenta, pero no se escapa a las leyes de la Física. Puede que no se ajuste a la dimensión que conocemos y en la que queremos aplicar esas leyes. Sin embargo, nada de lo que sucede se escapa a ellas. Todo lo que sucede, lo hace siguiendo esas reglas e incluso tú sabes que el propio caos obedece a leyes físicas.

—Lo sé, pero, ¿cómo pudieron pasarte veintiocho años en menos de un segundo? —siguió preguntando Jennifer que estaba sumergida en un mar de contradicciones.

—Sencillamente, porque yo cambié de plano mediante una tele-transportación cuántica y me salté todos los planos intermedios. Tú, en cambio, no te saltaste ninguno y los recorriste todos —contestó David.

—¿Es verdad que podrías volver al 2001?

—Sí, sin ninguna duda.

—Prométeme que no lo harás —dijo ella.

—Eso ya me lo dijiste el otro día. Te contesté de forma muy clara que no lo haría.

—Sí, pero no me lo prometiste y quiero que me lo prometas ahora.

—No me gustan las promesas. Me gustan más las intenciones.

—Entonces prométemelo de forma intencionada.

—Está bien, te lo prometo —acabó admitiendo David.

—Ahora estoy más tranquila. No podría soportar estar pensando constantemente que te has podido ir a dar una vuelta por tu antiguo barrio.

—No sé cómo puedes imaginar todo esto —dijo David.

—Todo esto y mucho más que no me atrevo ni a exponerte —dijo ella.

—No tengo mucha experiencia con las mujeres. En realidad, con la única que he tenido un trato continuado fue con mi madre y no sé si es casualidad o no que ella también era capaz de imaginar lo inimaginable.

—No somas raras, David. Tan solo somos muy posesivas. Nos aferramos a lo que tenemos y a lo que queremos. Nos aterra pensar en la posibilidad de poder perderlo.

—Creo que puedo entenderlo —dijo David acariciándole la mejilla derecha con el dorso de sus dedos.

Jennifer seguía conduciendo. No había consultado el destino con David. No hacía falta, ella tenía muy claro su destino. Entraron por el Lincoln Túnel en dirección a Jersey City.

—¿Dónde me llevas? —preguntó David aunque intuía la respuesta.

—Quiero que conozcas donde vivo. Cuando llegemos allí te preguntaré un par de cosas.

—¿Por qué no ahora? —preguntó él.

—Ya me conoces. Cada cosa tiene su momento y su razón. No me importa si todas siguen las leyes inmutables de la física o no. Para mí siempre tienen un fondo que cumplir y una forma que respetar.

—Te estás poniendo trascendente —dijo David—. Antes sin embargo, quiero hacerte yo una pregunta a ti.

—Espero que tenga un fondo importante y que la sepas hacer de la forma correcta —dijo ella entre sonrisas.

—Leroy, o Glenn, como prefieras, me ha sugerido que podríamos pasar la Navidad los cuatro juntos en su casa. ¿Qué te parece?

—Una idea estupenda. Ya puedes decirle que sí.

—Falta escasamente una semana. Será mi primera Navidad del siglo veintiuno. Leroy me ha hecho caer en la cuenta de ello.

—Entonces la haremos tan especial que no podrás olvidarla nunca. Ya me encargaré yo de que sea así. Mañana telefonaré a Martha. ¿Sabías que ella hizo la carrera conmigo y que fue la primera de la promoción? Tiene una inteligencia privilegiada. Se enamoró perdidamente del profesor Denver y él de ella. Glenn era el profesor de «Técnicas Estructurales Aplicadas a la Biocinética». Resultó una asignatura interesantísima y muy amena. Fue un placer tenerle de profesor. Martha y yo éramos muy amigas y vivimos juntas en el apartamento que ahora te enseñaré.

—No sabía nada de todo esto —dijo David algo sorprendido.

—Ya hemos llegado. Como puedes ver el lugar es tranquilísimo. He llegado a la conclusión de que yo no podría vivir en otro sitio —dijo ella cogiendo de la mano a David y guiándole hasta la puerta de la verja del pequeño jardín que precedía a la casa—. Te gustará, ya verás.

David entró en la casa. Estaba decorada sencilla pero con un gran gusto en todo el entorno. Jennifer era, sin duda, la guinda de toda la decoración. Parecía formar parte de ella. Era el complemento especial a todo y de todo. No se podía imaginar aquella casa sin Jennifer en su interior.

—¿De qué vas a vivir? ¿En qué tienes previsto trabajar? Me imagino que algo tendrás ya pensado —preguntó ella.

—¿Esta es tu primera pregunta?

—Sí.

—Trabajaré en la organización en la que Glenn es vicepresidente. Me han ofrecido colaborar con ellos y así poder contrastar todas nuestras teorías. Al parecer, hemos partido de conceptos distintos para llegar al mismo lugar. Los resultados obtenidos también han sido diferentes y ahora se quiere estudiar un sistema de aunar experiencias para mejorar los resultados. De hecho, ya he comenzado a pensar en todo ello. Tengo alguna teoría que creo que puede resultar tan buena como segura. Es un trabajo que me apasiona.

—Pero me has prometido no hacer más saltos.

—Cumpliré lo prometido. No faltarán viajeros para poder comprobar si las teorías que desarrollemos tienen una base firme —explicó David—. ¿Cuál es tu segunda pregunta?

—¿Cuándo te vienes a vivir aquí conmigo? —dijo ella abriendo los brazos.

David se precipitó en ellos. La abrazó y la besó como nunca antes. Ella formaba parte de su vida desde el primer momento en que la vio en el «Congreso Cibernético». Ahora estaba seguro de que él también formaba parte de la vida de ella. Pensó en John y en lo injusto que el destino había sido con él. Se abrazó más a ella. Jennifer era su futuro y no la iba a abandonar nunca. Pensó en su madre. ¡Qué feliz se hubiera sentido también ella!

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Completamente —dijo Jennifer—. Además esta es la consumación de mi venganza hacia Glenn Denver.

—¿Qué?

—Él me robó a mi compañera y yo le devuelvo la pelota al robarle al suyo. Ojo por ojo y diente por diente —apostilló Jennifer sonriendo porque su broma había llegado a preocupar a David por un instante.

—Empiezo a trabajar en serio a principios de Enero. Si te parece puedo preparar todas mis cosas y trasladarme después de Navidad.

—Sería fantástico porque yo tengo unos días libres.

—Entonces pasaremos la noche de Año Nuevo aquí. La pasaremos los dos solitos —añadió David.

—¿Tú crees que nos dejarán? —preguntó ella.

—Ya me encargaré yo de ello —respondió David.

Capítulo 22

Hacía frío pero el clima era soportable. Lucía un sol espléndido en San Diego cuando Francis Guillmann llegó a su despacho. Gina le subió los partes que habían reportado los celadores del fin de semana. Junto a ellos también le entregó el correo que había recibido hacía tan solo diez minutos. El doctor Guillmann aprovechó para pasarle las manos por las nalgas. Era un pequeño recordatorio de las horas que ayer domingo habían conseguido pasar juntos en el apartamento de Gina. Francis Guillmann había logrado escaparse de Kathy con una mala pero convincente excusa, y ellos dos habían podido recuperarse de la sequía que habían sufrido durante las fiestas de Navidad y de Año Nuevo. Kathy había realizado un severo marcaje durante esos días a Francis y este no había podido escabullirse ni un solo minuto.

El 2030 ya era una realidad. Habían transcurrido dos semanas completas de Enero y las cosas volvían poco a poco a la normalidad. Francis siempre había odiado esas fiestas porque le rompían su organización personal y convulsionaban el orden del centro psiquiátrico. Esas fiestas obligaban a realizar unos turnos de trabajo rarísimos y extensísimos. Eran una auténtica complicación. Y todo ello para poder pasar más horas al lado de unos familiares con los que uno no se trataba durante el resto del año. Esas fiestas eran siempre un aburrimiento y un fastidio. Y además, esta vez, le habían privado de poder saborear las mieles del placer que siempre le regalaba Gina. Llegó a la conclusión que las fiestas habían sido una autentica tortura y un insufrible suplicio.

Francis Guillmann comenzó repasando visualmente las cartas de correo. Rápidamente observó que una carta era distinta a todas las demás. El sello y los membretes del sobre presagiaban que se trataba de algún asunto de carácter oficial.

Volvía a estar solo porque Gina ya había regresado a la sala de recepción. Decidió abrir la carta y la leyó. Inmediatamente volvió a leerla por segunda vez. Se levantó para cerrar la puerta de su despacho y se dispuso a releerla por tercera vez, porque quería hacerlo de manera más lenta y reposada.

La carta estaba fechada en Washington y su contenido era el siguiente:

Distinguido doctor Francis Guillmann.

Se requiere su colaboración para asunto oficial y confidencial. Debe presentarse en New York el próximo sábado, día 19, del presente mes de Enero. Un agente de nuestra organización estará esperándole en el aeropuerto. Usted no le conoce pero él contactará con usted. Siga sus instrucciones. La clave del contacto será «Operación Camaleón». Nuestro agente le llevará en coche hasta el punto de la cita oficial. Encontrará el billete de ida y vuelta depositado en el apartado electrónico número 378 del propio aeropuerto de San Diego. La clave de apertura del apartado es «iguana» y la contraseña «ZX81fz». Memorice esta carta y destrúyala a continuación. Asegúrese de que nadie más pueda tener acceso a ella. Gracias por su colaboración".

Guillmann estaba sorprendido. No sabía qué podía tratarse con tanto misterio, pero tenía que ser algo importante y le habían escogido a él. Seguro que le habían

seleccionado porque asistía normalmente a muchos Congresos.

Se levantó y guardó la carta en el bolsillo de su abrigo. Hoy tenía que salir a declarar en la vista preliminar para la concesión de la tutela a Kathy por el desequilibrio mental de Gerald Campbell. Iba a testificar como experto médico por la parte actora de la petición. No quería dejar la carta guardada en los cajones de la mesa. Ese asunto era privado y personal. Ni Kathy ni Gina iban a saber nada de ella. Tendría que buscar dos buenas excusas para el próximo sábado. La primera para convencer a la desconfiada Kathy y la segunda para calmar a la impulsiva Gina.

Regresó a su mesa. Había planificado su actuación para cuando se produjera la primera revisión de Gerald por parte de los forenses oficiales. Kathy no sabía nada de la desaparición de su marido. Ella desconocía que se había escapado y que había sido sustituido por el desgraciado de Donald Lewis. La única que conocía el engaño era Gina. Guillmann estaba convenciendo a Kathy para que no fuera ella la que realizase la identificación visual de Campbell. Hacía ya tres semanas que le iba explicando lo mal que se encontraba Gerald. Le estaba contando lo inestable que se había vuelto. Algunas veces su comportamiento denotaba claros signos de una agresividad difícil de controlar. Se estaba volviendo muy peligroso. Era imposible predecir su reacción si la veía delante de él. Por eso, ya hacía varios días que le estaba sometiendo a un tratamiento intensivo de calmantes y Gerald se había desmejorado mucho.

Lo cierto era que tenía completamente sedado a Donald Lewis. Tenía pensado mantenerle en ese mismo estado hasta dos días antes de la revisión forense. Con un poco de suerte, al ver el estado del enfermo aceptarían su versión y se conformarían con la identificación personal de Gina.

Después faltaría la revisión final para la decisión del juicio definitivo. Eso ya sería más serio y todavía no tenía la solución pero aún faltaban un par de meses para ello. Ya se le ocurriría algo. Lo que le preocupaba de la fuga de Gerald es que no había habido noticias al respecto. Nadie había dado señales de vida. Esto era bueno para él pero era muy extraño. Sin embargo, él no podía hacer absolutamente nada. Solo tenía que esperar a que otros dieran el primer paso. Después actuaría en consecuencia.

Cuando esta mañana vio el sobre oficial temió que se tratara de algo relacionado con Gerald. Por fortuna no había sido así.

Volvió a levantarse. Descolgó el abrigo del perchero y salió cerrando el despacho. Eran más de las once y él estaba citado a declarar a las doce en punto. Mientras bajaba las escaleras, su mente iba repasando todo lo que tenía previsto testificar. Tenía que conseguir demostrar a todo el mundo de una forma palpable y convincente que su autoridad médica era total e indiscutible en este caso.

En el otro lado del país, en la costa atlántica, nevaba copiosamente. La tarde era extremadamente fría y soplaba un gélido viento del sudeste. David había sido citado

por Patrick Emmericks a una reunión para intercambiar teorías. Esa había sido al menos la excusa oficial. David llegó a la casa del acantilado en compañía de Leroy. Al entrar en la sala de columnas de la mesa de herradura pudo comprobar que no iban a estar los tres solos.

—Ya conoces a todos los presentes, ¿verdad? —dijo Emmericks.

—Sí —contestó David estrechando la mano del presidente.

A continuación y junto a Leroy fue estrechando de forma cordial las manos del resto de los presentes.

Dean Devlin, Howard Moore, Thomas Brenner, Walter Andrews, Rick Carter y Roland Davison tomaron asiento después de corresponder al saludo de David y de Leroy. Patrick Emmericks tomó la palabra.

—La semana pasada realizamos una votación. El resultado fue unánime ya que los ocho votamos a favor de la proposición.

David miró a derecha e izquierda pero no obtuvo ninguna aclaración a las recientes palabras de Emmericks. El presidente continuó con su exposición.

—Queremos que te unas a nuestra organización. Queremos que te unas como miembro de pleno derecho. He de aclararte que no estamos hablando de «The Rainbow Travelers». Es verdad que todos nosotros formamos parte de ella pero ahora no estamos reunidos como sus miembros. En este momento estamos representando a una secreta y reducida organización. Su nombre es «La luz de la luz». Nos decidimos a fundarla por dos razones especiales. La primera de ellas fue para dominar y no arriesgar una expulsión indeseada de uno de nosotros ocho. La segunda razón fue para dar salida y cuerpo a las propuestas que allí se rechazaban. Las normas de la votación y de su interpretación en «The Rainbow Travelers» no se pueden cambiar y algunas veces son un obstáculo insalvable. Teníamos que hacer algo al respecto y lo hicimos —dijo Emmericks.

—Efectivamente —corroboró Howard Moore—. Los estatutos de «The Rainbow Travelers» no prohíben la pertenencia a otra organización. Por lo tanto, éticamente no contravenimos ninguna norma. Hace cinco años que nos dimos cuenta de que esta era la única salida ante el inmovilismo. La ciencia debe tener paciencia pero también debe ser algo impaciente.

—¿Qué contestas? —preguntó Leroy.

—Estoy un poco sorprendido —admitió David—. La verdad es que no logro salir de mi asombro. Siempre voy de sorpresa en sorpresa. Cuando parece que empiezo a dominar la situación, esta me cambia sin que yo pueda hacer absolutamente nada.

—Nuestra máxima principal es que todos nosotros somos libres de expresarnos y de hacer lo que estimemos más conveniente. No estamos obligados a hacer nada que no nos apetezca. Lo que sucede es que encontramos retrógrado que un tema planteado, debatido y rechazado, no pueda volver a presentarse hasta dentro de cuatro

años —apuntilló Dean Devlin.

—He de admitir que esto también me sorprendió a mí y se lo comente a Glenn Denvers —admitió David.

—No podíamos quedarnos con los brazos cruzados —dijo Howard Moore—. La vida es lo suficiente corta para que no aprovechemos cada segundo de ella. No se pueden desperdiciar cuatro años porque un par de pusilánimes no se atrevan a afrontar los hechos.

—Todo esto nos conduce otra vez a la última Reunión del Consejo en la cual yo estuve presente, ¿me equivoco? —dijo David.

—No, no te equivocas. Sin embargo, tampoco es lo que imaginas. Devlin te ha dejado muy claro que nadie obliga a nadie a hacer nada en contra de su voluntad —dijo Leroy interviniendo para tranquilizar a David—. La proposición de que te conviertas en miembro es un acto de responsabilidad y de justa correspondencia a los méritos contraídos por ti —añadió.

—Muy agradecido —contestó David—. Mi respuesta es que estoy encantado de poder colaborar en la idea por la que me he sentido atraído desde mi juventud. No obstante, quiero hacer constar de nuevo mi negativa a viajar a mi pasado. No he cambiado de opinión y creo que no lo voy a hacer nunca. Os prometo colaboración y estudio, pero no contéis conmigo para llevar esta investigación a la práctica.

—No vas a tener que hacer nada en contra de tu voluntad —dijo el presidente Emmericks—. Mas ya te adelanto que será muy difícil poder resistirte. La tentación es demasiado fuerte.

—¿Habéis realizado ya algún viaje al pasado? —preguntó David sorprendido una vez más por las confesiones de sus contertulios.

—No —contestó Howard Moore—. Pero ya te he dicho antes que la vida es demasiado corta. Entonces, ¿por qué conformarse con solo recordar un hecho de tu pasado si puedes tener la oportunidad de volver a vivirlo en toda su intensidad?

—Veo que estáis completamente decididos a hacerlo —dijo David.

—Sí. Por eso necesitamos tu colaboración y tu experiencia. Precisamos conocer con toda exactitud el método que empleaste para aprovechar su profundidad en el tiempo. Después la modularemos con los parámetros que nos permitirán ir exactamente al lugar y al momento deseado —confirmó Glenn.

—Vais a faltar a vuestra promesa —dijo David.

—No queda otro remedio. La ciencia lo pide a gritos. No podemos cerrar la puerta a la evidencia del progreso. No sería justo ni responsable.

—La conclusión es un poco partidista pero yo también la acepto. Gracias a mi inconformismo puedo estar yo hoy aquí —confesó David.

—Demos entonces la bienvenida al noveno miembro —dijo Emmericks.

Todos se levantaron y aplaudieron las palabras de Emmericks. David hizo lo

mismo que el resto. Su ego personal estaba en alza y eso le gustaba.

David regresó en coche con Leroy. En el camino le preguntó.

—¿Habrá recibido Guillmann ya la carta?

—La ha recibido esta misma mañana. Pensaba decírtelo, pero se me ha pasado por alto —contestó Leroy.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque me lo ha confirmado Ingrid. Este mediodía me ha llamado y me ha dicho que mientras ella estaba realizando la limpieza en la sala ha llegado el cartero. Cuando la chica de la oficina ha ido a los servicios, ella ha podido fisgonear en las cartas y ha visto una con membretes y con sellos oficiales. No hay duda de que la ha recibido. Ahora solo falta esperar a que recoja los billetes en el apartado del aeropuerto. Un hombre nuestro nos irá informando de todos sus pasos el próximo sábado. Sabremos si recoge los billetes, si se sube al avión y si el avión despegua con Guillmann a bordo.

—¿Ingrid está realizando la limpieza del centro psiquiátrico? —preguntó David.

—Está haciendo una sustitución. No ha sido muy difícil convencer a la limpiadora oficial. Solo han sido necesarios unos pocos dólares. Ingrid me mando una foto de ella por el móvil. Mira a ver si la reconoces.

—¡Dios mío!, parece una vieja de más de sesenta años.

—Te dije que era magnífica con la caracterización —dijo Leroy.

—Sorprendente —corroboró David.

—Nos vais a dejar completamente solos, ¿eh? Primero te fuiste tú dos días después de Navidad y mañana se marcha Gerald —dijo Leroy.

—Martha se quedará tranquila. Le hemos dado mucha guerra en estos últimos meses, ¿verdad? —apostilló David.

—Martha no se queja nunca, y a ti te tiene mucho aprecio. Oye, ¿qué te parece la elección de Campbell?

—La encuentro muy inteligente. Creo que podrá resarcirse del calvario que ha supuesto su reclusión. Las montañas de Idaho le devolverán la vida. Aquello es muy solitario y nadie le molestará. Podrá disfrutar de su nueva identidad y de la paga que habéis conseguido. Habéis estado magníficos en este aspecto —reconoció David.

—Eso no ha sido muy difícil. «Tío Sam» tiene acceso a las bases de personas desaparecidas. Hemos elegido una persona con un nombre muy común y con un pasado tormentoso. Después hemos cruzado la información de otro desaparecido que era agente secreto del Gobierno. También hemos creado las coincidencias pertinentes entre ambos y, por último, hemos cursado, a través de un bufete de abogados muy solvente, una reclamación por vía de apremio al propio Gobierno. No quieren nunca problemas de este tipo y mucho menos en las fiestas navideñas. El resultado final ha sido espectacular. Le han concedido una paga mensual suficiente y han accedido a

pagarle un buen pico en concepto de indemnización. Al final se ha hecho justicia con Gerald —dijo Leroy.

—Gerald Campbell ya no existe. Ahora su nombre es James Smith. Ese hombre ha demostrado una fortaleza extraordinaria —dijo David.

—Te equivocas en tu primera afirmación, David. Gerald Campbell sigue estando oficialmente recluido en el «Centro Psiquiátrico de San Diego». Eso aún no lo hemos solucionado —dijo Leroy.

—Tienes razón. ¿Crees que Guillmann vendrá el sábado? —preguntó David.

—Estoy absolutamente seguro de ello. Me juego mi paga entera de jubilado a doble o nada —dijo Leroy.

—¡Pero si tú no vas a jubilarte nunca! —exclamó David.

—Por eso me la juego —respondió Leroy.

Capítulo 23

David acabó aceptando el consejo de Leroy. Se quedó en casa mientras se realizaba el falso encuentro oficial con Guillmann en el Hotel Plaza.

El montaje resultó perfecto y Leroy le hizo tragar el anzuelo por completo. Le alabó en un principio y le ensalzó durante toda la conversación. Al final, en un alarde de confianza, rompió la confidencialidad y le contó tal y como había previsto el verdadero objeto del experimento secreto.

La cara del doctor Guillmann al oír la confidencia fue todo un poema. Fue el reflejo de una auténtica sinfonía. No pudo ni supo disimular su cara de alegría. Leroy fingió no darse cuenta pero se convenció de que había logrado el objetivo en toda su amplitud.

Se despidieron hasta la primera semana del próximo mes de Febrero. Leroy le comunicó que él en persona se desplazaría a San Diego con dos agentes médicos para realizar el experimento. Después le entregó un sobre con los cincuenta mil dólares y le recordó que eso era un adelanto del precio de su inestimable colaboración.

A bordo del avión de regreso, Francis Guillmann no cabía en sí de gozo. Estaba exultante. Pidió un bourbon doble cuando solo llevaba diez minutos de vuelo. La azafata le pidió cortésmente que esperara un poco. Todavía no se había abierto el servicio de bar del avión. Él le sonrió y se volvió a centrar en repasar el encuentro con el agente Harold Jonson. Ese era el nombre con el que Leroy se le había presentado en el Sheraton.

Al principio había estado muy nervioso. Sobretudo después de que el agente auxiliar que le recogió en el aeropuerto neoyorquino, le hiciera desnudar por completo en los lavabos del hotel para cerciorarse de que no llevaba encima ningún tipo de arma ni tampoco micrófonos u otros elementos de transmisión. Se sintió un poco ridículo en ese trance que no imaginaba.

La entrevista con el agente Harold Jonson resultó una cosa muy distinta. Se notaba que era una persona de mucha valía y que estaba acostumbrado a tratar con los demás. Era evidente que era todo un profesional.

Cuando Jonson comenzó su explicación él se mantuvo callado y expectante. También aprovechó todo ese tiempo en analizar a su interlocutor. No en vano, él era un consumado especialista en el trato humano. La primera impresión no pudo ser mejor. Harold Jonson transmitía una sensación total de entereza. Irradiaba un flujo de seguridad que hacía que no se pudiera dudar de lo que decía. Sin embargo, él también había apreciado una cierta dosis de conformismo en el agente Jonson. Había percibido una filtración de estar de vuelta de todo y la confirmación de todo eso la había tenido al final de la entrevista cuando aquel hombre se había confiado a él y le había contado el objetivo real del experimento.

El agente Harold Jonson era un hombre recto, pero él había llegado a la conclusión de que también podría ser manejable. En un principio, le había preocupado el hecho de que fuesen dos los enfermos a tratar. Jonson había sugerido un intercambio temporal, entre ambos, de sus respectivos ADN. Tenían que ser dos enfermos desahuciados y sin familia. Su estado mental también tenía que ser irrecuperable. No podían contar a nadie lo que les habían hecho.

Durante la conversación, él no se había opuesto a nada. ¡Claro que no lo había hecho! Eso hubiera denotado un interés especial por algo en concreto. Muy al contrario, él había aceptado la sugerencia con un marcado entusiasmo. No la había discutido en lo más mínimo. No quería descubrir sus cartas y estaba seguro de que el agente Jonson aceptaría sus sugerencias para modificar levemente el experimento.

Lo que ahora necesitaba era acelerar los trámites para obtener la incapacidad del falso Gerald Campbell para que coincidieran con el cambio experimental del ADN.

Era un verdadero reto pero él estaba seguro de lograrlo. Después ya tendría tiempo de estudiar la mejor manera de hacer desaparecer definitivamente a su falso Gerald Campbell. Lo haría cuando eso no representase ningún peligro potencial de que Kathy perdiera la herencia. El turno de lo que hacer con ella llegaría después. No había prisa en ese aspecto. Lo único que ahora tenía que hacer era asegurar sus movimientos actuales y hoy había recibido un regalo del cielo. Estaba en racha positiva y él lo sabía.

Volvió a pedir el bourbon y esta vez tuvo el éxito deseado. El «Jack Daniels» que le sirvieron era excelente. Lo saboreó poco a poco, como era su costumbre. Lo mismo solía hacer con Gina, y eso a ella, la enloquecía y la dejaba por completo a merced de sus deseos y de sus caprichos. En eso él también era un maestro.

Francis Guillmann llegó poco después a la imparcial y definitiva conclusión de que si tenía suerte, era porque se la merecía.

Mientras el doctor Guillmann se relamía de sus merecidos éxitos, Leroy explicaba por teléfono la marcha de la reunión del Sheraton a su amigo David.

—Todo se ha desarrollado según lo previsto —le dijo.

—¿Crees que habrá llegado a sospechar algo? —preguntó David.

—No lo creo. Primero ha estado expectante pero luego se ha entregado sin condiciones. Estoy seguro de que ahora mismo está brindando por su buena estrella en su vuelo de regreso.

—Estupendo. ¿Para cuándo tienes previsto realizar la operación experimental en el «Centro Psiquiátrico de San Diego»?

—Para la primera semana de Febrero. Nos presentaremos sin avisarle. Ingrid nos mantendrá al tanto de los movimientos de Guillmann. Ella ha empezado a ganarse la confianza de la recepcionista que se llama Gina. Al parecer también mantiene un romance con Guillmann. Ese tipo puede con todas. Es un auténtico «Casanova».

—Caramba con el doctor Guillmann —exclamó David—. Tendrías que poner en alerta a Ingrid para que vigile. No sea el caso de que también se sienta atraído por las viejecitas.

—Se lo diré —dijo Leroy riéndose a carcajada limpia—. Oye, ¿cómo te va mañana por la noche para una reunión de los miembros de «La luz de la luz»?

—Imposible. Jennifer me va a matar si desaparezco mañana por la noche. Se puso un poco mosca cuando le conté que había aceptado formar parte como miembro de la organización. Supongo que a ella podía contárselo, ¿no es cierto?

—No te preocupes por eso. ¿Cuándo te vendría bien?

—¿Podría ser el lunes a las siete de la tarde? —sugirió David.

—Perfecto —contestó Leroy.

—¿Pasa algo grave? —preguntó David.

—No. El motivo de la reunión es presentar la propuesta de aceptación de un nuevo miembro. Será el décimo. Estimo que no nos llevará más de un par de horas.

—¿Dónde está previsto que se realice la reunión?

—En la casa del acantilado.

—Allí estaré puntual. Iré por mi cuenta. Me he comprado un coche. Mañana tenemos previsto ir a Washington para probarlo y disfrutarlo. ¿Queréis venir tú y Martha?

—No me es posible, aunque me hubiese gustado mucho. Hace casi un año que no me paseo por el D. C. De todas formas, muchas gracias y felicidades. Hasta pasado mañana, David.

Leroy colgó el teléfono y se dirigió al sótano. La imagen de «Tío Sam» estaba inmóvil. Estaba congelada esperando conexión. Leroy introdujo el código secreto y la imagen tomó vida y le saludó.

Leroy se sentó triunfante frente a la pantalla y dijo:

—Os informo que el inicio de la tercera fase se ha retrasado hasta el lunes a las siete de la tarde. Os mantendré debidamente informados.

—Muchas gracias. Tomamos la correspondiente nota —contestó escuetamente la voz.

Leroy cerró la conexión y subió a la planta principal. Martha estaba con la cara larga hasta los pies.

—Ya te has olvidado por completo de mí —le dijo al verle.

—En absoluto —le contestó Leroy—. No he dejado de pensar ni un solo momento en ti.

—Te has vuelto un mentiroso compulsivo —le espetó Martha.

—Ah, ¿no te lo crees? Pues, escúchame bien. Te había preparado una sorpresa. Acabo de hablar con David y le he sugerido que mañana podríamos ir los cuatro juntos a Washington. Se ha comprado un coche y de esta forma podríamos probarlo.

—¿De verdad? ¿Es cierto lo que me estás diciendo? —preguntó Martha con los ojos brillantes por la inesperada sorpresa.

—Llama enseguida a Jennifer y confírmasele. Yo no lo he hecho hasta esperar a conocer cuál era tu decisión.

—Voy a llamarla inmediatamente —dijo Martha.

La confirmación de Martha pilló por sorpresa a Jennifer, pero esta supo disimular. Cuando se lo contó a David, este se puso a reír.

—Habrá cambiado de opinión —dijo Jennifer.

—No lo creo. Seguro que se ha visto atrapado y ha optado por una salida hacia delante. Eso lo suele hacer mucho. Es muy hábil —opinó David.

—De cualquier forma, me complace mucho que hayan aceptado venir con nosotros —dijo ella.

—Yo también estoy contento. Sobre todo por Martha —dijo él.

Francis Guillmann acababa de tomar tierra en el «Lindbergh Field» de San Diego. Era temprano porque el vuelo de regreso era un viaje que él calificaba de intemporal. Había llegado al oeste prácticamente a la hora que había salido del este. Era temprano y decidió pasar primero por el apartamento de Gina.

Francis Guillmann llegó a casa de Kathy a las ocho de la noche. Le había mentado en el propósito del viaje y continuó haciéndolo a su regreso. Intentaba no pronunciar el nombre de Gerald porque ella se ponía muy nerviosa al oírlo.

Decidió aplicar la táctica de la conquista amable para que ella se ablandara. Últimamente estaba muy tensa y recelosa por todo. Guillmann había comprado una caja de bombones para abrir la resistencia a la defensiva en la que ella se envolvía. Era una táctica que no solía fallarle nunca y esta vez tampoco le falló.

Cuando lo consideró conveniente, sacó a la luz el delicado estado de salud que según él tenía Gerald.

—No creo que sea conveniente que le veas —le dijo.

—Me da mucha pena su estado —dijo ella.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —preguntó Guillmann.

—Hace varios meses. Recuerdo que no me dirigió la palabra. Ni tan solo se dignó a mirarme. No sé si llegó a reconocerme —dijo ella.

Los comentarios dieron alas a Guillmann para poder lograr su objetivo. Rápidamente se sumó a las impresiones de ella tratando de arrimar el ascua a su propio beneficio.

—Ahora serías tú quien apenas llegarías a reconocerle. Gerald ha experimentado un bajón terrible. Suele suceder en ese tipo de enfermos. Un día, de golpe y porrazo, sucede algo que les frena y paraliza su desenvolvimiento normal. Entonces su cuerpo lo acusa y envejece de forma acelerada —explicó Guillmann a su compañera de cama recreándose en toda su exposición para crear el ambiente adecuado alrededor de la

figura de Gerald.

—Pues ahora ocúpate y asegúrate de que no le pase ni le suceda absolutamente nada —dijo Kathy.

—No te preocupes. Yo me encargo personalmente de ello —contestó Guillmann.

—Pobre Gerald —terminó diciendo ella—. No ha tenido suerte en la vida. Ha llegado a este estado por un cúmulo de decisiones desafortunadas. En parte tuvo él la culpa. Sin embargo, creo que tampoco se merecía tanto castigo. Me da mucha lástima pensar en lo que pudo llegar a ser y en lo que se ha convertido. ¡Pobre Gerald! —acabó por afirmar con alguna fingida lagrimilla en sus ojos.

—Te repito que no tienes por qué preocuparte. Ahora está en mis manos y no dejaré que le suceda nada malo —confirmó Guillmann por enésima vez a Kathy.

Capítulo 24

El lunes por la tarde, David llegó puntual a la convocatoria de la Organización de la que hacía escasos días que formaba parte. Leroy le había adelantado que era para votar la inclusión de un nuevo miembro. Cuando él entró en la sala, fue recibido por Devlin y por Moore. Ya estaban todos a excepción de Emmericks, de Leroy y del nuevo miembro. Se saludaron con corrección y entablaron una conversación sin trascendencia sobre temas de actualidad en espera de la llegada de los que faltaban.

No tardaron en llegar. Emmericks presentó el candidato a todos y a cada uno de los miembros. Era un hombre que aparentaba tener los sesenta años. David tuvo la impresión de que todo el mundo le conocía, excepto él. Cuando le presentaron al doctor Frederick Newmann recordó que Leroy le había hablado varias veces de él.

El protocolario acto de admisión comenzó dentro de la más pura formalidad. Emmericks explicó las ventajas que Newmann podía aportar al grupo. Era un entusiasta de la investigación. Era un descubridor incansable de nuevas técnicas. La mayoría de sus trabajos se habían dirigido a descubrir y mejorar las técnicas aplicadas de las intervenciones quirúrgicas mediante el uso del láser. Sin embargo, en su último estudio, el doctor Newmann había dado un giro a sus trabajos anteriores. Esta vez había dirigido sus esfuerzos hacia un objetivo hasta ahora inédito en él. Patrick Emmericks terminó de esta forma su presentación e invitó al candidato a explicar las conclusiones de su último trabajo.

Frederick Newmann comenzó su exposición sin titubeos.

—Caballeros, es un grandísimo honor poder dirigirme a todos vosotros. Conozco desde hace algunos años a Glenn Denvers pero nunca me había hablado de esta organización. He quedado gratamente sorprendido cuando he conocido el principal propósito de la misma. Deseaba y me imaginaba que una Organización así pudiese existir, pero no creía que yo la tuviera tan cerca. Mi entusiasmo ha subido todavía muchos más enteros cuando he conocido la identidad de sus miembros. No os conocía personalmente a todos pero había oído hablar mucho de todos vosotros. Bueno, de todos menos del doctor Goodwill. Glenn, sin embargo, me ha contado su increíble experiencia y estoy deseoso de poder hablar con él con mucha más calma. Estoy convencido de que tenemos muchas cosas que unen nuestros destinos — Newmann dirigió un gesto de reconocimiento a David con la cabeza.

David le correspondió el saludo desde su sillón. A continuación el doctor Newmann comenzó la exposición de su último trabajo.

—Como ha explicado el eminente Patrick Emmericks, he dedicado toda mi vida a las técnicas de aplicación del láser. Pese a todo ello, hoy puedo confesar que siempre he estado obsesionado por los viajes entre distintos planos temporales. Los viajes a través del tiempo han sido mi secreta pasión. Aquí y ahora puedo reconocer que, en

los últimos años antes del cambio de milenio, esa idea me absorbió con tal intensidad que llegué a construir una campana que era capaz de emitir un potente haz de rayos láser. Recuerdo que la probé varias veces sin éxito. El único resultado que logré fue alguna que otra quemadura de consideración.

Todos escuchaban en completo silencio a Newmann. Emmericks parecía satisfecho. Devlin se mostraba entusiasmado y el resto permanecían expectantes. El candidato continuó:

—Esto que acabo de contar no lo sabe nadie. Lo he mantenido en el más estricto secreto todo estos años. Hoy creo que es el momento de confesarlo. Los atentados me hicieron poner los pies en el suelo y durante muchos años dejé aparcada esta pasión. Me dediqué por completo a la Medicina Quirúrgica. Sin embargo, hace un par de años, y casi sin querer, en uno de mis ensayos de técnica operatoria observé algo que al principio no comprendí. Me di cuenta que al aplicar el láser de alta intensidad a las células de un tejido adiposo de un ser vivo este desaparecía por completo. Me volví loco buscando por todo el laboratorio a la pequeña cobaya. Era imposible que se me hubiera escapado porque estaba anestesiada. Busqué y rebusqué pero todo resultó inútil porque había desaparecido. No estaba en ningún rincón. Era casi medianoche y me fui a casa muy pensativo. Me acosté pero no conseguí dormir y a eso de las cuatro de la mañana regresé al laboratorio. Me quedé sin habla cuando vi a la cobaya tendida en la mesa de operaciones. El animalito se comenzaba a mover porque se estaba despertando de la anestesia.

Frederick Newmann se paró y bebió un poco de agua. Había sido tal el énfasis con el que había explicado la primera parte de su relato que tenía la boca seca y comenzaba a carraspear. Respiró hondo y miró a su alrededor. Nadie se movía ni comentaba absolutamente nada. Esos hombres hacían gala de una capacidad muy rara de encontrar. Esos hombres sabían escuchar.

—Me quedé mirando a la cobaya muy pensativo. Mi mente analizaba todas las posibilidades pero se resistía a admitir lo que realmente había sucedido. Ya no volví a casa. Permanecí librando una feroz lucha interior conmigo mismo, siempre con la cobaya frente a mí. Poco a poco, conseguí irme convenciendo de la realidad. Era evidente que la cobaya había realizado un salto de un plano temporal a otro. Entonces comenzaron a surgirme todas las incógnitas habidas y por haber.

Se le había vuelto a secar la garganta y volvió a sorber un poco de agua. El silencio continuaba siendo sepulcral.

—Estos dos últimos años los he empleado en perfeccionar la técnica de esos viajes. Tengo registradas una serie de catorce experiencias repetidas y contrastadas. Para finalizar os diré que he traído conmigo un dossier completo de todas ellas. He pedido a Glenn que os haga llegar una copia a cada uno de vosotros para que podáis estudiarlas con detenimiento. Eso es todo. Muchas gracias por vuestra exquisita

atención —terminó diciendo el doctor Frederick Newmann.

Glenn Denvers tomó la palabra.

—Como todos los miembros de «La luz de la Luz» conocemos, ahora nos llega el momento de preguntar a nuestro invitado si quiere convertirse en el décimo miembro de nuestra organización.

—Será un auténtico honor para mí —respondió Frederick Newmann.

—Nuestra organización ha demostrado estar completamente viva ya que en pocos días ha incorporado a dos pesos pesados. Todos nosotros debemos felicitarlos de ello —dijo Leroy.

—Es verdad —sentenció Emmericks—. Propongo dos reuniones para la primera semana de Febrero. Ya habremos tenido tiempo de estudiar las conclusiones de Newmann y estaremos en condición de debatirlas.

—Tendría que ser la segunda semana —intervino Leroy—. Para mí la primera es imposible. La tengo completamente ocupada.

—¿Algún problema con la segunda semana? —preguntó Emmericks.

Al no obtener respuesta por parte de nadie declaró convocada la reunión para el martes día 12 de Febrero en el mismo lugar en el que se encontraban y a la misma hora. Tan solo eran las ocho de la noche cuando abandonaron la casa del acantilado.

David pensó en Jennifer y se sintió satisfecho porque iba a llegar a casa antes que ella. Se despidió rápidamente de Leroy, recordando lo bien que ayer lo habían pasado los cuatro en Washington y se dirigió a Jersey City.

Jennifer se encontró con la cena preparada. Todavía no hacía un mes que vivían juntos y David la sorprendía constantemente. La realidad era que David se sorprendía también a sí mismo cada día.

—¿Cómo se sentiría mi madre si pudiera verme? —se preguntó a sí mismo mientras colocaba dos velas sobre la mesa.

Inmediatamente pensó que no resultaba muy difícil adivinar la respuesta con la que Evelyn Goodwill hubiera contestado a su pregunta.

Capítulo 25

Leroy aterrizó en el aeropuerto de San Diego acompañado de dos agentes médicos de la «Central de Inteligencia». Eran las nueve y treinta y dos minutos del martes 5 de Febrero cuando los tres entraron por la puerta de recepción del «Centro Psiquiátrico».

Ingrid, que estaba realizando su labor de limpieza llevaba un trapo de color verde que le sobresalía descuidadamente de su bolsillo derecho. Era la señal convenida para que Leroy conociera que Guillmann había llegado y que estaba en su despacho.

—Venimos a ver al doctor Guillmann —dijo Leroy en un tono muy serio.

—¿A quien debo anunciar? —preguntó Gina más por seguir el guión que por necesitar la respuesta que aparentemente ya conocía.

—Somos visitantes médicos de la «Imperial Pharma Corporation». Necesitamos que el doctor Guillmann nos reciba. Le tenemos que realizar una demostración que durará unas tres horas —contestó Leroy al que no le pasó desapercibida la impresión de que Guillmann le pudiera haber contado algo a Gina acerca su reciente visita a New York.

Acto seguido le entregó una tarjeta de la compañía con el nombre de Harold Jonson en ella. Gina cogió el teléfono y anunció la visita. No habían pasado ni dos minutos cuando Francis Guillmann bajaba las escaleras a toda prisa para recibirles e invitarles a subir rápidamente a su despacho. Habían llegado sin avisar pero él era muy precavido y lo tenía todo preparado.

Una vez en su despacho cerró la puerta y comenzó la estrategia que tenía pensada para reconducir por completo la situación hacia sus objetivos.

—Le presento a los doctores Whright y Collins —dijo Leroy a Guillmann con solemnidad—. Caballeros tengo el placer de presentarles al doctor Francis Guillmann. El doctor Guillmann nos indicará quienes son los dos enfermos elegidos. Después nosotros procederemos a realizar el experimento.

—¿Puedo sugerirle un cambio en el experimento, agente Jonson? ¿O es que debo llamarle doctor Jonson? —preguntó Guillmann.

—Llámeme simplemente Jonson. No se preocupe por eso. ¿Qué es lo que quiere proponerme?

—Verá, agente Jonson. He tratado de encontrar dos enfermos de las características que usted me pidió pero solo he encontrado uno que cumpla con toda sus exigencias y condiciones.

—En ese caso tendremos que suspender el experimento. Las órdenes que tenemos son muy claras en ese sentido —contestó Leroy de forma muy rápida para ver si Guillmann vacilaba en su propósito.

—No vamos a contravenir en absoluto las órdenes, agente Jonson. Solo le voy a proponer una insignificante modificación en la forma, pero vamos a respetar por

completo el fondo de lo que se pretende —trató de explicar Guillmann.

—¿Qué es lo que ha pensado? Dígamelo y yo decidiré —dijo Leroy.

—Como le decía solo he encontrado un enfermo que responda a las características y al final he llegado a la conclusión de que es mejor.

—Explíquese —apremió Leroy.

—Con dos enfermos tenemos dos riesgos, y lo que yo entendí que perseguía el experimento era observar el comportamiento que un cambio del ADN de la sangre producía en un ser vivo, ¿no es verdad? —preguntó Guillmann entusiasmado por la habilidad que había demostrado al lograr llevar la conversación al terreno que a él más le convenía.

—Siga —volvió a solicitar secamente el falso agente Jonson.

—Pues eso exactamente es lo que haremos. Lo haremos en un ser vivo. No es necesario hacerlo en dos seres vivos. ¿No le parece?

—Termine, por favor —solicitó nuevamente Leroy mostrando una aparente resistencia a lo que ya preveía.

—De esta forma reduciremos el riesgo de un posible contratiempo a solo un enfermo. Si sucede algo inesperado será mucho más fácil encontrar una salida admisible con uno que con dos. He preparado un plasma sanguíneo con el que hacer el cambio. No hará falta un intercambio entre dos enfermos —terminó explicando majestuosamente Guillmann.

—En un principio no parece una mala idea —dijo Leroy—. Sin embargo, voy a pedirle que nos preste su despacho por unos diez minutos. Necesitamos discutirlo a solas y contrastarlo con nuestros superiores.

—Usen mi teléfono con entera libertad —dijo Guillmann levantándose de su mesa y dirigiéndose a la puerta para dejarles solos—. Avísenme cuando terminen —dijo al salir.

Francis Guillmann tuvo que contenerse para no ponerse a saltar cuando cerró la puerta de su despacho. Se contuvo hasta que llegó a recepción.

Allí le hizo una señal a Gina que pasó inadvertida al resto de personas que se encontraban en la sala. A todas, menos a una viejecita que estaba limpiando los cristales. La viejecita pulsó disimuladamente el botón del mango de su cepillo rascador. Una señal intermitente se iluminó en el anillo que Leroy llevaba en el dedo anular de su mano izquierda. Era la señal convenida para indicar que Guillmann estaba lejos del despacho donde ellos se encontraban.

Leroy levantó el dedo pulgar de su mano derecha. Los dos agentes que le acompañaban se levantaron como un resorte y comenzaron con su tarea. Seguramente no iban a disponer de mucho tiempo y tenían que darse prisa.

El agente al que Leroy había presentado con el nombre de Whright se encargó de sustituir el botón interruptor de la lámpara de sobremesa por otro igual que en

realidad también era un micrófono.

El pequeño pomo de la estantería de libros que Guillmann tenía justo enfrente también fue sustituido por otro igual que tenía un micro-objetivo de gran angular y de perfecta definición. Las imágenes que iba a transmitir serían de una gran calidad y nitidez. Guillmann sin saberlo iba a convertirse en el protagonista de un serial por capítulos hasta que llegara el momento de poner el punto final a toda la estratagema diseñada por Leroy y compañía.

La viejecita seguía limpiando. Estaba aparentemente ausente. Siempre llevaba los auriculares metidos en sus orejas escuchando aquella horripilante música de principios de siglo. Muchas veces hasta canturreaba un poquito. Francis Guillmann la miró y ella le sonrió.

«Aquella viejecita debía de haber sido muy guapa en su juventud», pensó el doctor Guillmann mientras le devolvía cortésmente la sonrisa.

La viejecita, sin embargo, había cambiado el canal de su receptor. En aquel momento estaba oyendo las felicitaciones que Leroy le mandaba por lo buenas y útiles que habían resultado las fotografías que ella había mandado del despacho de Guillmann la semana pasada. Se habían podido reproducir con exactitud y sin fallos todas las piezas elegidas y después se les habían podido incorporar los elementos transmisores de audio y video sin ninguna dificultad que reseñar.

Ingrid observó que Guillmann miraba su reloj y que se despedía de Gina. Envió rápidamente una señal a Leroy. Este se la comunicó a sus compañeros. Solo necesitaban unos segundos más y todo estaría listo. Leroy se lo hizo saber a Ingrid y esta, sin dudarlo, tropezó con el cubo de agua y lo desparramó sobre el pasillo por el que pasaba Guillmann. Esos pocos segundos de confusión fueron suficientes. Cuando el doctor Guillmann abrió la puerta de su despacho, el agente Jonson y sus dos compañeros estaban tal y como los había dejado él al salir. Tuvo la impresión de que ni siquiera se habían movido para respirar.

Guillmann volvió a sentarse. Leroy tomó la palabra y el mando de la situación. El momento había llegado.

—Doctor Guillmann —le dijo para fijar su atención—, hemos recibido luz verde para aplicar su plan. Además tengo orden expresa de transmitirle las felicitaciones de mi superior por lo acertado de su sugerencia. Vamos a ponernos manos a la obra porque nuestra intención es de regresar hoy mismo. Estoy muy satisfecho de no haberme equivocado con usted.

—Ustedes deciden —dijo Guillmann intentando esconder su alegría.

—Por favor, escuche ahora atentamente las recomendaciones que le hará el doctor Collins —dijo Leroy a Guillmann.

—El proceso que vamos a realizar ha demostrado ser muy inestable. Se precisa un grado elevado de inmovilización del enfermo a tratar. Las pruebas que han dado

un resultado positivo en laboratorio sobre cobayas han tenido siempre esta circunstancia como denominador común.

—Se refiere usted a inmovilización física o a una sedación —preguntó Guillmann.

—Estoy hablando de una sedación completa durante al menos siete días. El enfermo no debe moverse en absoluto. Eso significa que no puede ni comer ni beber. Su única alimentación debe consistir en suero salino y se le debe administrar junto al sedante por vía intravenosa —apostilló Collins.

—Es muy importante lo que acaba de decirle mi colega —dijo Leroy para consolidar más el engaño.

—Entiendo —dijo Guillmann—. ¿Cómo se realiza y cuánto dura el proceso de cambio? —preguntó a continuación, demostrando por primera vez una creciente impaciencia.

—Es un proceso muy lento —contestó Whright—. Observe este aparato —dijo mientras abría una de las dos maletas que habían traído.

La maleta llevaba la corona de valija diplomática y no había sufrido ningún tipo de control en el aeropuerto. Este detalle convenció todavía más a Guillmann de que el asunto que se movía era completamente oficial y confidencial.

—Tiene dos analizadores —continuó explicando Whright—. Uno para cada tipo de sangre. Se colocan las dos muestras en ellos. En el de la derecha se analiza la muestra de sangre original, y en el de la izquierda la muestra de sangre que se quiere obtener como objetivo del cambio.

—¿Cómo funciona? ¿Qué hace exactamente? —volvió a preguntar el médico responsable del centro psiquiátrico.

—El fundamento es muy simple pero la realización no lo ha sido tanto. Conseguir que este aparato efectúe el cambio con plenas garantías de éxito nos ha llevado más de tres años de pruebas. Hoy tenemos que reconocer que estamos frente a la prueba definitiva —comenzó diciendo Whright con gran calma y destreza—. Es la misma técnica que se utiliza para obtener los alimentos transgénicos. Se analiza e identifica el ADN a conseguir. Este proceso se realiza por zonas concretas. Después se amplifican estos fragmentos en el equipo de electroforesis que este aparato lleva integrado. Una vez conseguida toda esta información, empieza el proceso de copia mediante un método enzimático que es capaz de copiar y replicar cien mil veces una zona completa del genoma. El uso de termocicladores permite la programación de los ciclos sucesivos para que la copia sea total y exacta. La técnica empleada exige que se conozca la secuencia exacta de los nucleótidos del gen deseado, pero eso no es ningún inconveniente porque ya la conocemos de antemano por el análisis.

—Extraordinario —admitió Guillmann.

—Por eso el mantenimiento de la temperatura del proceso es tan importante.

Debemos evitar que cualquier movimiento del enfermo pueda generar una reacción exotérmica que ponga en peligro el proceso de replicación —explicó Collins.

—¿Es reversible este proceso?

—Pensamos que sí. Debería bastar con invertir el origen y el objetivo.

—Deberíamos comenzar el experimento —dijo Leroy.

—Cuando ustedes quieran —contestó Guillmann.

—Una cosa más, doctor Guillmann. Nosotros no queremos conocer la identidad del enfermo que usted ha elegido. Nosotros nos limitaremos a tomar las muestras y a iniciar el proceso. Este proceso es largo y como le hemos dicho no se consolidará hasta dentro de unos siete días. Durante las dos semanas siguientes no debe usted realizarle ningún análisis de comprobación del ADN puesto que ello podría variar el orden de acción de los cicladores térmicos y podría producir una reacción en sentido no deseado. Es importantísimo que no se deje llevar usted por la natural ansia de conocer el resultado del experimento. Nos debe usted firmar la conformidad a respetar estas normas —le dijo Leroy tendiéndole un documento escrito—. Seremos nosotros quienes realizaremos la comprobación el próximo día 1 de Marzo que creo que es viernes. Si lo ha entendido y está conforme le ruego que firme este papel.

Francis Guillmann leyó el documento y lo firmó. El agente Jonson también lo firmó y lo guardó en su portafolios.

Collins y Whright montaron una representación perfecta. La muestra de sangre que extrajeron a Donald Lewis serviría para certificar su identidad. Francis Guillmann quedó maravillado de la técnica utilizada.

Leroy había conseguido su objetivo por completo una vez más.

¿Cuál iba a ser el próximo objetivo?

Capítulo 26

La reunión del 12 de Febrero comenzó con toda normalidad. Los diez miembros de «La luz de la luz» acudieron puntualmente a la cita. El objetivo principal de la reunión, que era comentar y debatir sobre los estudios del doctor Frederick Newmann quedó rápidamente en un segundo termino.

Dean Devlin pidió la palabra y comenzó a explicar lo que le había sucedido el pasado domingo por la noche.

—Espero no aburriros con lo que voy a contaros pero creo que tengo que comunicároslo. No he convocado una reunión urgente porque nos teníamos que ver en el día de hoy. Sin embargo, he de reconocer que estuve durante todo el día de ayer dudando de cómo presentaros el tema. Eran casi las diez de la noche cuando recibí la visita de Scott Evans. Me sorprendió pero al verle le invité a pasar al interior de la casa. Él rehusó mi ofrecimiento y me pidió que saliéramos a hablar al jardín. Me puse ropa de abrigo y salí pasados un par de minutos. Le pude ver en un rincón al lado la pequeña fuente y me dirigí hacia él. Cuando llegué donde él se encontraba, pude apreciar que su cara estaba crispada por la tensión. Me miró con los ojos llenos de furia y me dijo textualmente en tono amenazante: «Sé lo que estáis haciendo y no os saldréis con la vuestra. Estáis faltando a vuestras promesas y lo vais a pagar. Voy a pedir una reunión del Consejo para desenmascarar a todos los traidores. Os expulsaré a todos».

—Yo fingí no saber de qué me hablaba y eso le enfureció mucho más todavía. Me dijo que sabía quiénes éramos y lo que pretendíamos hacer. Me aseguro que él no nos lo iba a permitir.

—¿Es todo? —preguntó Emmericks.

—Sí —contestó Devlin—. ¿Es qué te parece poco? —añadió.

—No tienes que preocuparte por Scott. Reconozco que nos equivocamos cuando le propusimos para ocupar la plaza vacante del Consejo de «The Rainbow Travelers», pero ya has visto que no hemos vuelto a cometer ese error en nuestra selecta organización. Le expulsaremos también de allí.

—¿Puede causarnos algún perjuicio? —volvió a preguntar Devlin que estaba temeroso y dubitativo.

—A nivel colectivo creo que no. A nivel de la organización estoy seguro de que tampoco puede hacer nada. Solo le queda repetir con alguno de nosotros lo que hizo contigo el domingo. Eso suponiendo que se atreva a repetir las amenazas —dijo Emmericks.

—Scott es un tipo muy listo —comenzó diciendo Leroy—. Habrá oído algo o quizás haya conocido el hecho de alguno de nuestros encuentros y se habrá vuelto loco al pensar que no se cuenta con él. Scott es muy ambicioso y muy legalista.

Seguro que se ha repasado los estatutos de «The Rainbow Travelers» de arriba abajo. Entonces ha conocido la posibilidad de que la organización se disuelva si trece miembros están de acuerdo y votan a favor de la disolución. Si esto llegara a ocurrir él se quedaría fuera. Eso le habrá hecho perder el control de sus actos —explicó Leroy a todos sus compañeros de reunión.

—Yo voto por no preocuparnos más por Scott Evans —dijo Howard Moore—. Es un fanático y un purista. La historia está llena de hombres como él. A mí me engañó al principio pero pronto le vi como lo que realmente es. Olvidémonos de él. No creo que se atreva a acercarse a mi persona. Si lo hace quedará bien servido, porque las hostias no están reñidas con la Iglesia sino más bien todo lo contrario.

Patrick Emmericks cerró el tema de Scott Evans. Acto seguido convidó a Frederick Newmann a responder a todas las preguntas que sobre sus conclusiones se pudieran generar durante el debate.

El doctor Newmann aceptó gustosamente la proposición. Después tuvo la ocasión de explayarse en todas y en cada una de las preguntas que se le hicieron durante las algo más de tres horas que duró la sesión del debate. Al final, cuando abandonó la casa del acantilado en compañía de David, se sintió completamente integrado como miembro de pleno de derecho de «La luz de la luz». Consideró que había superado la prueba.

Frederick Newmann había llegado a la reunión en el coche de Leroy pero tenía planificado regresar en el coche de David. La excusa de que él también vivía en Jersey City era sencillamente perfecta.

David, por su parte, se sintió encantado de poder regresar con compañía. Los dos se enfrascaron en una conversación intrascendente hasta que la habilidad del doctor Newmann les sacó de ella.

—David, me hubiera gustado conocerte en tu..., digamos, etapa anterior. El poder ahora coincidir contigo en esta habría resultado una experiencia del todo increíble —le dijo en un tono muy amistoso.

—Deberíamos tener ahora la misma edad, ¿no es cierto?

—Más o menos. Yo nací en Abril del año 1969 —dijo Newmann.

—Yo soy del mes de Mayo del 1968 —contestó David.

—Entonces podría decirse que naciste con la «Revolución». En cierta manera estabas un tanto predestinado.

—No sé si eso tuvo influencia en mí, pero admito que siempre fui un poco inconformista con la realidad de aquellos años del final del siglo veinte.

—¿Y ahora has cambiado de opinión? —preguntó Newmann.

—Mi opinión no ha cambiado pero mi situación sí que lo ha hecho.

—Explícate, por favor. No acabo de saber por dónde vas o adónde quieres ir a parar —dijo hábilmente Newmann para ir abriendo el marco de la conversación.

—Siempre estuve atraído por los temas científicos y también por los paracientíficos. Mi obsesión por comprobar la posibilidad de viajar a otros planos temporales me hizo descuidar muchas cosas. Algunas de esas cosas las he encontrado ahora aquí. Por eso digo que mi situación ha cambiado.

—Adivino que te has enamorado —dijo Newmann.

—Perdidamente —confirmó David.

—Eso puede ser la explicación de todo —dijo Newmann.

—Al menos de una buena parte de ese todo —volvió a confirmar David.

—He de reconocerte que esto ya lo sabía. Glenn Denvers me ha contado que te has ido a vivir con Jennifer Bailey. Me alegro mucho por ella porque es una chica estupenda —dijo Newmann sorprendiendo a David.

—¿Conoces a Jennifer?

—Es mi paciente preferida. La operé cuando todavía no tenía un par de meses. Desde entonces la he visto al menos un par de veces al año.

—Ahora recuerdo que algo me comento en nuestro primer encuentro. Me explicó que tenía que ser operada la mañana de aquel fatídico 11 de Septiembre pero los acontecimientos hicieron que la intervención se retrasara forzosamente. Recuerdo perfectamente que me dijo que esta circunstancia, unida a las técnicas de láser que se utilizaron en aquel momento, habían dejado algunas incógnitas abiertas caso de tener que volver a ser intervenida en la actualidad. ¿Crees que estaría en peligro si eso sucediese? ¿Qué probabilidades hay de que tenga que ser sometida de nuevo a la cirugía? —preguntó David.

—Es muy difícil contestar a respuestas de futuro de una forma que no sea genérica. Hoy Jennifer no corre ningún peligro, pero mañana puede que sí. Por eso le hemos estado haciendo un seguimiento completo y continuo. Era tan solo un bebé cuando se sometió a la operación. Las técnicas que utilizamos entonces eran las correctas pero no conocíamos lo que conocemos ahora.

—¿Por ejemplo? —preguntó David para que Newmann se explicara con más profundidad.

—Es todo un conjunto de cosas pero podríamos destacar tres como las más principales. Sin embargo, no quiero ahora aburrirte con absurdos tecnicismos. La Medicina avanza cada día. Hoy sabemos más que ayer, y mañana descubriremos cosas que hoy no imaginamos. Es la evolución natural de la vida —dijo Newmann incitando la curiosidad de David.

—¿Cuáles son esas tres causas que consideras principales? —preguntó David haciendo caso omiso al resto de la explicación de Newmann—. Te aseguro que no me voy aburrir si me las cuentas. Jennifer es lo que más me interesa en este mundo y lo que me vas a explicar le atañe a ella muy directamente; por lo tanto, también me atañe a mí.

—Como tú prefieras —contestó Newmann—. Intentaré no hacerme muy pesado. La primera de todas es que ahora conocemos que el ángulo de radiación del láser debe ser de unos 20 grados con respecto al tejido que se está tratando. Este ángulo no solo reduce los daños en el tejido sino que potencia la acción de las células precursoras del tejido cardíaco. El conocimiento de cómo actúan estas células madre es el segundo gran avance en este tema. El tercero y último hace referencia a las enzimas metabólicas que ayudan en la creación y reparación de tejido vascular al ritmo de crecimiento del paciente. Estimular a que el cuerpo que tiene que ser sometido a ese tipo de operación genere la formación de estas enzimas es muy beneficioso para el ciclo post-operatorio.

—Entiendo —contestó David.

—Cuando se realizó la operación a Jennifer desconocíamos todo esto.

—Si hubierais podido aplicar todo lo que hoy conocéis, ¿estaría hoy Jennifer fuera de peligro?

—En Medicina dos y dos no siempre son cuatro. Aunque hay que reconocer que muchas veces el resultado médico también coincide con el matemático. Respecto a tu pregunta, mi opinión es que lo tendríamos mucho más fácil caso de tener que precisar intervenir de nuevo.

—Esperemos y deseemos que no llegue el caso —dijo David cuando enfocaban la salida del Lincoln Túnel y entraban en Jersey City.

David acompañó en coche a Frederick Newmann hasta la puerta de su casa. No vivía muy lejos de la casa de Jennifer. Al despedirse, Newmann le dio una tarjeta llena de números de teléfono donde poder localizarle.

—Yo también espero que no tengas que utilizarla nunca por el motivo que hemos hablado esta noche, pero no está de más que la lleves encima.

—Gracias Frederick —dijo David tendiéndole la mano.

Cinco minutos más tarde, David atravesaba el jardín para entrar en casa de Jennifer. Ella había preparado la cena y era la segunda vez que recalentaba los «fettuccini al pesto». No obstante, le recibió con una gran sonrisa sin hacerle ningún reproche. Él la abrazó y la levantó en sus brazos. Ella le preguntó:

—¿Qué es lo que tienes de especial para que yo te quiera tanto?

—Ya te has olvidado de que soy un hombre del siglo pasado que ha sido en cierta forma neutralizado durante los años necesarios para poder encontrarnos luego en igualdad de condiciones.

—No quiero ni pensar en eso. Siempre que lo hago me entran todos los temores del mundo —contestó ella.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo David.

—¿Buena o mala?

—Ni buena ni mala. Pero para mí ha sido sorprendente —respondió él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jennifer.

—¿Te acuerdas que te dije que se había admitido al décimo miembro de «La luz de la luz»?

—Sí. Recuerdo que me dijiste que te había causado muy buena impresión y que te parecía una buena incorporación para la organización.

—No te dije su nombre porque creí que no tenía ninguna importancia para ti. No tenía ni idea de que le conocías —dijo David.

—¿Yo le conozco?

—Creo que sí. Es el doctor Frederick Newmann.

—Es el doctor que me operó cuando era pequeña —explicó ella.

—En efecto. Hemos estado hablando de ello —confirmó él.

—No te habrá contado nada que pueda preocuparte, ¿verdad?

—Nada en absoluto —dijo David.

—No tenía ni idea de que ese hombre también pudiera estar metido en esos líos de viajes que tanto os llevan de cabeza —exclamó Jennifer.

—Ese hombre es un científico, y todo se lo mira bajo ese punto de vista.

—Yo también soy una científica y, por fortuna, tengo otros prismas para poder ver las cosas de formas muy diferentes.

—Todavía no has admitido que viajar en el tiempo sea posible, ¿verdad?

—Tengo una parte de mí que aún se resiste a admitirlo de forma total y sin ninguna clase de reservas —contestó ella.

—¿Qué más te hace falta para que te convenzas del todo? Además de tenerme a mí, claro —preguntó David.

—Creo que tan solo es cuestión de tiempo —admitió ella.

—Tienes todo el tiempo del mundo porque yo no voy a moverme nunca de tu lado. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y no hay ni habrá nada que me haga renunciar a ti —le dijo él a ella.

Justo en el momento en que David estaba confesando su amor a Jennifer, una conversación telefónica cruzaba el río Hudson para unir una casa de Jersey City con otra del Bronx neoyorquino.

—¿Cómo te ha ido Frederick? ¿Has logrado hacer entrar el tema en la conversación? —preguntó Leroy.

—No ha sido muy difícil. David está colado por Jennifer. Estoy seguro que hará lo que sea necesario por ella —contestó Newmann.

—¿Cuándo prevés que pueda sufrir ella los primeros síntomas?

—La última revisión que le hice el pasado octubre me confirmó todos mis temores. No creo que llegue a Pascua sin sufrir el primer aviso.

—¿Podemos entonces considerar que hoy hemos cubierto la tercera fase del proyecto? —preguntó Leroy.

—Por completo —contestó Newmann.

—Entonces solo nos queda esperar a la cuarta y definitiva —dijo Leroy.

—Sí, pero esta ya no está en nuestras manos —confirmó Newmann.

—Es verdad. Ahora todo queda en las manos del viajero —acabó diciendo Leroy antes de cortar la comunicación.

Capítulo 27

Guillmann había logrado realizar un auténtico encaje de bolillos. Haciendo uso de su influencia había concertado la prueba de identidad sanguínea del falso Gerald Campbell para el miércoles 6 de Marzo.

Conocía que los hombres del Departamento de Estado habían previsto volver para certificar el resultado de la prueba el viernes anterior, o sea, el primer día de Marzo. Tenía unas ganas locas de que llegara ese día. Estos últimos días se había mordido las uñas de impaciencia pero había conseguido respetar las advertencias del agente Jonson. Este había sido muy explícito y muy concluyente en sus palabras y él no quería dar al traste con ese regalo que le había caído del cielo.

Faltaban tan solo un par de días para que llegara Jonson con sus secuaces médicos y Donald Lewis presentaba un estado aparentemente bueno. No parecía haber acusado nada del cambio que se había producido en su cuerpo. La sangre con el ADN de Gerald Campbell debía ahora estar corriendo por las venas del bueno de Donald, y este ni se había enterado. Eso era toda una demostración de que el uno y el otro estaban igual de locos.

Guillmann estuvo nervioso e irascible durante esos dos últimos días antes de recibir la esperada visita de control del agente del Gobierno.

Jonson, Collins y Whright llegaron puntuales a la sesión de control concertada por ellos mismos. Guillmann les recibió aparentando una normalidad que en realidad no tenía.

—¿Cómo ha evolucionado nuestro enfermo? —preguntó el agente.

—Ha estado muy tranquilo. No experimentó ningún sobresalto ni ningún espasmo que reseñar durante la fase crítica de la primera semana. Después su evolución puede también calificarse de normal. Aquí están los resultados de los dos controles diarios de presión y temperatura que ustedes me pidieron que le hiciera.

Jonson cogió los controles y se los pasó a Whright sin mirarlos. Este último fingió repasarlos en profundidad. Sacó incluso un pequeño scanner portátil y digitalizó los resultados. Luego asintió con un movimiento afirmativo de su cabeza. El agente Jonson retomó la iniciativa.

—Dígame, doctor Guillmann. ¿Podemos estar seguros de que usted ha mantenido este experimento en el más estricto secreto?

—Absolutamente —contestó Guillmann.

—Entonces creo que ha llegado el momento de comprobar la bondad del mismo. Doctor Collins, explíqueme al doctor Guillmann el funcionamiento del analizador que usted ha diseñado para realizar el control —pidió Jonson de una manera estrictamente formal.

El doctor Collins se levantó y abrió su maletín. Dos pantallas giratorias se

iluminaron al instante. Eran dos analizadores con representación gráfica a todo color. Collins colocó una muestra de sangre en cada uno de ellos. En escasos segundos apareció en cada una de las pantallas la doble hélice típica de las moléculas del ADN y la secuencia exclusiva de sus grupos nucleótidos. Los dos resultados de las muestras usadas para el ejemplo eran muy diferentes. Collins se levantó y se dirigió hacia Guillmann.

—Tiene usted las dos muestras testigo que precintamos antes de comenzar el experimento —le preguntó.

—Sí —contestó Guillmann—. Ahora voy a buscarlas.

Guillmann regresó con las dos muestras refrigeradas y se las entregó a Collins. Este las colocó en las sondas analizadoras y el resultado apareció a los pocos segundos en las pantallas y en la impresión gráfica. Eran la representación de dos genomas totalmente distintos.

—Eso era la que teníamos antes del experimento —explicó Collins al resto—. Ahora deberíamos proceder a analizar el resultado final de nuestro experimento —añadió.

—¿Está preparado el paciente, doctor Guillmann? —preguntó Whright.

—Lo está —contestó Guillmann.

—Será mejor que sea usted el que le realice la extracción —le dijo Jonson a Guillmann—. Nosotros esperaremos aquí.

—Creo que será lo mejor —admitió Guillmann—. Yo mismo traeré la muestra.

A los pocos segundos, Guillmann regresó con la muestra de sangre extraída a Donald Lewis y se la entregó a Collins. Este substituyó las sondas usadas por otras nuevas. Colocó la muestra testigo del objetivo a obtener en una de ellas y la muestra recién extraída en la otra. A los pocos segundos aparecieron en las pantallas y en la cinta de la impresora dos genomas de ADN con las secuencias totalmente idénticas.

—El resultado confirma que el experimento ha sido todo un éxito —dijo Ben Collins.

—No debemos precipitarnos. El procedimiento exige repetir la secuencia completa —dijo Jonson, calmando la euforia inicial.

Francis Guillmann se sintió aliviado al oír las palabras del agente Jonson. El mismo iba a pedir que se repitieran los análisis cuando oyó a Jonson. Quería estar absolutamente seguro y pidió permiso para colocar él mismo las muestras en las sondas analizadoras.

Jonson admitió la petición de Guillmann y este colocó primero las muestras guardadas como testigo. Las colocó al revés de cómo lo había hecho Collins. El resultado ofreció otra vez dos genomas distintos. Guillmann sugirió entonces realizar una prueba más que consistía en colocar dos muestras testigo del mismo frasco antes de realizar la prueba que tenía que confirmar el éxito del experimento. Jonson asintió

y autorizó la petición de Guillmann.

—Quiere estar seguro del resultado —pensó Leroy para sí mismo.

Después de realizar con éxito la prueba sugerida por Guillmann, este volvió a pedir otra comprobación. Pidió a Jonson permiso para extraer sangre a una persona cualquiera y someterla al analizador. Jonson le concedió el permiso pero le advirtió que no podían retrasarse mucho más.

Guillmann hizo subir a Gina y le extrajo sangre. Luego la colocó en el analizador y esperó el resultado de la impresión gráfica. Se acercó a su mesa y sacó un sobre cerrado. Lo abrió y apareció la representación gráfica de un genoma. Era de Gina. Se lo había realizado por su cuenta la semana pasada. Lo comparó con el que hacía escasos segundos que había obtenido y comprobó que eran idénticos.

—¿Podemos ya realizar la comprobación definitiva? —preguntó Jonson.

—Sí —contestó Guillmann.

—¿Quiere proceder usted mismo a colocar las muestras? —dijo Jonson ceremonialmente.

—Sí —respondió Guillmann.

Se levantó y cogió dos sondas nuevas. Las colocó en su lugar y procedió con gran parsimonia a colocar las muestras de sangre. Pulsó el botón de análisis y observó con gran atención como los resultados de ambas pantallas eran totalmente idénticos.

Guillmann lo miró y lo revisó todo. Observó los resultados y los comprobó varias veces. Lo único que no pudo ver fue como en el momento del análisis, Whright pulsaba un mando remoto que abría un by-pass que hacía que las dos muestras analizadas fueran la misma. Evidentemente los resultados obtenidos y mostrados habían sido iguales e idénticos.

Leroy, muy puesto en su papel de agente del gobierno, certificó el éxito del experimento. Hizo que Whright y Collins firmaran un documento que reflejaba de forma oficial el exitoso resultado. Se despidieron de Guillmann y le dijeron que a mediados de Abril volverían para realizar el proceso a la inversa. Lo dejarían todo igual que antes. Nadie sabría nunca nada.

Cuando Guillmann se quedó solo, llamó otra vez a Gina. Tenía que contárselo a alguien y ella había sido su cómplice al participar en el engaño al capitán Jason García. De todas formas, él iba a volver analizar el ADN de Donald antes de la prueba del miércoles. Pero ahora quería disfrutar de su momento de éxito y qué mejor que hacer participar a Gina en su fiesta. Seguro que ella le aportaría lo que él ahora más necesitaba.

Guillmann no podía ni imaginar que su fiesta estaba siendo retransmitida en vivo a la oficina del Capitán de la policía de San Diego. Jason García había visto en riguroso directo toda la representación de análisis y contra-análisis. Whright se había preocupado de que todo quedara perfectamente enfocado.

Jason García había sido advertido de la maniobra que intentaba hacer el doctor Guillmann por un juez de California que era amigo de Howard Moore. El juez le había pedido que investigara una información confidencial que le había llegado de una fuente fidedigna. La información contenía sospechas de que el doctor Guillmann había simulado una fuga para esconder un asesinato: el asesinato de Gerald Campbell. Después de simular la fuga, había mentido a la policía acerca de la identidad de la persona que faltaba en el centro psiquiátrico. Un grupo de detectives privados le había montado una trampa y Guillmann se la había tragado por completo. Se advertía al capitán Jason García que recibiría la visita de una mujer llamada Ingrid Tullin que le montaría un receptor para que él pudiera ser conocedor de todo lo que acontecía en el despacho de Guillmann.

Existía la circunstancia adicional de que Gerald Campbell, que era un enfermo mental en fase de irreversibilidad, había sido nombrado heredero de una fortuna considerable y de que la esposa de Campbell estaba en un proceso judicial para lograr ser la albacea de los bienes que Gerald tenía que heredar. Para acabar de cerrar el cúmulo de las sospechas, se había descubierto que Guillmann y la esposa de Gerald Campbell vivían juntos desde hacía algunos años. Se sospechaba que Gerald Campbell había sido eliminado hacía varios años y de que los dos cómplices había preparado ahora todo el plan con cambio de identidad de otro enfermo para poder cobrar la herencia.

Leroy entró en el despacho de Jason García justo en el momento que el trasero desnudo de Gina ocupaba toda la pantalla. Collins y Whright le acompañaban.

—No sabía que os gustaba el porno —dijo en tono de broma.

—Esperábamos que llegaseis para firmar digitalmente la filmación. Así podrá ser admitida por un juez —contestó Ingrid que realizó después las oportunas presentaciones—. Ya podemos cerrar la transmisión —añadió acto seguido.

—¿Cuándo piensa detenerle, capitán? —preguntó Leroy.

—Ahora mismo. Voy a ir yo personalmente a detenerle. Ese tipo me mintió a mí y lo pagaré caro. Voy a remover el cielo y la tierra de ese centro de locos hasta encontrar el cadáver de ese desdichado —contestó García.

—¿Le acusará de asesinato si encuentra el cuerpo de Gerald Campbell?

—Dé por descontado que lo haré.

—¿Y si no lo encuentra? —volvió a preguntar Leroy.

—Si no lo encuentro, le acusaré de más de cien delitos: obstrucción a la justicia, engaño a la policía, fraude al Estado, sospecha de asesinato, abuso de poder... —continuaba explicando el capitán García.

—¿Detendrá a la mujer de Gerald Campbell? —preguntó Ingrid.

—Sí —respondió Jason García—. Después de él, la detendré a ella y después a la del culo blanco. No me he olvidado de que ella fue su cómplice en ese hospital de

locos cuando me engañaron a mí.

—¿Parará esto el proceso judicial que hay en marcha para nombrar albacea a la mujer de Campbell? —preguntó Ingrid.

—Ese proceso quedará nulo cuando yo declare muerto o desaparecido a ese Campbell. Si encuentro el cadáver haré lo primero; y si no lo encuentro, haré lo segundo. En ambos casos el proceso se interrumpirá.

—Si no encontrara el cuerpo de Campbell y se le declara desaparecido, ¿cuándo tiempo debe pasar hasta que se le considere oficialmente muerto? —preguntó Leroy a pesar de que conocía la respuesta.

—La ley cambió hace poco, pero creo recordar que son cinco años.

—¿Qué pasará ahora con la herencia? —preguntó Ingrid.

—Quedará bloqueada hasta que se certifique la muerte oficial de ese Campbell. Veo poco probable que este hombre esté vivo, pero si todavía viviese tampoco podría cobrarla al estar incapacitado mentalmente. Lo más probable es que esa herencia vaya engordar las arcas del Estado.

—En cierta manera me parece que es lo más justo —dijo Leroy.

—¿Hemos terminado? —preguntó el capitán.

—Sí —contestó Leroy—. Ahora es todo suyo. Por último quiero entregarle un documento firmado por Francis Guillmann en el que se compromete a respetar el supuesto cambio de ADN que realizamos en su paciente que creo que se llama Donald Lewis. Aquí tiene también una muestra de sangre de ese Donald Lewis para que certifique su identidad. Le deseo mucha suerte, capitán —dijo Leroy tendiéndole la mano.

—Necesitaré que uno de ustedes me acompañe para dar fe en la detención de todos los cargos que voy a imputarle —dijo García.

—Iré yo —dijo rápidamente Ingrid.

—Prefiero que vaya Whright —dijo Leroy—. Tú regresas conmigo.

—De acuerdo —contestó Whright.

—Pero... —intentó insistir Ingrid sin éxito.

—Tú ya te has expuesto suficiente. No quiero que te reconozca por si luego tienes que testificar. A ese hombre se le va a caer el mundo encima cuando el capitán García le lea las acusaciones. Pasará, en solo un momento, de la gloria más rutilante a la más absoluta de las miserias. Su comportamiento va ser impredecible. Whright y el capitán sabrán cómo controlarle —dijo Leroy.

—¡Vamos a por ese cerdo! —dijo Jason García a sus hombres y a Whright.

—Nosotros también nos vamos. Contigo nos veremos mañana cuando regreses —añadió dirigiéndose a su compañero Rudolph Whright.

El despacho del capitán Jason García se quedó sin nadie en su interior. El intenso bullicio que había habido minutos antes fue sustituido por un silencio casi sepulcral.

A miles de kilómetros de allí, un hombre feliz plantaba mazorcas en un pequeño campo entre las montañas de Idaho. No era la temporada idónea para plantar las mazorcas, pero eso a él no le importaba en absoluto. Lo hacía porque le apetecía hacerlo. Él desconocía que, en ese momento, acababa de convertirse oficialmente en un hombre libre. Técnicamente era solo un hombre desaparecido, pero la realidad demostraba que él ya era un hombre completamente libre.

Capítulo 28

David recibió las noticias de todo lo ocurrido en San Diego. Leroy se las contó el mismo viernes por la noche cuando regresó. Una vez más se quedó impresionado con la capacidad de organización que había demostrado su amigo.

—¿Podemos entonces considerar cerrado este tema? —preguntó David.

—Definitivamente. Lo que suceda a partir de ahora ya no nos debe preocupar ni a nosotros ni tampoco a ese James Smith de Idaho.

—¿Lo sabe ya Gerald?

—Le acabo de mandar un mensaje cifrado. Ya debe saberlo.

—Me alegro por él —dijo David.

—Has demostrado ser un buen amigo de tus amigos, David.

—Tú no lo has sido menos, amigo mío.

—Muchas gracias. Te agradezco tu reconocimiento. ¿Cómo está Jennifer? Salúdala de mi parte —dijo Leroy.

—Acaba de llegar. Mañana sábado tenemos pensado ir a Philadelphia. ¿Nos queréis acompañar? —preguntó David.

—Esta vez sí que me va a resultar del todo imposible. Tengo un trabajo atrasado de mil demonios —contestó Leroy.

Leroy se despidió de David y cortó la comunicación. Rápidamente llamó a Frederick Newmann porque tenía un mensaje suyo.

—He recibido tu mensaje —le dijo después de los saludos de rigor.

—Jennifer vino a verme ayer —dijo Newmann.

—¿Qué quería? —pregunto Leroy.

—Vino a pedirme que no le contara nada de su estado a David. Quería que le prometiera que nunca permitiría que se mezclase a David en nada que tuviera que ver con ella en nuestra secreta y viajera organización.

—¿Conoce ella que en este momento está en un grado de alto riesgo?

—No del todo. Preferí no decírselo claramente. Opté por darle algunas indicaciones más de las habituales —explicó Newmann.

—Entonces quizás no lo sepa, pero seguro que se lo imagina. Esa chica es muy lista. Es muy difícil sacarle ventaja en algo —dijo Leroy.

—Ya lo sé. Cuando la enfermera recepcionista me informó de su visita sorpresa, tuve la sensación de que ya sabía lo que iba a decirme. Y puedo confirmarte que no me equivoqué —confesó Newmann.

—Pues mañana se lo lleva a Philadelphia —dijo Leroy—. Espero que no le haga jurar nada delante de la «Liberty Bell» ni le haga firmar ningún plebiscito en la «Independence Hall». Jennifer es también una experta en Historia Contemporánea, ¿lo sabías?

—Sí —contestó Newmann—. Me preocupa esto que has dicho. En el coche de David comprobé que él hará lo que sea por ella. Lo hará todo, a menos que le haya prometido antes no hacerlo.

—Pero no podemos hacer nada para impedirlo. Hemos de confiar en el buen juicio de David. Él también es muy inteligente y seguro que lo que le contaste en el coche habrá abierto en él la suficiente inquietud como para no cerrarse ninguna puerta —explicó Leroy.

—Eso espero —exclamó Newmann dejando escapar un suspiro.

—Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. No vamos a desfallecer ahora que estamos a punto de cruzar la meta, ¿no es cierto? —dijo Leroy.

—Pensaba en lo cambiante que ha sido la situación durante todo el este proceso. Primero saltábamos de alegría cuando David nos llegó como un regalo del cielo. Entonces comenzamos a diseñar una estrategia que hasta ese momento no nos habíamos atrevido ni siquiera a plantear. Después comprobamos que podía existir una fuerte relación de amistad entre ambos. Nos convencimos de que eso podía facilitarnos las cosas. Por último, el amor desplazó a la amistad y eso nos hizo creer que ya lo teníamos todo conseguido. Ahora puede que sea la propia Jennifer la que, por amor, se cierre la puerta de la esperanza —expuso Newmann en un largo monólogo.

—El amor no tiene ni límites ni fronteras. Además es siempre impredecible. Es sencillamente que con eso no contábamos. Sin embargo, yo sigo confiando en la decisión de David cuando le llegue el momento de la elección —dijo Leroy con firmeza.

—Deseo fervientemente que se cumplan tus predicciones —contestó Newmann despidiéndose de su amigo.

A pocas manzanas de allí la situación era muy distinta. La euforia de David era total después de las últimas noticias recibidas. Jennifer estaba mucho más comedida pero también estaba contenta. Tenía un doble motivo para ello. El primero era que mañana viajaría a su ciudad favorita. Tendría la ocasión de visitar la ciudad que podía considerarse la cuna de lo que hoy era su país. El segundo motivo era que había superado completamente las pequeñas molestias que había sufrido esta misma mañana. Le habían ido muy bien las recomendaciones que le había dado, en el día de ayer, el doctor Newmann. Era la tercera vez que esto le sucedía en los últimos días, pero esta había sido la vez que las había logrado controlar más fácilmente. Eso la había hecho sentir bien.

David no sabía nada de ello. Ella había decidido no contarle nada. No quería estropearle el día de mañana con tonterías que ya estaban superadas. Jennifer quería ir a Philadelphia para forjar allí las bases de lo que tenía que ser su relación con David. Era un acto lleno de simbolismo pero deseaba hacerlo. Sabía que David era

también muy permeable a ese tipo de cosas y ella iba a utilizarlas en toda su extensión para asegurarse de que nunca se moviera de su lado. No estaba segura de lo que estaban tramando Newmann y Denvers, pero podía llegar a imaginarlo y ella no iba a permitirlo. Si lo que sucedía era que a ella le quedaba poco tiempo de vida, ese poco tiempo lo quería pasar junto a él. Prefería pasar diez minutos con David que toda una vida sin él.

David, que ignoraba la lucha interior que ella estaba manteniendo consigo misma en ese momento, actuaba con gran espontaneidad. Se dejaba llevar por su optimismo y por lo feliz que se sentía. Volvió a levantar la copa para brindar por el futuro por enésima vez y entonces fue cuando se dio cuenta.

Se dio cuenta de que Jennifer apenas podía levantar el brazo izquierdo para brindar. Un gesto de dolor se reflejaba en su cara. El miedo lo hacía en sus hermosos ojos negros y una mueca de desencanto se dibujaba en sus labios.

No pudo pronunciar palabra. Un agudo dolor en su pecho se lo impedía. La copa cayó derramando el vino sobre la mesa y ella se desplomó de la silla al suelo sin que David tuviese tiempo de evitarlo.

—David, no me dejes sola —fueron las últimas palabras que ella pudo articular de forma inteligible.

Jennifer quedó tendida en el suelo respirando con dificultad. David cogió la tarjeta del doctor Newmann y le llamó. Eran las once menos diez minutos de la noche cuando Newmann pidió la ambulancia. No era todavía media noche cuando Jennifer estaba tendida en una camilla de la sala de urgencias del Greenville Hospital. Estaba inconsciente con la respiración asistida. Newmann le estaba realizando un electrocardiograma de control mientras se preparaba la máquina de las ecocardiografías de triple capa.

David estaba sentado en la sala de espera cuando llegaron Leroy y Martha.

—¿Cómo está? —preguntó Martha, abrazándose a David.

—No lo sé. Todavía no me han dicho nada. Pero yo la he visto muy mal. Me ha dado un susto terrible cuando se ha caído al suelo. No sabía qué era lo que tenía que hacer —explicó David.

—Todo irá bien —dijo Leroy.

—Tú no la has visto —repetía David—. Tú no la has visto.

—¿Qué ha dicho Newmann? ¿Te ha explicado algo? —preguntó Leroy.

—Los médicos nunca cuentan nada. Es su táctica preferida. Es su coartada perfecta. Así no se equivocan nunca —contestó David.

—Este no es el caso de Newmann. Seguro que cuando pueda nos explicará el estado real de Jennifer. Estoy convencido de lo hará sin tapujos y con toda claridad. Ya lo verás —dijo Leroy para tranquilizar a su desesperado amigo.

—Confía en el doctor Newmann, David. Es el mejor —confirmó Martha.

Pasaron más de dos horas hasta que Newmann salió personalmente hasta el umbral de la puerta de acceso a la sala de espera y les hizo una seña para que entraran en la zona restringida exclusivamente para el personal del Hospital.

—Venid a mi despacho —les dijo.

—¿Está Jennifer consciente? —preguntó Martha.

—No, estaba muy nerviosa y he preferido que permaneciese calmada. Dentro de unas dos horas despertará. Mientras tanto quiero hablar con David. Yo no tengo ningún inconveniente en que os quedéis vosotros dos si él tampoco lo tiene —dijo dirigiendo la mirada a David.

—En absoluto —contestó David—. Lo único que me interesa es que ella se ponga bien.

—Como tú ya sabes, David —comenzó diciendo Newmann—. Conozco a Jennifer desde que era un bebé. Llegó a esta misma clínica cuando apenas acababa de cumplir un mes de edad. Venía con signos claros de cianosis acompañada de una patente dificultad respiratoria. Era un cuadro clásico de «cardiopatía congénita cianótica». La decisión de la intervención quirúrgica era casi inevitable y la preparé para ello. Los electrocardiogramas y las ecografías simples de corazón revelaron que la cardiopatía era la consecuencia de otra grave enfermedad. Jennifer se veía afectada por la «Tetralogía de Fallot», identificada además por la inversión de la salida de sus grandes arterias. Con eso quiero decir que su aorta salía del ventrículo derecho y que su arteria pulmonar salía de su ventrículo izquierdo. Al revés de lo que tiene que ser en un individuo normal —puntualizó Frederick Newmann.

—Esta patología se presenta en muy raras ocasiones —explicó Leroy.

—Efectivamente —confirmó Newmann para retomar la palabra de forma inmediata—. La intervención que yo le realicé intercambiando las salidas de las arterias fue muy exitosa pero las circunstancias hicieron que se retrasara algunos días. Eso significó un desgaste adicional del que era imposible predecir las consecuencias futuras. Por eso, durante todos estos años, la he estado sometiendo a controles constantes y periódicos. Sabíamos que, en su caso, lo más probable es que precisara de una segunda intervención que pudiera completar el proceso que llamamos de «corrección total». Desde hace un par de años he ido observando en todos esos controles que la situación estaba encallada y que no progresaba como era de desear.

—¿Cuál es la situación real de Jennifer? —preguntó David un tanto nervioso por la retórica empleada por Newmann.

—Su pronóstico es grave. Tenemos que intervenirla quirúrgicamente dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Sin embargo, me temo que esta nueva operación no servirá ni para darle una larga vida ni tampoco para que pueda disfrutar de una calidad de vida aceptable. Conociendo lo hiperactiva que es ella, no son buenas noticias.

—¿Pero no se puede hacer nada? ¿Nos vamos a cruzar de brazos? ¿Es que la ciencia no ha adelantado nada en estos años? —exclamó David con la voz desgarrada.

—La Medicina ha adelantado mucho —contestó Newmann—. Intenté explicártelo en tu coche.

—En el coche no me avisaste de nada. No me explicaste que todo esto que ahora está pasando pudiese ocurrir —contestó David totalmente desencajado.

—La Medicina no es una ciencia exacta, David. Has de comprender que estoy haciendo todo lo que puedo. Yo no puedo hacer nada más —dijo Newmann—. Pero todavía hay una nueva complicación con la que no contábamos —añadió con la mirada fija en David—. En la exploración ecográfica que le hemos realizado hace apenas una hora hemos visto que Jennifer está embarazada.

—¿Qué? —respondieron Martha, David y Leroy casi al unísono.

—Es un embarazo incipiente, pero es un embarazo totalmente confirmado. Es un problema añadido que no nos complica la intervención, pero que si que influirá y mucho, en los próximos meses de gestación. Puede que el corazón de Jennifer no pueda resistirlo. También existe el riesgo de que la escasa oxigenación que produce y producirá el corazón de ella pueda influir negativamente en el normal desarrollo fetal.

—¡Dios mío! —exclamó David—. Yo soy el culpable de todo lo que le está pasando. ¿Por qué Jennifer no me lo advirtió?

En este punto intervino Martha.

—Jennifer siempre ha sido una persona muy fuerte. No se va a rendir tan fácilmente. Es capaz de conseguir todo lo que se proponga.

—Esta vez no depende de ella sola, Martha —dijo Leroy—. Esta vez tendremos que ayudarla.

—Pero no somos Dios Todopoderoso —objetó David.

—Es verdad que no somos Dios pero hemos recibido un regalo de Él. Ahora me pregunto si tenemos derecho a no utilizarlo —volvió a contestar Leroy.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Martha mientras David seguía sentado con la cara oculta entre sus manos.

—No sigas, Leroy, por favor —dijo David levantándose—. Quiero verla primero. Frederick te pido que me lleves hasta ella y que me dejes solo con ella unos diez minutos. Después hablaremos.

Frederick Newmann le condujo hasta la habitación donde Jennifer estaba descansando. Le abrió la puerta y le dijo:

—Solo diez minutos, David. Ella está dormida, pero estoy seguro de que si le hablas te oirá. Solo diez minutos. No quiero que la fatigues.

David entró y cerró la puerta. Lentamente se acercó a la cabecera de la cama. Le acarició la frente. Estaba fría. Cogió la mano izquierda de ella entre las suyas.

Jennifer esbozó una imperceptible sonrisa. David no se percató de ello y continuó acariciándola. Él tenía los ojos humedecidos por las lagrimas y no supo ni pudo articular una sola palabra. Se quedó mirando a sus ojos mientras colocaba su mano derecha sobre el vientre de ella. Jennifer, en su interior, volvió a sonreír. David seguía mirando los ojos que ella mantenía cerrados. Aún y así, se quedó otra vez prendado de aquellos maravillosos ojos negros que le habían cautivado desde el primer momento en que los vio.

Newmann abrió la puerta. David comprendió que era hora de marcharse. Se acercó a ella y besó sus labios. Varias de sus lágrimas cayeron en aquel instante sobre el rostro de Jennifer. Después se acercó a su oído y le dijo.

—Jennifer, lee mi carta. Te quiero.

Luego se levantó y salió por la puerta que Newmann mantenía abierta.

David salió al pasillo acompañado de Newmann. No pudo ver como un de lágrimas sobresalían de los párpados de Jennifer y se deslizaban simétricamente por sus mejillas. Tampoco pudo oír como ella en su silencio le decía:

—Vuelve, amor mío.

David llegó a la sala donde esperaban Martha y Leroy. Martha luchaba consigo misma para no explotar en un llanto incontenible. Leroy, que conocía mejor que nadie a David, le dijo:

—Esta noche vienes a casa. Newmann se va a quedar con Jennifer. Confía en él. En estos momentos no podría estar en mejores manos. Tú y yo hemos de hablar. Tengo que contarte muchas cosas sin necesidad de que esta vez me ganes a ningún «FreeWheel». Además, un buen amigo nos está esperando.

David asintió con la cabeza. Sus ojos habían dejado de llorar. Había llegado el momento. Había llegado su momento.

Capítulo 29

Howard Moore era el amigo que estaba esperando en la casa de Leroy.

—Siento de veras lo de Jennifer —le dijo a David.

Se dirigieron a la sala principal. Eran las cuatro de la madrugada pero la tensión acumulada en todos y en cada uno, hacía que no se acordaran del sueño. Leroy tomó las riendas.

—Necesitaremos mucho café —dijo dirigiéndose a Martha—. Pero no te entretengas porque quiero que participes de la reunión. Tú eres la única familia de Jennifer desde que sus padres murieron en aquel desgraciado accidente en Atlantic City.

—No tardaré —contestó ella.

Mientras Martha regresaba con el café, Howard Moore se sirvió un bourbon en vaso largo. No se puso hielo. Nunca se ponía hielo. Solamente bebía en ocasiones muy especiales y esta lo era. Howard sostenía la teoría de que no era bueno mezclar las obras divinas con las humanas. La historia había dejado miles de ejemplos que confirmaban su teoría de forma patente.

Martha regresó con el café humeante y lo dejó en la mesilla junto a cuatro tazas grandes. Leroy fue el primero en servirse y bebió un pequeño sorbo. Inmediatamente después empezó a hablar:

—Como diría Howard, el hombre propone y Dios dispone. Intentaré explicártelo todo desde el principio. Le pido a Howard que me ayude si en algún momento me pierdo.

Howard asintió sorbiendo otro trago de bourbon. Leroy continuó.

—Ya sabes, David, que realmente te conocí antes de que llegaras. Fue durante aquel viaje mío rutinario al futuro. Después se produjo nuestra decisión de ayudarte en todo. En aquel primer momento no pensamos en Jennifer. No sabíamos tampoco qué ataduras podías tú tener en tu pasado, de modo que esperamos a conocerte un poco más. Fue entonces cuando me enteré, en una conversación del todo intrascendente con mi amigo Frederick Newmann, del estado de riesgo en el que se encontraba Jennifer. Una idea empezó a rondar en mi cabeza y la hablé con Emmericks y con Howard. Los dos le dieron luz verde. Se la explicamos a Dean Devlin para que redactara una propuesta alrededor del tema sin revelar nuestra verdadera intención. Todos reconocemos que la explicación de Dean fue un poco débil y se rechazó la propuesta principalmente por la inamovible posición que defendió Scott Evans.

—Tampoco conocíamos lo que pensabas tú acerca de la posibilidad de regresar —dijo Howard Moore—. Ya sabíamos que no tenías a nadie a parte de tu madre y eso nos hizo tener que valorar de verdad cuál era tu posición. Por eso te hicimos tantas

preguntas.

—La gravedad potencial de la salud de Jennifer era también una incógnita. Primero me planteé el plan de tu posible regreso como un experimento más dentro de nuestra actividad de viajes. Es verdad que trazamos el plan de que si regresabas pudieras avisar a Newmann para que adelantara un día la intervención que debía realizar a Jennifer, así ella no se vería afectada por los atentados —explicó Leroy.

—Sin embargo, todo eran hipótesis —dijo Moore—. En aquel momento, poco nos importaba lo que tú hicieras después de regresar a tu tiempo. Lo único que perseguíamos era probar si era posible hacer esa pequeña trampa en el pasado para mejorar el futuro de Jennifer. Perseguíamos lograr un objetivo loable, enmascarando en él nuestra principal intención que era la de conocer si era posible hacerle esa jugarreta al destino. Ahora la decisión está en tus manos, David.

—¿Podré volver si regreso? —preguntó David.

—La respuesta sin ninguna clase de duda es que sí —contestó Howard.

—No sé si has entendido bien mi pregunta, Howard. Yo me refiero a si podré volver a encontrar a Jennifer y también a todos vosotros. Recuerdo que el catedrático Michael Parker expuso sus dudas en este tema.

—Parker olvida la grandeza del ser humano. Es un hombre muy docto pero a menudo se muestra demasiado embebido en sus números. La teoría de los planos no es excluyente sino que es totalmente manejable para que pueda ser del todo coincidente —contestó Howard.

—Quieres decir que, aunque cambie un plano del pasado, el futuro de ese pasado podrá ser el mismo que si no lo hubiera cambiado.

—No, eso que dices no es posible. Lo que sí que es posible es que si cambias una decisión y por lo tanto cambias el plano, el futuro de ese plano puede llegar a ser coincidente con el que se produciría si no hubieses realizado el cambio. Eso significa que aparentemente todo será igual pero las condiciones serán distintas. Distintas en lo que tú hayas cambiado. Esa es la grandeza del poder de decisión del ser humano.

—¿Me estás diciendo que si regreso y aviso a Newmann, cuando vuelva otra vez aquí me encontraré con una Jennifer que no tendrá el problema que ahora tiene? —preguntó David.

—En cierta manera sí que es esto lo que quiero decirte. Pero a la vez quiero que tú tengas claro que, al cambiar una decisión, existirán una serie de planos de situaciones nuevas que antes no habían existido y que podrían ser la causa de la imposibilidad de que se pudiera volver a nuestros planos coincidentes —volvió a explicar Howard.

—Esto último no lo he entendido bien. ¿De qué has querido advertirme?

—Voy a ponerte un ejemplo. Es un ejemplo terrible pero así entenderás claramente lo que quiero decirte —dijo Howard parándose y sorbiendo otro trago de

bourbon—. Imagínate que logras avisar a Newmann y que este opera a Jennifer un día antes. Continúa imaginándote que por cualquier causa externa a ellos dos, por ejemplo, por un cambio de anestesista, el bebé no supera la operación y Jennifer muere. Nunca más podrás tener planos coincidentes con ella en el futuro. Reconozco que solo es un ejemplo de mal gusto, pero estoy seguro de que ahora has entendido que cualquier cambio implica una nueva situación y que por lo tanto también implica un cierto riesgo. Ya expliqué en la reunión que el hombre puede cambiar su futuro al cambiar una decisión. Lo que nadie sabe es si ese futuro será mejor o peor, solo se puede estar seguro de que será distinto.

—Entiendo —dijo David—. ¿Quién me explica cómo voy a contactar con Newmann en el 2001?

—Yo te lo explico —dijo Leroy.

Martha se levantó y abrazó a David. Ella estaba llorando. Howard había recargado su vaso largo con otra buena ración de bourbon. Leroy estaba atento a todo y a todos. Su atención percibió algo que no llegó a comprender en un principio. Algo había visto reflejado en el negro cabello de Martha cuando ella regresaba a su butaca. No dijo nada. Se acercó al oído de ella y le dijo:

—Repite tus movimientos otra vez. Vé hasta David y vuelve. Procura hacerlo más despacio y también pasar por el mismo sitio por donde lo acabas de hacer. A continuación hizo un gesto a Howard para que comenzase a hablar.

Martha repitió todos sus movimientos. Lo hizo más lentamente y Leroy identificó con toda claridad lo que antes le había parecido ver. Llegó a la conclusión de que estaban siendo escuchados. Lo que había visto era el haz de un micrófono láser que penetraba por la ventana. Se dirigió rápidamente hacia ella y la cerró. Un coche se puso en marcha y se alejó a toda velocidad. Leroy no pudo ver de quién se trataba.

—Alguien ha oído toda nuestra conversación —les dijo.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó Martha.

—Nadie que deba preocuparnos —contestó Howard Moore—. Sigamos con lo nuestro. Estábamos en que David no sabía cómo contactar con Frederick Newmann en el 2001.

—Aquí tengo una carta escrita por el propio Newmann. Contiene las instrucciones necesarias y menciona una serie de temas que superarán su comprensible escepticismo inicial. El sobre también está escrito por él. Tú solo tienes que colocar el sello y echarla al correo —explicó Leroy.

—Está Newmann seguro de que estuvo en su casa estos días, ¿no?

—Está completamente seguro. También me ha dicho que el correo franqueado en la propia ciudad se repartía de un día para otro.

—Es cierto —confirmó David—. ¿Habla de mí en su carta? —preguntó a continuación.

—Sí, pero sin dar tu nombre. Me dijo que si llegaba a conocerlo trataría de encontrarte y eso podría complicarlo todo.

—Comprendo —dijo David.

—Tienes que elegir un punto de tu pasado al que quieres regresar. Podría ser perfectamente después de los atentados, pero eso no serviría para Jennifer porque Newmann estuvo más de una semana sin poder regresar a su casa. Recibiría la carta demasiado tarde. Tendría que ser unos días antes del día 11. Interesaría que fuera en un lugar oscuro porque en el momento de la llegada se produce primero un fuerte vacío que pasa mucho más desapercibido si hay ausencia de luz —explicó Leroy.

—Recuerdo que el viernes día 7 terminé pronto de trabajar. Cogí el metro y al llegar a mi estación hubo un apagón que duró más de cinco minutos.

—¿Puedes precisar un poco más la hora? —preguntó Leroy.

—Si porque al salir me fijé en un rótulo de un anuncio que iba ofreciendo la hora. Marcaba las 18:57 —contestó David.

—Bien, ya tenemos la hora. Ahora hemos de determinar las coordenadas exactas del lugar. ¿Qué estación de metro era? —preguntó Leroy.

—Bergen Street, en Brooklyn —contestó David.

—¿Por dónde saliste a la superficie? —preguntó Howard.

—Siempre salía por Flatbush Avenue —respondió David.

—Por favor, Martha. Consulta las coordenadas precisas de esa estación a «Tío Sam». Cuando las tengas, ven. No debemos perder más tiempo —dijo Leroy—. Mientras tanto Howard y yo le explicaremos el mecanismo para la elección del lugar y del momento de la llegada. Así podrá elegir el suyo cuando regrese entre nosotros. No quiero que vuelva a aparecer y ser detenido en la torre del nuevo «World Trade Center». Quiero que llegue directamente aquí. Fue demasiado arriesgado lo de Ellis Island. No quiero ni tengo ganas de volver a repetirlo.

—¿Entonces que sucederá con «Popi»? —preguntó David.

—«Popi» se queda aquí y no va regresar contigo. No te preocupes que cuando vuelvas tu mascota seguirá aquí con nosotros. «Popi» no se mueve. Martha lo cuidará. Está encariñada con él.

Howard explicó a David el mecanismo de la elección de tiempo y lugar. Después le dio las coordenadas del comedor de la casa de Leroy.

—Guárdalas en un lugar seguro. Las vas a necesitar.

—No te preocupes que no las perderé —contestó David, guardando el papel en su bolsillo—. Muchas gracias.

—Tu futuro está en tu pasado —le dijo Howard abrazándole—. Ten mucho cuidado, amigo mío. Quiero volver a verte.

Martha avisó que ya tenía las coordenadas y todos se dirigieron hacia el sótano. Allí se disponía de la generación de energía necesaria para el salto. Leroy ya la tenía

preparada para viajar hacia el pasado. David se despidió de todos, pero dejó a Martha para el último adiós.

—Entrégale esta carta a Jennifer si veis que no regreso a tiempo. Tú eres su amiga y sé que lo harás.

Martha se abrazó a David. Sentía por él una gran simpatía y también una gran admiración por lo que iba a hacer.

—¿Me permites que te despida con algo que Jennifer me contó de ti cuando fuimos los cuatro a Washington?

—¡Claro que sí! —contestó David—. Me encantaría oírlo.

—Hasta pronto, caballero del siglo xx —dijo Martha.

—Hasta pronto —respondió David situándose frente al generador.

Leroy accionó la palanca.

Howard lanzó un beso al cielo.

Capítulo 30

Cuando David salió a la calle y pudo sentirse de nuevo en su barrio, respiró profundamente. Estaba muy cansado y también estaba muy deseoso de llegar a casa para abrazar a su madre.

La encontró en el pasillo de la entrada y la besó con ternura. Ella le correspondió el beso y le acarició el pelo. David recordaba con cariño esta caricia. Lo consideraba un gesto especial. Era un gesto exclusivo para su persona.

—Mamá, te quiero mucho. Recuérdame que mañana cuando me levante tengo que echar una carta al correo —le dijo.

—Espero que el destinatario o la destinataria sepa interpretar tus palabras y tus sentimientos conforme a tus deseos, hijo mío —contestó Evelyn muy emocionada por el extraordinario comportamiento de su hijo.

—Tienes razón, mamá. El futuro que más deseo depende absolutamente de ello. Ojalá que pueda lograrlo, mamá —dijo David retirándose a su habitación.

El sábado, 8 de Septiembre, comenzó lluvioso pero rápidamente el sol comenzó a lucir en el cielo neoyorquino. David no se quedó recluido en su casa. Después de hablar casi media hora con su madre le dijo que salía a depositar la carta en el correo y a comprar algo que pudiera ser testimonial. Algo que pudiera representar un recuerdo muy significativo.

Evelyn no dejó pasar la ocasión para exteriorizar sus deseos.

—Quizás lo más acertado sea algo que logre recordar ese día tan especial. Algo que pueda perdurar a través de los años —dijo Evelyn entusiasmada—. ¿Verdad que sí, hijo mío? —añadió.

—Sí, mamá. Tiene que ser una cosa que recuerde y certifique la fecha, el origen y el porqué de todo —dijo David.

—Exactamente, eso es lo que quería decirte —concluyó Evelyn.

—Gracias, mamá. ¿Te he dicho que te quiero? Sí, creo que sí. Me has ayudado mucho —dijo David a su madre.

A continuación le dio un beso, abrió la puerta y desapareció tras ella para mezclarse entre la gente.

Depositó la carta en el buzón de la Central de Correos y después paseó durante todo el día por el «World Trade Center», recordando a Jennifer.

El domingo, día 9, no pudo resistirse a la tentación y cogió un taxi para que le llevara a Jersey City. Paseó por una calle que conocía muy bien. Pasó por delante de la puerta de la que sería la casa de Jennifer. La casa presentaba un aspecto muy distinto. Era evidente que le faltaba el toque especial que ella le daría dentro de unos años.

Un hormigueo intenso le recorrió el estomago cuando cruzó la puerta del

Greenville Hospital. Se dirigió al mostrador de recepción y preguntó por la habitación de una niña que se llamaba Jennifer Bailey.

—La número 317. En la tercera planta, señor —le contestó una amable enfermera.

Se dirigió al ascensor y pulsó el botón que tenía el número tres de color rojo. Caminó por el pasillo de la izquierda hacia la habitación 317. Entró sin llamar.

—Perdón, creo que me equivocado —le dijo a una mujer que estaba sentada en un rincón de la habitación.

—¿A quien está buscando? —dijo la mujer levantándose.

—A un niño llamado Herbert Medley —contestó David, y luego preguntó para ganar un poco de tiempo—. ¿Es una niña, verdad?

—Sí —contestó la mujer.

—¿Qué le pasa a esta preciosidad? ¿Es usted su madre? —volvió a preguntar David.

—Sí, soy su madre y estoy muy preocupada porque tienen que operarla del corazón y es todavía tan pequeñita... —dijo la madre.

—Todo irá bien. Ya lo verá. ¿Cuándo la operan?

—En principio tenían que operarla el martes día 11, pero el doctor Newmann acaba de comunicarme que lo ha adelantado a mañana lunes.

—Mejor. Mucho mejor —dijo David.

—No lo sé. Cuando el doctor me lo ha dicho me he asustado mucho. Me ha asegurado que no había empeorado. Me ha dicho que solo es una medida de precaución. No sé qué pensar ¿Es usted médico?

—No, señora. Yo soy físico. Todo irá bien —dijo mientras acariciaba con un dedo la frente de la pequeña.

—Mire, le ha sonreído —dijo la madre de Jennifer a David—. Es muy simpática, pero desde que entró aquí no había sonreído a nadie. No sé quien es usted pero le doy las gracias. Me ha abierto usted la esperanza.

—Tiene los ojitos cerrados, pero tengo la sensación de que son de color negro. ¿Me equivoco? —le dijo David.

—No, no se equivoca. ¿Cómo lo ha sabido?

—Suerte. Les deseo mucha suerte —dijo David, y se despidió.

Cuando pasó por delante del mostrador de las enfermeras de planta pudo ver a un joven médico ordenando el plan de preparación para la niña de la habitación número 317. Era Frederick Newmann. David le hizo un gesto de saludo con la mano. Newmann le correspondió por cortesía porque no le conocía de nada. David regresó en otro taxi a su casa en Brooklyn. Cenó con su madre y hablaron hasta medianoche. Evelyn Goodwill estaba entusiasmada con el cambio que había experimentado su hijo. Él le repitió una y mil veces que ella no debía preocuparse por nada. Le dijo que

pasara lo que pasara ella no tenía que preocuparse por él. Le aseguró que él iba a estar bien.

El lunes, día 10, comenzó con toda normalidad. David salió de su casa. Se encaminó hacia la estación del metro. Caminó pensando en todo lo que iba a suceder, cuando la oscuridad de la noche todavía no había sido vencida por la luz del nuevo día. Llegó al «World Trade Center». Instintivamente, dirigió su vista hacia arriba. Las dos moles se elevaban majestuosas con miles de luces chispeando. Se detuvo un momento para contemplarlas. Minutos después entró en el hall y caminó hacia la zona de los ascensores.

El día transcurrió sin incidencias que destacar. Al final de la jornada, David llamó al Greenville Hospital. Preguntó por Newmann. Cuando este se puso al teléfono, se identificó como el «emisario» y le preguntó por el resultado de la operación de Jennifer. Newmann le respondió que todo había ido muy bien y comenzó a hacerle preguntas. David le colgó el teléfono sin contestarlas y sorprendió a John invitándole a tomar un par de copas en el «Village».

John quedó estupefacto al oír la proposición de David. No había podido imaginar que este momento llegara a producirse nunca. ¿Sería cierto lo que le había contado la madre de David? ¿Sería verdad que pudiera ser el amor la causa de ese cambio tan espectacular? Decidió averiguarlo por sí mismo.

Caminaron conversando alegremente hasta llegar al barrio de los bohemios. Llegaron a «Kenny's», en Bleecker Street. Habían transcurrido tan solo veinte minutos desde que habían salido del «World Trade Center». Entraron en el local. John pidió un bourbon y David una coca-cola light. John se dispuso a abordar el tema directamente.

—¿Cómo se llama ella, David?

—No sé de qué me hablas —contestó David.

—Vamos, hombre. Yo soy tu amigo. ¿Cuéntame cómo la conociste? No seas tan reservado —insistió John.

—Por muchos esfuerzos que hiciera contándotelo, nunca llegarías a comprenderlo. Te lo aseguro —dijo David defendiéndose.

—Te dije que eras un mentiroso espantoso. Se te nota a la legua que tienes un secreto. Tienes algo que no quieres contar.

—Puede que tengas razón —dijo David.

—¿Ni siquiera me lo vas a contar a mí? —volvió a preguntar John.

—Ni siquiera a ti.

—Dime, al menos, si tiene los ojos azules. A mí me encantan los ojos azules —confesó John.

—No son azules, John. Son unos profundos y preciosos ojos negros. No puedo decirte más —contestó David.

—Está bien, amigo mío. No hay que insistir cuando el corazón está de por medio. Solamente dime cómo fue.

—Solo puedo decirte que resultó maravilloso. Dudo que pudieras entenderme — volvió a contestar David, escudándose una vez más la mayor de las ambigüedades.

—De acuerdo, amigo. Te felicito por tu inenarrable experiencia. Quédate con tu inconfesable secreto. Lo comprendo —dijo John.

—Te pido mil disculpas por ello, John. Pero me alegra enormemente que me digas que lo entiendes.

A las dos rondas de David, siguieron otras dos pagadas por John. Y a estas les siguieron algunas más. Eran las diez de la noche cuando se separaron. John tenía el coche aparcado en el «World Trade Center». David le acompañó hacia el aparcamiento, y después caminó hasta la estación de metro.

Llegó a su casa a las once. Él llegó sereno. Solo había bebido coca-colas. El caso de John era distinto. Al bourbon inicial le había seguido un vodka con naranja y luego otro par de bourbons. La última ronda la había cerrado con un scotch. David se encontraba fantástico. Su madre no recordaba haberle visto llegar tan contento. Era una realidad que su hijo estaba cambiando y ella estaba más que contenta con ello. ¿Qué importancia tenía que hubiera llegado tan tarde? Él era joven y podía soportarlo. Era mucho peor verlo encerrado y con los ojos sin alegría sobre aquel montón de libros y papeles.

Evelyn estaba radiante de felicidad. Mañana le preguntaría más cosas sobre su chica. Lo haría con tacto, pero lo haría. Quería conocer más detalles pero comprendía que hoy no era el momento.

David se retiró a su habitación. Tenía la cabeza llena de pensamientos y sensaciones que le aparecían sin cesar. Casi no durmió. Se despertó antes de lo habitual. Desayunó con su madre. Tenía la esperanza de que John se encontrara mal y que no acudiera al trabajo. Incluso deseo la posibilidad de que ayer noche hubiera tenido un pequeño accidente de tráfico y que la policía le hubiera detenido y estuviera retenido por conducir ebrio. Salió de casa con tiempo suficiente para llegar al trabajo.

Entró en las oficinas de la «Whitehall» a las ocho y diez minutos. Dejó su cartera y la documentación sobre la mesa como lo hacía habitualmente. Después salió al pasillo a por un café bien cargado.

Regresó con el café a su mesa y comenzó a sorberlo poco a poco. El café estaba muy caliente. Lo volvió a depositar sobre la mesa.

Eran las ocho y veintitrés, cuando John entró por la puerta.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó David.

—Fatal —contestó John—. Ayer me excedí —añadió frotándose los ojos.

—Muchas veces una noche no es solo una noche —dijo David.

—No tengo la cabeza para pensar mucho. ¿De verdad crees que eso que has dicho

lo justifica todo? —preguntó John.

—En buena parte creo que sí —dijo David mirando a la bahía desde su mesa de trabajo.

—Voy a buscar un café. A ver si logro despertarme. He estado a punto de no venir —dijo John.

—En cambio yo estaba seguro de que sí que vendrías —contestó David mirando a John—. Te espero para beberlos juntos —añadió.

Eran las ocho y treinta y dos minutos cuando John salió al pasillo. Regresó a las ocho y treinta y ocho. Se sentó enfrente de David.

—Te noto tenso —dijo John.

—No sabría qué responderte —contestó David.

—Estás lleno de contradicciones, amigo mío. Esos ojos negros te han afectado demasiado.

—Creo que tienes razón. Creo que esta vez has acert...

David no pudo terminar de pronunciar la palabra. Eran exactamente las ocho y cuarenta y seis minutos del martes 11 de Septiembre del año 2001. Una fuerte sacudida hizo temblar toda la torre norte. Los cafés se derrumbaron sobre la mesa. John cayó al suelo impelido por el descomunal temblor.

—¿Qué demonios ha sido eso? Tiene que haber sido un terremoto enorme —dijo John levantándose rápidamente.

—Me temo que no han sido las puertas del ascensor al cerrarse —dijo David—. No han servido de nada. Ya me lo temía —constató en silencio.

Empezaron a oírse gritos por todas partes. Los dos corrieron hacia los ventanales de la cara norte de la planta. Una intensa humareda negra ascendía por ese lado. Todo el mundo se preguntaba lo que podía haber ocurrido. David que lo sabía perfectamente volvía a vivirlo con mucha más intensidad que la primera vez.

David y John volvieron a su oficina. El humo también era visible en el lado oeste de la cara sur del edificio. Era indudable que había habido una explosión y que ella había sido la causa del incendio.

—¡Los ascensores no funcionan! —oyeron gritar a sus compañeros de planta.

—¡Estamos atrapados! —gritaban otros que iban corriendo de un lado a otro sin parar.

—Está subiendo un calor terrible. El ambiente empieza a ser totalmente irrespirable —dijo John colocándose el pañuelo sobre la boca.

—Es verdad —corroboró David—. Sígueme —añadió.

—¿Adónde vas? —preguntó John.

—Tú sígueme y no hagas preguntas —contestó David.

La explosión había afectado al suministro de luz. David y John subían por las escaleras hacia los pisos superiores. Se cruzaban con gente que bajaba. Era un

continuo ir y venir de gente sin ninguna dirección determinada. Era el caos del pánico. Era la patente desesperación por la terrible certeza de saberse atrapados sin ninguna posibilidad de salida.

Seguían ascendiendo. Cada vez era mayor el número de personas que ascendían con ellos. Casi no bajaba nadie. David perdió de vista a John por un instante. Siguió ascendiendo mientras le buscaba. Le vio por casualidad corriendo solo por la planta 103. Le llamó y se unió a él. Se dirigieron a los ventanales de la cara norte. El denso humo lo tapaba todo. Corrieron hacia la cara sur de la planta. En ese lado todavía se podía ver el exterior desde las cristaleras del lado este. Eran ya las nueve y dos minutos.

John vio acercarse a un avión por el lado sur. El avión volaba muy bajo. La dirección de vuelo era impensable. Estaba dirigiéndose inequívocamente hacia la torre sur.

—Pero, ¿qué hace ese loco? —gritó John unos segundos antes de que el avión con bandera de la United Airlines impactara en la torre sur.

—¿Has visto eso, David? —balbuceó John con la voz temblorosa. ¿Tú crees que aquí ha pasado lo mismo? La humareda que asciende por la torre sur es igual a la que sube por nuestra torre.

—Me temo que sí, John —contestó David constatando ya de manera trágica, patente y desesperante que de nada habían servido las dos cartas anónimas que él había enviado al FBI y a las autoridades de New York, indicando los números de los vuelos de los aviones involucrados, los aeropuertos de procedencia y los nombres de los secuestradores.

—Entonces no tenemos salida, David. ¡Estamos perdidos! —dijo John.

—Siempre hay una salida. No desesperes. Sígueme —volvió a decir David a su compañero.

—Pero, ¿hacia dónde? —preguntó otra vez John.

—No malgastes energías preguntando. Vayamos hacia arriba.

Comenzaron la ascensión. El humo era asfixiante. Se percató de que había vuelto a perder a John y se puso a buscarle desesperadamente. No le veía por ninguna parte. Seguía ascendiendo. El humo era más denso cada minuto que pasaba. Era tan denso que comenzaba a dificultarle la visión. Él continuaba subiendo. Mucha gente subía a su lado, pero John no estaba. ¿Dónde diablos se había vuelto a meter? ¿Cómo había logrado separarse otra vez de él? Seguía subiendo cuando le pareció ver y distinguir una cara conocida. Agudizó los ojos para verla mejor y le reconoció. ¡Era Scott Evans! ¿Qué hacía allí? Scott no debía estar allí. Le vio tropezar cuando intentaba acercarse a él. Scott cayó y la gente comenzó a pasarle por encima. Le vio desaparecer debajo de la marea humana que ascendía. Tuvo el pensamiento de acudir a ayudarlo pero en aquel momento localizó a John y eligió a su amigo. Se colocó otra

vez a su lado.

—Este es el fin. Nadie puede sacarnos de aquí —le dijo John a David pasados unos minutos.

—Siempre has sido un exagerado —le contestó David tratando de secuestrarlo del estado de derrotismo en el que se había sumergido nuevamente su compañero.

—Esta vez no, amigo mío. Deseo que encuentres tu salida. Yo ya he decidido la mía. ¡Adiós, amigo! —dijo John.

—Esta vez no lo harás, John —dijo David mientras sujetaba a su amigo por el brazo—. Esta vez te vienes conmigo —le repitió.

Eran las nueve y cincuenta y nueve minutos. Tenían que darse mucha prisa. Estaban atrapados. A su alrededor la gente estaba desesperada. Algunos habían decidido seguir con éxito el fallido intento de John. La desesperación era absoluta cuando un estrepitoso ruido les sobrecogió a todos por el lado sureste.

Resultó ser un ruido de continuada rotura. Se oyeron crujir miles de vidrios y de metales al mismo tiempo. Todos se giraron y contemplaron horrorizados como la torre sur había desaparecido. Eran las diez y cinco minutos. Una nube de polvo ascendente hacía imposible continuar en la azotea.

David no soltaba a John. Lo tenía cogido por el brazo para evitar que se le pudiera escapar otra vez. Tenía que aprovechar que tenía una segunda oportunidad y no iba a fallar. David ya sabía donde estaba su salida.

—Vamos abajo —le dijo a John.

—Pero, ¿adónde quieres llevarme ahora? —respondió John asustado.

—Tengo que presentarte a mi chica. Es una preciosidad que tiene unos maravillosos y profundos ojos negros —le contestó David.

Eran las diez y nueve minutos. El hundimiento de la otra torre gemela había terminado con las esperanzas de toda la gente que se encontraba atrapada.

David continuaba teniendo bien sujeto a John cuando se dispuso a abandonar la azotea. Sabía que tenían que ir a la sala de control de recepción y de emisión de la antena. Allí estaba la única puerta de salida para encontrarse de nuevo con Jennifer.

Entonces David se dio cuenta de que, a pesar de la humareda reinante y de que ya había amanecido, la luna seguía estando visible en lo alto del cielo. No se había fijado en ella la otra vez.

Se detuvo durante un instante para mirarla y sin apartar la vista de ella, le preguntó.

—Dime, luna, ¿desde cuándo estás ahí?

Capítulo 31

—¡John! —gritó una voz todavía aturdida desde la oscuridad.

—¿John? —repitió a los pocos segundos sin obtener tampoco respuesta alguna.

El silencio se mantuvo después mientras la oscuridad se iba desvaneciendo lentamente. Poco a poco, David comenzó a vislumbrar formas indefinidas. Sentía una fuerte presión en su cabeza que no le permitía abrir los ojos. Con mucho esfuerzo logró frotarse la nuca con su mano derecha. Entonces fue cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre.

—¿David?

—¿John? —volvió a preguntar sin poder todavía abrir los ojos.

Después de ese breve intercambio de preguntas, el silencio volvió a reinar en la cabeza de David, hasta que de nuevo volvió a oír una voz que pronunciaba insistentemente su nombre.

—¡David, contesta! —oyó que le decían claramente mientras alguien le asía con fuerza por los hombros.

—¡David, despierta! —repitió la voz al mismo tiempo que él observó como la figura de un hombre empezaba a definírsele de forma poco clara.

—¿Leroy?

—Sí David, soy yo. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento débil, muy débil —contestó sin apenas poder fijar la vista en nada ni en nadie que estuviera a más de un metro de él.

—No importa. Te recuperarás pronto. Ahora es solo cuestión de minutos. ¿Sabes, compañero, que has batido todos los récords, otra vez?

—¿De qué me hablas? —respondió David, intentando fijar la vista y concentrar su mente todavía dispersa.

—Querido amigo, esta vez tu salto no ha sido de veintiocho años. Esta vez has viajado algo más de cuarenta y un años.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Y Jennifer? ¿Cómo está Jennifer? —comenzó a balbucear mientras su voluntad luchaba por imponerse a su letargo—. ¿Dónde está ella?

—Estoy aquí —contestó entre sollozos, una voz femenina desde el otro extremo de la sala.

David sintió que recobraba todas las fuerzas cuando intuyó que Jennifer se le acercaba. Se puso en pie y caminó con paso decidido hacia ella.

Jennifer y David se encontraron y se fundieron en un interminable abrazo lleno de besos y caricias. Los dos estaban temblorosos. Ella temiendo que todo fuera solo un sueño y él luchando por comprender.

—Estás... —comenzó a decir él, mientras sus manos seguían acariciando el rostro de ella.

—¡Mucho más vieja! —dijo ella adelantándose.

—... preciosa —terminó diciendo él con una sonrisa.

David seguía abrazado a Jennifer. Había logrado recuperar ya todas sus facultades cuando divisó a Martha al lado de Leroy. Sin dejar a Jennifer en ningún momento se dirigió hacia ellos y los cuatro protagonizaron otro largo abrazo.

—Bienvenido, caballero del siglo pasado —dijo Martha visiblemente emocionada.

—¿Cómo es que estáis todos aquí reunidos? —preguntó David.

—Te estábamos esperando —dijo Leroy.

—¿Cómo? ¿Cuánto tiempo lleváis esperándome?

—Dos días, hace dos días que esperábamos tu llegada.

—Pero, acabas de decirme que esta vez he viajado más de cuarenta y un años. ¿Es eso cierto? —preguntó David sin separarse ni un solo segundo de Jennifer.

—Efectivamente.

—¿Estamos entonces en el 2042?

—Sí, David. Hoy es el 13 de Diciembre del año 2042. Se acerca la Navidad y ten bien presente que esta vez no te librarás de tener que comprar los regalos para todos nosotros.

—¿Cómo sabíais entonces que iba a llegar? ¿Por qué me decís que me estabais esperando desde hace dos días? No entiendo nada. ¿Qué significa todo esto?

—Veo que ni el tiempo ni los saltos que haces dentro de él, han logrado cambiarte la cualidad que tenías de comportarte como un preguntón empedernido —dijo Leroy sonriendo—. Te hemos echado mucho de menos, David. Oye, ¿te acuerdas de Howard Moore?

—¡Howard! Claro que me acuerdo. ¿Dónde está? ¿Cómo está?

—Murió hace poco más de cinco años. Sin embargo, debo decirte que calculó con una precisión extraordinaria el momento de tú regreso. Por eso estábamos esperándote —explicó Leroy.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Era un hombre encantador —manifestó Jennifer—. Pero sobre todo era un auténtico genio. Tenía una mente privilegiada.

—Te dejó una carta —dijo Martha—. Nos pidió que te la entregásemos cuando regresaras.

—Nos la entregó en un sobre abierto —explicó Leroy—. Nos dijo que, aunque iba dirigida a ti, nosotros también podíamos leerla.

—Nosotros ya la hemos leído más de cien veces —intervino Jennifer de nuevo desde su posición—. Sin embargo, nos gustaría que ahora tú la leyese en voz alta

para todos. Tenemos ganas de volverla a saborear saliendo de tus labios. Fue la última voluntad de Howard el que estuviéramos todos juntos cuando tú la leyese por primera vez.

—¡Howard Moore! —exclamó David—. Ese hombre me marcó desde que yo era muy joven. Reconozco que sus opiniones siempre tuvieron una influencia directa en mí.

—Howard nos marcó a todos, amigo —expresó Leroy—. Mejor dicho, cada día que pasa creo que estamos obligados a reconocer que conocerle fue todo un privilegio.

Martha se acercó y le entregó la carta. Cuando David la sostuvo entre sus manos, sintió que le embargaba una agradable sensación de paz. Miró el sobre y pasó el dedo índice acariciando las letras de su propio nombre.

Solo una lágrima logró escaparse a su intento por dominar y reprimir la emoción que sentía en ese momento. Después respiró hondo, desplegó la solapa del sobre, extrajo la carta y se sentó frente a todos para comenzar a leer.

Estimado David.

Justo en el momento en que empieces a leer estas palabras, se habrá cumplido uno de mis mayores deseos. Seguramente te preguntarás si es necesario que uno mismo esté vivo para que sus deseos se cumplan. La respuesta es que sí, pero no siempre es del todo imprescindible.

Bien, amigo, aquí entraríamos en otra discusión más profunda que la de nuestros debatidos y denostados planos espacio-temporales y no quiero aburrirlos en el momento tan excepcional que ahora estaréis viviendo.

En las próximas líneas encontrarás el relato cronológico de lo que sucedió a partir del momento en que tú realizaste el viaje de regreso. Te aseguro que es la transcripción exacta y real de mi diario personal. Estoy convencido de que lo podrás entender todo y aprovecho la oportunidad para pedirte disculpas por un pequeño secreto que creí ético ocultarte durante lo que duró tu primer viaje. Lo hice en honor y en aras de no condicionar a tu irrenunciable libertad de decisión.

En este preciso momento solo deseo transmitirme el firme convencimiento de que volveremos a vernos. Desconozco si será antes o después. Pero, bien pensado, ¿acaso existe el antes o el después?, ¿no es todo una sucesión de planos que algún día sabremos manejar a nuestro antojo?

Un fuerte y sincero abrazo.

Howard.

Sábado, 9 de Marzo de 2030.

David acaba de partir en su viaje de regreso. Hemos dirigido el flujo y el haz de coordenadas de su espacio-tiempo, apuntando a la misma sala de la casa de Leroy. De esta forma nos aseguramos que cuando vuelva a venir aparezca en esta misma sala. No he dicho nada a nadie, pero me he dado cuenta de que el valor de energía consumido ha sido sorprendentemente bajo. Creo conocer el porqué de ello y me asusta. Tengo que comprobar lo que hace muchos años escribí en este mismo diario cuando la casa que hoy es de Leroy, era mi propia casa.

Martes, 8 de Abril de 2008.

Estaba realizando una comprobación rutinaria cuando una masa de oscuridad ha invadido una zona de mi laboratorio. Me he quedado muy sorprendido al ver que un hombre se iba materializando a medida que la oscuridad se desvanecía. Todavía desconozco el porqué de este extraño suceso. Va a ser mi secreto. El hombre está muy débil. No sé si será capaz de resistir

mucho tiempo. Su vestimenta es normal.

Miércoles, 9 de Abril de 2008.

Me he quedado en casa con el recién llegado. He cancelado todas mis citas para las tres próximas semanas. He aludido un cansancio y un agotamiento extremos. Me he inventado esta excusa para tener tiempo. Parece que el hombre se está recuperando pero lo hace muy lentamente. He decidido no separarme de su lado. Necesito saber de dónde ha venido.

Jueves, 10 de Abril de 2008.

Hemos hecho progresos. He tomado nota de todos sus datos físicos y de todas sus constantes corporales. Ya comienza a mover los brazos aunque todavía no tiene movilidad ni en las manos ni en los dedos. Empieza a querer hablar. Es difícil entender lo que dice. Creo haber entendido que se llama John.

Domingo, 20 de Abril de 2008.

John ha recuperado sus facultades psíquicas pero sus constantes vitales no mejoran. Temo seriamente por su vida. La historia que me ha contado es alucinante. Su nombre completo es John Carpenter, y me ha explicado que estaba en las Torres Gemelas, cuando estas fueron atacadas por los pilotos suicidas. No sabe lo que le ha pasado. Cree que está todavía en el año 2001. Me asegura que estaba atrapado junto a un compañero llamado David Gushill o algo parecido. Aunque estoy muy interesado en lo que cuenta, procuro no hablar mucho del tema porque se pone muy alterado.

Viernes, 25 de Abril de 2008.

John a muerto. He cumplido su última voluntad. Le he incinerado y he esparcido sus cenizas en el río Hudson. He inventado la historia de que era un indigente sin nombre al que conocía desde hace tiempo. La historia ha funcionado definitivamente cuando la he acompañado con el peso de una razón que ha sido suficiente para convencer al funcionario responsable del crematorio. (2000 dólares).

Sábado, 26 de Abril de 2008.

Acabo de regresar de la Zona Cero. He comprobado la historia de John Carpenter. Todo lo que me contó era cierto. Trabajaba en una empresa llamada «Whitehall» y es cierto que David Goodwill era uno de sus ayudantes. Ambos figuran en la lista oficial de desaparecidos en los atentados. Estoy en una nube. Este hecho confirma en gran parte todas mis teorías. Sin embargo, sigo teniendo una pregunta sin que una respuesta válida logre aflorar con claridad en mi cabeza. ¿Por qué apareció John Carpenter en mi laboratorio y no en otro lugar cualquiera? Espero poder conocer algún día la respuesta.

Miércoles, 12 de Diciembre de 2029.

Leroy, o sea, Glenn Denvers, nos ha hablado de David Goodwill. El corazón me ha dado un vuelco. Espero haber sabido disimular lo suficiente. De momento no quiero desvelar la historia de John Carpenter. La historia que hemos escuchado por dos veces coincide con la de John excepto en el hecho de que David asegura haber viajado solo.

Sábado, 15 de Diciembre de 2029.

He conocido a David Goodwill. Él mismo en persona nos ha confirmado la historia que ya habíamos oído grabada. Asegura haber viajado solo. Tengo la impresión de que ese chico no miente. Pero entonces, no lo entiendo. Voy a seguir sin desvelar el secreto de John.

Lunes, 18 de Marzo de 2030.

Mis sospechas se han convertido en poderosos fundamentos. Creo que ya intuyo el porqué de todo

lo sucedido. La operación de Jennifer a manos de Newmann ha sido un éxito. Se recuperará sin secuelas gracias a David. Lo que ya no sé es si logrará recuperarse cuando conozca la noticia de que quizás su caballero del siglo XX, no pueda regresar nunca a nuestro tiempo.

Jueves, 21 de Marzo de 2030.

He llamado a Emmericks para que convoque una reunión extraordinaria de «The Rainbow Travelers». Mis conclusiones me indican que David va tener muchas dificultades en regresar. Tengo que convencerles que debemos avisarle y solo conozco un método para hacerlo.

Viernes, 22 de Marzo de 2030.

La reunión de ayer duró hasta bien entrada la madrugada. El resultado ha sido esperanzador y sorprendente. Lo primero es que se ha aprobado la moción de reconsiderar la posibilidad de viajar al pasado cuando hemos informado de que David Goodwill ya lo había hecho y que iba a necesitar ayuda porque estaba en peligro. Lo segundo es que el primer voluntario en presentarse para la misión de saltar al pasado en ayuda de David ha sido Scott Evans. Me he visto obligado a votar positivamente para secundar la elección por unanimidad. Mañana partirá en viaje de solo 48 horas. El lunes día 25, nos reuniremos para conocer su aventura.

Martes, 26 de Marzo de 2030.

Scott no ha regresado. No sé qué pensar. Nunca tuve una confianza plena en él. Se lo advertí a todos en la reunión. Me molesta pensar que he contribuido a todo ello con mi voto positivo.

Viernes, 5 de Abril de 2030.

Definitivamente, Scott no ha regresado y creo que nunca lo hará. Algo debió pasar. Tengo la certeza de que no llegó a contactar con David. Quizás, ni tan solo lo intentó. Quiero pensar que no le hizo nada irreparable.

Jueves, 15 de Agosto de 2030.

«The Rainbow Travelers» se ha disuelto. Por el momento se suspenden todas las actividades. Después de lo sucedido se han paralizado los viajes hasta nuevo aviso. Lo que no puede congelarse es el estudio de lo sucedido. Voy a continuar con más tesón que nunca. No puedo quedarme así. Siento que el porqué de todo está cerca. No voy a desfallecer.

Viernes, 23 de Julio de 2032.

Ya tengo la solución. Ya sé lo que pasó y también lo que pasará. He comprobado las masas corporales de John y de David y eso me ha abierto los ojos. Ahora ya vuelvo a estar convencido de que David volverá a nosotros. Lo hará aunque resulte un poco tarde para mí. Se lo comunicaré a Jennifer y también a Leroy y Martha. Pero antes quiero reflejar por escrito el resumen de mis conclusiones.

Conclusiones.

David trató de salvar a su compañero, John Carpenter, en cuanto se le brindó la segunda oportunidad. Estoy seguro de que lo hizo. No me cabe ninguna duda de que intentó hacerle una jugarreta al pasado que vivió en su primera experiencia en la Torres Gemelas.

Fuimos nosotros mismos los que establecimos el punto de regreso en la habitación del sótano de Leroy. Esa habitación era antes mi laboratorio. Por eso, John Carpenter apareció en él. Mi teoría en ese punto en concreto es que la diferencia de masa corporal y la distancia a la fuente de energía, que no era la misma para ambos en el momento de la partida, condicionaron el plano de recepción de los dos viajeros. He llegado a la conclusión de que John fue más directamente afectado y eso hizo que su viaje fuera más corto. En cambio, David solo absorbió el resto de la energía generada y aunque esta fue suficiente, su salto se dilató en el espacio-tiempo.

A partir de hoy y una vez consolidada esta hipótesis, mis esfuerzos van a concentrarse en el

calculo del momento exacto de la llegada de David.

Martes, 21 de Septiembre de 2032.

He finalizado mis cálculos. Los márgenes de error con los que he tenido que trabajar indican que la llegada de David se producirá entre el día 11 y el 25 de Diciembre de 2042.

La versión de John Carpenter me corrobora que David llegará a la casa de Leroy, precisamente por el hecho de que partieron juntos.

Dios os bendiga a todos.

Viernes, 19 de Junio de 2037.

Siento que llega mi hora. Lamento no poder recibir personalmente a David. Todavía faltan cinco años y medio para su llegada. Me siento totalmente en paz y os ruego que tengáis fe y que no desfallezcáis nunca en vuestros propósitos.

La ciencia y la religión no han sido nunca enemigas, aunque a veces hayan defendido posturas enfrentadas.

Algún día lo comprenderéis.

Un abrazo para todos.

Pasaban quince minutos de las once de la noche, cuando David comenzó a doblar la carta para enfundarla de nuevo en el sobre que llevaba su nombre. Era la primera vez que la había leído, pero estaba seguro de que iba a leerla muchas veces más. Todos los demás guardaban un respetuoso silencio.

Jennifer, como le había sucedido en todas las otras veces anteriores, había descubierto algo nuevo que todavía alimentaba más la devoción que sentía por la persona de Howard Moore. Haberla podido oír de los labios de David, le confería además el valor de la veracidad. Leroy buscaba cruzar una mirada de complicidad con David, y Martha derramaba una lágrima tras otra, incapaz de reprimir su llanto.

David colocó la carta en el bolsillo de su pantalón. Sus ojos también estaban afectados por la emoción. No lloraba pero tenía los ojos humedecidos y eso hacía que su visión no fuera del todo nítida.

En el umbral de la puerta apareció una figura pequeña, pero muy esbelta. Avanzó en silencio frotándose los ojos con ambas manos. David hizo lo mismo.

—Mamá —dijo con voz casi celestial.

—Dime, cielo —contestó Jennifer.

—¿Ha llegado ya mi padre?

—Sí, cariño —contestó Jennifer con la voz más quebrada que en su anterior respuesta y con la mirada fija en David—. Aquí lo tienes —dijo levantándose y acompañando a la niña hasta David.

—Hola, papá —dijo la niña con la mayor naturalidad del mundo.

—Hola, preciosidad —dijo David, y la cogió por las dos manos y la atrajo hacia sí mismo para acogerla en sus brazos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sin dejar de abrazarla.

—Tengo doce años y me llamo Evelyn —contestó ella—. Mamá me ha explicado

que llevo ese nombre en honor a mi abuela.

David miró a Jennifer con una mirada de profundo reconocimiento. Alargó su mano hacia ella e hizo un ademán para que se uniera a él y a Evelyn. Jennifer se arrodilló frente a ellos mientras Martha continuaba llorando en su pequeña y particular contribución a la humedad de la sala.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, papá?

—Viajando —acertó a contestar David.

—¿Me contarás todo lo que has visto en tus viajes?

—Sí, cariño. Claro que lo haré.

—¿Volverás a marcharte otra vez de viaje, papá? —preguntó inocentemente Evelyn.

—¡No! —contestó Jennifer anticipándose a David—. Papá ha dejado de viajar. Nunca más volverá a irse sin nosotras dos. ¿Verdad que nos lo prometes, David?

—Os lo prometo —aceptó él—. Os prometo que nunca más nada ni nadie me separará de vosotras dos. Y que conste que esta es una promesa inquebrantable de un caballero del siglo pasado.

—Mamá, ¿qué significa eso último que ha dicho papá?

—Nada importante, pequeña —dijo Jennifer—. Ahora que te conoce, no podrá separarse nunca más de ti. Además, yo también te prometo que voy a encargarme personalmente de que cumpla su promesa.

David no pudo más que sonreír. Se sentía un privilegiado. En ese momento acudieron a su mente las personas desaparecidas a las que él les debía el poder estar aquí. Evelyn Goodwill, su madre; John Carpenter, su amigo; Howard Moore, su maestro y protector...

Levantó la mirada al cielo y volvió a sonreír.

Le reconfortó el pensamiento de que pronto tendría la oportunidad de volver a verles a todos.

A todos sin excepción.

Epílogo

Un futuro en el pasado es pura ficción y está dedicada a todas las víctimas de todos los terrorismos de este mundo.

No importa la clase de terrorismo ni el color de la bandera bajo la cual se pretenda su justificación. Todos los terrorismos sin excepción, empiezan creando terror y terminan destruyendo y destrozando vidas humanas.

Entre esas víctimas, están también sus familiares y amigos.

Los hechos traumáticos nos superan siempre a todos, pero la esperanza siempre acaba renaciendo en nosotros mismos.

La imaginación positiva no debe perderse jamás.

Aunque hoy, algo nos pueda parecer que es imposible, existe la posibilidad de que en un mañana cercano ya no lo sea y que además, ni siquiera nos lo parezca.

En un pasaje de esta novela un personaje le pregunta a otro.

—*¿Crees en las casualidades?*

—*No creía, pero últimamente empiezo a creer* —contesta el otro.

Yo confieso que también empiezo a creer en ellas.

Faltan escasos minutos para que sean las 2 de la madrugada del día 11 de Septiembre del año 2003 y acabo de poner el punto final a esta novela.

Francisco Zaragoza Esbrí.



FRANCISCO ZARAGOZA ESBRÍ (Barcelona-1948). Es Ingeniero Técnico Industrial Químico y se dedica al análisis y desarrollo de software específico para el Control de Procesos Productivos.

Absorbido por el mundo de las *ciencias* durante el día, siente la necesidad de comenzar a bucear en las marismas de las *letras* durante las noches. Comienza a escribir su primera novela, *El otro foco de la hipérbola*, en 1997. Su segunda obra, *Un futuro en el pasado*, estuvo seleccionada entre las 10 novelas finalistas del Premio Planeta de 2004.

El «placer de escribir» se transforma, poco a poco, en una auténtica «pasión por novelar». Su carácter emprendedor y entusiasta es capaz de ofrecernos una literatura de ricos y variados contenidos, como lo demuestran sus siete novelas ya publicadas hasta la fecha:

- *Un futuro en el pasado ...* (noviembre 2006)
- *Reencuentro ...* (noviembre 2007)
- *El murmullo de las aguas bravas ...* (noviembre 2008)
- *La génesis de los dioses menores ...* (mayo 2009)
- *El otro foco de la hipérbola ...* (marzo 2010)
- *La leyenda de las calaveras de cristal ...* (septiembre 2010)
- *El quinto espejo ...* (febrero 2012)

próxima publicación prevista:

- *El arcoíris se oculta en Sevilla ...* (marzo 2014)

página web:

www.franciscozaragozaesbri.com